

HQN™

LA DAMA PIRATA
Y EL ESCOCÉS
JULIA LONDON

D.J.57

JULIA LONDON

LA DAMA PIRATA
Y EL ESCOCÉS

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 Dinah Dinwiddie
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
La dama pirata y el escocés, n.º 198 - octubre 2019
Título original: Devil in Tartan
Publicada originalmente por HQN™ Books

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1328-716-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Para Ann Leslie Turtle

Algunas escritoras escriben con letras de oro; otras, como yo, necesitamos una segunda opinión. He tenido buenas editoras, pero Ann Leslie es una de las mejores. Me ayudó a moldear esta serie del siglo XVIII escocés con tanto afecto como inteligencia, y siempre le estaré agradecida por su intenso sentido editorial.

Capítulo 1

Lismore Island. Las Tierras Altas (Escocia), 1752

Los Campbell desembarcaron al atardecer en la orilla norte de la isla escocesa de Lismore y se dispersaron por la estrecha lengua de arena, evitando las rocas y los conejos que infestaban el lugar.

Buscaban alambiques y buscaban un barco, quizá escondidos en alguna caleta oculta que aún no habían podido localizar.

Sabían que estaban allí, y los encontrarían costara lo que costara.

Duncan Campbell, el nuevo señor de Lismore, era consciente de que los doscientos Livingstone que tenía por arrendatarios se habían reunido para celebrar el *Sankt Hans*, una fiesta veraniega cuyo origen se remontaba hasta los tiempos de sus antepasados, los primeros daneses que habían llegado a la isla.

Los Campbell siempre habían tenido a los Livingstone por unos retrasados que no servían para nada; pero su opinión cambió cuando Duncan se enteró de que estaban destilando whisky sin permiso y de que tenían un viejo barco danés con varios barriles y una pequeña tripulación. Ni siquiera habían sido discretos al respecto. Alardeaban tanto que el rumor había llegado a sus oídos en dos sitios diferentes, Oban y Port Appin.

Pero los Campbell no lo iban a permitir. Se consideraban superiores al resto de los clanes. Eran los líderes de Escocia, el pilar moral de las Tierras Altas, los representantes de la justicia social. Destilaban whisky con la licencia oportuna y, a diferencia de los Livingstone, lo vendían de forma legal. Odiaban a los que comerciaban con licor barato e intentaban competir con su producto, y hacían todo lo posible por encontrar y destruir su mercancía; preferiblemente, quemándola.

Mientras avanzaban por la playa, oyeron voces, risas y un violín. Duncan calculó que, conociendo a los Livingstone, se emborracharían enseguida y se

pondrían a bailar alrededor de una hoguera; pero, al cabo de unos instantes, se oyó el cuerno que soplaban para dar la alarma. Por lo visto, los habían descubierto.

El sonido fue tan estridente que los conejos salieron corriendo de sus madrigueras, y hasta el propio Duncan se sobresaltó un poco.

Justo entonces, se oyó un tiro. Duncan suspiró y se giró hacia su acompañante, el señor Edwin MacColl, cuyo clan vivía al sur de Lismore. MacColl, que tenía la deferencia de pagar sus deudas a tiempo y no destilar whisky, se había mostrado reacio a acompañarlos, pero cedió cuando él le amenazó con subirle la renta si no les echaba una mano.

–Bueno, ya estamos –le dijo, sin prestar demasiada atención a las balas que silbaban a su alrededor–. Nos han visto y han avisado a los otros.

–Defienden lo que es suyo, como haría cualquier escocés –afirmó MacColl.

Duncan notó el fondo crítico de su comentario, y le habría recordado que el whisky ilegal era mal asunto si en ese mismo momento no hubieran aparecido cuatro jinetes en lo alto de la colina, que les apuntaron con sus armas.

–¡Señor Campbell! –gritó su líder, la señorita Lottie Livingstone, hija del jefe de su clan–. ¡Veo que ha decidido volver!

Duncan se maldijo para sus adentros, y pensó que si aquella descarada hubiera sido hija suya, le habría dado una buena azotaina.

–¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? –dijo a MacColl en voz baja–. Es la joven más atractiva de Escocia, pero también es la más indómita y rebelde.

En lugar de contestar, MacColl giró la cabeza para que no pudiera verle la cara; quizá, porque se estaba riendo. Y Duncan volvió a suspirar y se dirigió a la mujer que vivía como un gato salvaje en la pequeña isla.

–¡No dispare, señorita Livingstone! ¡A fin de cuentas, sigo siendo su señor!

–¿Y en qué puedo ayudarlo, señor?

–Usted, en nada. Pero me gustaría hablar con su padre.

Los ojos de la joven brillaron.

–Oh, estará encantado de recibirlo –ironizó.

Al oír su risa, Duncan se formuló la pregunta que siempre se formulaba en esos casos: si se estaba riendo de él o si solo estaba mal de la cabeza. Pero, fuera como fuera, comenzó a subir por la colina y llamó a sus hombres para que lo siguieran.

Si no podía encontrar el whisky ilegal ni meter a los Livingstone en cintura, los presionaría con las rentas que no le habían pagado. Se había tomado demasiadas molestias como para marcharse de allí con las manos vacías.

Capítulo 2

Mar del Norte

Dos semanas después

El viento que soplaba no era particularmente fuerte, pero anunciaba tormenta mientras el *Reulag Balhaire* navegaba como debía navegar, cortando las aguas con las tranquilas subidas y bajadas de su proa.

El capitán Aulay Mackenzie, que estaba atento a las voces de su tripulación, cerró los ojos durante unos segundos y se concentró en el agua que le salpicaba la cara. Solo era feliz en días como ese, estando en alta mar. Su barco era el único sitio donde se sentía verdaderamente en casa, el único sitio donde se sentía dueño de sí mismo.

Solo habían pasado unos cuantos meses desde que se había hecho a la mar por última vez, pero le había parecido una eternidad. Había pasado toda su vida adulta en el océano, y todos los días eran días perdidos si estaba lejos de él.

Además, no veía la hora de escapar de Balhaire, la residencia de su familia. Su padre, Arran Mackenzie, dirigía el clan con ayuda de su hermano mayor, Cailean; su hermano Rabbie y su hermana Catriona llevaban los asuntos relacionados con la propiedad, y su madre y su hermana Vivienne se encargaban de los aspectos sociales. ¿Y él? Él no tenía nada que hacer. Cuando estaba en tierra, era un simple observador.

Por fortuna, los Mackenzie también se dedicaban al comercio marino. Arran había sido el precursor, y sus hijos habían seguido esa senda. Pero el negocio iba de mal en peor desde la batalla de Culloden, cuando las tropas inglesas derrotaron a los escoceses y, a continuación, destrozaron su economía. De hecho, muchos habitantes de las Tierras Altas se habían visto obligados a marcharse a Glasgow o al extranjero para ganarse la vida.

Los Mackenzie de Balhaire no habían tomado partido en el conflicto. Sin

embargo, su neutralidad no impidió que perdieran a la mitad de los miembros del clan ni que la Corona inglesa les confiscara el ganado y uno de sus dos barcos, dejándoles el más dañado, el *Reulag Balhaire*. Lamentablemente, las reparaciones fueron tan caras que Arran decidió suspender el comercio porque los gastos que conllevaba eran mayores que sus beneficios.

Al conocer sus intenciones, Aulay sintió pánico. ¿Qué sería de él sin un barco? No habría sabido qué hacer.

Y entonces, pasó algo milagroso.

Decidido a solventar el problema, se fue en busca de nuevos clientes y cerró un acuerdo con William Tremayne, de Port Glasgow. William era un comerciante inglés que necesitaba un barco para transportar sus productos, y Aulay era capitán de un barco que, en ese momento, estaba vacío. Aparentemente, eran la pareja perfecta, pero su padre y sus hermanos se pusieron en su contra con el argumento de que era demasiado arriesgado.

Aulay les aseguró entonces que no había riesgo alguno. ¿No era acaso un buen capitán? ¿No había transportado y llevado a buen puerto infinidad de mercancías?

Al final, se salió con la suya y, poco después, inició la aventura en la que se encontraba ahora, su primer viaje para Tremayne. La bodega estaba llena de lana y carne curada que debía llevar a Ámsterdam, desde donde zarparían con rumbo a Cádiz para recoger en España una carga de algodón.

La tripulación estaba encantada, porque vivían del comercio marino y necesitaban el trabajo; pero Aulay lo estaba aún más, porque el viaje a Ámsterdam tenía la ventaja añadida de poder ver de nuevo a cierta dama de ojos negros y boca pecaminosa.

Aún estaba pensando en ella cuando oyó un estruendo parecido al de un trueno, que reconoció al instante.

–¡Un destello por estribor, capitán! –exclamó uno de los marinos que estaban en el mástil.

Aulay se giró hacia estribor y entrecerró los ojos.

–Parece fuego...

Beaty, el primer oficial, asintió.

–Lo es –dijo, mirando por su catalejo.

–Pues pueden tener problemas –intervino Iain el Rojo, que se acercó a echar un vistazo–. El viento es cada vez más fuerte y, si empeora, no lo podrán apagar.

–Parece que intentan llegar a la costa –comentó Beaty.

Aulay volvió a mirar a su primer oficial, un hombre grueso cuyo aspecto no

podía ser más engañoso, teniendo en cuenta que seguía siendo tan ágil como cuarenta años antes, cuando se embarcó por primera vez.

–¿Crees que lo conseguirá? –se interesó.

–Si su capitán tiene sangre fría, quizá.

–¿Lleva bandera?

–Sí, es un barco inglés, pero demasiado pequeño para ser de la Marina Real.

Aulay le pidió el catalejo y se encaramó al obenque del mástil con la seguridad de quien llevaba toda una vida en el mar.

Por lo que pudo ver, la cubierta de la embarcación en llamas era un caos. La mitad de los marinos intentaba apagar el fuego y la otra, cuidar de las velas para aumentar la velocidad. Pero eso no explicaba el suceso. ¿Habrían sufrido algún tipo de accidente? ¿Les habría caído un rayo? Nada parecía indicarlo, así que oteó el horizonte en busca de otra explicación, y la encontró al cabo de unos segundos.

–Ah, sí, ahí está –dijo en voz alta–. Es un barco más pequeño. Parece que han perdido la mitad del mástil.

Aulay saltó del obenque y devolvió el catalejo a Beaty, que afirmó:

–Es una goleta.

–¿Una goleta? Son para la navegación de cabotaje –declaró Iain, sorprendido–. No debería estar en alta mar.

–No estamos lejos de la costa –dijo otro marinero–. Puede que esté a la deriva.

Aulay miró a su tripulación, que se había acercado a ver lo que pasaba. Y como estaba encantado de volver a navegar con ellos, se puso de tan buen humor que decidió concederse una pequeña aventura.

–¿Echamos un vistazo?

El *Reulag Balhaire* no estaba en el negocio de salvar barcos. Además, cualquier marino sabía que acercarse a otra embarcación implicaba arriesgarse a una salva de cañonazos; pero su curiosidad pudo más, así que cambiaron de rumbo y, por si acaso, se prepararon para abrir fuego.

–¡Eso no es una goleta! –exclamó Iain el Rojo mientras se acercaban–. ¡Es un balandro!

–¿Un balandro? ¡Qué tontería! –dijo Beaty–. ¿Llevan bandera?

–No –respondió Iain, que se había quedado el catalejo. ¡Qué desastre de gente! No saben ni arriar la vela. ¡Hasta unos niños lo harían mejor!

El resto de los marinos se acercaron a Iain y le pidieron que les dejara el

catalejo, que fue pasando de mano en mano. Efectivamente, los tripulantes del balandro no parecían saber nada de navegación. Forcejeaban con la vela de forma ridícula, y tropezaban los unos con los otros todo el tiempo.

–*Dia, de an diabhal!* –gritó uno de los hombres de Aulay.

–¿Qué pasa? –preguntó su capitán.

–¡Hay una mujer a bordo!

Aulay frunció el ceño. A veces, las mujeres de los capitanes viajaban con ellos, pero era poco habitual. Y tampoco podía ser una dama importante, porque jamás habría viajado en un barcucho como ese.

–Sí, y con vestido y todo –dijo Iain.

Aulay se preguntó qué habría querido decir con eso del vestido. ¿Qué iba a llevar si no? Pero, fuera lo que fuera, les quitó el catalejo y miró a la mujer en cuestión, quien sacudía una tela blanca que casi iba a juego con el color de su largo y revuelto pelo. Había unos cuantos hombres a su lado, y todos se aferraban a la barandilla con desesperación, como deseando que el *Reulag Balhaire* los alcanzara de una vez.

Se acercaron por estribor y, cuando ya estaban una docena de metros, los tripulantes del balandro bajaron un bote al que se subieron cuatro hombres, que empezaron a remar. La mujer se quedó con el resto, junto a un individuo tan grande que parecía una montaña.

Momentos después, el bote llegó al costado del *Reulag* y se detuvo. Uno de los hombres se puso en pie y, tras hacer una reverencia con la que estuvo a punto de perder el equilibrio, dijo:

–*Madainn mhath.*

–Vaya, son escoceses. Algo es algo –comentó Beaty.

–¡Necesitamos ayuda! –continuó el hombre–. Nos han atacado unos piratas.

Aulay miró a los cuatro desconocidos, que no parecían llevar armas de ninguna clase.

–¿Piratas? Esa goleta lleva bandera inglesa –dijo.

–¡No la llevaba cuando disparó sin aviso ni provocación alguna, señor!

–Menudo cuento –murmuró Iain.

–¿Por qué tengo la sensación de que nos están tomando el pelo? –dijo Aulay, girándose hacia su primer oficial–. ¿Qué opinas tú, Beaty?

–No sé qué decir. Podría ser un corsario al servicio de Inglaterra –respondió–. O puede que robaran una bandera para parecer de la Marina Real.

Aulay se apoyó en la barandilla.

–¿Llevan algún tipo de mercancía que les haya abierto el apetito?

–Solo a una dama, capitán.

–¿Y quién es esa dama?

En lugar de responder, los cuatro hombres se pusieron a discutir entre ellos.

–¿Qué pasa? ¿No saben cómo se llama? –preguntó Iain con sorna.

El hombre que estaba de pie carraspeó y dijo:

–¡Es lady Larsen, señor! La llevamos a su casa para que pueda ver a su abuela, que está muy enferma. Por lo visto, no le queda mucho tiempo.

–¿Una abuela enferma? Venga ya –susurró Beaty.

Aulay compartía las sospechas del primer oficial. Para empezar, aquellos hombres no parecían saber nada de navegación; para continuar, habían dudado sobre la identidad de la mujer que, teóricamente, iba a visitar a su abuela y, para terminar, hablaban de forma extraña, como declamando. Cualquiera habría dicho que, en lugar de marinos, eran actores de una compañía dramática.

–¿Adónde se dirigen? –les preguntó.

–A Dinamarca. La abuela de la señorita danesa, aunque nosotros somos escoceses como ustedes –contestó.

–¿Danesa? Nunca he conocido a un danés inteligente –dijo Iain.

–Puede que su historia tenga parte de verdad –intervino uno de los marineros, que seguía mirando por el catalejo–. La joven tiene aspecto de dama.

–¿Llevan mucho en el mar? –preguntó entonces Beaty.

–Un día, señor.

–No me ha entendido bien. Me refiero a ustedes, porque no tienen pinta de marineros.

–Es que no lo somos. El único marino que hay a bordo es el capitán –les informó–. Nosotros somos soldados de Cristo que nos hemos embarcado en esta misión por simple y pura misericordia. Hacemos lo que podemos, ciertamente, pero no somos diestros en las cosas de la mar.

–Qué curioso –dijo Beaty, entrecerrando los ojos.

–Y tanto –replicó Aulay.

Billy Botly, el miembro más joven de la tripulación, se sentó en la barandilla para echar un vistazo por el catalejo, como habían hecho los demás. Era un muchacho tan delgado que Aulay siempre tenía miedo de que el viento lo tirara y, al verlo así, se temió lo peor.

–Sí, es una dama de verdad –dijo el joven.

Aulay le pasó una mano por el hombro, le quitó el catalejo y miró a la mujer, que aferraba la tela blanca como si la vida le fuera en ello. Luego, se inclinó hacia los hombres del bote y les preguntó:

–¿Qué quieren de nosotros? No podemos llevarles con su abuela enferma.

La tripulación del *Reulag Balhaire* rompió a reír.

–El barco está haciendo agua, señor. Se hundirá antes del amanecer.

–¿Cómo han salido a navegar en un balandro? No son embarcaciones de alta mar –le recordó Beaty, inmune a su supuesto drama.

–Sí, ya lo sabemos, pero nuestra situación es desesperada. El padre de la señorita ha resultado herido en la refriega, y no hay nadie que la pueda cuidar.

–¿Espera acaso que cuide yo de ella? –preguntó Aulay, arrancando más carcajadas a sus hombres.

–Solo necesitamos llegar a puerto, señor. A cualquier puerto.

Aulay no se podía permitir el lujo de llegar tarde a Ámsterdam. Aquel viaje era crucial para su familia y, a pesar de la desconfianza de su padre y sus hermanos, estaba convencido de que podía ser el principio de un negocio altamente lucrativo para los Mackenzie.

–Llegarán a la costa antes de que se haga de noche. Solo tienen que volver por donde han venido, como ha hecho el barco que les atacó –le dijo–. La vela de su balandro es buena, y no tendrán problemas si la manejan como se debe. *Gun deid leat*.

Al oír que les deseaba suerte, los hombres del bote se pusieron histéricos.

–¡Capitán! ¡Señor! ¿Es que no lo ve? ¡Entra demasiada agua! ¡Es un milagro que sigamos a flote! ¡La situación es tan insostenible que ya hemos decidido quién acompañará a la dama y a su padre en el bote y quién se quedará a bordo hasta el final! ¡No nos puede dejar en la estacada! ¡Se lo ruego!

–Es cierto –dijo Billy–. Se está hundiendo.

–¿Qué le pasa a ese hombre? –preguntó Iain–. Habla de forma muy extraña.

Aulay pensó que Iain tenía razón. Hablaba de forma verdaderamente extraña. De hecho, todo era de lo más extraño. Pero, en ese momento, se oyó un grito procedente del balandro y, cuando volvió a mirar por el catalejo, vio que la mujer se aferraba al gigante con temor.

Al parecer, estaban diciendo la verdad. El balandro se hundía.

–¿Cuántas personas son?

–Diez –respondió el hombre.

Uno de sus compañeros sacudió la cabeza y dijo:

–¡No, solo somos ocho!

–¿Ahora resulta que ni siquiera saben cuántos son?

–Vaya cretinos –susurró Beaty.

Aulay no sabía qué hacer. Era un hombre de mar, y sabía que el mar era un

lugar peligroso. Todos sus hombres lo sabían, y eran conscientes del riesgo que corrían cada vez que zarpaban. Pero, con riesgo o sin él, no le agradaba la idea de abandonar a una joven en esas circunstancias. Podría haber sido Catriona, por ejemplo. Podría haber estado en esa misma situación.

–Está bien, los llevaremos. Y traigan las provisiones que tengan, porque no tengo intención de alimentarles a todos.

–Por supuesto, capitán. Gracias, muchas gracias.

Los cuatro hombres se pusieron a remar inmediatamente, y Beaty soltó un suspiro mientras miraba de soslayo a su capitán.

–¿Qué querías que hiciera? ¿Dejar que se ahogara esa mujer?

–Claro que no –respondió el primer oficial–, pero son demasiados, y uno de ellos es tan grande que podría con tres de los nuestros. Además, ¿dónde van a dormir? Ni siquiera tenemos agua suficiente para todos. Y, por si eso fuera poco, te recuerdo que la mayoría de nuestros hombres no ha visto a una dama en toda su vida. Podrían darnos problemas.

–Eso es cierto. Tendremos que ponerle guardia.

–Hablando de guardias, deberíamos ir armados.

–No es necesario. Parecen inofensivos.

Los tripulantes del balandro tuvieron que hacer varios viajes para llevarlos a todos; pero, curiosamente, la mujer no llegó en el primero de los botes, lo cual reavivó la desconfianza de Beaty.

–¿Por qué no han traído a la dama de inmediato, si tanto temían que se ahogara? –preguntó, irritado.

–Porque no quiere venir sin su padre, que vendrá al final –respondió uno.

Ninguna de las personas que estaban llegando al *Reulag Balhaire* tenía aspecto de marinero. La mayoría tropezaban y se resbalaban como si no hubieran estado nunca en un barco, para extrañeza de Aulay, quien se empezaba a impacientar con la lentitud del proceso. Además, tenían de cambiar de virada constantemente porque, de lo contrario, se habrían alejado demasiado.

La mujer y su padre esperaron al último bote, tal como había anunciado su compañero de tripulación. El gigante, que se había quedado con ellos, ató al primero con una cuerda y lo bajó con cuidado. Luego, ella se agarró a esa misma cuerda y descendió con una agilidad que Aulay encontró sorprendente.

El bote era tan pequeño que sus ocupantes tuvieron que apretarse contra el casco para hacer sitio al gigante, cuyo peso hundió un poco la embarcación. Pero eso no impidió que se pusieran en marcha y, cuando llegaron al barco, los hombres de Aulay se agolparon y compitieron entre sí por ayudar a subir a la

dama. Estaban tan interesados en ella que no habrían ayudado a su padre si el capital del *Reulag* no se lo hubiera ordenado.

Sin embargo, él no sentía menos curiosidad que su tripulación. Se había esforzado por verle la cara mientras remaban hacia ellos, pero no lo había conseguido. Iba con la cabeza baja, atenta a su padre, y solo había visto una melena blanca como la nieve.

–*Madainn Mhath* –la recién llegada les deseó los buenos días, con una elegancia más propia de una fiesta que de esa situación.

Los marineros se agolparon a su alrededor, e Iain intentó poner orden.

–Dejadla respirar –les ordenó–. Billy, apártate de la señorita.

–¿Se encuentra bien? –preguntó Fingal MacDonald, otro de los tripulantes de Aulay.

–Muy bien, gracias –respondió ella–. Pero les agradecería que me dejaran un poco de espacio. No me puedo ni mover.

–¡Atrás! ¡Atrás! –insistió Iain, fracasando otra vez en el intento.

–¿Está herida? –se interesó Beaty.

–No, no he sufrido ningún daño. Solo ha sido el susto.

–Pues tiene sangre en el vestido.

–¿En serio?

Aulay, que aún no había podido abrirse paso, arqueó una ceja al notar su acento. Era una mezcla de escocés e inglés, muy parecido al de su madre, quien se había criado en Inglaterra y había pasado casi toda su vida adulta en Escocia.

–Ah, es verdad –continuó ella, aparentemente sorprendida–. Pero eso no importa. Me preocupa más mi padre.

El gigante se giró entonces hacia la joven y dijo, como si no estuviera en sus cabales:

–¿Qué tengo que hacer, Lottie? No recuerdo lo que tengo que hacer.

–Quédate cerca de mí –respondió ella con dulzura–. Caballeros, han sido muy amables con nosotros. Pero, ¿quién es su capitán? Me gustaría darle las gracias.

Los hombres intentaron responder al unísono, utilizando palabras tan educadas que Aulay se quedó perplejo, porque no se podía decir que fueran precisamente elegantes. ¿Qué había pasado para que fueran tan finos de repente?

El enigma se resolvió cuando apartó a los marinos que tenía por delante y la vio de cerca por primera vez. Sus ojos eran del color de las aguas costeras del Caribe; sus labios, de un rojo intenso que habría vuelto loco a cualquier hombre; su cara, de una belleza tan absoluta que cortaba la respiración y su cabello, de un rubio tan claro y brillante que parecía una cascada de perlas.

Era sencillamente *bòidheach*, preciosa.

Aulay se sintió como si estuviera en la cumbre de la montaña más alta del mundo, haciendo equilibrios para no caerse. Y reconoció la sensación al instante, porque solo la había tenido dos veces: la primera vez que se acostó con una mujer y la primera que se subió a un barco, cuando supo que el mar era su vida.

Los cálidos ojos de la joven se clavaron en él, afianzando su hechizo. El sol había dado un tono rojizo a sus mejillas, y el pelo le caía en mechones de aspecto tan etéreo como sensual. Llevaba un vestido de color plateado sobre unas enaguas azules, con el petillo del corpiño tan ajustado que apenas contenía sus senos.

Beaty señaló a Aulay, quien hasta entonces no se había sentido incómodo ante ninguna mujer. A fin de cuentas, se había acostado con tantas y en tantos puertos distintos que estaba acostumbrado a ellas.

–Gracias, capitán –dijo la joven, haciéndole una reverencia.

A pesar de ser un hombre experto, Aulay se quedó repentinamente sin habla.

–Le estaré eternamente agradecida –continuó ella con una sonrisa–. No sé lo que habríamos hecho si no hubiera acudido en nuestro rescate.

Aulay se mantuvo en silencio. No era un hombre dado al halago fácil, pero estaba ante una de las criaturas más bellas que había visto nunca.

–No puede ni imaginar el día que llevamos –prosiguió, llevando una elegante mano a su pecho–. Le doy mi palabra de que pensé que no viviríamos para contarlo. ¡Nos ha salvado la vida, señor! ¡Nos la ha salvado a todos!

–¿Con quién tengo el placer de hablar? –preguntó Aulay, recuperando su aplomo.

–Oh, discúlpeme –dijo ella–. Nuestro pequeño drama me ha hecho olvidar mis modales. Me llamo Larson. Lady Larson.

–*Madame...* –Aulay inclinó la cabeza–. El capitán Mackenzie de Balhaire a su servicio.

–¡Balhaire, claro! –exclamó, encantada–. No será usted un ángel, pero los Mackenzie tienen fama de parecerse a ellos.

A Aulay le pareció desconcertante que los tomara por ángeles, y también le sorprendió que conociera Balhaire.

–¿Ha visto a los piratas? –preguntó ella–. Nos atacaron sin motivo alguno. Navegábamos tranquilamente cuando apareció un barco de la nada y puso rumbo hacia nosotros.

–¿Hablaron con ustedes?

–¡Sí, a cañonazos! ¡Y sin que hiciéramos nada por merecerlo! Acabábamos de

reparar en su presencia cuando abrieron fuego y... ¡Bum! –dijo, abriendo los brazos de tal manera que sus senos amenazaron con salirse del escote–. Mi pobre padre resultó herido en el torso.

–Y usted, también –intervino Beaty, señalando la sangre el vestido.

–Ah, sí. Casi lo había olvidado.

–Tendríamos que verle la herida, señorita Livingstone –dijo uno de sus hombres, que se había situado tras los hombres de Aulay–. Por la gangrena y esas cosas.

–¡Gangrena! –gritó ella, alarmada.

–No creo que tenga que preocuparse por eso –dijo Beaty, mirando con sorna a quien había hablado.

Súbitamente, ella se inclinó y se levantó las faldas del vestido, enseñando las botas y las medias que llevaba.

–No veo nada –dijo–. La herida debe de estar más arriba.

La mujer se subió el vestido un poco más, conquistando la atención absoluta de todos los miembros de la tripulación, que solo tenían ojos para los blancos muslos que se veían por encima de las medias.

–Vaya, tengo un rasguño... ¿Qué les parece a ustedes? ¿Puede ser grave? –preguntó con voz dulce–. ¿Lo ven bien? ¿O quieren acercarse más?

Aulay estaba a punto de responder cuando sonó una explosión que los sobresaltó a todos. En ese momento, supo que les habían tenido una trampa; pero no tuvo ocasión de reaccionar, porque alguien le pegó un golpe tan fuerte que cayó a la cubierta, casi sin sentido.

–Oh, lo siento mucho –continuó la joven, pegándole una patada.

Aulay se agarró a la barandilla con intención de incorporarse y, justo entonces, el gigante se acercó y le dio otro golpe en la cabeza.

Lo último que pensó antes de perder el conocimiento fue que, después de tantos años y tantas aventuras, lo habían derrotado en el mar. Y no había sido una tormenta o un buque de la Marina inglesa, sino una mujer.

Capítulo 3

Cuando el *Margit* zarpó de Lismore, Lottie no podía imaginar que, dos días después, se habría convertido en pirata. O, al menos, que la llamarían pirata, porque lo que había hecho encajaba perfectamente en esa descripción.

La escaramuza había terminado, y los Livingstone habían ganado la batalla. Su clan había sorprendido a los Mackenzie por completo; pero el desastre que tenía ante sus ojos era tan terrible que casi no podía respirar. ¿Cómo era posible que hubieran perdido un barco y robado otro en el mismo día?

Ese no era el plan.

Preocupada, bajó la cabeza y miró a su padre, al que habían llevado al camarote del capitán a falta de sitio mejor. Había tres heridos más en el castillo de proa, dos Mackenzie y un Livingstone, aunque ninguno de gravedad. Morven, lo más parecido que tenían a un médico, decía que estaban fuera de peligro.

Por desgracia, Bernt no era tan afortunado. Estaba mortalmente pálido, con las vendas de su torso cubiertas de sangre.

¿Qué iban a hacer ahora?

Su tripulación, que se había reunido en el camarote, deliberó al respecto durante unos minutos antes de acudir a ella para que tomara una decisión. El único que guardó silencio fue Gilroy, capitán del *Margit* y viejo amigo de su padre, quien estaba mirando cómo se hundía su embarcación.

A Lottie se le hizo un nudo en la garganta. Se había quedado al mando, y no sentía en condiciones de asumir ese papel. Cuando Gilroy gritó que les habían disparado y que estaban haciendo agua, se quedó paralizada por el miedo. Fuera quien fuera el agresor, solo tenían un cañón a bordo, y ninguno de ellos era artillero. Pero dispararon de todas formas, y con tanta fortuna que provocaron una explosión en el otro barco.

Se habían salvado de milagro y, cuando su desconocido adversario optó por virar y huir hacia Escocia, Gilroy le aconsejó que su padre y ella se marcharan

en el bote con unos cuantos hombres mientras el resto se quedaba a bordo para intentar llevar el barco a la costa. Y justo entonces, divisaron unas velas.

Si su padre no le hubiera rogado que siguiera adelante, Lottie habría seguido el consejo de Gilroy. Pero se lo rogó, y a ella se le ocurrió un plan tan impetuoso como arriesgado para salvarlos a todos; un plan tan absurdo que le parecía increíble que hubiera salido bien.

–¿Ves algo interesante, Gilroy? –preguntó Duff MacGuire, el actor que había hablado con los Mackenzie desde el bote.

–Sí, que ha empezado a llover y que mi barco se ha hundido –respondió–. No deberíamos haber zarpado en el *Margit*. Se lo dije a Bernt, pero me convenció de que la nuestra era una causa noble. Y mira lo que ha pasado.

–Lo siento mucho, Gilroy –intervino ella.

–Esto no me gusta –dijo el gigantesco Drustan, uno de los hermanos de Lottie.

Lottie le puso una mano en el brazo, intentando tranquilizarlo. Drustan miraba a su padre con una mezcla de horror y perplejidad que, por otra parte, no era nueva en su vida. Cuando nació, el cordón umbilical se le enredó en el cuello y estuvo a punto de matarlo. Nada le salía del todo bien. Pero su madre afirmaba que era especial, y que algún día se daría cuenta de que tenía más talento que los demás.

–No te preocupes por nuestro padre –dijo Lottie–. Es un hombre fuerte. Sabes que lo es. Se ha quedado dormido porque Morven le ha dado un brebaje para que descansa y se recupere de sus heridas. Anda, márchate con Mats y Gilroy. Hay mucho que hacer.

Drustan no se movió, y Mathais, el menor y más audaz de los hermanos de Lottie, se acercó a ella sacando pecho. A sus catorce años, estaba más cerca de ser un guerrero que Drustan y ella misma, quienes tenían veinte y veintitrés años respectivamente.

–Iré yo, *Lot*. No es necesario que envíes a Drustan. No sería de utilidad.

–De acuerdo –dijo ella, que no tenía ganas de discutir–. Pero llévate a nuestro hermano.

Mathais suspiró.

–¿No se te olvida nada? –continuó Lottie.

–¿A qué te refieres?

–A Gilroy, claro.

–¿Gilroy? –preguntó, confundido.

–¿Quién si no va a comandar el barco?

Mathais frunció el ceño.

–¿Insinúas que no hay nadie al timón?

–¿Cómo va a haber alguien, si está aquí y es el único que sabe navegar? –replicó su hermana.

–¡Maldita sea! ¿Es que habéis perdido el juicio? –intervino Gilroy antes de salir disparado del camarote.

Mathais lo siguió en compañía de Drustan, quien se tuvo que inclinar para no darse con el techo, porque era tan alto que no cabía. Lottie se quedó entonces con Duff y Robert MacLean, el hombre que llevaba la contabilidad de los Livingstone y que, en consecuencia, se reunía todas las semanas con ellos para recordarles que se estaban quedando sin dinero.

–Deberíamos volver –comentó ella–. Es demasiado tarde.

–¡Tonterías! –exclamó Duff–. Solo estamos a tres días de Dinamarca. Tu padre no te perdonaría que suspendieras la expedición.

–Mi padre está gravemente herido, Duff.

–Marven es el mejor médico de las Tierras Altas, y tu padre no estaría mejor atendido si volviéramos a Lismore –declaró MacLean–. Además, Bernt quiere que sigas adelante, ¿no? ¿O estoy en un error?

Ella no tuvo más remedio que asentir. Bernt había sido tajante al respecto.

–Está bien. Pero no podemos dejarlo en el camarote del capitán.

Los tres se giraron hacia el hombre que estaba en una esquina, encadenado, amordazado y, de momento, inconsciente: el capitán del *Reulag Balhaire*. Había recibido unos cuantos golpes, pero su inconsciencia no se debía a eso, sino a la poción que Morven le había hecho beber para que dejara de gritar e insultarlos. Por lo visto, era una invención de su abuela, quien siempre había dicho que podía dormir a un caballo.

–Deja a tu padre aquí, Lottie. El camarote de proa está lleno, y no habría más sitio que la bodega, donde hemos metido a su tripulación –dijo Duff–. Además, no conviene que lo movamos. Le subiría la fiebre.

–No te preocupes por el capitán, muchacha. En su estado, no puede hacer daño a nadie –observó MacLean.

–¿Se pondrá bien? –preguntó ella.

–¿El capitán? Sí, por supuesto –dijo Duff, con una seguridad que Lottie no compartía–. Su orgullo saldrá peor parado que su cuerpo.

Lottie respiró hondo, porque no quería pensar en su cuerpo. Al subir a bordo, se había quedado atónita con lo guapo que era. No llevaba casaca; solo llevaba unos pantalones y una camisa, pero le pareció impresionante. Esperaba un hombre como Gilroy, huesudo y de edad avanzada, y se había encontrado con

una maravilla de ojos apasionados que había acelerado su corazón al instante.

–A decir verdad, me da un poco de pena –les confesó Lottie–. Le hemos robado su barco, y no quiero añadir insultos o heridas a su desgracia.

–Lo hecho, hecho está –afirmó Duff–. Además, no somos socios suyos. Hará lo que nosotros le digamos.

Lottie pensó que Duff tenía razón, pero eso no impidió que se arrepintiera de lo sucedido. No deseaba ningún mal a los hombres del *Reulag Balhaire*. Sencillamente, las cosas se habían torcido de tal manera que su viaje se había convertido en una pesadilla.

–Bueno, será mejor que vayamos a echar una mano a los demás. No me fío de Gilroy en su actual estado –declaró MacLean–. ¿Estarás bien, Lottie?

Ella miró a su padre de nuevo y se encogió de hombros.

–Supongo que sí.

–En ese caso, me voy –dijo MacLean–. Que alguien haga guardia en la entrada. Y, si necesitas algo, dímelo.

Sus hombres se marcharon enseguida, y Lottie se sentó en una silla, apoyó los brazos en la mesa del camarote y cerró los ojos, agotada. Todo había pasado tan deprisa que no había tenido ocasión de sopesar nada. Necesitaba tiempo para pensar, tiempo para analizar la situación. No había estado a solas ni una sola vez desde que zarparon de Lismore y, aunque tampoco se podía decir que lo estuviera entonces, agradeció el repentino silencio.

Aquello era una catástrofe. No encontraba otra forma de definirlo. Una catástrofe que había empezado quince días antes, durante el *Sankt Hans*, la fiesta danesa que hacían los Livingstone para celebrar el solsticio de verano. Varios miembros del clan iban a representar una obra escrita y protagonizada por Duff, quien se jactaba de ser un gran actor. Eran seis en total, y ya se estaban preparando cuando oyeron el cuerno del viejo Donnie, el encargado de dar la alarma.

Inmediatamente, todos se pusieron a recoger y esconder el whisky que los habría incriminado, porque comerciaban con él de forma ilegal.

–¿Qué hacemos con la obra? –preguntó Duff.

Lottie no llegó a saber si alguien contestó a su pregunta. Había ensillado a su caballo para participar en la carrera de los festejos y, al ver que Norval y Bear Livingstone montaban a toda prisa, se sumó a ellos. No había un lío en el que no se metiera. Casi se había convertido en una tradición.

Momentos después, divisó la peluca empolvada de Duncan Campbell, que andaba merodeando entre conejos. No era la primera vez que intentaba encontrar

sus cargamentos de whisky, y ella se sorprendió tan poco al verlo a él como al ver a su lado a Edwin MacColl, el jefe del clan que vivía en lo que los Livingstone consideraban la parte buena de la isla.

Lottie no tenía nada contra MacColl cuando se quedaba en su lado de Lismore. Era un viudo cuyos hijos se habían casado y le habían dado nietos; pero, a pesar de su avanzada edad, seguía siendo un hombre fuerte y energético, que siempre le sonreía cuando se cruzaban.

Por desgracia, sus visitas a la zona norte de la isla se habían vuelto demasiado frecuentes y, para empeorar las cosas, había hablado con Bernt y le había insinuado que se quería casar con ella.

–Tendría una casa grande, y con comida de sobra –había dicho, como si la comida y el tamaño de su casa fueran argumento suficiente.

A Lottie no le sorprendió el ofrecimiento. La isla no estaba precisamente llena de jóvenes solteras y, como ella era mucho más atractiva que la mayoría, siempre había hombres que la intentaban cortejar.

–Ten cuidado con ellos –le había advertido su difunta madre–. Eres una belleza, y los hombres se sienten tan atraídos por la belleza como las polillas por la luz. No dejes que te llenen la cabeza de palabras bonitas. Sé inteligente. Busca un hombre que no te quiera por tu aspecto, sino por tu forma de ser. Y cuidado también con tu padre... Te quiere con locura, pero tiende a dejarse engañar por las promesas de otros.

Por si las palabras de su madre no la hubieran convencido, su experiencia con su primer y único amante, Anders Iversen, la habían hecho comprender que estaba en lo cierto.

Pero, fuera como fuera, Lottie olvidó sus problemas amorosos cuando se acercó a Duncan Campbell y lo acompañó a su hogar, donde se encontraron con su padre, que había bebido más de la cuenta.

–¡Ah, señor Campbell... *Failte!* –dijo Bernt, tan amable como de costumbre.

Su padre era un hombre encantador en cualquier circunstancia y por muy grave que fuera el problema que tuvieran. Pero, lejos de responder de forma cortés a su saludo, Campbell se giró hacia ella y dijo con brusquedad:

–Márchese, señorita Livingstone. La conversación que vamos a mantener no sería apropiada para sus oídos.

Lottie estuvo a punto de decir que él no era quién para ordenarle que se marchara, pero su padre intervino antes de que pudiera abrir la boca.

–Hazle caso, Lottie. Vuelve a la fiesta.

Duncan Campbell y el señor MacColl salieron de la casa al cabo de un buen

rato y regresaron a su embarcación, aparentemente satisfechos. Y, como era lógico, Lottie, Duff y MacLean quisieron saber lo que había pasado.

–Ha venido a hablar de la renta –respondió su padre, sacando un botellón de whisky que había escondido–. Le he dicho que aún no tenemos el dinero, pero que lo tendremos pronto.

–¿Y qué ha dicho él? –se interesó su hija.

–Que cuándo lo tendremos.

–¿Y qué has dicho tú? –insistió.

–Que dentro de un mes.

A Lottie se le encogió el corazón, porque sabía que era imposible que lo tuvieran para entonces. Pero su padre le restó importancia.

–No te preocupes, *Lot*. Ya se nos ocurrirá algo. Además, cualquier cosa sería mejor que lo que ha sugerido.

–¿Qué ha sugerido?

–Que acepte la oferta de matrimonio de MacColl y te cases con él.

Lottie soltó un grito ahogado.

–¿Por qué te extraña tanto? –prosiguió su padre–. Eres la mujer más guapa de todas las Tierras Altas, y no hay un solo hombre que no esté loco por ti. ¿Verdad, Robert?

MacLean se puso rojo como un tomate.

–Pero le he dicho a Campbell que, por muchos hombres que te pretendan, ninguno conseguirá nada porque te han partido el corazón.

–¡Padre! –exclamó Lottie en tono de protesta–. ¿Cómo se te ocurre decir eso? A mí no me han partido el corazón.

–Sea como sea, Campbell ha insistido en que te cases con MacColl, quien a su vez se ha mostrado dispuesto a pagar lo que debemos, a supervisar nuestras actividades y a resolver todos los problemas de la isla.

–Pues son muchos problemas –ironizó Duff.

–Creo que me estoy poniendo enferma –dijo Lottie, sentándose.

–A decir verdad, siempre he admirado a Edwin MacColl –continuó su padre–. Es un tipo listo. Pero, por suerte para ti, tengo un plan.

Lottie se armó de valor. Lo conocía muy bien, y sabía que sus planes terminaban siempre de forma desastrosa.

–¿Qué se te ha ocurrido ahora?

–Os lo contaré en seguida –respondió su padre, echando un trago–. Campbell cree que ha acabado conmigo, pero se equivoca. ¿Sabéis lo que ha dicho? Que soy un hombre poco práctico.

–¡Cómo se atreve! –bramó MacLean, ofendido.

–Ha mencionado los hornos de cal y los telares de lino –replicó, refiriéndose a dos de sus fracasados proyectos.

Lottie sacudió la cabeza. Bernt era un hombre caprichoso que se dejaba arrastrar frecuentemente a proyectos que esquilaban las arcas de su clan. Tanto era así que, cuando ella era una niña, hubo quien consideró la posibilidad de elegir a otro jefe; pero los Livingstone adoraban sus tradiciones y, como Bernt era el nieto de Vilhelm, el barón danés que había fundado el clan y huido a Lismore durante la guerra con Suecia, lo mantuvieron en su puesto.

Y ahora estaba herido, completamente indefenso. No se parecía nada al líder firme y seguro que les había hablado de su plan aquella noche.

Como tantas veces, Lottie se acordó de su madre y la extrañó. Había sido un gran contrapeso de las ocurrencias de su esposo. Llevaba muerta más de diez años, pero el tiempo transcurrido no le había hecho olvidar lo que le dijo en su lecho de muerte, cuando la llamó a su lado:

–Tu padre te va a necesitar, *leannan*. Y también te van a necesitar tus hermanos. Estarás tan ocupada que, a veces, te parecerá que no eres dueña de tu propia vida; pero tienes que prometerme que no te traicionarás a ti misma.

–¿Traicionarme? –preguntó ella, confundida.

–Prométeme que no olvidarás lo que quieres, lo que verdaderamente deseas. Te mereces lo mejor. Habrá momentos en que no lo creerás posible, pero tu vida es tuya. ¿Lo comprendes, Lottie? ¿Entiendes lo que quiero decir?

–Sí, *mor*.

Lottie no dijo la verdad. No entendió sus palabras hasta mucho después y, cuando las entendió, ya había asumido más cargas de las que podía soportar. Su madre, que murió junto al bebé que intentaba dar a luz, tenía razón.

Lamentablemente, Lottie nunca había estado a su altura en lo tocante a Bernt. Hacía lo posible por mantenerlo a raya, pero no lo conseguía. Y, aunque lo quería con toda su alma, empezaba a estar harta de su temperamento impetuoso e irreflexivo.

¿Qué iba a hacer ahora? No tenía ni idea. Estaban entre la espada y la pared, y todo por culpa de aquel maldito whisky; por culpa de Duncan Campbell, quien la noche del *Sankt Hans* lo acusó de dedicarse al contrabando.

–Por supuesto, lo he negado –les dijo entonces–, aunque no ha servido de mucho. Se ha puesto pesadísimo con las sanciones por no pagar los impuestos de la Corona, y ha añadido que su clan es el único que tiene permiso para vender whisky y que, si quiero librarme de esta, será mejor que te cases con MacColl.

–¿Y tú qué has dicho? –se interesó Duff.

–Le he deseado buena suerte –respondió, soltando una carcajada a la que no se sumó nadie–. ¡Oh, vamos, no os preocupéis tanto, que no pasa nada! Y, por otra parte, la oferta de MacColl no carece de interés. Tiene una casa muy bonita, de doce habitaciones.

–Como si tiene cuarenta –replicó su hija–. ¿Crees que me voy a casar con él por vivir en un lugar más grande? ¡Es más viejo que tú! Ni siquiera podría darme hijos.

–No te pongas así, que solo lo he dicho porque tienes derecho a saberlo –declaró él con jovialidad–. Eres mi única hija, y solo te entregaría a ese carcamal si tú lo quisieras. Además, mi plan solucionará nuestros problemas.

El plan de Bernt consistía en vender el whisky que destilaban en Orban, al otro lado del lago de Lismore. Al parecer, había conocido a un escocés que comerciaba con licores y, como el whisky ilegal tenía un gran margen de beneficios, se había ofrecido a asociarse con él.

Al saberlo, Lottie perdió la paciencia con su padre. Permitir que todos los Livingstone estuvieran al tanto de su negocio era una cosa; pero asociarse con desconocidos, era otra bien distinta. Ya no le extrañaba que Campbell hubiera empezado a sospechar. Obviamente, alguien se había ido de la lengua.

–Como es lógico, el escocés en cuestión se llevará una pequeña parte de los beneficios –continuó él–. Es lo justo, ¿no?

–¿A cuánto asciende esa pequeña parte?

–Al veinte por ciento.

Ella lo miró con tanto horror como Duff y MacLean.

–¿El veinte?

–Es una oportunidad, Lottie.

–¡Es un robo, padre! –bramó–. ¡Por el veinte por ciento, podríamos cenar con el rey de Inglaterra! ¡Y, por si eso fuera poco, ahora hay un escocés que sabe lo que hacemos y que lo irá contando por todo Oban!

–No podemos vender el whisky en Escocia –intervino Duff–. Los Campbell están por todas partes. Se enterarán y nos meterán en prisión.

Lottie miró a su padre con rabia. Le había dicho mil veces que compraran ovejas y se dedicaran a vender lana, pero él se había empeñado en dedicarse al peligroso e inseguro negocio de destilar whisky.

–No te enfades conmigo, Lottie. Tengo rentas que pagar, y muchas bocas que alimentar. ¿Qué quieres que haga?

Ella respiró hondo. Una vez más, estaba obligada a intervenir para evitar que

su padre los llevara al desastre. Pero, ¿cómo salir de ese lío?

La respuesta se le ocurrió al cabo de unos segundos.

–Duff tiene razón. No podemos vender el whisky en Escocia, porque los Campbell se darían cuenta. Sin embargo, lo podemos vender en otro sitio –dijo.

–¿Dónde? ¿En Inglaterra? –preguntó su padre, esperanzado.

–No. Inglaterra también está infestada de Campbell.

–Entonces, ¿qué propones?

Lottie llevaba una temporada sin pensar en Anders Iversen y su desafortunado romance veraniego, pero rompió su costumbre porque era la única persona que los podía ayudar, la única a la que podían acudir.

–Iversen es contable de la Compañía de Copenhague en Aalborg, que comercia con licores. Y, si no recuerdo mal, su padre es supervisor –respondió–. Si se lo pedimos, podemos vender el whisky a través de su empresa.

–Es cierto. Comercian con licores y tabaco –dijo Duff–. Has tenido una gran idea, Lottie. Al fin y al cabo, la mitad de los isleños procedemos de Aalborg.

–Solo falta por saber si está dispuesto a ayudarnos.

–Por supuesto que lo estará –afirmó Duff.

–¿No se os olvida un pequeño detalle? –preguntó MacLean–. Aalborg está en Dinamarca. ¿Cómo llevaríamos el whisky?

–En barco –dijo Lottie–. En el *Margit*.

–¿En el barco de Gilroy Livingstone? ¡Es poco más que un bote! –protestó MacLean.

–No digas eso delante de él –le recomendó Bernt–. Es un gran capitán, y se enorgullece mucho de su balandro... Espléndida idea, Lottie.

Lottie pensó que no era una idea espléndida, sino una surgida de la desesperación. Llevaba un año sin hablar con Anders, que se había ido de Lismore y, en cuanto a su padre, ni lo conocía en persona ni le constaba que siguiera vivo.

–El viaje saldría caro, pero tendríamos nuestro porcentaje habitual de beneficios –replicó ella.

–¿Y qué pasa con el padre de Anders? –preguntó Duff.

–Estoy seguro de que Anders estará encantado de presentarnos si Lottie se lo pide –dijo MacLean.

–Eres tan inteligente como guapa –declaró Bernt–. No hay un hombre en esta isla que te merezca, *leannan*. Iremos todos, con Mats, Drustan y una tripulación decente. Pero tenemos que mantenerlo en secreto, ¿eh? Cuantos menos lo sepan, mejor.

A Lottie le pareció un comentario de lo más irónico para un hombre tan dado a decir lo que no debía. Sin embargo, quiso creer que podía convertir una mala decisión de su padre en una buena.

Y se equivocó, como los hechos demostraban.

Ahora, se arrepentía de haber tenido esa idea. Jamás habría imaginado que los atacarían unos piratas y que terminarían asaltando el barco de un hombre inocente. Se sentía terriblemente culpable.

Una vez más, miró al capitán del *Reulag Balhaire*, que seguía inconsciente. Era una pena que lo hubiera conocido en esas circunstancias. Le habría gustado estar bien vestida, y entablar una conversación sobre sus viajes. Le habría gustado coquetear con él. Le habrían gustado muchas cosas que, habida cuenta de lo sucedido, eran absurdas.

Bajó la cabeza y cerró los ojos, intentando reprimir las lágrimas. Tenía que reflexionar y encontrar el modo de sacarles de ese lío sin terminar de mala manera. Pero no podía pensar con claridad. Estaba muy asustada.

Capítulo 4

Fue el oleaje lo que la despertó, el familiar balanceo de un barco en mitad de una tormenta, la necesidad de cambiar las velas.

Al principio, estaba desorientado. Le dolía la cabeza, y tenía seca la garganta. Pero, poco a poco, empezó a ser consciente de la lluvia que caía y de las olas que azotaban salvajemente el casco y el castillo de proa.

¿Quién estaba al timón?

Aulay intentó levantarse, pero le habían encadenado un pie a la mesa, que estaba clavada al suelo. También le habían atado las manos y, para empeorar la situación, le habían puesto una mordaza que le hacía daño. No recordaba gran cosa de lo sucedido. Solo sabía que la mujer le había pegado una patada y que, a tenor de las marcas que tenía en la muñeca, había intentado soltarse de sus ataduras.

Algo menos mareado, parpadeó y miró los objetos del camarote, desde sus cuadros hasta sus libros. Todo era absolutamente familiar; todo, menos la joven dormida que estaba a la mesa, con la cabeza apoyada en los brazos. Su precioso cabello había tenido el efecto del canto de una sirena. Lo había engañado como a un tonto, pero ya se encargaría él de que aquellos piratas terminaran en el patíbulo, aunque habría preferido matarlos con sus propias manos.

¿Dónde estaría su tripulación?

Volvió a mirar a la joven, preguntándose cómo era posible que hubiera sido tan estúpido. Era un hombre adulto, pero su sentido común había saltado por la borda cuando subió al barco y la vio. Se había quedado hechizado con su belleza. Se había quedado absorto al ver la cremosa piel de sus muslos. Había olvidado todo lo demás, y se había comportado como un adolescente, cometiendo un error intolerable.

Mientras lo pensaba, el barco se inclinó hacia estribor de forma tan violenta que intentó despertar a la durmiente, sin éxito. La mordaza le impedía gritar, y el

aullido del viento apagó el débil sonido que salió de su garganta.

Al ver que habían dejado sus botas a escasa distancia, se acercó tanto como pudo, estiró su pierna libre y les pegó una patada para hacer ruido, pero la joven no se despertó. Luego, vio los objetos e instrumentos de navegación que estaban sobre la mesa y la golpeó con todas sus fuerzas, tirándolos al suelo.

Esta vez, ella soltó un grito ahogado, alzó la cabeza y se le quedó mirando como si no recordara quién era. Pero su perplejidad duró poco, y enseguida se levantó y se apartó de Aulay con la evidente intención de ponerse lejos de su alcance.

El barco cabeceó bruscamente en ese momento, lanzándola contra uno de los mamparos. Cualquiera se habría dado cuenta de que la persona que estaba al timón no era un marino experto. Si seguían así, se hundirían irremediabilmente y, como Aulay no tenía otra forma de comunicarse, se giró hacia los objetos caídos, alcanzó la pluma y la tinta y escribió en un mapa: *las velas*.

Ella se apartó un mechón de la cara, clavó en él sus preciosos ojos azules y, a continuación, intentó leer lo escrito sin acercarse. Y, por supuesto, no lo consiguió.

–Sé lo que estará pensando, pero esto no es lo que parece –dijo.

Aulay pensó que era la criatura más ridícula del mundo. ¿Que no era lo que parecía? Lo había atado y se había quedado con el *Reulag Balhaire*. Lo había apartado de su tripulación, que sin duda estaría presa. Era exactamente lo que parecía. Era un acto de piratería en toda regla. Pero ahora tenía problemas más graves, como se demostró de nuevo cuando otro golpe de mar la arrojó sobre el camastro del hombre herido.

–No tenemos intención de robarle su barco –continuó ella, incorporándose–. Le doy mi palabra.

Él arqueó una ceja con incredulidad.

–Cuando lleguemos a puerto, se lo devolveremos.

Si Aulay hubiera podido hablar, habría dicho algo poco caballeroso. Sin embargo, sus absurdas excusas no eran tan importantes como la situación en la que se encontraban, así que movió la cabeza hacia el mapa con insistencia.

–No me mire de esa forma –dijo, sin comprender lo que pretendía–. Sé que estará enfadado, pero le aseguro que yo lo lamento tanto como usted. Nos estábamos hundiendo, y no hemos tenido más remedio que apropiarnos de su embarcación. Nuestra misión es tan urgente que no admite demora... aunque eso no alivia mis remordimientos.

Aulay quiso estrangularla. Por lo visto, lo había tomado por un idiota.

–Además, mi padre está gravemente herido y, como solo teníamos un bote, la mitad de mi tripulación se habría hundido con nuestro barco. Estábamos condenados. Hasta que apareció usted entre la niebla, como un ángel del cielo.

El barco volvió a cabecear, y ella estuvo a punto de caer sobre una silla.

–Su tripulación se ha portado bien, capitán. Estando inconsciente, no lo ha podido ver; pero se han resistido hasta el final –prosiguió–. Sin embargo, nosotros estábamos armados y, por supuesto, teníamos ventaja.

Aulay se acordó de que Beaty le había recomendado que se armaran y de que a él le había parecido innecesario, lo cual aumentó su enfado considerablemente. Y, cuando volvió a gritar, lo hizo con tantas ganas que hasta ella se dio cuenta.

–Oh, vaya, creo que quiere decir algo... Si le quito la mordaza, ¿promete que no gritará? A fin de cuentas, no le serviría de nada. Nadie lo oiría.

Aulay se estremeció. ¿Qué significaba eso de que nadie lo oiría? ¿Dónde estaba su tripulación? ¿Quién estaba al timón?

–Sí, supongo que nos odia por lo que hemos hecho –continuó ella, mirando sus ataduras.

Él la maldijo para sus adentros, deseando tomarla entre sus manos y arrancarle sus preciosos miembros; pero mantuvo la compostura con la esperanza de que le quitara de una vez la maldita mordaza.

–Es muy alto, ¿no? –comentó ella, acercándose–. Incline la cabeza, por favor.

Aulay la inclinó, y su captora se aplicó a la tarea de desatarle el nudo, proceso durante el cual le rozó reiteradamente la nuca y el cabello. Momentos después, la mordaza cayó al suelo y, tras toser varias veces, él dijo:

–¿Quién está al timón? ¿Alguno de mis hombres?

–No –respondió ella, apartándose con rapidez.

–Entonces, ¿quién? ¡Hay que arrizar las velas!

–¿Cómo? –preguntó mientras servía agua en una taza.

–Si no las arriza, nos hundiremos. Será mejor que llamen a mi primer oficial. Se llama Beaty, y sabe navegar hasta en la peor de las tormentas.

Ella se acercó con la taza que acababa de servir, pero el barco se alzó con brusquedad y la mitad del agua acabó en el suelo. Aunque eso no fue tan problemático como lo que sucedió después, cuando el barco descendió del mismo modo y la arrojó a los brazos de su prisionero, del que se apartó como si su contacto le quemara.

–¿Me ha oído? Si no llama a Beaty, nos hundiremos –insistió él.

–No lo creo. Gilroy, nuestro capitán, es un buen marino.

Ella intentó llevar la taza a los labios de Aulay, quién aprovechó la ocasión

para agarrarla del cuello. Tenía las muñecas atadas, pero nada impedía que apretara los dedos y le quitara la vida; nada, salvo su voluntad.

–Podría matarla ahora mismo –dijo él, enfadado–. ¿No se da cuenta de que nos sacudimos de un lado a otro como un barco de juguete? Su capitán no sabe navegar. Si no quiere que nos hundamos, ponga a Beaty al timón.

–Suélteme, o le volaré la cabeza –le amenazó ella, sacando un arma.

–Haga lo que dice, capitán –intervino el hombre del camastro–. Hablaremos con su primer oficial y lo pondremos al mando.

Ni Aulay ni ella se movieron. Los dos parecían decididos a mantener su apuesta. Pero, al cabo de unos segundos, él aflojó los dedos y ella bajó su arma, que resultó ser una pequeña pistola de duelo.

–¿Cómo estás, padre?

–Tan mal como un caballo de tres patas –respondió el herido–. Y ahora, ve a buscar a ese Beaty. Gilroy es un buen hombre, pero no está acostumbrado a navegar en alta mar, y nunca ha capitaneado un barco como este.

Ella miró a Aulay, dudó un momento y, a continuación, salió del camarote.

–Mi hija no tiene la culpa de lo que ha pasado –continuó su padre–. La culpa es mía.

–Es de todos ustedes, y los colgarán por ello.

El herido no dijo nada, y Aulay no tuvo más remedio que limitarse a esperar. Oyó voces en el exterior, pero el fragor de la galerna era tan terrible que no pudo oír lo que decían. Y pocos minutos después, el barco dejó de sacudirse con tanta violencia, de donde dedujo que la tormenta estaba amainando o que Beaty estaba al timón.

La joven volvió al camarote, cerrando la puerta al viento y la lluvia. Se había empapado de tal manera que el vestido se le había pegado al cuerpo, acentuando sus voluptuosas curvas. Pero aún llevaba la pistola de duelo.

La recién llegada se dirigió al camastro y puso una mano en la frente de su padre.

–Tienes fiebre.

–Sí, me siento como si la anciana señora MacGuire me hubiera pegado una patada en la cabeza –bromeó él.

–Estás sangrando otra vez. Iré a buscar a Morven.

–Déjalo en paz, cariño. Le necesitan en cubierta y, por otro lado, no podría hacer más de lo que ha hecho. Pero si puedes darme otro trago de su brebaje...

Ella llevó una mano al bolsillo del vestido, sacó una ampolla marrón y le dio a beber parte de su contenido.

–Queda muy poco –le informó, preocupada.

–Bueno, los Livingstone somos gente dura –declaró, restándole importancia–. Sobreviviré.

Por su tono de voz, Aulay supo que se encontraba peor de lo que decía, aunque su estado de salud le importaba muy poco. A fin de cuentas, era uno de los piratas que habían tomado el *Reulag Balhaire*.

Más tranquilo con el barco, que ahora cabalgaba sobre las olas en lugar de estrellarse contra ellas, se dedicó a admirar el largo y elegante cuello de la joven y la suave curva de sus hombros. Era muy bonita; seguramente, la mujer más bonita que había visto nunca.

Mientras la admiraba, pensó que acabaría en el patíbulo y se volvió a enfadar con ella y consigo mismo, por haber permitido que le robaran su barco. Pero tenía que mantener el aplomo. Tenía que convencerla de que lo desatara.

Su padre se quedó dormido, y ella se acercó a la mesa, donde se quitó las botas, se escurrió el agua del pelo y se lo recogió en la nuca. Luego, se sentó en una silla y, sin vergüenza alguna, se levantó las faldas y se empezó a bajar una de las medias.

Aulay se quedó fascinado con la belleza de sus piernas. Había conocido a muchas mujeres valientes, pero ninguna tan audaz como esa Livingstone, si es que se apellidaba así. Se había hecho con el control de su barco, le había puesto una pistola en la cabeza y ahora, por si fuera poco, se desnudaba delante de él.

Al darse cuenta de que se la estaba comiendo con los ojos, ella lo miró con recriminación; pero él se encogió de hombros y dijo:

–Si no quiere que mire, no haga eso. ¿Qué espera que haga?

–¿Esperar? Ya no espero nada –respondió, bajándose la otra media–. Esperaba que este viaje saliera bien, y mire lo que ha pasado.

Aulay intentó apartar la vista de sus piernas desnudas, y fracasó.

–¿Quién está al timón?

–Su primer oficial –dijo de mal humor–. No quería gobernar la embarcación. Me ha insultado delante de todo el mundo, y se ha mantenido en sus trece hasta que ha entendido que no era una orden mía, sino de su propio capitán. E incluso así, he tenido que jurarle y perjurarle que usted se encontraba bien.

–¿Y el resto de mis hombres?

–Su tripulación está perfectamente. Enfadados, pero a salvo.

–¿Nadie está herido?

–No, bueno... tres salieron mal parados, pero no es gran cosa. Huesos rotos y cosas así.

Para sorpresa de Aulay, ella se levantó entonces de la silla y, tras quitarse el vestido, lo dejó tranquilamente a un lado. Ahora estaba descalza y sin más prendas que unas enaguas, un corset y una camisa tan fina que casi se veían sus senos.

–¿Se puede saber qué diablos está haciendo? –preguntó él con incredulidad.

No lo podía creer. Se estaba desnudando como si fuera lo más natural del mundo, y sin ningún tipo de intenciones románticas. Nunca había visto nada parecido.

–Quitarme la ropa, claro –contestó ella con una sonrisa–. Está empapada y, si me la dejo puesta, caeré enferma.

Aulay no lo pudo evitar, y volvió a caer en la tentación de admirar su deliciosa figura.

–No me mire así –protestó ella.

–¿Y qué va a hacer si la miro? ¿Sacar otra vez la pistola y ponerme de cara a la pared? –protestó Aulay.

Ella se ruborizó y cruzó los brazos por debajo del pecho, enfatizando aún más las redondas formas de sus senos.

–Por Dios... –dijo él, suspirando–. Póngase mi casaca. Está en uno de los ganchos de la pared.

Ella se giró hacia el gancho en cuestión, pero no se movió.

–No, gracias.

–No sea tan obstinada, que está temblando de frío. Póngasela –insistió.

–Está bien, me la pondré. Es muy amable de su parte.

–No es ninguna amabilidad. Quiero que esté sana cuando la ahorquen.

Ella alcanzó la casaca y se la puso por encima de los hombros.

–¿Ahorcarme? ¿Por qué, si le devolveremos su barco? Lo hemos tomado prestado, por así decirlo.

–Ahórrese sus palabras. Ya tendrá ocasión de hablar con el juez.

–Ah, dice eso porque su orgullo está herido. Bueno, es comprensible.

Aulay pensó que su orgullo no estaba herido, sino destrozado. Aquella mujer lo había humillado por completo.

–¿Dónde aprendió a pegar patadas? –preguntó, recordando la que le había dado.

–Ni siquiera sabía que supiera pegarlas –le confesó, encogiéndose de hombros–. Supongo que el miedo te da fuerzas.

–Te da fuerzas o te convierte en un idiota –declaró él.

Justo entonces, la joven se giró hacia los lienzos que Aulay había colgado en

uno de los mamparos.

–¿Los ha pintado usted?

–Sí.

Aulay los miró. Eran dos paisajes; el primero, del océano Atlántico y, el segundo, de la costa de Cádiz desde la proa del *Reulag Balhaire*. Llevaba toda la vida pintando, aunque no solía sacar sus cuadros del camarote, porque temía que su temperamento artístico lo alejara un poco más de sus hermanos, Cailean y Rabbie.

Cuando eran niños, ellos practicaban con la espada y él, con los pinceles, lo cual disgustaba a su padre. Arran le decía una y otra vez que dejara la pintura a las mujeres, y las intervenciones de Margot, que siempre defendía el carácter sensible de su hijo pequeño, no contribuían a mejorar las cosas. A fin de cuentas, el patriarca de los Mackenzie no necesitaba hombres sensibles, sino guerreros.

Sin embargo, él había seguido pintando de todas formas. Necesitaba pintar. Era algo que llevaba dentro y, como nadie apreciaba su pasión, había optado por mantenerla prácticamente en secreto.

–No hay personas en ellos –comentó la joven.

–Porque son paisajes marinos –replicó él.

–¿Siempre pinta lo mismo? ¿Siempre el mar?

Aulay suspiró.

–El mar no es siempre el mismo, señorita. Si se fija, verá que el tono de los cuadros es diferente.

–Sí, ya lo veo. Uno es más azul que el otro. Pero sigue siendo el mar.

–Tenga cuidado con lo que dice –le advirtió.

Ella se apartó de los cuadros colgados y se puso a mirar el resto de los lienzos, que estaban apoyados en el mamparo.

–Pues sí, todos son iguales –dijo.

–El mar nunca es igual –declaró él, exasperado–. Cambia constantemente. A veces, de forma brutal y a veces, casi imperceptible. Aunque no recuerdo haberle dado permiso para inspeccionar mis cosas.

Ella alzó las manos en gesto de rendición.

–Está bien... pero yo tenía razón. No hay personas en sus lienzos. Ni siquiera hay barcos.

–Lo que me faltaba por ver. ¡Ladrones con sensibilidad artística!

–Nosotros no somos ladrones. Si no hubiéramos estado en una situación desesperada, no habríamos aceptado su barco ni aunque lo hubiera envuelto como un regalo.

Aulay bufó.

–Si no son ladrones, ¿qué son?

–Eso no importa.

–Por supuesto que importa. Y no crea que va a salir de esta con bien. Sé cómo se llama. Oí que la llamaron *Lottie* cuando subieron a bordo, y su propio padre se ha jactado hace un rato de la entereza de los Livingstone. Usted es no es lady Larson, sino Lottie Livingstone.

Ella no dijo nada.

–Dígame la verdad –continuó Aulay–. ¿Qué son, piratas? ¿Quieren quedarse con mis mercancías?

–¿Piratas? –dijo ella, soltando una carcajada–. Si fuéramos piratas, seríamos los más incompetentes de la Tierra.

–Entonces, ¿por qué me han robado el barco?

Ella suspiró y sacudió la cabeza.

–No le hemos robado nada. He sido sincera con usted, capitán Mackenzie. En cuanto lleguemos a puerto, le devolveremos su propiedad y podrá seguir tranquilamente con sus negocios –dijo con una mezcla de esperanza y desesperación, como si intentara convencerse a sí misma–. Le doy mi palabra.

–No es posible que sea tan inconsciente. ¿Piensa que voy a permitir que se vayan sin haber recibido el castigo que merecen?

La joven miró a su padre con tristeza y dijo:

–¿Y qué puedo hacer?

–¿Cómo?

Ella se volvió a girar hacia Aulay.

–Me vendría bien su consejo, capitán.

–¿Mi consejo? –preguntó, atónito.

–No sé qué hacer. Ni siquiera sé cómo hemos terminado en esta situación –declaró–. Y como usted es un hombre de mundo...

–¿Me está pidiendo ayuda? –dijo, sin salir de su asombro.

Ella frunció el ceño.

–No, claro que no... pero estoy con el agua al cuello, y me vendría bien un consejero. Ya se habrá dado cuenta de que no estoy rodeada precisamente de genios.

Aulay pensó que él era el menos apropiado para dar consejos a nadie, teniendo en cuenta que estaba amordazado y encadenado a una mesa. Pero también pensó que la petición de la desconcertante joven podía jugar a su favor, así que le siguió la corriente.

–¿Adónde van?

–A Aalborg.

–Dinamarca...

–Sí.

–¿Por qué?

–Porque tenemos algo que vender.

–¿Y de qué se trata? ¿De mis mercancías?

–¡No! –exclamó, ofendida.

–Entonces, ¿qué quieren vender? Es extraño que solo puedan venderlo en un pequeño puerto de Dinamarca –observó Aulay–. ¿Qué pretenden? ¿Hacerse ricos con la lana y la carne que llevamos en la bodega?

–Por Dios, sus cosas siguen estando donde estaban. No las hemos tocado, aunque...

–¿Aunque?

–Parte de la lana se ha perdido porque...

–¿Por qué? –insistió Aulay.

–Porque mis hombres se pusieron a discutir sobre lo que debíamos hacer con sus mercancías –le confesó–. Y ya habían tirado varios fardos por la borda cuando les detuve.

–Oh, no –dijo, desesperado.

–Compréndalo. Estaban muy asustados. Nuestro barco se estaba hundiendo, y teníamos que actuar con rapidez.

–¿Han traído su cargamento a mi barco? ¿Qué es? ¿Qué demonios es?

–¡Calle! –dijo, moviendo la cabeza hacia el camastro.

–¿Son traficantes de esclavos?

–¡Por supuesto que no!

–Pues hable de una vez, señorita.

–Son cosas... cosas normales.

–Mentirosa –dijo con frialdad–. Si fueran cosas normales, no se verían obligados a venderlas en un puerto extranjero. Y su moribundo padre no habría insistido en que siguieran adelante a toda costa.

–¡Mi padre no se está muriendo!

–¿Qué llevan a Aalborg? –la presionó.

–Eso no es asunto suyo.

–¡Claro que lo es! ¡Estamos en mi barco, y necesito saber lo que llevo! Aunque no es necesario que me lo diga, porque reconozco a los traficantes de whisky ilegal en cuanto los veo –replicó–. No saben lo que han hecho, señorita.

El barco al que dispararon era inglés.

–¡Ellos nos dispararon primero! –se defendió.

–Mire, no tengo nada en contra de su negocio. No son los primeros que comercian con whisky a espaldas de la Corona inglesa. ¡Pero son los primeros que tiran mi mercancía para meter sus barriles!

–No la han tirado toda. La mayor parte sigue donde estaba.

–*Mi Diah...* –dijo él, derrotado.

¿Qué podía hacer? Su familia sabía mucho de contrabando, porque se habían visto obligados a practicarlo por culpa de los impuestos de la Corona, que ahogaban a los clanes escoceses. Pero nunca habían tirado la mercancía de otro para poner la suya. Y, si incumplía el contrato con William Tremayne, su familia perdería unos ingresos que necesitaba con urgencia y él tendría que vérselas con su decepcionado y enfadado padre.

–Ayúdeme, por favor –repitió ella–. Se lo ruego.

–¿Quiere que ayude a los piratas que me han quitado el barco?

Ella gimió.

–¿Cómo quiere que se lo diga? ¡Se lo devolveremos cuando lleguemos a Aalborg!

Aulay la miró y trazó un plan rápidamente.

–Si tenemos que llegar a Aalborg, necesitaremos a mi tripulación. Llame a Beaty y dígame que venga, para que pueda trazar un rumbo.

Aulay sabía que Beaty no necesitaba trazar ningún rumbo. Sabía navegar sin más ayuda que las estrellas; y, conociéndolo, hasta había la posibilidad de que los estuviera llevando en dirección contraria. Pero quería que la joven lo dejara entrar en el camarote.

–No sé...

–¿Qué ocurre? ¿Tiene miedo de que viremos, los devolvamos a Escocia y los entreguemos a las autoridades?

–Usted no haría eso. No se puede arriesgar a que su barco termine en manos de los ingleses. Si ven que hay whisky a bordo, pensarán que son tan culpables como nosotros –alegó, mirándolo a los ojos–. Llevarnos a Aalborg es la única solución.

Aulay pensó que era tan inteligente como bella. Pero también era asombrosamente ingenua, y estaba decidido a aprovechar su desventaja.

–Sí, eso es verdad –dijo, alzando las manos–. Desátame y la ayudaré.

Ella se acercó, y Aulay pudo ver las motas grises de sus preciosos ojos azules, que le incomodaron como sus succulentos labios. ¿Cómo era posible que ardiera

en deseos de besarla? Aquella mujer lo había agraviado y había puesto en peligro a su tripulación. ¿Sería un efecto de los golpes que había recibido?

Fuera como fuera, Lottie pareció darse cuenta de lo que estaba pensando, porque le dedicó una sonrisa descarada y se apartó de nuevo.

–No puedo negar que le necesito, capitán –dijo, causándole un estremecimiento–. Pero no me tome por tonta.

Justo entonces, ella metió los brazos en las mangas de la casaca que se había puesto por encima de los hombros y se la abrochó. Luego, alcanzó su pistola y se la metió en un bolsillo antes de calzarse.

–Me voy. Hay hombres a los que alimentar, y mi padre necesita un vendaje nuevo –anunció.

–Si quiere que la ayude, envíeme a Beaty –replicó él, comprendiendo que lo iba a dejar encerrado.

Lottie salió del camarote y cerró la puerta.

Segundos después, Aulay oyó que empujaba algo pesado para bloquear la salida; con toda seguridad, un barril o una caja.

No, no era ninguna tonta.

Pero él tampoco lo era.

La ayudaría, sí. Concretamente, a acabar en manos de las autoridades.

Capítulo 5

A Lottie no le importó que la lluvia le golpeará la cara, dificultando su visión. Se dirigió a la barandilla, se aferró a ella y respiró a fondo un par de veces. Estaba tan alterada que coqueteó con la idea de arriar el bote y marcharse.

El capitán Mackenzie la había dejado sin aliento. Tenía los ojos más intensos que había visto en su vida, y una capacidad increíble de controlar sus impulsos. La miraba como si la quisiera estrangular, pero se había refrenado en todo momento, a pesar de lo sucedido.

Mientras recuperaba el aplomo, pensó en su sensual boca y en su largo cabello rubio, que llevaba recogido en una coleta. Le habría encantado que se lanzara sobre ella y la sometiera, aunque no para estrangularla. ¿Qué le estaba pasando? ¿Cómo podía desearlo? ¿Se habría convertido en una especie de perversa? No lo sabía, pero había algo indudable: que necesitaba el consejo de un hombre como él.

—¡Lottie!

Ella se giró al oír la voz de Drustan, que parecía preocupado.

—¿Qué ocurre, *mo chridhe*?

—Que no sé qué hacer. Mats me ha pedido que suba con él al mástil, pero no tengo intención de subir ahí.

Lottie alzó la mirada. Mats estaba varios metros por encima de ellos, ayudando con las velas.

—Oh, Dios mío.

—Quiero ver a nuestro padre.

—Sí, lo comprendo —dijo ella, consciente de que Drustan tendía a sentirse perdido cuando las circunstancias cambiaban con rapidez—. Pero antes, tenemos que dar de comer a los hombres. Anda, ven conmigo.

Los dos hermanos se dirigieron al alcázar, frente al que montaba guardia Norval Livingstone. Dentro, Gilroy estaba discutiendo con el señor Beaty.

–¡Eso no se hace así! –exclamó el primero cuando entraron.

–¡No sabe lo que dice! –replicó el segundo.

Lottie carraspeó, y Gilroy se volvió hacia ella.

–No deberías salir a cubierta. ¡Mírate! Estás empapada.

Lottie hizo caso omiso del comentario.

–¿Ha puesto rumbo a Dinamarca? –preguntó a Beaty.

–¿Cree acaso que no soy capaz de ponerlo? –replicó el primer oficial de Aulay.

–Aunque lo sea, ¿por qué deberíamos confiar en usted? –intervino Gilroy.

–¿Confiar? Les recuerdo que son ustedes los que nos han robado el barco, aprovechándose precisamente de nosotros. Además, estoy al timón, ¿no? Y cualquiera se daría cuenta de que nos dirigimos al este.

Lottie, que no lo tenía tan claro, compartía la desconfianza de Gilroy; pero, por desgracia, también desconfiaba de sus propios instintos y del instinto del capitán del hundido *Magrit*. En mitad de la tormenta, no había forma alguna de saber si se dirigían a Dinamarca o a Escocia. Sin embargo, estaba segura de que Beaty no se arriesgaría a devolverlos a su patria, porque los ingleses los detendrían en cuanto los vieran. En su opinión, todos los habitantes de las Tierras Altas eran delincuentes.

–Bueno, me aseguraré de que los hombres coman –dijo ella, secándose la cara–. Y luego, llevaré al señor Beaty con su capitán, que quiere hablar con él.

–Lottie, no me parece sensato que...

–Tranquilízate, Gilroy –lo interrumpió–. Ven conmigo, Dru.

Drustan y ella bajaron a la bodega donde habían encerrado a la tripulación de Aulay. Olía a humedad y a pescado podrido, y estaba tan oscuro que la luz de su solitario farol casi no atravesaba las sombras. Al verlos, los hombres se pusieron a gritar al mismo tiempo, y Lottie intentó acallarlos con un grito.

–¡Silencio!

Evidentemente, no le hicieron caso. Hasta que Duff MacGuire pegó un silbido tan agudo que la mitad de ellos tuvieron que taparse los oídos.

–Les daremos de comer y todo lo que necesiten para... –empezó ella.

–¡Yo solo necesito que me suelten! –la interrumpió uno–. ¡Así no se puede ni mear!

–Como vuelva a hablar así delante de la señorita, le partiré la cara –lo amenazó Morven.

–¿Y qué quiere que digamos? –preguntó otro–. ¡Nos han atado las manos! ¡Así no se puede ni comer!

–¡Pues bien que se han comido el pan que les dimos antes! –declaró el señor MacLean.

–¡Basta ya! –exclamó Lottie.

Su intervención fue tan inútil como la anterior, así que sacó la pistola del bolsillo y disparó al techo, consiguiendo que todo el mundo se callara.

Tras unos instantes de sorpresa, uno de los Mackenzie dijo:

–¡Por Dios, quítenle el arma antes de que mate a alguien!

–No matará a nadie –afirmó Duff–. Dispara mejor que cualquiera de nosotros.

–¡Escúchenme de una vez! –dijo ella–. Sé que están enfadados. Todos los estamos, y les aseguro que lamentamos haberles puesto en esta situación.

–¡Es un acto de piratería! –protestó alguien–. ¿Qué han hecho con Beaty? ¿Dónde está el capitán Mackenzie?

–¡Queremos verlos! –gritó uno más.

Duff volvió a silbar y, tras conseguir de nuevo el silencio deseado, se giró hacia Lottie.

–No diga más, señorita. Estos bribones saben lo que hay. Se lo he dejado bien claro –declaró con grandilocuencia.

–¿Se puede saber por qué habla de esa manera, como si fuera un rey dirigiéndose a sus súbditos? –preguntó uno de los hombres.

–Quizá, porque tengo el honor de haberme formado como actor en el Goodman Fields Theatre de Londres.

–¿Cómo?

–¡En el teatro, ignorante! –se burló Duff.

–Bueno, bueno, ya está bien... –dijo Lottie–. Les daremos de comer. Y tienen mi palabra de que el señor Beaty bajará dentro de un rato, para que comprueben que se encuentra bien.

–¿Y el capitán Mackenzie?

–El primer oficial hablará con él antes de bajar –respondió–. Me temo que seguirá encerrado hasta que lleguemos a nuestro destino; pero, hasta entonces, les ruego que se comporten como caballeros.

–¿Como caballeros? ¡Nos ha robado el barco!

–Sí, pero se llevarán una compensación por los problemas causados.

–Lottie... –dijeron Duff y MacLean al mismo tiempo.

–Se la llevarán –insistió ella–. Es lo justo.

–Hemos perdido seis barriles de whisky –le susurró MacLean.

–Y los perderemos todos si no andamos con cuidado.

–¿A cuánto asciende esa compensación? –se interesó uno de los Mackenzie.

–A un cinco por ciento sobre el salario que reciben de su capitán.

Los hombres de Lottie se quedaron tan atónitos como los de Aulay, lo cual le hizo pensar que había sido demasiado generosa; sobre todo, teniendo en cuenta que no sabía lo que cobraban. ¿Estaría cometiendo el mismo error de su padre, acostumbrado a hacer promesas que no podía cumplir? En cualquier caso, era verdad que le parecía lo justo. Y quizá fuera la única forma de convencer a los Mackenzie de que no tenían intención de quedarse con el *Reulag Balhaire*.

Además, ya no podía cambiar de opinión. Si la venta del whisky no daba para tanto, encontraría otra forma de compensarles. Siempre tendría la posibilidad de casarse con el señor MacColl, quien seguía en Lismore.

–¿Qué les podemos dar de comer? –preguntó a Duff.

–Tenemos pescado. Las sobras de ayer.

–¿Y cómo lo podemos hacer?

–De uno en uno y con cuidado –respondió Duff, quien puso una mano en el hombro de Drustan–. Pero, si alguien se porta mal, tu hermano le partirá la cabeza.

–No quiero partir la cabeza a nadie –protestó Drustan.

–Era una forma de hablar. No será necesario.

Lottie miró entonces a Morven y dijo:

–Mi padre necesita que le cambien el vendaje.

–Muy bien. Iré a buscar mis cosas.

–Y despreocúpate, Lottie. Drustan, MacLean y yo nos encargaremos de que todo vaya como la seda –dijo Duff, lanzando una mirada a sus cautivos.

–¡Bravo! ¡El maldito Shakespeare nos va a servir pescado! –ironizó uno de los Mackenzie.

Al volver a cubierta, Lottie se cerró más la pesada casaca de Aulay. La lluvia había dado paso a la niebla, pero la prenda estaba empapada. Habría dado lo que fuera por una cama y un baño de agua caliente que aliviara el frío de aquel día infausto y quizá, su atribulado corazón. Las cosas se habían complicado de tal manera que tenía la sensación de que ese viaje iba a ser el último de su vida.

Pero aún no estaban acabados. Seguían vivos. Seguían teniendo whisky. Y, como solía decir su madre, solo se trataba de dar un paso y, a continuación, dar otro; así que dio uno más, sacó la pistola y se dirigió otra vez al alcázar.

Norval no había dejado su guardia. Gilroy se había puesto al timón, y Beaty estaba junto al brasero, asando unos pedazos de pescado clavados en un palo.

Cuando la vio, el primer oficial del *Reulag Balhaire* se incorporó y dijo:

–¿Cómo le ha ido?

–Eso no importa. Acompáñeme.

–¿Con una pistola apuntada a mi cabeza? –preguntó, soltando una carcajada. Lottie le apuntó literalmente a la cabeza, para sorpresa suya y de Gilroy.

–No se preocupe por mi arma. No es para usted, sino para su capitán. Si me intentan traicionar, lo pagará caro.

Beaty miró la pistola, y ella se preguntó si se habría dado cuenta de que no estaba cargada. Solo tenía un tiro, y lo había gastado al disparar al techo de la bodega.

–Podría quitársela e inmovilizarla después con una sola mano.

–Pues inténtelo –dijo, aguantándole el farol.

Gilroy, que se había recuperado de su sorpresa, sonrió.

–Se lo dije, señor Beaty. No juegue con los Livingstone.

–¿Los Livingstone? ¿No se llamaban Larson? –se burló—. Y en cuanto a la señorita, debería tomarse las cosas con más calma. Se está arriesgando demasiado.

–Lo sé, pero no será usted quien complique más mi situación –dijo Lottie—. Vamos, empiece a caminar.

Beaty suspiró, salió del alcázar y continuó hasta el camarote de su capitán, con Lottie a su espalda. Sin embargo, no parecía intimidado por la pistola, y entró en la estancia con toda naturalidad, como si estuviera de paseo.

–¿Qué está pasando aquí? –dijo Bernt desde el camastro, intentando incorporarse.

–Sigue descansando, padre –replicó su hija—. Vamos a hablar de negocios.

Aulay, que estaba apoyado en uno de los mamparos, miró el arma de Lottie con humor.

–No habrá amenazado a mis hombres con esa pistolita de opereta, ¿verdad?

–Sí que lo ha hecho –dijo Beaty—. Me la ha puesto en la cabeza.

–Bueno, ya tiene a su primer oficial. Quería hablar con él, ¿no? Pues hable.

–¿Dónde está su tripulación? –preguntó Aulay, sin prisa alguna—. ¿No hay nadie que pueda sostenerle la pistola?

–No necesito que me la sostengan. Pero, ya que lo pregunta, están dando de comer a la suya –respondió ella.

–Pues baje el arma de una vez. Beaty hará lo que yo le diga. Venga, bájela.

–La bajaré cuando le ordene que haga lo que me ha prometido. No tenemos forma de saber si ha puesto rumbo a Dinamarca.

–¿Cómo que no? Hasta usted sabrá que el viento sopla del oeste y, como lo tenemos a popa, significa que viajamos hacia el este –dijo, añadiendo un par de

cosas en gaélico.

Lottie volvió a tener la sospecha de que la estaban engañando, y apuntó a la frente del capitán.

Aulay ni siquiera se inmutó. De hecho, la miró como si lo encontrara de lo más divertido. Pero Beaty se asustó e intervino rápidamente.

–¡Eso no es necesario! ¡No puede disparar a un hombre desarmado!

–Descuida. No dispararé –dijo Aulay–. Baje el arma, Lottie. Estamos perdiendo el tiempo.

–¿Ahora nos vamos a llamar por nuestros nombres de pila? –preguntó ella con sorna–. Como ya he dicho, la bajaré cuando le ordene que ponga rumbo a Aalborg y me convenza de que no nos quiere entregar a la Marina inglesa.

Aulay volvió a decir algo en gaélico y, aunque Beaty sacudió la cabeza como si no le gustara lo que había oído, Lottie sintió pánico. Solo conocía unas cuantas palabras del idioma escocés. Los Livingstone hablaban en inglés, sin más excepción que algunos de los ancianos, que se comunicaban en danés.

–En mi idioma! ¡Hablen en mi idioma! –protestó.

–Como quiera...

–Hagan lo que les pide –intervino Bernt–. Mi hija es tan buena tiradora como guapa.

Aulay volvió a pronunciar unas palabras en gaélico, y Lottie amartilló la pistola.

–Le pegaré un tiro. Juro que se lo pegaré –lo amenazó.

–Está loca –declaró Beaty, nervioso.

–¿Loca? ¿Que yo estoy loca? Sí, supongo que si usted fuera quien tuviera la pistola, nadie diría que está loco. Pero claro, usted es un hombre, no una mujer que...

–Tranquilízate, Lottie –dijo su padre.

–Vamos, Beaty, demuéstreme lo loca que estoy –insistió ella–. ¿Qué haría si estuviera en mi lugar, con un padre herido y una tripulación que no sabe nada de navegación?

–¡Si no quiere problemas, no se dedique a la piratería!

–No hay necesidad de que discutamos –declaró Aulay–. ¿No se ha parado a pensar que, si me pega un tiro, lo pagará caro? Mis hombres le obedecerán mientras yo esté con vida, pero si estoy muerto...

Lottie pensó que tenía razón. Si él moría, todos morían. Beaty era capaz de romperle el cuello, y su aventura terminaría de forma desastrosa. El capitán lo sabía perfectamente, y se había dado cuenta de que no tenía intención de

disparar. Pero su corazón se había desbocado de tal manera que, en lugar de bajar la pistola, dijo:

–Usted no me asusta, señor.

–¿Ah, no? –replicó él con una sonrisa, como si solo estuvieran jugando–. Pues dispárese.

–Antes de que dispares, podrías darme un trago de brandy –dijo Bernt súbitamente–. El brebaje de Morven no me ha aliviado el dolor.

–¿Cómo? –dijo su hija, desconcertada.

–Brandy –repitió–. Me vendría bien.

Lottie miró a Aulay Mackenzie, que suspiró y señaló un armario.

–La botella está en el estante de abajo.

Apuntando al capitán, y sin dejar de vigilar a Beaty, Lottie abrió el armario que le había mencionado. En su interior, había varias camisas, unos cuantos pantalones y una falda escocesa, además de una botella medio vacía de brandy, que sacó.

Beaty se giró entonces hacia su capitán y habló con él en gaélico.

–¡En mi idioma! –repitió ella.

Beaty alzó las manos.

–Necesito que me ayude con el rumbo –se excusó el primer oficial–. No tengo tan buena cabeza como él para los cálculos.

–Quédese donde está.

Lottie se acercó a su padre y le dio la botella.

–Eres un ángel. Gracias, *pusling* –dijo Bernt.

–Bueno, ¿va a bajar la pistola de una vez? –insistió Aulay–. Si no la baja, se le va a caer el brazo. No queremos que se lesione.

–Déjese de tonterías –protestó ella.

–Oye, Beaty, ¿cuál es el castigo por apresar a un capitán y amenazarle de muerte?

–La horca –respondió el primer oficial–. O pasarla por la quilla.

A Lottie se le hizo un nudo en la garganta.

–¿Lo ve, señorita? No debería haber sacado esa pistola.

Bernt, que ya había echado dos tragos de brandy, rompió a reír.

–El capitán es un tipo muy listo, Lottie. Te quiere poner nerviosa. No sabe que tienes más aplomo que cien hombres juntos... Pero no le hagas caso. Estás armada y al mando de su barco. Si quisieras, podrías pegarles un tiro y arrojarlos al mar sin peligro alguno, porque sus hombres no se atreverían a hacer nada.

Lottie miró a su padre con sorpresa.

–Por cierto, capitán –continuó Bernt–, su brandy es excelente.

–Me alegra que le guste –dijo Aulay–, aunque quizá se le esté subiendo a la cabeza. Tenga cuidado, caballero. No querría pasarlo por la quilla.

–Puestos a elegir, yo preferiría la horca –comentó Beaty.

–Muy bien, ya ha visto a su capitán –dijo Lottie–. Ahora, hable con sus compañeros y dígales que goza de buena salud. Como siga jugando con mi paciencia, se dará un paseo por esa quilla que tanto le disgusta.

–Hazle caso, Beaty, que no queremos terminar en el fondo del mar –dijo Aulay–. Aunque no sé cómo encontrarían Aalborg sin nosotros.

Beaty asintió y le dijo algo en gaélico.

–Venga, camine –ordenó Lottie.

Beaty abrió la puerta, y su captora lo siguió pistola en mano; pero, antes de salir, volvió a mirar al capitán, quien tuvo la audacia de sonreír con satisfacción.

Se estaba riendo de ella. Eso era lo que había conseguido al pedirle ayuda.

Capítulo 6

–Mi hija es de armas tomar. No he conocido a ninguna mujer como ella. Ni siquiera su madre, que en paz descanse.

Aulay estuvo a punto de decir que ella estaba como una cabra y que él no lo estaba menos, pero la puerta se abrió en ese momento y dio paso a tres hombres, capitaneados por esa especie de Goliat que lo había dejado sin sentido.

Sorprendido, quiso preguntar qué estaban haciendo allí y qué demonios le pasaba al gigante. Era tan grande como un granero, pero se puso a gemir al ver al padre de Lottie, que seguía en el camastro. En cambio, el joven que se detuvo a su lado miró al herido con circunspección, haciendo evidentes esfuerzos por disimular su dolor.

Aulay pensó que se parecía a él o, más exactamente, al joven que había sido. Tenía la inconfundible actitud de un hermano pequeño, siempre intentando agradar a sus mayores. Era el silencioso, el que estaba al margen. Era el que no llamaba la atención. Y le cayó bien de inmediato, porque había crecido a la sombra de dos guerreros que acaparaban el respeto de su padre y de dos hermanas que acaparaban su afecto.

El tercer hombre debía de ser el médico, porque examinó a Bernt y le empezó a quitar el vendaje de la zona abdominal. Naturalmente, el padre de Lottie quiso que le informaran sobre lo sucedido y, cuando el joven intentó hablar, el gigante se puso a llorar con desconsuelo.

Lottie volvió momentos después. El gigante la llamó por su nombre, y ella se le acercó y lo abrazó con dulzura, como una madre a un niño.

–Tranquilízate, Drustan –dijo Bernt, tomándolo de la mano–. Es una herida sin importancia.

Lottie se inclinó sobre la herida y, al verla más de cerca, soltó un grito ahogado.

–¿Qué pasa? –preguntó su padre.

–Nada, nada –se apresuró a responder.

–Os estáis asustando sin motivo –insistió Bernt–. Todas las heridas tienen mal aspecto. Verdad, ¿Morven?

–No, no todas.

–Oh, vamos... ¡Alegrad esas caras! ¡Me pondré bien! Además, el brandy del capitán está tan bueno que casi no siento nada.

Aulay se maldijo para sus adentros. Se estaba bebiendo la última botella de un carísimo brandy francés que Cailean y él habían llevado de contrabando a Balhaire.

–¿Queda algo? –preguntó el médico.

–Por supuesto que sí. Mats, pásale la botella.

–También necesitaré agua –añadió Morven.

Lottie llenó una jarra de agua y se la llevó. Luego, Morven echó el agua en la botella de brandy, arruinando definitivamente el licor, y puso una mano en la pierna de Bernt.

–Esto te va a doler –anunció.

Bernt gritó al sentirlo en la herida, y el gigante soltó un chillido tan agudo que el joven se tuvo que tapar los oídos con las manos.

–¡Por el amor de Dios, Drustan! ¡No hagas eso! –protestó.

–He preparado un caldo que te hará dormir –dijo Morven, ajeno a los hermanos–. Tienes que descansar, Bernt.

–¿Y si muere? –preguntó el gigante.

–No me voy a morir, muchacho –afirmó su padre–. Los Livingstone no nos morimos por una simple herida.

–Lottie, necesito vendas limpias.

Lottie asintió, abrió el armario de Aulay y sacó una de sus camisas.

–Espere un momento... –dijo el capitán, imaginando lo que iba a pasar.

Nadie le hizo caso. Lottie dio la camisa al médico, que rasgó minuciosamente y pidió la colaboración de los dos hermanos para que lo ayudaran a vendar a Bernt.

–Y ahora, tómate el caldo.

–Sí, será mejor que me lo tome, porque esto duele una barbaridad.

Bernt se tomó el caldo y, cuando terminó, miró a sus hijos.

–Bueno, ya habéis oído a Morven. Tengo que dormir, así que marchaos de una vez y haced lo que Lottie os ordene.

–Quiero volver a casa –declaró el gigante–. Quiero volver a Lismore.

–Y volveremos –replicó el médico, mirando a Lottie con preocupación.

Lottie besó entonces a sus hermanos y dijo:

–Si Duff o MacLean os necesitan, poneos a su disposición. Si no es así, tumbaos en algún sitio y dormid un poco. Tenemos un largo viaje por delante, y hay que estar descansados.

–¿Qué vas a hacer tú, Lot? –preguntó el pequeño.

–Quedarme con nuestro padre.

–¿Y qué pasa con él? –dijo, mirando a Aulay.

Lottie se encogió de hombros.

–Este es el único sitio donde puede estar.

–Quiero volver a casa... –repitió Drustan.

–Lo sé, lo sé –dijo ella, acariciándolo–. Nadie quiere estar aquí.

–Yo, sí –replicó su hermano pequeño–. Este barco es mucho más grande que el de Gilroy, y enormemente más rápido. Me encantaría ser su capitán.

–Pues lo siento, porque el puesto está ocupado –intervino Aulay.

El joven lo miró con cara de pocos amigos, pero se marchó sin decir nada más.

–¡Cuida de tu hermano! –exclamó Lottie.

–¡Siempre lo hago! –respondió Mats, ya fuera.

Morven se apartó del herido en ese momento, y se detuvo junto a Lottie.

–Tu padre dormirá como un tronco durante unas cuantas horas –dijo, antes de mirarla con preocupación–. Tienes mal aspecto, chica.

–Gracias –ironizó ella, apartándose el pelo de la cara.

–¿No hay ningún sitio donde puedas dormir?

–Sí, aquí mismo.

El médico arqueó una ceja y ladeó la cabeza hacia Aulay.

–No me molestará –aseguró ella–. Además, ¿qué daño podría hacer? Le quité la mordaza, pero sigue con las muñecas atadas y encadenado a la mesa.

–En ese caso, *god nat* –dijo, deseándole buenas noches.

–*God nat*.

Morven se fue, y Lottie, que había fingido sentirse bien, se quedó como si le hubieran dado una paliza. Estaba agotada.

Tras suspirar con pesadez, se quitó la casaca y la dejó en el gancho. Luego, alcanzó el vestido con la evidente intención de ponérselo, pero debía de seguir mojado, porque se acercó al camastro de su padre, tomó una manta sobrante y se la echó por encima de los hombros.

–Sí, está completamente dormido –dijo, acariciándole el pelo–. Qué envidia.

Aulay tuvo la sensación de que no estaba hablando con él, sino consigo

misma; pero, al cabo de unos instantes, se acercó a uno de los cuadros que decoraban la estancia y, tras tocarlo con un dedo, declaró:

–Tiene un azul muy intenso. Nunca he visto un mar tan azul.

Él no dijo nada.

–¿Dónde lo pintó?

–En aguas de Cádiz –respondió él, pensando que su talento no daba para expresar adecuadamente la belleza del sitio–. En España. En el océano Atlántico.

–Ah... –dijo ella, como hechizada.

–Cerca del Mediterráneo –añadió Aulay.

Lottie asintió y apartó la mano del cuadro.

–Tendré que abusar otra vez de su hospitalidad, capitán.

–¿De mi hospitalidad? De mi cautividad, querrá decir –bromeó–. ¿Qué quiere ahora?

Ella volvió a abrir el armario.

–Si busca más brandy, no lo encontrará.

Lottie no quería brandy, sino algo muy distinto, como pudo ver Aulay.

–Lo siento, pero estoy helada –se excusó, sacando una camisa y unos pantalones–. Necesito ropa seca.

Ella se quitó la manta y las botas, dejó la pistola en la mesa, metió los pies en las perneras de los pantalones y, a continuación, se los subió por debajo de las enaguas, haciendo lo posible por no enseñar nada indiscreto. Después, se abrochó los pantalones y se quitó la prenda interior.

Aulay se la comió con los ojos. Le quedaban demasiado grandes; pero, a pesar de ello, enfatizaban la curva de sus caderas y la deliciosa forma de sus piernas.

–¿Y bien? –preguntó ella, frunciendo el ceño.

–No son de su talla, pero le quedan muchísimo mejor de lo que habría imaginado –respondió él, deseándola con toda su alma–. Debería llevar pantalones todo el tiempo.

Lottie se ruborizó y alcanzó la camisa para divertimento de Aulay, que empezaba a estar encantado con la situación.

–Eso va a ser más difícil, ¿eh? No se la puede poner sin quitarse antes lo que lleva –comentó.

Lottie echó un vistazo a su alrededor, como buscando un sitio donde meterse.

–No hay más habitación que la que ve. En este barco no nos preocupa la modestia –continuó él–. Aunque debo añadir que me está alegrando el día.

–¿Se daría la vuelta?

–No.

–Lo tenía por un caballero, capitán.

Él se encogió de hombros.

–Este es mi camarote y esas, mis ropas. Si quería intimidad, tendría que haber asaltado otro barco.

Lottie volvió a fruncir el ceño. Y más que lo frunció cuando intentó desabrocharse el corset y no pudo.

–Maldita sea... Tengo los dedos entumecidos.

–Acérquese y le echaré una mano –se ofreció Aulay–. Soy un experto con esas cosas.

El rubor de Lottie se volvió más intenso; pero también su resolución y, al cabo de unos segundos, consiguió desabrochar el corset y lo dejó en el respaldo de una silla, quedándose en camisa.

Aulay tragó saliva. Podía ver la forma de sus pechos y la oscura sombra de sus erectos pezones.

–¿Está segura de que no la puedo ayudar? –preguntó con deseo.

Ella le dio la espalda y se quitó la camisa por encima de la cabeza.

Aulay admiró su espalda con detenimiento, escudriñando la línea de su columna vertebral, la suave curva de sus hombros y la esbeltez de su cintura. Luego, ella se giró lo justo para alcanzar su camisa, y él se esforzó por ver algo más, aunque solo distinguió el lateral de su liso estómago y de su seno izquierdo.

Cada vez estaba más excitado, lo cual le sacaba de quicio. ¿Por qué la deseaba? Era su enemigo, la persona que le había robado el barco. Pero era un enemigo con el cuerpo de una mujer asombrosa y desesperantemente bella.

Lottie se puso la camisa tan despacio como pudo. Se había dado cuenta del efecto que causaba, y estaba decidida a torturarlo hasta el final.

Por fin, se giró hacia él y preguntó, anudándose los extremos de la prenda:

–¿Qué tal estoy?

–Increíblemente impúdica.

–¿Y eso es malo?

–No, en absoluto –replicó, clavando la vista en sus senos.

Su camisa era casi tan fina como la de ella y, como no se había abrochado los botones superiores, lo estaba volviendo loco con su escote. Habría dado cualquier cosa por cerrar las manos sobre sus preciosos senos.

–Preferiría que no me mirara así –protestó ella.

–¿Cómo la miro?

Lottie alcanzó la manta y se la puso otra vez por encima de los hombros.

–Como si nunca hubiera visto a una mujer –contestó, mirándolo con sorna–.

¿No decía que era un experto en estos asuntos?

Aulay sonrió a su pesar.

–Y lo soy, pero usted es la mujer más hermosa que he visto en mi vida –le confesó–. ¿Qué quiere que haga? Me roba el barco, me roba el brandy, me roba la ropa y se desnuda a tres metros de mí... ¿Quiere que también cierre los ojos? Pues olvídelo.

Ella le devolvió la sonrisa.

–Si yo estuviera en su lugar, me vestiría así la próxima vez que asalte un barco –prosiguió Aulay–. Los hombres soltarían sus espadas a una palabra suya.

–Pero usted no llevaba espada cuando llegamos –comentó Lottie, acercándose nuevamente al armario–. Si la hubiera llevado, las cosas nos podrían haber salido mal.

Aulay se maldijo otra vez a sí mismo. No se le había ocurrido la posibilidad de que aquel montón de cretinos que ni siquiera sabían navegar pudieran robarle el barco.

–De todas formas, no podré seguir con mi carrera de pirata –continuó ella–. Me van a ahorcar, ¿recuerda?

–Oh, sí, lo recuerdo perfectamente.

Ella tomó prestado su peine, se soltó el pelo y se lo empezó a cepillar ante la atenta mirada de Aulay, quien pensó que brillaba hasta mojado. Estaba fascinado con Lottie. No era la primera vez que veía a una mujer cepillándose el pelo. Había visto muchas veces a sus hermanas. Pero aquello era distinto, intensamente erótico.

Minutos después, Lottie dejó el peine en su sitio y se hizo una trenza, que cerró con un mechón de su propio cabello.

–Debería descansar, capitán.

Él rio.

–No puedo dormir sabiendo que mi barco está en sus manos y, mucho menos, cuando se dedica a hacer un uso tan generoso de mis pertenencias. Además, no me quiero perder la posibilidad de verla desnudarse de nuevo.

Ella suspiró.

–Me encantaría devolverle el barco, la ropa y todo lo que haya utilizado sin su permiso. Se lo devolvería ahora mismo, en este mismo instante, si no los necesitara con desesperación.

Lottie se sentó en el pequeño espacio que quedaba a los pies del camastro de su padre y, a continuación, se acurrucó bajo su manta.

–¿Y yo qué? ¿No tengo derecho a comida y un sitio para dormir?

–¿Cómo?

–Comida. Un sitio para dormir –repitió él–. Necesito...

–Sí, sí, ya sé lo que necesita –lo interrumpió.

Lottie gimió, se incorporó de nuevo y lo miró como si Aulay fuera un niño mal criado.

–Soy su prisionero, señorita. Está obligada a cuidar de mí. Las leyes de la guerra son explícitas al respecto.

–¿Las leyes de la guerra? –replicó, soltando una carcajada.

Lottie sacudió la cabeza, se levantó a su pesar y, tras ponerse las botas, alcanzó la casaca. Luego, se guardó la pistola y abrió la puerta del camarote.

–Disculpe... –dijo Aulay.

–¿Sí?

–Tráigame algo caliente. Y una cerveza, por favor.

Lottie suspiró.

–¿Algo más, capitán?

–No, nada... ¡Ah, sí! Un orinal.

Ella se maldijo en voz baja, y él sonrió para sus adentros.

No había conseguido que le quitara la cadena. No había conseguido asustarla. Pero la fuerza estaba de su lado, y la iba a usar hasta dejarla completamente exhausta.

Capítulo 7

Lottie regresó al cabo de media hora, con un atado en las manos y en compañía de un par de hombres. Los hombres desencadenaron a Aulay, lo levantaron entre los dos y lo sacaron a tomar el aire, según dijeron.

Aulay se alegró de salir al exterior, donde respiró hondo. La tormenta había pasado, y la luna llena iluminaba la cubierta, donde vio un montón de barriles de whisky que no estaban precisamente bien sujetos. De hecho, le pareció increíble que no los hubieran perdido todos con el oleaje.

En la popa, uno de los Livingstone fumaba con toda naturalidad mientras sostenía un pistolón y, a su lado, dos de sus compañeros charlaban amigablemente con Beaty, quien gobernaba el timón.

Tras permitir que se desperezara un poco, sus captores lo agarraron de nuevo para devolverlo al camarote; pero, justo entonces, Morven salió del alcázar entre carcajadas y se puso súbitamente serio al ver al capitán.

–¿Quién está ahí? –preguntó Aulay.

–Tres hombres heridos. Uno de los nuestros y dos de los suyos.

Morven pasó a su lado sin decir nada más, y a él le pareció que la situación no podía ser más absurda. No había tensión en el ambiente. Era como si todos estuvieran encantados con lo sucedido.

¿Qué había hecho aquella mujer? ¿Embrujarlos? ¿Seducirlos con su cara bonita y sus preciosos ojos azules?

De vuelta en el camarote, Aulay tuvo ocasión de comprobar que no todo el mundo estaba tan encantado. Los tipos que lo llevaban lo tiraron al suelo como si fuera un vulgar saco de patatas, y el ruido despabiló a Lottie, quien se había quedado adormilada.

–¿Qué hay que hacer ahora? –le preguntó uno.

Lottie bostezó.

–Dormir –contestó–. Y marchaos de una vez, que no quiero que mi padre se

despierte.

Aulay pensó que, a juzgar por sus ronquidos, no había ninguna posibilidad de que se despertara; pero guardó silencio hasta que los hombres de Lottie se marcharon.

–Desáteme –dijo entonces.

Ella se limitó a suspirar.

–¿Cómo quiere que coma? –preguntó, mirando el pan, el queso y el guisado que habían dejado en la mesa.

–¿No puede comer así?

–No, no puedo.

Lottie se levantó y osciló un poco, como si se sintiera débil.

–Al menos, haga el favor de sentarse –dijo ella–. Es mucho más alto que yo, y me resultaría más fácil.

Ella acercó una de las sillas de madera a la mesa, la dejó en el lado de Aulay y fingió que le limpiaba el polvo.

–Su asiento, capitán.

Él se sentó, ansioso por llevarse algo a la boca; pero Lottie no lo ayudó en nada más y, al girarse hacia ella, vio que le estaba mirando las manos con horror.

–Oh, Dios mío...

–¿Qué pasa?

Lottie puso un dedo en una de las heridas que tenía en la muñeca.

–¡Ay!

–Debería llamar a Morven, para que le eche un vistazo.

–Debería desatarme –replicó él–. Me pide ayuda y me trata como si fuera un animal.

–Sabe que no puedo hacer eso.

Lottie apartó los papeles y mapas que estaban en la mesa, le puso la comida delante y se sentó, con las piernas cruzadas y los pies, descalzos. Luego, alcanzó el pan, arrancó dos pedazos, le dio uno y se metió el otro en la boca.

–¿Cuánto tiempo estaré atado?

–Hasta que lleguemos a Aalborg.

–¡Faltan dos días! No puedo seguir así. Si es necesario, mantégame encadenado; pero suélteme las muñecas.

Ella cortó un trozo de queso y se lo dio, momento que él aprovechó para tomarla de la mano.

–No quiero tenerlo atado –dijo, sorprendida–. Pero, si lo suelto, provocaré un motín. Usted es la única baza que tenemos.

–No sabía que fuera de las que se doblegan a la voluntad de los demás. Estoy seguro de que, si me desata, encontrará la forma de evitar ese motín.

Ella apartó la mirada.

–Desátame, Lottie...

–Creí que teníamos un acuerdo.

–¿Ah, sí? ¿Y cómo ha llegado a esa conclusión?

Lottie se inclinó hacia él, quedándose a escasos milímetros de distancia.

–Hay hombres haciendo guardia. Si grito, entrarán tan deprisa que no tendrá tiempo de parpadear –le advirtió–. Le he traído un guisado. ¿Lo va a probar? ¿O prefiere que le ponga una pistola en la cabeza?

Lejos de amedrentarse, Aulay le acarició la mejilla con la cara.

El ambiente se cargó de electricidad, y ninguno de los dos habría sabido quién estaba más incómodo con la situación.

–No me puede seducir, muchacha. Ni con amenazas ni con comida ni con su cuerpo.

–Pues es una pena –le susurró al oído.

Lottie se echó hacia atrás lentamente y, con la mano que tenía libre, porque Aulay no le había soltado la otra, le acercó el cuenco del guisado.

–Necesitará las dos manos si quiere comer –dijo.

Aulay asintió a regañadientes y la soltó, porque estaba encantado con el contacto de su piel. Sin embargo, también estaba hambriento, así que se puso a comer con ansiedad. Y al ver que le caía un poco de caldo por la barbilla, Lottie se lo limpió con la camisa.

–Tiene que afeitarse, capitán.

–¿Me va a poner una navaja en el cuello?

–Aún no –respondió con una sonrisa.

Lottie tenía unos ojos tan bonitos que Aulay no encontraba la forma de seguir enfadado con ella. Además, la cautividad era agotadora, y estaba a punto de perder la batalla mental que mantenían. Su fuerza salía del mar, de su tripulación, del chillido de las gaviotas y el sonido de las olas. Su fuerza salía del *Reulag Balhaire* y, como ya no estaba al mando, se sentía como un niño a expensas de sus mayores.

Pero no estaba a expensas de ningún mayor, sino de una jovencita.

–¿Le queda algo de whisky?

–Que divertido es usted –dijo ella, mirándolo con sorna.

–Bueno, si no quiere malgastar su mercancía, acérquese al arcón que está junto al camastro. Hay una botella de vino.

–Ah, vaya...

Lottie se levantó, abrió el arcón, sacó el vino y, tras sentarse de nuevo, descorchó la botella y se la pasó. Aulay echó un par de tragos antes de devolvérsela y, para su sorpresa, ella no dudó en llevársela a los labios y hacer lo mismo.

Aquella mujer era asombrosamente contradictoria: elegante y frágil de aspecto, pero tan valiente como atrevida. Tenía un tipo de belleza que cualquier pintor habría encontrado irresistible, y él no era la excepción.

Sin embargo, había algo que le extrañaba sobremanera. Una joven así debía de tener una legión de admiradores. Pero, ¿dónde estaban? ¿Y qué estaba haciendo allí, en lugar de dejarse mimar y adorar por un montón de caballeros?

Nunca había sido de la clase de hombres que ponían a las mujeres en un pedestal. No había conocido a ninguna que despertara en él esa clase de pasión. Por supuesto, había tenido muchas experiencias amorosas y, a veces, durante el breve espacio de una noche, sentía algo vagamente parecido; pero la sensación desaparecía por la mañana.

El mar era su único amor. Su único y verdadero amor.

Y, a pesar de ello, no podía negar que Lottie Livingstone le gustaba mucho. Por una parte, estaba furioso por lo que había hecho y, por otra, completamente fascinado. Admiraba su bravura y su fuerza de voluntad. Ardía en deseos de saber cómo se había metido en ese lío. Ardía en deseos de comprenderla.

Tras llevarse otro pedazo de queso a la boca, la miró a los ojos y preguntó:

–¿Cómo es posible que una joven tan bella haya terminado en mi camarote, con mi ropa y al mando de mi barco? Les ofrecimos ayuda. No era necesario que nos atacaran.

Ella alcanzó la botella, bebió un poco más y se la pasó.

–Era completamente necesario.

–¿Por qué? Cuéntemelo, por favor. Algún día, mis hijos se interesarán por la belleza que capturó el *Reulag Balhaire*, y no sabré qué decirles.

–No me llame así.

–¿Belleza?

–Exacto.

Aulay se encogió de hombros.

–Como quiera. Cuando me pregunten, les diré que era una vieja feísima.

Ella sonrió de repente, y Aulay tuvo la sensación de que su sonrisa iluminaba el camarote.

–Prefiero que me llame *fea*.

–Pues debe de ser la primera mujer que lo prefiere.

Lottie lo miró con exasperación.

–Cuénteme su historia –insistió él.

–Usted es un hombre de mundo, y sospecho que la encontrará decepcionante –respondió–. A decir verdad, no somos más que un puñado de campesinos que se han visto en una situación difícil. Las cosas van mal, y no nos podemos permitir el lujo de perder ese whisky. Es lo único que tenemos.

–¿Qué quiere decir? –preguntó, devolviéndole la botella.

–Está visto que nadie nos podría acusar de ser refinados...

Aulay frunció el ceño, sin entender nada.

–Usted es un hombre refinado y, en consecuencia, no entiende lo que le digo –continuó ella–. Me refiero a las circunstancias que tenemos en casa.

–Ah, la isla de Lismore. El gigante dijo que quería volver.

–Sí, la isla de Lismore, un pedacito de tierra al oeste de Escocia que apenas resulta habitable. Aunque eso no es del todo cierto... El sur, donde viven los MacColl, tiene buena pesca y tierras cultivables; pero nosotros estamos en el norte, que solo da para tener unas cuantas ovejas. Podríamos plantar lino, pero los conejos se lo comen –dijo, lanzando una mirada a su padre–. No sacamos lo suficiente para pagar la renta, y nuestro *señor* está disgustado.

–¿Quién es su señor?

–Duncan Campbell.

Aulay lo conocía bien. Era un hombre ambicioso, que se había convertido en jefe de su clan cuando los jacobitas que no aceptaban la derrota del príncipe Carlos mataron a su hermano mayor. Decía ser el único que tenía derecho a vender whisky en las Tierras Altas, e imponía su criterio de forma agresiva.

–Mi padre es el jefe de los Livingstone, ¿sabe? Es un soñador de buenas intenciones, pero bastante descuidado.

–Y como no tenían dinero, decidieron vender whisky para pagar la renta –afirmó él, atando cabos.

–Era nuestra única esperanza.

–¿Tienen que ir necesariamente a Aalborg?

–¡Cómo me arrepiento de habérselo propuesto! –se quejó en voz alta–. Campbell sospecha que destilamos licores, y pasa de vez en cuando a echar un vistazo. Al final, llegamos a la conclusión de que, si no vendíamos el whisky con rapidez, lo encontraría y nos buscaríamos más problemas. Pero no lo podíamos vender en Gran Bretaña, así que se me ocurrió esa idea. Mi familia descende de los daneses de Jutland.

Aulay asintió. La derrota de los jacobitas y la venganza posterior de los ingleses había provocado la dispersión de clanes enteros y extendido la pobreza entre los demás, que ya no tenían medios para subsistir. Todos los escoceses eran sospechosos, hasta los que no se habían sumado a la rebelión, y bastaba un rumor para que las tropas de la Corona saquearan sus pueblos y robaran su ganado.

–Nos hicimos a la mar sin que nadie nos viera –prosiguió Lottie–. Pero, al día siguiente y como por arte de magia, apareció un barco con bandera inglesa en mitad del océano y nos atacó sin más. ¿Quién pudo ser?

–Campbell, claro –respondió–. Seguro que los estaba vigilando.

Ella suspiró y cerró los ojos brevemente.

–Es culpa mía. Todo es culpa mía.

Aulay sintió lástima de ella. Lo habían perseguido varias veces cuando Cailean y él se dedicaban al contrabando, y sabía que el miedo era un enemigo implacable, incluso estando al mando de un barco mucho más grande y poderoso que el balandro de los Livingstone. De hecho, solo se había librado de sus perseguidores porque conocía la costa escocesa a la perfección y era enormemente hábil con las velas.

–Su barco era demasiado pequeño, Lottie. No tenían nada que hacer contra la embarcación de Campbell.

–Sí, ya lo sé.

–¿Ellos dispararon primero?

Lottie apartó la mirada.

–Mi padre estaba muy preocupado –dijo–. Pensaba que nos alcanzarían y que... bueno, ya sabe lo que pasa en esas circunstancias.

Aulay no dijo nada, porque lo sabía de sobra.

–Una explosión que se produjo en nuestro barco, arrastró a mi padre por la cubierta, y un trozo de madera del casco le atravesó, pensé que estaba muerto. Me giré hacia Morven para pedirle ayuda y, justo entonces, se oyó un cañonazo y el mástil del barco inglés cayó partido. Aún no sabía que estábamos devolviendo el fuego, pero lo supe en la siguiente explosión, mucho más fuerte que la anterior–explicó–. Nos habían abierto un boquete en el casco del *Margit* y los barriles de whisky empezaron a caer al mar... Hasta que Drustan lo tapó con su propio cuerpo e impidió que lo perdiéramos todo.

Lottie alcanzó la botella de vino y echó otro trago, pálida.

–Intenté parar la hemorragia con las manos, pero salía demasiada sangre. Alguien me apartó entonces y, mientras Morven acudía en su rescate, mi padre

me rogó que hiciera lo necesario para salvar el whisky. Todo el mundo gritaba, y el barco se sacudía de tal manera que estuve a punto de vomitar. Fue una verdadera locura. Drustan y Mats estaban como locos. ¡Pobre Mats! Cree que es un hombre, pero solo es un chiquillo que quiere salvar el mundo.

–¿Y qué pasó después?

–El otro barco, que estaba en llamas, viró hacia Escocia. Gilroy dijo que nos estábamos hundiendo, y yo pensé que nos íbamos a ahogar –contestó, sacudiendo la cabeza–. Pero mi padre insistía en que le hiciera caso. Me agarró de la mano y lo repitió una y mil veces. Decía que no podíamos perder el whisky, que era todo lo que teníamos, que no nos quedaba dinero.

–Comprendo.

–Yo no le quise creer. ¿Cómo era posible que no nos quedara nada? Y entonces, me juró que era verdad.

Ella se derrumbó en una silla y se llevó las manos a la cabeza.

–Lottie... –dijo él intentando animarla.

Lottie lo miró súbitamente a los ojos.

–Fue cuando vimos su barco, capitán. Imagínese. Pensamos que eran nuestros perseguidores, y que habían vuelto para rematarnos, pero era usted. Y llevaba bandera escocesa. Nos pareció un verdadero milagro.

Aulay frunció el ceño.

–¿Un milagro? Si les pareció eso, ¿por qué nos engañaron?

–La respuesta no le va a gustar.

–Dígame de todas formas.

–Está bien... Mientras intentaba pensar, mi padre me rogó que pensara en los Livingstone y en lo que sería de todos nosotros si volvíamos a Lismore con las manos vacías. Pero solo había una forma de salvarnos y de salvar el whisky. Necesitábamos otro barco.

–Obviamente.

Ella sonrió con tristeza.

–Sospecho a usted no le parecerá un milagro...

–Sospecha bien.

–No teníamos elección. Usted habría hecho lo mismo.

–Ni mucho menos –replicó Aulay–. ¿No se les ocurrió la posibilidad de pedirnos que lleváramos a bordo su mercancía? No teníamos sitio para todo, pero habríamos salvado gran parte a cambio de una pequeña compensación, y habrían podido vender el whisky en Amsterdam.

–¿Lo ve? Siempre sabe qué hacer. Es una pena que usted no estuviera allí.

–Sí, es una pena.

Lottie se recostó en la silla, estiró las piernas y las cruzó con toda tranquilidad, como si la confesión de sus pecados le otorgara automáticamente el perdón.

–Aún no ha dicho cuándo trazo el plan para quedarse con mi barco. Aunque, a decir verdad, no parecía tener ninguno.

–Ese era precisamente el plan.

–¿Cómo?

–Consistía en hacerme pasar por una damisela en apuros que estaba en alta mar con una tripulación de incompetentes. Si se lo tragaban, cosa que hicieron, podríamos subir a su barco sin despertar sospechas –comentó ella–. Pero necesitábamos sorprenderles, así que me solté el pelo.

–¿Que se soltó el pelo? –preguntó, atónito.

–Literalmente. Mi pelo gusta tanto a los hombres como un objeto brillante a una urraca. Aunque, a decir verdad, la idea de que pareciéramos unos incompetentes no fue mía, sino de Duff MacGuire. Es actor, y nos dijo lo que debíamos hacer.

Aulay soltó un gemido de incredulidad y desesperación.

–Acaba de añadir un insulto a la afrenta, *madame*.

–Pues eso no es todo. Como Gilroy no estaba seguro de que la estratagema funcionara, me dijo que fingiera tener un corte en la pierna y que me alzara las faldas. Fue más fácil de lo que había imaginado –declaró Lottie, tan sorprendida como él–. ¿Cómo es posible que no estuvieran armados? No llevaban ni una espada. ¡Y qué decir de sus hombres! ¡No apartaban la vista de mis piernas!

Aulay se sintió profundamente humillado.

–Es absurdo, ¿no le parece? –continuó ella.

–Por favor, no diga ni una palabra más. Ni una.

Lottie sonrió.

–Lo siento mucho, capitán; pero espero que nos comprenda –dijo–. Teníamos que elegir entre ahogarnos o tomar prestado su barco. Nos jugábamos mucho.

–Y nosotros, Lottie. ¿No se le ha pasado por la cabeza? ¿No ha pensado que nosotros también nos jugamos mucho?

Ella tragó saliva.

–Lamento que mi hermano lo dejara sin sentido.

Aulay apartó la mirada.

–Por si le sirve de algo, usted fue el único que me miró con desconfianza –añadió Lottie–. Parecía sospechar y, cuando Drustan se dio cuenta... en fin, nunca ha sido muy consciente de la fuerza que tiene.

–Pues yo diría que es perfectamente consciente.

Aulay la miró de arriba abajo, furioso. Había cometido el peor error de su vida. Se había comportado como un idiota. Y ahora, para empeorar la situación, se sentía ferozmente atraído por la misma mujer que había provocado su desgracia.

No tenía ni pies ni cabeza. Admiraba su audacia y hasta su habilidad para dejarlo en ridículo. Por una parte, ardía en deseos de hacerle pagar lo que había hecho y, por otra, de hacerle el amor apasionadamente. Quería sentir su piel. Quería verla desnuda, tumbarse sobre ella y tomarla.

¿Se estaría volviendo loco?

Desesperado, pensó que necesitaba dormir un poco, porque era evidente que no podía pensar con claridad.

–Será mejor que descanse –dijo, levantándose de la silla.

Ella también se levantó, y lo siguió con la mirada hasta que él se sentó en el suelo y cerró los ojos para no ver su preciosa cara. Entonces, Lottie volvió al camastro de su padre y se tumbó a sus pies, con intención de dormir.

Al cabo de unos minutos, Aulay abrió los ojos y la miró. Estaba sorprendentemente elegante con la manta sobre su cuerpo, la coleta cayéndole hacia un lado y la pistolita de duelo.

¿Qué aspecto tendría cuando las autoridades la detuvieran?

Por mucho que la deseara, Aulay no iba a permitir que terminara sin castigo. Era del todo imposible. Las piratas debían pagar por sus actos de piratería, aunque fueran tan bellas y valientes como ella.

Capítulo 8

El prado estaba lleno de flores. Lottie no sabía dónde estaba; pero Stjerne, su caballo, trotaba con absoluta despreocupación, y ella se dedicó a admirar el amarillo de las aulagas, el morado intenso del cardo y el brezo y el lila de las campanillas.

Anders la seguía en un caballo de color negro azabache. Llevaba mucho tiempo intentando alcanzarla y, como no lo conseguía, Lottie soltó una carcajada y detuvo su montura junto a un arroyo, para que pudiera beber. Segundos más tarde, oyó sonido de cascos y se apoyó en el cálido y firme cuerpo de Stjerne. Sin embargo, el hombre que se acercaba no era Anders, sino el capitán Mackenzie.

Entonces, él clavó la vista en sus piernas y Lottie se dio cuenta de dos cosas: la primera, que estaba empapado y de mal humor, a juzgar por su expresión; y la segunda, que ella no llevaba un vestido, sino unos pantalones.

Asombrada, se preguntó qué estaba pasando allí y, mientras se lo preguntaba, notó que no se podía mover. Sus pies y sus manos parecían de piedra. El pulso se le había acelerado, y su corazón latía con tanta fuerza que se habría asustado si él no la hubiera besado de repente, excitándola y tranquilizándola a la vez. Pero hasta eso era extraño. Sus labios le parecían ásperos, y había un olor raro, como de moho.

Cuando abrió los ojos, descubrió que estaba apoyada en algo cálido y firme, y que tenía una cuerda en la boca.

¿Una cuerda?

Lottie no supo lo que pasaba hasta que giró la cabeza y vio que estaba pegada al capitán, con la boca en la cuerda que ataba sus muñecas. La escena del prado había sido un sueño. Evidentemente, se había quedado dormida en el suelo y había rodado hacia él. Pero, ¿cómo se las había arreglado para terminar apretada contra sus piernas, como un perro viejo?

En ese momento, Aulay cambió de posición y se quedó mirando un objeto en el que no había reparado antes. Lottie vio que era su pistola, que se le debía de haber caído mientras dormía y, antes de que él la pudiera alcanzar, se lanzó hacia ella y la recuperó.

Asustada, se levantó a toda prisa. Respiraba con dificultad, pero su prisionero estaba tan tranquilo que hasta se permitió una sonrisa de suficiencia, como si estuviera seguro de que, más tarde o más temprano, le quitaría el arma y cambiaría las tornas.

Curiosamente, Lottie casi lo deseó. Se veía a sí misma entre sus brazos, obligada a pagar por lo que había hecho.

—Ah, estás ahí, *mo chridhe*...

La voz de su padre, que se había sentado en la cama, la sobresaltó. La venda estaba llena de sangre, pero tenía mejor aspecto. De hecho, sus ojos brillaban de un modo sospechoso, como si hubiera estado bebiendo.

—El capitán y yo empezábamos a pensar que no te despertarías nunca. Lo sacaron a cubierta esta mañana y, cuando lo trajeron de vuelta, estuvimos charlando un rato.

Lottie parpadeó. ¿Qué hora era? ¿Cuánto tiempo había dormido? El sol entraba por uno de los ojos de buey, y el barco se movía suavemente.

—¿Lo ves? ¿Qué te decía yo? ¡Estoy como nuevo!

—¿Seguro?

Lottie se acercó, le apartó el pelo de la cara y, tras ponerle una mano en la frente, abrió la puerta para que entrara un poco de aire fresco.

—Me duele un poco, aunque eso es normal. Pero estoy muerto de hambre, y sospecho que nuestro capitán también lo está.

—Iré a buscar algo de comer.

—Trae a Gilroy. Quiero hablar con él.

Lottie se estremeció, porque no quería que Gilroy le contara que había ofrecido una comisión a la tripulación del capitán Mackenzie. Cuando su padre se enterara, se enfadaría mucho. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Venga, márchate de una vez. Solo falta un día para que llegemos a Aalborg, y tenemos que hacer planes.

Bernt quiso dar énfasis a sus palabras con un movimiento de los brazos, y sintió un pinchazo tan agudo que se retorció de dolor.

—No te muevas —le rogó ella.

Lottie se giró hacia Aulay, cuya expresión era tan impenetrable como intensa y abrumadoramente sensual. ¿Qué tenía aquel hombre, que la hacía sentirse

como si ardiera por dentro?

Se puso las botas a toda prisa, salió del camarote y cerró la puerta, tropezando con Norval Livingstone, quien había estado de guardia durante la noche.

–Ah, eres tú, Norval. ¿Puedes hacerme un favor? Ve a buscar a Morven y dile que vaya a ver a mi padre.

Norval soltó un gruñido, y ella siguió adelante.

–¡Señorita Livingstone! –la llamó Beaty, que salía entonces del alcázar–. ¡Necesitamos hombres!

–¿Cómo?

–Hombres –repitió–. Alguien tiene que cuidar de las velas y los aparejos. Esto no es un bote de remos.

–Pues use los que necesite.

–Sus hombres no sirven de nada, *madame*. Son un montón de descerebrados que no sabrían izar o arriar una vela ni aunque su vida dependiera de ello.

Lottie estuvo a punto de fingirse indignada por el comentario del primer oficial, pero cambió de opinión cuando vio que Duff y su hermano Edward estaban discutiendo porque no conseguían abrir uno de los barriles de whisky.

–¿Piensa hacer algo al respecto? –preguntó Beaty.

–¡No puedo liberar a sus hombres después de haberme tomado tantas molestias para apresarlos! –replicó.

–¡Póngales guardias si quiere, pero necesito hombres capaces! –dijo, rojo de ira.

–Está bien –declaró ella, alzando una mano–. Necesitaré unos minutos para...

–¿Lottie? ¡Lottie!

Ella gimió y se giró hacia Drustan, que se acercaba por cubierta.

–Quiero volver a casa –dijo su hermano–. Este sitio no me gusta. Quiero volver a casa.

–Lo sé, Dru. Yo también quiero volver –le aseguró, armándose de paciencia–. Estaremos uno o dos días en Aalborg y, a continuación, regresaremos a Escocia.

–¡Quiero volver ahora! –exclamó él.

Drustan pegó un puñetazo tan fuerte en uno de los barriles de whisky que el tapón salió disparado y Lottie y Beaty se llevaron un buen susto. Pero Duff y su hermano, que aún no habían conseguido abrir su barril, aprovecharon rápidamente la circunstancia.

–¿Quieres que te lleve con nuestro padre? –preguntó Lottie, intentando tranquilizar a su frustrado hermano.

Drustan apretó los puños y parpadeó.

–Le llevaremos algo de comer –insistió ella, temiendo que cayera en uno de sus berrinches violentos–. Venga, ayúdame.

Su hermano asintió por fin y se empezó a tranquilizar.

–Gracias por abrir un barril, Drustan –intervino Duff, examinando su contenido–. Necesitamos whisky para evitar que los Mackenzie se amotinen.

–¿Whisky? –bramó Beaty–. ¡Los necesito sobrios para trabajar! ¡Alguien tiene que hacerse cargo de las velas!

Lottie notó que Drustan se ponía tenso otra vez, así que dijo:

–¡De acuerdo! Duff, deja que llame a sus hombres, y recuérdales que se les pagará bien. Vigílalos, sin interrumpir su trabajo.

Ella estaba tan nerviosa como los demás. Habían pasado muchas cosas en muy poco tiempo, y empezaba a estar preocupada por lo que pasaría cuando llegaran a Aalborg. Pero hacía lo posible por mantener el aplomo.

–No es una decisión inteligente –protestó Duff.

–Hazme caso. El mar está tranquilo, y hay que aprovecharlo para llegar a Aalborg mañana mismo. De lo contrario, podríamos tener más problemas.

Mathais, que estaba dando de comer a los Mackenzie y a Livingstone con ayuda del señor MacLean, interrumpió en ese momento su conversación.

–¡Mirad lo que hemos atrapado! –dijo orgullosamente, enseñando un pez tan largo como Lottie–. Lo he pescado yo mismo.

–Bueno, con un poco de ayuda –replicó su compañero, que estaba cortándolo en trozos y echándolos en una parrilla.

–¡Tendrías que haberme visto, *Lot!*

Lottie miró a los Mackenzie y pensó que estaban más tranquilos que el día anterior. Se mostraban amistosos, y dos de ellos se habían enfrascado en una discusión sobre el precio de la lana, nada más y nada menos.

Instantes después, alcanzó dos jarras de cerveza y unos cuantos pedazos del pescado hecho y regresó al camarote en compañía de Drustan. Morven ya estaba allí, atendiendo a su padre.

–¡Ah, aquí llega mi chico! –dijo Bernt.

–Te hemos traído comida –declaró su hijo.

Lottie cerró la puerta y miró a su cautivo, que le devolvió la mirada con una intensidad que la estremeció. Era como si pudiera leer su mente y ver sus pensamientos, sus órganos internos y hasta la sangre de sus venas. Como si supiera que le gustaba.

Apartó la vista de sus inquietantes ojos azules, se acercó al camastro de su padre y le dio de comer con ayuda de Drustan.

Bernt comió con ganas, y se estaba chupando los dedos cuando Mathais apareció como una exhalación, llevándose dos sillas por delante. Aparentemente, estaba ansioso por ver al jefe de clan.

Lottie se levantó entonces y llevó pescado a Aulay, cuyas muñecas estaban bastante peor. Las rozaduras y rasguños se habían transformado en heridas abiertas.

–¿Cómo has sabido que debías pescar por el lado de estribor? –preguntó Bernt a Mathais.

–No sé. Lo he hecho por instinto –respondió Mathais, metiéndose los pulgares en el cinturón de los pantalones–. Vi por dónde soplaban al viento y le dije a Beaty que deberíamos pescar por ese lado.

Mientras Mathais se explicaba, Lottie se acercó a Morven y señaló las heridas del capitán.

–Oh, vaya –dijo el médico, frunciendo el ceño.

–¿Lo desatamos?

–Si no, se pondrá peor.

Morven se inclinó sobre su prisionero y desató la cuerda. Aulay soltó un suspiro de alivio y cerró los ojos.

–No le podemos dejar así. Veré si hay algo para hacer un ungüento –dijo Morven–. Cambiaré las vendas de tu padre y después, me ocuparé de él.

Morven regresó al camastro y Aulay miró a Lottie con una sonrisa de triunfo.

–¿Lottie? ¿Dónde te habías metido, *pusling*? –preguntó Bernt–. Tenemos que hablar. ¿Y dónde está Gilroy, por cierto?

–Ah, sí, Gilroy... Está al timón.

–Deberíamos prepararnos para mañana –declaró su padre, que apartó la mano de Morven–. Déjalo ya, hombre.

–Tengo que echarle un vistazo, Bernt.

–Si estuviera mal, no tendría tanto apetito. Además, siempre he gozado de buena salud, ¿no? –argumentó–. Gilroy desembarcará contigo cuando lleguemos a Aalborg, Lottie. Y llévate también al capitán.

–¿Al capitán? No, no, de ninguna manera.

–No puedes dejarlo aquí. No tenemos hombres suficientes para vigilar a tantos prisioneros. Y, por otra parte, su tripulación no intentará rebelarse mientras esté en nuestro poder. Harán lo que les digamos.

–Harán lo que yo les diga –puntualizó Aulay–, y no pienso desembarcar.

–Oh, claro que desembarcará, capitán. De lo contrario, su amigo Beaty lo pasará mal.

Aulay se levantó del suelo con una agilidad sorprendente.

–¿Quiere sumar el cargo de asesinato al de piratería?

–¡Padre! ¡No lo podemos llevar sin tenerlo atado! –alegó Lottie–. Y no podemos llevarlo atado por las calles de Aalborg.

–Gilroy lo tendrá bajo control.

–Yo los acompañaré –se ofreció Mathais–. Soy muy bueno con la espada.

–No, Mats, tú te quedarás aquí y vigilarás a su primer oficial.

Mathais se animó al saberlo. Pero su hermana no estaba tan encantada.

–Padre, no voy a...

–Vístete bien para la ocasión –la interrumpió Bernt–. ¿Qué pensaría el señor Iversen si te viera con ese aspecto? ¿Tú qué crees, Morven? ¿Qué crees que diría el buen señor si viera a su amorcito en pantalones?

Morven apretó la mandíbula, y Lottie se puso roja como un tomate. Ya era bastante humillante que todo el mundo estuviera al tanto de su aventura amorosa, y no necesitaba que se la recordaran constantemente.

–Yo no soy su amorcito. Y me da igual lo que piense.

–Por supuesto que lo eres, *leannan*. Por eso dijiste que fuéramos a Aalborg.

Lottie se dio cuenta de que Morven apartaba la mirada, y de que el capitán le clavaba la suya en la espalda.

–Tu Iversen estará encantado de echarnos una mano –continuó Bernt–. Eres una muchacha muy lista.

–No es mi Iversen –protestó—. Solo quiero preguntarle si podemos utilizar su apellido, aunque preferiría no tener que hablar con él.

–¿Ah, no? Bueno, supongo que es hora de que lo olvides y sigas adelante con tu vida. No puedes estar conmigo todo el tiempo. Una mujer debe tener un hombre.

–Oh, padre... –dijo ella, deseando que el mar se la tragara.

¿Por qué tenía que hablar de esas cosas? Especialmente delante del capitán.

–Miradla bien. No hay un hombre en la isla que no piense en ella y, mientras tanto, ella no piensa en ninguno.

–¡Ya basta! –bramó Lottie.

La actitud de su padre la tenía desconcertada, por lo general no solía ser tan indiscreto en materia de sentimientos; pero, por otro lado, estaba diciendo la verdad. Su futuro amoroso despertaba un gran interés desde que Anders Iversen se marchó de Lismore.

Anders era un primo lejano que había llegado a Lismore en primavera, cuando los prados estaban llenos de flores como las que había soñado. Su sentido del

humor, sus caricias y su encantadora sonrisa le habían llamado la atención desde el principio. No se parecía a los demás. Era diferente. Y, como ella no tenía más perspectiva que seguir con su padre y sus hermanos, convertida en el objeto de deseo de todos los hombres de la isla, se encaprichó de él.

Naturalmente, el capricho dio paso a una relación física en toda regla, pero Lottie intentó convencerse de que no estaba haciendo nada inmoral, porque se había convencido de que terminarían casados.

¿Cómo había podido ser tan ingenua?

Lejos de ofrecerle el matrimonio, Anders le dio la espalda tras haber disfrutado de sus favores. Incluso pareció sorprendido de que quisiera casarse con él por el simple hecho de haber tenido un poco de intimidad.

–Lottie, tengo que volver a casa a finales de mes –le dijo un día, tomándola de la mano–. Tengo que ocuparme de los asuntos de mi padre. Lo sabías desde el principio.

Lottie no lo pudo negar. Efectivamente, le había dicho que solo estaba de paso, y que debía volver a Aalborg. Pero su relación había sido tan apasionada que suponía que habría cambiado de opinión.

–Ven conmigo –añadió él, pensando que no lo acompañaría.

Y tenía razón. Hasta en eso la tenía.

Por lo visto, la conocía mejor de lo que se conocía ella misma. Lottie deseaba escapar de la isla desde que era pequeña. Quería alejarse de su pobreza, de su soledad y de su ejército de conejos. Quería vivir, ver mundo, enamorarse, tener una familia. Pero se había quedado porque su padre y sus hermanos la necesitaban, y Anders lo sabía de sobra.

Un año después, todos los habitantes de Lismore se preguntaban qué iba a pasar con Lottie Livingstone. Desde su punto de vista, ya era hora de que se casara, tuviera hijos y calentara la cama de su esposo cuando no le estuviera preparando la comida. Ni siquiera se planteaban la posibilidad de que tuviera sus propios deseos y esperanzas.

–No te enfurruñes, muchacha –declaró su padre, mirándola con ojos brillantes–. Si te recoges el pelo, te pellizcas las mejillas y te pones el vestido, estarás tan guapa como siempre. Anders lamentará el día en que te dejó.

–Él no me dejó –dijo, intentando salvar su dignidad–. Y, en cuanto al vestido, está destrozado y manchado de sangre.

–Pues arréglalo. Seguro que nuestros anfitriones tienen hilo y aguja para coser las velas –replicó Bernt–. Y la sangre se quita con jabón.

Morven le levantó entonces la venda, y Bernt volvió a protestar.

–Por el amor de Dios... ¿tienes que ser tan brusco?

–Tengo que cambiártela, Bernt.

–En ese caso, dame algo para el dolor. Quema como si estuviera ardiendo.

–¿Estás bien, padre? –preguntó Drustan, nervioso.

–Sí, no te preocupes por mí. Anda, ve a buscar a Gilroy y dile si le puedes ser de ayuda. Acompáñalo, Mats. Búscales algo que hacer.

–Como quieras.

–Deberías ir con ellos y encontrar la forma de arreglar el vestido, Lottie. Era el preferido de tu madre, y también el mío.

Lottie se alegró de tener una excusa para salir del camarote, aunque solo fuera para ponerse a salvo de Aulay. Pero, antes de cruzar el umbral, su padre la llamó de nuevo.

–Ah, una cosa más.

–¿Qué pasa ahora?

–Tendrás que adecentar al capitán. No puede ir contigo si parece un vagabundo. Especialmente, porque vas a ver a Anders –comentó–. Era un mozo bastante guapo. ¿Verdad, Morven?

–No lo recuerdo –contestó el médico.

–Yo, sí. Era tan guapo como pueda ser un hombre.

Lottie salió del camarote y cerró de un portazo. Por desgracia, no tenía ningún sitio donde se pudiera encerrar a lamerse las heridas, así que se sentó en un barril de whisky y miró a los Mackenzie que trabajaban en las velas mientras los Livingstone los vigilaban. Se comportaban de manera sospechosamente amistosa, y ella tuvo la sensación de que estaban tramando algo para recuperar su barco.

–¿Lottie?

Al oír la voz de Morven, se sobresaltó.

–¿Sí?

–Sera mejor que busques un médico cuando lleguemos a Aalborg. La herida de Bernt no tiene buen aspecto. Le he dado láudano para que se quede dormido, pero es necesario que lo pongamos en manos de un profesional.

–¿Insinúas que...?

Morven sacudió la cabeza. Tenía el pelo revuelto y parecía muy cansado.

–Yo no soy médico de verdad, Lottie. He hecho todo lo que podía hacer –se excusó–. En fin, iré a curar las heridas del capitán.

–Ah, el capitán. ¿Qué voy a hacer con él? No lo puedo llevar conmigo. Se fugará y avisará a las autoridades.

–Puedes llevarlo y lo llevarás –dijo Morven–. Sus hombres seguirán tranquilos mientras crean que volverá con ellos y que recibirán una paga; pero, si solo consiguen una de las dos cosas, nos crearán problemas. Es importante que te acompañe.

–¿Y qué pasará después? ¿Se limitarán a cruzarse de brazos mientras vendemos el whisky y lo descargamos? ¿Zarparán tranquilamente? –le preguntó–. ¿Y qué haremos nosotros? ¿Cómo volveremos a Escocia?

–Hiciste bien al ofrecerles una compensación. El dinero es una tentación tan poderosa que estoy seguro de que se irán sin protestar. En cuanto a nosotros, seremos ricos. Podremos volver en el mejor barco de Aalborg.

Lottie suspiró. ¿Ricos? Sacarían lo justo para los salarios de los hombres y la renta de Campbell. Nadie iba a ser rico.

–Voy a preparar el unguento –dijo Morven.

Él sonrió, le dio una palmadita y se fue, dejándola sumida en su preocupación.

¿Creería realmente que los Mackenzie los iban a perdonar? ¿Que no intentarían vengarse? No conocía bien a su tripulación, pero conocía al capitán, y sabía que no lo olvidaría nunca. Lo había notado en su mirada. Ardía en deseos de ponerle una soga alrededor del cuello.

Lottie se estremeció al pensarlo, pero ¿qué podía hacer? Estaban condenados a seguir juntos hasta que vendieran el maldito whisky, y no veía más salida que seguir adelante con el plan original.

Resignada, saltó del barril y se fue a buscar algo para arreglar el vestido.

Capítulo 9

Aulay tenía las muñecas en tan mal estado que cualquier movimiento era una tortura para él. Además, la cháchara incesante de Bernt lo sacaba de quicio; aunque, por fortuna, se había quedado dormido bajo el peso de sus muchas palabras.

Sus hijos también se habían ido, gracias a Dios. La jactancia del joven y los berrinches del gigante se sumaban a la palabrería de su progenitor de tal modo que parecían consumir todo el aire disponible.

Afuera, la tripulación estaba trabajando en el velamen. Aulay los veía a través de los dos ojos de buey, y se sintió mejor al reconocer las voces de un par. Sus hombres sabían lo que hacían y, si seguían las instrucciones de Beaty, llegarían sanos y salvos a Aalborg y se librarían de los Livingstone.

Beaty y él habían hablado brevemente en gaélico cuando el primer oficial pasó por el camarote. Aulay le había dicho que el bienestar de su tripulación era lo único que le importaba, y Beaty le había asegurado que mantendría las cosas en orden y los llevaría a tierra. Al igual que su capitán, le preocupaba más la vida de sus hombres que cualquier venganza posible; pero, a pesar de ello, Aulay esperaba que hubieran trazado un plan para recuperar el barco.

No lo podía evitar. Se sentía frustrado e impotente, dos emociones que había sentido demasiadas veces en casa. Como si fuera una carga para los demás.

La puerta se abrió al cabo de unos minutos, y Lottie apareció con todo lo necesario para reparar una vela: una aguja larga, hilo encerado y una abrazadera para estirar la tela. También llevaba un tarrito de cristal.

Dejó las cosas en la mesa y, tarro en mano, se giró hacia él. Se había metido la pistola en la cintura del pantalón.

–Morven ha preparado esto para sus muñecas –dijo, alzando el tarro–. Si se compromete a no causar problemas, se lo pondré yo misma.

–¿Y cómo iba a causar problemas, si estoy encadenado como un perro? –

replicó, molesto.

Ella sacó la pistola y la puso sobre la mesa. Luego, se acercó cautelosamente, se arrodilló delante de Aulay y destapó el tarro.

–¿Qué es eso? Huele fatal –protestó él.

–Morven dice que lo ha hecho con entrañas de pescado.

Aulay apartó las manos, asqueado, pero ella lo agarró y le empezó a untar el ungüento con suavidad.

El alivio fue inmediato.

Más tranquilo, se dedicó a mirarla mientras lo atendía. Lottie no apartó la vista de sus muñecas, pero él se empapó de la blancura de su piel, el latido de una vena en su cuello y su blanca coleta, de apariencia suave.

Quería tocarla. Quería inclinarse y olerla.

–¿Se puede saber qué está haciendo?

Aulay no contestó. Se había rendido a la tentación de inclinarse, y su fragancia era sorprendentemente agradable.

Cuando Lottie terminó de ponerle el ungüento, hizo ademán de retirarse; pero Aulay la tomó de la mano y se lo impidió.

Sorprendida, ella alzó una ceja. Encantado, él la acercó tanto que se quedó a la distancia necesaria para poder besarla.

Había dejado de pensar. Estaba envuelto en una nube de aroma femenino, y ya no era dueño de sus actos.

Sin ser consciente de lo que hacía, le dio un beso. Lottie se quedó inmóvil, pero entreabrió la boca ligeramente, y él introdujo la lengua entre sus labios.

Entonces, ella se apartó.

–Definitivamente, se ha vuelto loco.

Él pensó que no había cometido ninguna locura. De hecho, era la primera vez que se sentía vivo desde que su captora le había pegado aquella patada.

–¿Quién es Iversen? –preguntó.

Ella se ruborizó.

–Nadie.

–¿Prefiere que lo adivine?

–No.

Él ladeó la cabeza y admiró sus largas pestañas.

–La trató mal, ¿no?

Lottie soltó un bufido.

–No hay que ser muy listo para llegar a esa conclusión.

–¿Qué pasó?

Lottie respondió con otra pregunta.

–¿Por qué me ha besado? Si no recuerdo mal, ayer quería que me ahorcaran.

–Y aún quiero. Puedo admirar y desear a una mujer y querer al mismo tiempo que la ahorquen –dijo, sonriendo.

Ella también sonrió.

–Merece un hombre decente, Lottie. Uno que la trate bien.

La actitud de Lottie cambió repentinamente.

–¿Me toma por estúpida, capitán? ¿Cree que no sé lo que pretende?

–¿A qué se refiere? –dijo, sorprendido.

–A su intento de halagarme –contestó con brusquedad, como si ese intento fuera agresión–. Me han halagado muchas veces a largo de mi vida, y nunca ha sido a cambio de nada.

–Ni la estaba halagando ni la halagaré jamás. Pero no merece que la maltraten. Ella sacudió la cabeza, y él le acarició la mejilla impulsivamente.

–¿Qué pasó?

Lottie se apartó un poco.

–¿Está casado, capitán Mackenzie?

–Sí, con mi barco.

–Eso es muy bonito, pero un barco no calienta su cama por las noches –replicó–. ¿Por qué no busca esposa?

–¿Cómo?

–Ah, vaya –dijo Lottie, mirándolo con humor–. ¿Piensa acaso que, por ser capitán, es el único con derecho a hacer preguntas indiscretas?

Él se encogió de hombros.

–No, pero tengo derecho a saber quién me mantiene cautivo y por qué.

Lottie se apartó un mechón de pelo que se le había soltado.

–Iversen no tiene nada que ver con eso. Y, en cuanto a su profesión, no está reñida con el matrimonio. Conozco un montón de capitanes casados.

–¿Un montón? –dijo en tono de burla–. La mayoría es como yo.

–¿Solitarios, quiere decir? Me parece increíble que un hombre tan capaz como usted pinte cuadros sin gente. ¿Nunca ha deseado tener una familia? ¿No quiere hijos que lleven su apellido? Puede mentir si quiere, pero cualquiera se daría cuenta de que añora un tipo de atenciones que solo le puede dar una mujer.

–Es la joven más descarada que he conocido nunca...

–Indiscutiblemente –dijo con una sonrisa–, pero eso no alivia mi curiosidad. ¿Cómo es posible que un capitán tan guapo como usted no tenga una legión de admiradoras?

Aulay se había preguntado lo mismo cuando era más joven. Pensaba que, si estaba en tierra firme el tiempo suficiente, alguien lo querría cortejar; pero la única persona que había encajado en esa descripción era Avaline Kent, la frágil florecilla inglesa que había estado comprometida con Rabbie. Por algún motivo, se había encaprichado de él y se había convencido a sí misma de que el sentimiento era recíproco. No podía ser más ridícula.

–Es toda una artista en el arte cambiar de conversación, señorita.

–No me diga que le he ofendido... En ese caso, espero que me disculpe. Aunque me parece raro que un hombre de cuarenta años siga solo.

–¿De cuarenta años? ¡Aún no he cumplido los cuarenta! –bramó, pensando que solo tenía treinta y siete–. Además, tengo toda la compañía femenina que necesito. Y no suelo estar con criaturas tan pudorosas como usted.

Ella soltó una carcajada.

–Ah, le sorprendería saber las cosas que imagino –dijo con humor–. Aunque no sabía que fuera tan voluble. En cuestión de un par de minutos, ha pasado de halagar a su captora a indignarse por una pregunta inocente.

Aulay no se lo podía creer. Le habían llamado muchas cosas a lo largo de su vida, pero *voluble* no estaba entre ellas.

–Ahora es usted quien me toma a mí por estúpido, Lottie. ¿Cree que no sé que está rehuyendo el asunto de Iversen? ¿Tan doloroso es que se siente obligada a zaherirme?

Ella lo miró a los ojos.

–Sí, supongo que sí –admitió.

Una vez más, Lottie intentó alejarse y, una vez más, Aulay la tomó de la mano.

–¿Qué está haciendo?

–Usted no es la única persona que entiende las cosas.

Ella guardó silencio.

–Es tan descarada como un ciervo –continuó–. La han decepcionado, y tiene tanto miedo de que la vuelvan a decepcionar que no permite que se le acerque nadie.

–Y usted es tan absurdo como solitario –replicó, intentando romper el contacto–. No tengo miedo de que me vuelvan a decepcionar, porque eso es inevitable. Los hombres son decepcionantes por naturaleza.

Aulay sacudió la cabeza y sonrió, sin soltarla. Ella parpadeó de forma extraña, como si hubiera visto algo en él que no podía descifrar; y, automáticamente, relajó la mano y le acarició el dorso con el pulgar.

Aulay se estremeció y la soltó.

–Morven dice que no se toque el unguento durante una hora, y que se ponga más después –declaró Lottie, dejando el tarro en la mesa–. En fin, será mejor que me vaya y que...

Lottie no llegó a terminar la frase. Salió del camarote sin más.

Al cabo de unos segundos, Aulay oyó que volvía a poner el barril delante de la puerta, para impedir que escapara.

Su situación no había mejorado en absoluto. Seguía siendo un simple prisionero.

El día fue una sucesión de personas que entraban y salían del camarote para interesarse por la salud de Bernt Livingstone, que empeoraba por momentos, en opinión de Aulay. Dormía mucho y gemía en sueños; pero, cuando se despertaba, parecía recuperar sus fuerzas y empezaba a hablar.

Empezaba y no paraba.

Quiso saber si había piratas en aquella zona, y si corrían el riesgo de que los asaltaran en aguas de Dinamarca. Quiso saber cuánto costaba un barco como el *Reulag Balhaire*. Quiso saber cuánto tiempo aguantaba la carne curada. Y hasta le preguntó si conocía a Victor Mackenzie de Oban, a quien consideraba una buena persona, aunque le faltara el ojo derecho.

Los captores de Aulay le permitieron salir tres veces a cubierta. El cielo estaba completamente despejado. No se veían barcos en lontananza. No había nada salvo el radiante sol y el viento del oeste. Beaty estaba en el alcázar, en compañía del capitán de los Livingstone y, por su forma de comportarse, tuvo la sensación de que habían llegado a algún tipo de acuerdo.

Durante su segunda salida, los Mackenzie que se encargaban de los aparejos se acercaron a él y lo rodearon, sin que sus guardias pusieran ninguna objeción.

–¿Qué tal está, capitán? –se interesó Billy Botly, que llevaba un brazo en cabestrillo.

–Manteneos firmes –les dijo en gaélico–. Llegaremos pronto a puerto.

–Esto no está bien –intervino Geordie Willis–. Nada bien.

–No, pero lo solucionaremos, no os quepa duda. De momento, haced lo posible para no perder el barco.

Por supuesto, sus hombres estuvieron de acuerdo. A fin de cuentas, no tenían más fuente de ingresos que aquel trabajo.

Cuando salió por tercera vez, descubrió que un par de hombres se acababan de

pelear, porque uno iba echando pestes en inglés y gaélico sobre los bribones que los habían asaltado. Entonces, dos de sus compañeros intervinieron y pusieron en su sitio a otro Mackenzie por haber provocado la pelea.

A Aulay le pareció extraño que se portaran tan bien. Les había ordenado que no intentaran nada, pero quizá lo estaban llevando demasiado lejos. Y cuando volvió al camarote, se empezó a preocupar. ¿Sería cosa de Lottie Livingstone? ¿Los habría hechizado con su encanto? Era muy bella, un detalle del que él mismo era dolorosamente consciente; pero no le parecía posible que su recia tripulación se dejara engañar con facilidad.

Al pensar en ella, cayó en la cuenta de que no la había visto desde que la había besado. Morven había ido a ver a su padre y a llevarle comida, pero el objeto de sus deseos no había hecho acto de presencia.

El sol ya se había ocultado cuando Lottie entró en el camarote con jabón, un cubo de agua fresca y un paño. No dirigió la palabra a Aulay. Se sentó junto a su padre y le limpió la cara, aunque él intentó resistirse. Sin embargo, estaba cada vez más débil, y no tuvo más remedio que dejarla hacer.

Quince minutos más tarde, Morven reapareció con una taza cuyo contenido olía verdaderamente mal, lo cual llamó la atención de Lottie.

–¿Qué es eso? –dijo, arrugando la nariz.

–Un caldo curativo con un poco de láudano –respondió, llevando la taza a los labios del herido.

Brent lo probó y apartó la cabeza con asco.

–Tómatelo, padre –dijo Lottie–. Te sentirás mejor.

–Solo un cadáver se sentiría mejor tras beberse ese brebaje –protestó su padre–. ¿Dónde están mis hijos? Diles que vengan.

–Los necesitan abajo –respondió ella, lanzando una mirada a Morven–. Deja de hablar, por favor. El señor Beaty dice que llegaremos a Aalborg por la mañana.

–Sí, como yo calculé –replicó, aunque parecía imposible que hubiera calculado nada en su estado–. Puede que esté tumbado en este camastro, pero siento la intensidad y la dirección del viento. Quien ha sido marino, lo sigue siendo siempre.

–Nunca fuiste marino –le recordó Lottie con dulzura.

–No, pero podría haberlo sido.

Lottie y Morven se le quedaron mirando durante un buen rato, hasta que los dos se dieron la vuelta al unísono.

–No me queda más láudano, Lottie. Tenemos que llevarlo al médico.

–¿Y cómo le vamos a pagar?

Él sacudió la cabeza.

–Preguntaré por ahí. Puede que alguien tenga dinero.

Morven se acercó entonces a Aulay y echó un vistazo a sus heridas.

–Sabes tan bien como yo que ningún Livingstone tiene una sola moneda –dijo Lottie, alcanzando su vestido.

–Entonces, preguntaré a los Mackenzie.

–¿No les hemos quitado ya bastante?

–No tienen elección –dijo Morven, que alzó la cabeza y miró al capitán–. Sus heridas se están curando perfectamente. Dentro de un mes no tendrá ni cicatrices, y se olvidará de lo que ha pasado.

–Lo recordaré –dijo Aulay.

–¿Tiene alguna moneda por ahí, capitán? –replicó el médico de los Livingstone.

–¡Morven! –protestó Lottie.

–Seguro que tiene unas cuantas coronas...

–No, nada de eso. No quiero que se lo pidas a él.

–No tenía intención de pedírselo –declaró, recogiendo sus cosas–. Bernt seguirá dormido hasta mañana.

Morven se fue, y Lottie se sentó a la mesa, donde alcanzó una aguja, la enhebró y empezó a coser los desgarrones del vestido.

Aulay la miró en silencio durante varios minutos, hasta que dijo:

–Me vendría bien un vaso de whisky.

Ella alzó la cabeza y dejó su costura a un lado.

–Y a mí. Estamos de suerte, porque han abierto uno de los barriles.

Lottie se fue y volvió poco después con dos cuencos de madera. Luego, se sentó junto a Aulay, apoyó la espalda en la pared y le pasó uno de los cuencos.

Él echó un trago largo, encantado de sentir la familiar quemazón en su garganta.

Ella solo dio un sorbito.

–Sé lo que ha hecho. Se ha ganado la obediencia de mis hombres a base de whisky. Es lo único que puede explicar su buen comportamiento.

–Yo no les he hecho nada. Aunque les ofrecí una comisión.

Aulay se quedó perplejo.

–¿Cómo?

–Les dije que les pagaría.

–¿Con qué?

–Con el producto de la venta, claro.

Aulay no salía de su asombro.

–¿Y cuánto les ha prometido?

Ella se encogió de hombros.

–No lo recuerdo con exactitud, pero les prometí que les pagaría más de lo que cobran con usted –dijo.

Él tragó saliva. No contenta con robarle el barco, también quería quitarle a su tripulación.

–No se asuste, capitán –dijo ella, notando su inquietud–. Le doy mi palabra de que sus hombres le siguen siendo leales. Nos llaman de todo, en inglés y gaélico. Nos insultan tanto que Beaty ha tenido que intervenir para recordarles que usted les ordenó que nos obedecieran y que mañana, cuando lleguemos a Aalborg, habrá terminado todo.

–¿Y no se ha parado a pensar que casi no les quedará whisky para entonces?

Ella frunció el ceño.

–No, no lo había pensado. Sin embargo, tenemos a Beaty y lo tenemos a usted.

Esta vez fue él quien frunció el ceño.

–No, no, no... Venda su maldito whisky ilegal, pero déjeme al margen de ese asunto.

–Ojalá pudiera dejarlo al margen. No soporto la idea de que me acompañe. Es el peor castigo que puedo imaginar.

–¿El peor castigo? –preguntó Aulay, asombrado–. Lo suyo es increíble, señorita. Presenta las cosas de tal manera que usted parece la víctima y yo, un canalla que pretende reventar sus planes.

–Pero lo pretende, ¿no? –dijo–. En cualquier caso, es importante que se porte bien, porque tendré que vigilarlo a usted, estar al tanto de los muchos ladrones que viven en Aalborg y cerrar un acuerdo con la Copenhagen Company.

–Me portaré como un angelito –replicó, dejando su cuenco vacío en el suelo.

Lottie le dio un golpecito con el codo y le ofreció su whisky, que él aceptó a regañadientes.

–Cuanto antes vendamos nuestra mercancía, antes recuperará su barco. Pondrá rumbo a Amsterdam, sus hombres tendrán los bolsillos llenos y nadie se acordará de lo que ha pasado aquí.

Aulay se giró y la miró a los ojos.

–¿Cree que voy a dejar que se marche? ¿Lo cree de verdad?

Ella le devolvió la mirada.

–Eso espero.

Al ver el brillo inocente de sus ojos, Aulay alzó una mano y le acarició la mejilla con los nudillos.

–No puedo permitir que sus actos queden sin castigo. Me harán responsable de la pérdida de mi cargamento, y no tengo más elección que llevarla a las autoridades.

Lottie miró a su padre. Aulay la volvió a acariciar, y ella apretó la cara contra su mano, como si le gustara mucho. Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Pretendía encerrar a una mujer a la que deseaba con toda su alma. Definitivamente, se estaba volviendo loco, y no encontraba la forma de recuperar la cordura.

–Lléveme entonces. Lléveme ante todas las autoridades que desee, pero deje que los demás vuelvan con sus familias. Nadie quería lo que ha pasado.

Aulay se quedó perplejo. ¿Quién era aquella mujer? Estaba dispuesta a sacrificarse por el bien de sus hombres.

–Será mejor que descanse, capitán –dijo ella, incorporándose–. Mañana será un día largo, con muchas cosas que hacer.

Aulay la miró desde las sombras de su esquina. Todo lo que veía le gustaba, desde la forma en que inclinó la cabeza hasta el mechón que se le había soltado. Se imaginó con ella de igual a igual, libre de hacer lo que quisiera. Se imaginó con ella al timón de su barco. Se imaginó con ella bailando. Se imaginó con ella en la cama.

Se imaginó con ella ante un altar.

¿Qué le estaba pasando? Aquella mujer lo había atado, encadenado y aprisionado y, sin embargo, la quería hacer su esposa.

Era completamente absurdo.

Se tomó el resto del whisky de Lottie y le dio la espalda, en un esfuerzo por sacársela de sus pensamientos y romper el hechizo que tenía sobre él.

Se quedó dormido, pero el sonido de las olas le despertó. Seguía en el camarote, con la misma cadena en la pierna. Todo estaba igual que antes, con dos pequeñas excepciones: que el ambiente olía a lluvia y que alguien había encendido una pequeña vela, que apenas brillaba en la oscuridad.

Aún adormilado, se giró hacia la mesa y se quedó sin aliento. Lottie se había desnudado de cintura para arriba. Había llenado un cubo de agua, y se estaba pasando un paño mojado por la piel de su costado.

La imagen era tan erótica que Aulay se excitó de inmediato. Habría dado lo que fuera por poder lavarla él, por quitarle el paño, dejarlo a un lado, llevar las manos a sus senos y besar su cuello. Habría dado lo que fuera por ver el brillo de

sus ojos cuando la volviera loca de placer y oír sus gritos de satisfacción cuando la llevara al orgasmo.

Justo entonces, Lottie se detuvo como si hubiera notado algo, con el paño contra sus pechos. Pero solo fue un momento y, segundos después, se los empezó a frotar con movimientos circulares.

¿Sabría que la estaba mirando? No se había girado hacia él. No había vuelto la cabeza. Simplemente, se había empezado a frotar en una de las partes más íntimas de su cuerpo, con toda naturalidad.

Aulay habría jurado que lo sabía.

Cuando Lottie apagó la vela, estaba tan excitado que casi le dolía.

Capítulo 10

Gilroy señaló un barco que los había estado siguiendo por el cabo de Jutland, siguiendo la costa de Skagen.

–Seguro que son piratas –dijo, apoyando el pie en un barril.

–Qué piratas ni qué ocho cuartos –replicó Beaty, bajando su catalejo–. Es un buque de la Marina danesa.

Gilroy rio.

–Eso no es un buque de la Marina.

–Por supuesto que lo es. He navegado por estas aguas desde que tengo uso de razón, y reconozco una embarcación militar cuando la veo.

Lottie, que estaba presente, decidió intervenir. No quería que la discusión se les fuera de las manos.

–¿Cuándo llegaremos?

–Dentro de una hora –respondió Beaty.

–De hora y media –contraatacó Gilroy.

–¿Puedo hablar contigo, Gilroy? –dijo ella, mirándolo con intensidad.

Él asintió.

–Hazme el favor de reunir a la tripulación. Yo llamaré a Morven, que está con mi padre.

Lottie regresó al camarote en el preciso momento en que Morven quitaba la venda a Bernt, cuya palidez se había transformado en un gris mortal. El capitán se había apoyado en la mesa, y estaba con los brazos cruzados, mirándolos.

–¿Lottie? ¿Eres tú, *pulsing*? –dijo su padre con debilidad.

–Sí, soy yo –dijo, acercándose al camastro.

Lottie lanzó una mirada de angustia a Morven.

–Tiene fiebre. Necesita ayuda con urgencia.

–No molestes a la muchacha con problemas de médicos –protestó Bernt, irritado–. El whisky es su problema principal. Si no consigue venderlo, no

importará cuántos médicos me traiga.

–Padre, yo...

–No aceptes menos de cien coronas por barrica.

Ella parpadeó, porque el precio habría sido demasiado alto aunque no hubiera dicho *cien*, sino cincuenta.

–Eso es imposible –intervino Aulay.

–Lo es –dijo Morven.

–¡No les hagas caso! ¡Cien coronas! ¡Ni un penique menos! –exclamó Bernt entre espasmos de dolor.

–Pero...

Morven la agarró del brazo y sacudió la cabeza para evitar que discutiera con su padre.

–¿Me has oído, *pusling*?

–Sí, padre. Cien coronas –contestó Lottie, que le apretó la mano.

–Eres una buena muchacha. Una buena muchacha –repitió.

Justo entonces, Bernt perdió el conocimiento por el dolor y por el efecto del láudano que Morven le había dado.

–La herida está infectada –la informó, mirando a Lottie con tristeza–. No puedo hacer nada más. Trae un médico.

Lottie pensó que decirlo era más fácil que hacerlo. ¿Llevar un médico al barco? ¿En esas circunstancias? Pero encontraría la forma. Siempre la encontraba. Por eso la quería tanto su familia: porque sabían que podían confiar en su inteligencia.

–Ven –continuó Morven, señalando la puerta.

Lottie pasó por delante de Aulay, que la miró con su intensidad de costumbre y salió al exterior, donde se reunieron con Duff, MacLean, Drustan, Mathais y Gilroy.

–¿Todo está preparado? –le preguntó a Duff.

–Por supuesto. Gilroy se quedará en el barco con Beaty como rehén, para curarnos en salud. Drustan y yo os acompañaremos al capitán Mackenzie y a ti –respondió, dando una palmadita al gigante.

–¿Por qué no puedo ir yo? –intervino Mathais–. Estoy tan metido en esto como Dru.

–Porque necesitamos a tu hermano para que vigile al capitán –le recordó Lottie.

–Yo no quiero vigilar a nadie –se quejó Drustan–. Quiero volver a casa.

–Como todos, Drustan. Pero antes de volver, tenemos que encontrar un

médico para papá –alegó ella–. Y, si no vienes conmigo, no lo encontraré.

Mathais se encaramó a un barril y dijo:

–No necesitas a Drustan para eso. Ya tienes a Gilroy, que habla danés.

–Duff también lo habla –comentó su hermano.

–No, solo lo chapurreo.

Lottie suspiró.

–Haz lo que te digo, Mats. Quédate aquí y cuida de nuestro padre mientras estoy fuera.

–Está bien...

Ella se giró hacia Gilroy yladeó la cabeza hacia Beaty.

–¿Se lo has dicho ya?

–Me temo que no –contestó Gilroy–. No he encontrado la forma. Se precia tanto de mantener el control del barco y de sus hombres que...

–Y tiene motivos para jactarse –lo interrumpió MacLean–. Si no hubiera sido por él, habríamos terminado muertos. Bueno, por él y por la promesa de pagar una comisión a la tripulación del capitán.

–¿Por qué no se lo dices tú? –preguntó Gilroy.

–¿Yo?

–A ti no te levantaría la mano, Lottie.

Ella volvió a suspirar. Siempre tenía que solucionarlo todo.

–¡Por Dios! ¡Vaya hombres que tengo! A veces pienso que no sobreviviríais ni un minuto si no estuviera yo.

Gilroy bajó la cabeza, avergonzado.

–Está bien, se lo diré. Pero tú tendrás que preparar a Aulay Mackenzie. Tiene que bañarse, vestirse y afeitarse. No puede parecer un preso. Debe parecer un capitán en plena posesión de sus facultades.

Lottie le dio la espalda y se fue a ver a Beaty para informarle de que esta vez sería él quien llevaría una cadena en la pierna.

Obviamente, Beaty no estuvo de acuerdo con el plan de los Livingstone, y se opuso con vehemencia aunque Morval lo estuvo apuntando todo el tiempo con su pistola. De hecho, organizó tal escandalera que Lottie se vio obligada a reiterar sus promesas tras asegurarle que solo se trataba de una medida de precaución.

Al final, Beaty lo aceptó a regañadientes y permitió que Drustan y otro de sus hombres se lo llevaran.

Sin embargo, la tripulación del *Reulag Balhaire* no estaba muy convencida, y Lottie se tuvo que dirigir a ellos con un truco que había aprendido a temprana

edad: llevarse las manos al pecho mientras hablaba. Por algún motivo, los hombres parecían tomarlo por un gesto de sinceridad indiscutible cuando quien hablaba era una mujer.

–Les estoy diciendo la verdad. Cuanto antes vendamos el whisky, antes tendrán su dinero y antes los dejaremos en paz.

–¿Y qué pasa con nuestro cargamento? –preguntó Iain el Rojo–. ¿Qué haremos con él?

–Tengo entendido que irán a Amsterdam y lo vendrán allí, así que cobrarán dos salarios por el viaje –respondió.

Los hombres se miraron.

–No me lo creo –declaró Iain, de barba tan roja y rizada como su pelo–. Nunca he cobrado dos salarios por un solo viaje. ¿Y vosotros?

Sus hombres respondieron negativamente al unísono, lo cual avivó la preocupación de Lottie. Al fin y al cabo, no podrían vender el whisky si no convencía a la tripulación del *Reulag Balhaire*. Y hasta los propios Livingstone parecían escépticos al respecto.

–Confiad en ella –intervino Billy, el joven del brazo roto en cabestrillo.

–No sabes nada de la vida, Billy Bolty –le acusó uno de sus compañeros–. Eres poco más que un niño.

–Quizá, pero no nos ha mentado ni una sola vez. Ha mantenido su palabra –observó.

–Oh, vamos, se ha limitado a prometernos un dinero que todavía no hemos visto... –protestó otro.

–¡Bien dicho! –dijo uno más.

Lottie supo que estaba a punto de perder el control de la situación, y quizá lo habría perdido si el capitán no hubiera aparecido entonces en compañía de Duff y Gilroy.

Al verlo, ella se estremeció. Estaba tan imponente que casi sintió envidia de su seguridad. Llevaba pantalones, una camisa limpia, un chaleco y la casaca que le había prestado. Se había afeitado y recogido el pelo en una coleta. Parecía más alto que nunca. Hasta sus hombros parecían más anchos. Era una maravilla de hombre.

Aulay se acercó al grupo y acalló a sus hombres por el simple procedimiento de levantar una mano. Luego, los miró y empezó a hablar en un gaélico que a Lottie le resultó extrañamente musical.

–Hable en inglés –dijo ella, rompiendo su hechizo.

Él arqueó una ceja.

–No se preocupe, señorita Livingstone. Solo les estaba diciendo que espero que preparen el barco para zarpar cuando volvamos.

Lottie no le creyó, pero fingió lo contrario porque sus hombres se habían tranquilizado, que es lo que pretendía.

–¿Solo eso?

–No, no solo –contestó con una sonrisa–. También les he dicho que se hará justicia.

En lugar de preocuparse por su afirmación, Lottie pensó que sus ojos azules brillaban de modo especialmente bonito bajo la luz del sol y que su arrogancia hacía que se sintiera como si la hubiera alcanzado un rayo.

–¿Usted no se va cambiar de ropa? –preguntó él, mirando sus pantalones.

Lottie parpadeó, ordenó a Duff que tuviera los ojos bien abiertos y se alejó del grupo bastante mortificada, porque todos los hombres clavaron la vista en sus piernas.

Capítulo 11

El camarote parecía vacío sin el capitán Mackenzie. Bernt seguía en el camastro, pero se había debilitado tanto durante los dos últimos días que su presencia no equilibraba la ausencia del anterior.

Lottie cerró la puerta, se sentó en una silla y se quitó las botas mientras escuchaba la pesada respiración de su padre. Después, se soltó el pelo y se lo empezó a cepillar.

–¿Lottie?

Ella dejó el peine a un lado y se giró. Su padre intentó ponerse de lado para mirarla, pero soltó un gemido de dolor.

–Quédate como estás, padre –Lottie se levantó, se inclinó sobre él y lo volvió a tumbar de espaldas–. Tengo que prepararme. Estamos a punto de llegar a Aalborg.

Bernt asintió y ella se quitó la ropa que llevaba, empezando por los pantalones.

–No admitas menos de cien coronas por barrica –le recordó él.

–Claro que no.

–Si no encuentras a Anders o a su padre, busca el despacho de la Copenhagen Company. Está en el puerto.

–No te preocupes, padre –dijo ella, poniéndose el vestido sobre el corset.

–Habría preferido ir yo.

–Lo sé –replicó con dulzura.

Lottie alcanzó el espejo con el que Aulay se afeitaba y se recogió el pelo como pudo, echando de menos a Mary, la joven que la ayudaba a vestirse en Lismore cuando los negocios del clan se lo exigían.

Habría dado cualquier cosa por estar en su hogar. Echaba de menos la isla, los conejos y la casa donde vivían, el orgullo de su difunta madre, que Lottie mantenía inmaculada. Lismore siempre le había parecido demasiado pequeña,

casi una cárcel. Quería ver mundo, visitar ciudades importantes, conocer a personas diferentes. Quería ir en carruaje como las aristócratas, y que la cortejaran hombres elegantes. Pero extrañaba su hogar, su cama, su caballo, su perro, su libertad.

Desgraciadamente, se había convertido en esclava de sus propias decisiones, así que terminó de arreglarse el pelo y se miró el vestido. Olía a sudor y a mar. Estaba lleno de arrugas, y en tan mal estado que había tenido que quitar el encaje de una manga porque el de la otra se le había roto y no se podía coser.

–No te compliques la vida, Lottie.

–¿Cómo?

–Di tu precio y punto. Si dejas que regateen, te estafarán.

–De acuerdo.

–Y hazlo tan deprisa como sea posible.

–Descuida –le aseguró.

–Cuando te vean los hombres de Aalborg...

–No pienses en eso –lo interrumpió–. Drustan y Duff me protegerán.

Lottie se sentó y se volvió a poner las botas.

–Piensa lo que le dirás a Anders. Tiene que ser creíble. Será un mozo guapo, pero cometerías un error si te fiaras de los guapos.

A ella le pareció un comentario extraño, pero se limitó a decir:

–Ya se me ocurrirá algo.

–Y controla tu lengua, *pusling*. Piensa antes de hablar.

–Lo sé, lo sé.

Lottie se levantó y le dio un beso en la frente. Estaba empapado de sudor, pero temblaba por culpa de la fiebre.

Necesitaba un médico con urgencia.

–¿Dónde tienes tu reloj de bolsillo? –le preguntó, intentando refrenar su angustia.

Bernt ni siquiera preguntó para qué lo quería.

–No sé. Morven lo ha dejado por ahí.

Ella echó un vistazo a su alrededor. El reloj estaba en una mesita pequeña, entre un candil de bronce y unos cuantos libros forrados de cuero.

–Era de tu padre, ¿verdad?

–Sí –dijo Bernt, sonriendo un poco–. Es la única cosa que me dejó. Siento que vaya a terminar así.

–Yo también.

Lottie se lo metió en el bolsillo y le puso una mano en el hombro.

–Descansa. Volveremos antes de que anochezca.

Los ojos se le habían llenado de lágrimas, pero le dio otro beso en la frente, le dedicó una sonrisa y se dirigió a la salida.

Su mente estaba llena de malos augurios. Pensaba en todo lo que podía salir mal, desde la venta del whisky hasta el estado de salud de su padre. Y como esa no era la mejor forma de afrontar la situación, se obligó a respirar hondo y recuperar el aplomo.

Tenía que ir paso a paso, resolviendo los problemas según se presentaran. Pero se prometió a sí misma que, si lograban volver a Lismore, se encargaría personalmente de destrozarse los alambiques con los que destilaban whisky.

–¿Lottie? –preguntó su padre.

Lottie se detuvo, ya con la mano en el pomo de la puerta.

–¿Qué quieres?

–Yo no quería que llevaras el peso de la familia sobre tus hombros. Nunca lo quise.

–Lo sé, padre.

–Tus hermanos y tú sois lo único que me importa.

–Lo sé –repitió ella–. Todos lo sabemos.

–Lo he hecho tan bien como he podido, Lottie. Te doy mi palabra.

Lottie volvió a su lado, se arrodilló junto al camastro y tomó de la mano a Bernt.

–No lo he dudado nunca. Nadie lo ha dudado... Ni Mats ni Drustan ni yo misma. Lo has hecho muy bien, padre.

Los ojos de Bernt se humedecieron.

–Lo he liado todo, hija.

–¡No, en absoluto! ¡Qué cosas dices! Las cosas se han complicado porque la vida es muy difícil cuando no tienes nada. Pero, como decía mamá, la vida no merece la pena cuando no hay que luchar por ella –comentó Lottie, intentando animarlo–. No te preocupes por lo que pase hoy. Saldremos adelante de todas formas. Siempre salimos adelante, porque nos tenemos los unos a los otros.

–Salimos adelante por ti, *pusling*. Es la verdad. Sin ti, estaríamos perdidos –puntualizó él, apretándole la mano con dulzura–. Te adoro, cariño. *Tha gaol agam ort...* Eres la mejor hija que pueda tener un hombre.

Lottie había empezado a llorar, y se secó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

–Te quiero, padre. Y ahora, descansa y ahorra fuerzas hasta que volvamos. Seguro que no hablas tan bien de mí si vuelvo con menos dinero del que esperas.

Su padre la miró a los ojos, sin sonreír.

–Cuídate. Y cuida de tus hermanos, por favor –susurró.

–Por supuesto.

Lottie sonrió de nuevo y salió del camarote con su vestido dañado, sus botas húmedas y el moño que se había hecho. Su aspecto no era precisamente bueno, pero eso no impidió que todos los hombres se giraran a mirarla, porque se habían congregado en cubierta.

–Bueno, bueno, dejad de mirarme así –dijo, ruborizada–. Soy la misma de siempre.

–Discúlpenos, señorita –dijo el joven del brazo en cabestrillo–. Es que es muy guapa.

–¿No llevas sombrero? –preguntó Duff.

–No.

–Pues necesitas uno. Tu pelo brilla como un diamante, y llamará la atención de todo el mundo si no te cubres.

–Tiene razón –dijo MacLean, pasándole un botellón de whisky.

Lottie miró el botellón con desconcierto.

–¿Y esto?

–Querrán probarlo antes de comprarlo.

–Ah, claro.

–¡Ponte un sombrero, Lottie!

–¡No tengo ninguno! –se defendió–. De hecho, tampoco tengo el vestido ni el calzado adecuados para esta situación.

–Vayan al camarote –intervino el capitán, que contemplaba la escena con la naturalidad de un caballero en un parque–. Hay un sombrero en uno de los ganchos... Billy, ¿puedes ir a buscarlo? Y trae también tu casaca.

El joven salió disparado.

–No creo que la casaca sea necesaria –dijo ella–. No la necesito.

–Desde luego que la necesita, y por la misma razón por la que necesita el sombrero. El vestido le queda como un guante –observó, admirando su figura.

Lottie se volvió a ruborizar. Sabía que la había visto medio desnuda la noche anterior. Sabía que la había estado mirando mientras se lavaba, pero no le había importado en absoluto. A decir verdad, le había gustado tanto que había alargado el proceso a propósito porque el interés del capitán avivaba su propia excitación.

Billy regresó con una rapidez sorprendente, habida cuenta de que tenía un brazo roto. Le dio el sombrero, pero era tan grande que se le hundió hasta las cejas.

–Si te sueltas un poco de pelo y te lo pones por debajo, quedará más alto – comentó Duff, mirándola con el ceño fruncido.

Lottie siguió su consejo bajo la atenta mirada de los hombres, que no perdieron detalle y, cuando terminó, se puso la casaca.

Duff dio un paso adelante, se la abrochó y le subió el cuello.

–Cuanto menos vean, mejor –dijo.

–Supongo que sí.

–Muy bien –intervino nuevamente el capitán–. ¿Nos ponemos en marcha? Quiero recuperar mi barco.

Los hombres arriaron el bote en el que iban a ir y, a continuación, se quedaron mirándolos mientras bajaban a él. Entonces, la tripulación de los Livingstone les dedicó unos cuantos gritos de ánimo; y Duff, que no dejaba de ser un actor, se puso en pie y soltó un pequeño y engolado discurso que quedó bruscamente interrumpido cuando Drustan empezó a remar e hizo que perdiera el equilibrio.

Naturalmente, los Mackenzie se empezaron a burlar de Duff, pero Lottie no hizo caso. Estaba concentrada en el puerto que se veía ante ellos y en el olor a pescado podrido, que se hizo más intenso a medida que avanzaban. Había gaviotas por todas partes, y tanta gente en la ciudad que no supo si siempre era así o estaban celebrando algo.

Pero ni eso ni el azul del cielo ni los gritos de los vendedores que intentaban colocar sus mercancías le interesaban tanto como el contacto de Aulay Mackenzie, que se había sentado a su lado, apretado contra una de sus piernas. Y por si no estuviera ya suficientemente alterada, el giró la cabeza y clavó la vista en el cuello abierto de su casaca, por donde se veía la suave piel de su escote.

Lottie supo que estaba pensando en la noche anterior. Lo supo por el brillo de sus ojos y por la rapidez en que apartó la vista, como si estuviera tan excitado e incómodo como ella.

Desesperada, metió una mano en el agua y se mojó las mejillas, intentando aliviar el calor que sentía de repente. Y entonces, hizo algo que la sorprendió incluso a ella: tocarle un muslo, pasándole un dedo con delicadeza.

No lo pudo evitar. Quería tocarlo y sentir los músculos de sus piernas.

Mientras le tocaba, se preguntó si era lo más apropiado en esas circunstancias. En principio, no lo parecía. Pero la vida era corta, y quizá no tuviera otra oportunidad. A fin de cuentas, nadie sabía lo que iba a pasar en Aalborg.

El capitán apretó un puño, tenso. Y, en lugar de romper el contacto, Lottie lo volvió a acariciar del mismo modo.

Capítulo 12

Al llegar al muelle, amarraron el bote y subieron por una escalerilla. Drustan iba en primer lugar y, como era tan grande, asustó a los marineros que pasaban por allí. Lottie, Aulay y Duff le siguieron después.

Aalborg era un puerto evidentemente próspero, con todo lo bueno y lo malo de ese tipo de sitios. El muelle y la calle paralela a él estaban llenos de gente: marinos, estibadores y jovencitos que se arremolinaban alrededor de cualquiera con aspecto de tener dinero y le empezaban a pedir. Olía a sal, pescado y ceniza. Las ancianas vendían sus productos, y las jóvenes vendían su cuerpo desde las ventanas de varias casas de reputación dudosa.

Aulay se quedó sorprendido con la apariencia segura de Lottie, que caminaba entre sedes de navieras y edificios de la Corona danesa como si llevara haciéndolo toda la vida. Al fin y al cabo, no había crecido en una ciudad grande, sino en un sitio tan apartado y solitario como la isla de Lismore. Pero iba tan tranquila con el botellón de whisky, sin hacer caso de los borrachos callejeros que se dirigieron a ella ni las prostitutas que la llamaban burlonamente.

Por lo visto, estaba hecha de acero.

En cambio, Drustan se encontraba tan incómodo que se sobresaltaba una y otra vez, chocando todo el tiempo con Aulay. Y tenía motivos para sobresaltarse, porque siendo tan grande como era y teniendo un pelo tan blanco como el de su hermana, llamaba mucho la atención.

Al llegar a la esquina de un callejón, Lottie se detuvo, echó un vistazo a su alrededor y puso los brazos en jarras.

—¿Cómo encontramos a Anders? ¿De dónde nos sacamos un médico? —preguntó.

El actor se encogió de hombros y, en cuanto a Drustan, no le hizo ni caso porque estaba mirando a un par de mujeres que sonreían desde un balcón.

Resignada, se giró hacia Aulay, que dijo:

–¿Me lo pregunta a mí?

–Es el único que nos puede ayudar.

–Resulta irónico que pida ayuda al hombre que ha mantenido preso –comentó él–. Pero, ya que se empeña, yo preguntaría en la aduana.

–¡Espléndida idea! –proclamó Duff, que empezó a buscarla con la mirada–. Ah, ahí está... *Toldforvaltning*. Si el danés que me enseñó mi madre no me engaña, debería ser la oficina de la aduana.

Lottie le dio una palmadita.

–En ese caso, ve y pregunta por Anders. Si no saben nada de él, pregunta por la Copenhagen Company. Y recuerda que necesitamos un médico.

–Bueno, si no queda más remedio... –dijo el actor.

Duff se arregló el pañuelo que se había puesto al cuello y cruzó el callejón con tanta confianza que estuvo a punto de estrellarse contra el carro de un vendedor de pescado.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó entonces Drustan.

El gigante oscilaba de un lado a otro constantemente y, cada vez que oscilaba, golpeaba a su prisionero. Pero, por lo que pudo ver Aulay, lo hacía sin querer; como si no fuera consciente de lo enorme que era.

–Esperar –contestó Lottie.

Drustan volvió a oscilar, y Aulay se apartó para no recibir más golpes y apoyó la espalda en la fachada de un edificio.

Mientras esperaban, Lottie se empezó a morder el labio con nerviosismo. No apartaba la vista de la aduana. Se había olvidado de Aulay, quien consideró la posibilidad de fugarse, regresar al barco, inventarse alguna excusa sobre los Livingstone y hacerse con el control del *Reulag Balhaire* para zarpar de inmediato y recuperar el tiempo perdido.

La consideró, sí.

Y entonces, consideró otra posibilidad, completamente distinta: la de pasar un dedo por el cuerpo desnudo de Lottie, en imitación de lo que había hecho ella misma con su pierna. Pero él lo haría más despacio. Se tomaría su tiempo y, quizá, acompañaría las caricias con sus labios.

Aulay se maldijo una vez más para sus adentros. Por una parte, era lógico que se dejara llevar por el deseo, teniendo en cuenta que lo sucedido en el bote no había sido un accidente. Lottie lo había acariciado a propósito, con plena conciencia de lo que hacía. Pero, por otra parte, eso no justificaba que, en lugar de intentar escapar de su preciosa captora, se entretuviera pensando en seducirla.

Durante unos momentos, intentó convencerse de que no se fugaba porque

quería llevarla personalmente ante la Justicia. Luego, intentó convencerse de que no se fugaba porque habría sido una crueldad: ni Drustan ni ella serían capaces de sobrevivir en un sitio tan duro como Aalborg, que desconocían por completo. Y era cierto que habría sido una crueldad. Pero ninguno de esos motivos era el verdadero.

Durante los días anteriores, había descubierto que ya no se conocía. Antes de que le robaran el barco, habría jurado y perjurado que ninguna muchacha le podía tomar el pelo de esa manera; pero se lo había tomado. Y aunque hubiera aceptado que tal cosa pudiera llegar a ser posible, jamás habría admitido que pudiera llegar a admirar a esa persona; pero la admiraba.

No, ya no era el mismo. Había cambiado, y no entendía lo que le estaba pasando.

Súbitamente, ella se giró hacia él, como si se hubiera acordado de que tenía un prisionero. Aulay sonrió con humor, Lottie frunció el ceño y, un segundo después, el actor salió de la aduana a toda prisa y se plantó a su lado.

–¿Qué te han dicho? –preguntó ella.

Duff suspiró.

–El caballero con el que he hablado dice que solo conoce dos médicos y que ninguno de ellos está tan loco como para subir a un barco extranjero.

–¿Cómo?

–Nos ha recomendado que vayamos al hospital del Holy Gost, donde llevan a las personas sin familia conocida. Está cerca de aquí, en algún lugar. Dice que es muy grande, y que lo reconoceremos cuando lo veamos.

–No, no, no... ¡Necesitamos un médico! –exclamó Lottie, desesperada.

–Bueno, podemos preguntar en el hospital. Al fin y al cabo, ese caballero es un funcionario que no sabe nada de esas cosas.

–¿Qué más has averiguado?

–Me temo que nada. No conocía a Anders.

–¿Ni a su padre? –preguntó Lottie, extrañada–. Me resulta difícil de creer. Anders era contable de la Copenhagen Company y su padre, supervisor.

–Lo sé, y así se lo he dicho. Le he contado que Anders estuvo el verano pasado en Lismore y que regresó a Aalborg para ayudar a su padre, un hombre que, al parecer, era muy conocido en esta ciudad, pero...

–¿Pero?

–Se ha reído y ha dicho que el supervisor de la Copenhagen Company es un tal Pedersen, que lleva treinta años en el cargo y que, por otro lado, no cree que los Iversen estuvieran en otra empresa de Copenhague con sede en Aalborg,

porque no hay ninguna –respondió Duff–. Y eso es todo. Se ha excusado y me ha pedido que no le hiciera perder el tiempo.

Lottie soltó un grito ahogado y Aulay, un suspiro de frustración.

A decir verdad, no le extrañaba que el plan de los Livingstone terminara en nada. Pero, ¿qué iba hacer él con su whisky? ¿Tirarlo al mar?

–Eso no es posible, Duff. Anders no me habría mentado –dijo ella.

–Pues te mintió. Pero no te preocupes, que no vengo con las manos vacías –replicó el actor–. Antes de marcharme, le he explicado que tenemos un cargamento de whisky escocés, cosa que ha parecido gustarle. Me ha dicho que hablemos con el señor Ingoff Holm. Por lo visto, es la persona adecuada en lo tocante al whisky.

Ella frunció el ceño.

–¿Ocurre algo, Lottie?

–¿Cómo dices que se llama?

–Ingoff Holm. Se aloja en la Kajen Inn, que está al final de la calle.

Lottie lanzó una mirada a su hermano, quien intentaba atraer a una gaviota como si fuera una paloma.

–Si yo fuera ustedes, no iría a hablar con ese hombre –intervino Aulay.

–¿Por qué?

El capitán se encogió de hombros.

–Porque lo encuentro sospechoso.

Lottie asintió y, tras tomar del brazo a Duff, se lo llevó a un aparte. Aulay no podía oír lo que estaban hablando, pero tardaron poco en volver.

–Hemos tomado una decisión –anunció, mirando a Drustan–. Duff y tú iréis al hospital a buscar ayuda para nuestro padre.

–No, nada de eso. Me quedaré contigo.

–Insisto, Dru –dijo Lottie con firmeza–. Duff te necesita. Por lo que sabemos, es probable que ningún médico quiera ir al barco... Si nuestro amigo te pide que reduzcas a alguien, obedece sin rechistar.

–¿Pretende que someta a un médico a la fuerza? –preguntó Aulay.

–Solo si es necesario.

–No te podemos dejar a solas con él –declaró Duff, que ladeó la cabeza hacia el capitán–. Sé que te crees capaz de hacerlo todo sin ayuda de nadie, pero eres una jovencita. Si él quisiera, te podría estrangular. O te podría tirar al mar para que te ahogues.

–¡Nunca! –bramó el gigante, girándose hacia Aulay con rabia.

Aulay se puso tenso.

–Duff no está diciendo que lo vaya a hacer, Drustan.

–Pero es posible.

–¡Basta, Duff! –dijo Lottie, preocupada con la agitación de su hermano–. Piensa un poco. Si el capitán vuelve al barco sin mí, tendrá problemas muy graves. Y el capitán no es tonto. No arriesgaría su barco ni la vida de su tripulación.

Duff miró a Aulay con desconfianza.

–Si se atreve a ponerle un dedo encima...

–Discúlpenme, pero ustedes son los únicos que han puesto un dedo encima a alguien –se defendió.

–Bueno, no tenemos tiempo para discutirlo. Se hará como yo digo –sentenció Lottie, quien puso las manos en los hombros de Drustan–. Tranquilízate, Dru. Duff cuidará de ti tan bien como Mats, pero necesito que seas fuerte. Nuestro padre lo necesita.

El argumento de Lottie surtió efecto, y el gigante asintió.

–Mi padre me necesita –dijo–. Mi padre me necesita.

–Os veré dentro de un rato. Y ahora, marchaos.

Duff asintió y se fue en compañía de Drustan, aunque antes lanzó otra mirada de advertencia al capitán.

Lottie se los quedó mirando, evidentemente preocupada.

–Reconozco que es una mujer excepcional, señorita –dijo Aulay, sacudiendo la cabeza–. Pero también es excepcionalmente estúpida.

–¿Por qué dice eso?

–Porque un hombre que dirige sus negocios desde una posada no puede ser bueno.

–¿Y qué quiere que haga? No tengo elección –replicó, empezando a andar hacia el sitio donde estaba la Kajen Inn–. Y no, no estoy asustada por lo que nos pueda pasar... Estoy indignada. Se me podrán reprochar muchas cosas, pero siempre he sido sincera.

–¿A qué viene eso?

–¿Que a qué viene? Anders no trabaja donde me dijo. Me engañó. Se burló de mí. ¡Y hemos cruzado en Mar del Norte porque yo le creí! –bramó–. Pero no tema, capitán. Todavía llevo la pistola.

Lottie respiró hondo y siguió hablando. Sus ojos brillaban con ira.

–Me estoy jugando la vida de mi padre y el futuro de mi clan, sin contar los salarios de nuestras dos tripulaciones. Voy a entrar en esa posada y voy a hablar con el señor Ingoff Holm porque es la única posibilidad que nos queda. Puede

venir conmigo o puede volver al barco. Usted sabrá lo que hace.

Aulay pensó que estaba preciosa cuando se enfadaba y, sin darse cuenta de lo que hacía, se acercó y le apartó un mechón de pelo que se le había soltado.

–Sí que lo es –dijo–. Completamente excepcional.

–¿Vendrá conmigo? ¿O no?

Aulay no necesitó que se lo preguntara otra vez. Ya había tomado una decisión, por muy desconcertante que fuera. Empezaba a comprender que su destino estaba ligado al de aquella muchacha.

–Usted primero, por favor.

–Si me la juega, le pegaré un tiro –le advirtió–. Y no fallaré.

Aulay arqueó una ceja.

–No me preocupa mi seguridad –continuó ella–, sino la de mi clan. Si arruina la única opción que tenemos, los Livingstone estarán perdidos. Y no lo permitiré.

Él sonrió, encantado con su amenaza, porque ni Lottie ni nadie habrían impedido que hiciera lo que quisiera hacer.

–No insista, señorita. Me doy por advertido.

Entonces, Aulay la tomó del brazo y la llevó hacia la posada.

Capítulo 13

La taberna de la posada estaba abarrotada de gente. Sus techos bajos y paredes anchas contribuían a que el ruido fuera ensordecedor. Olía a humedad, y no había más luz que la que entraba por las dos ventanas pequeñas de la parte delantera y la de unas cuantas velas, colocadas aquí y allá.

Lottie y Aulay maniobraron entre las camareras y las mesas de estibadores y marineros, sin contar a los perros que andaban sueltos. Y, al llegar al fondo, ella se dirigió a un hombre que estaba colgando jarras vacías en unos ganchos.

–Discúlpeme...

El hombre dijo algo en danés. Lottie parpadeó sin entender nada.

–¿Ingoff Holm?

El hombre señaló las dos puertas que estaban junto a la cocina, y Lottie y Aulay se acercaron a ellas tras intercambiar una mirada de desconfianza.

Una vez allí, el capitán alzó el brazo y llamó un par de veces a la primera puerta. Como no contestaba nadie, entró. Pero estaba vacía, así que probaron suerte con la segunda, donde obtuvieron respuesta. En el interior de la habitación había dos hombres, sentados a una mesa. Uno era considerablemente más viejo que el otro. El viejo tenía una mata de pelo tan blanco que Aulay se acordó de la nieve que cubría las Tierras Altas en invierno. El joven era un caballero alto y delgado que ni siquiera se había molestado en quitarse la casaca y el sombrero.

Al ver a Lottie, Peloblanco sonrió y dijo:

–*Kwinde*.

Como Lottie no entendía el danés, preguntó:

–¿Alguno de ustedes habla mi idioma?

–*Ja* –contestó el mismo, levantándose de la silla.

Lottie sonrió de repente y, como en tantas ocasiones, Aulay pensó que su sonrisa lo iluminaba todo.

–Estoy buscando al señor Ingoff Holm.

–¿A quién? –preguntó el joven desde la mesa.

–El señor Ingoff Holm.

La puerta que estaba frente a ellos se abrió en ese momento, y apareció un tercer hombre que miró a los recién llegados con curiosidad. Olía muy mal, como si llevara varias semanas sin lavarse. Masculló algo en danés, y Peloblanco le respondió antes de decir, sin apartar la vista de Lottie:

–Mi colega quiere saber por qué buscan al señor Holm.

El tercer hombre se sentó junto al joven, y Aulay pensó que había algo siniestro en ellos.

–Es un asunto privado –dijo ella.

–Todos los asuntos del señor Holm son asuntos míos –replicó él–. *Ja, meget smuk...* es muy guapa.

Lottie dio un paso atrás, chocando con Aulay.

–¿Podría hablar con él?

Peloblanco miró a Aulay con interés.

–¿Por qué es usted quien habla? ¿Qué le pasa a ese? ¿Es mudo?

–No, no soy mudo.

Aulay intentó avanzar hacia él, pero Lottie le puso el brazo delante para impedir que hiciera algo peligroso.

–Esto no tiene nada que ver con mi acompañante, señor. Como ya he dicho, es un asunto privado.

–¿Una mujer con un asunto privado? –dijo con sorna, mirándola como si fuera un cordero en venta–. Eso no puede ser nada bueno.

Aulay intentó avanzar otra vez, y Lottie se lo volvió a impedir.

–¿Está aquí? ¿El señor Holm está aquí? –insistió ella.

–Cuando me diga lo que pretende, le diré si está o no está.

–Tengo un cargamento de whisky escocés que...

–Calla, no digas más –susurró Aulay, quien no quería que diera demasiadas explicaciones.

–¿Ha traído un cargamento de whisky a nuestra querida ciudad? –preguntó el tipo, arqueando una ceja–. ¿Qué pasa, que no es suficientemente bueno para los escoceses? Además, me parece extraño que una mujer tan bella como usted cruce el Mar del Norte para vender whisky en Dinamarca.

–No es tan extraño. Mi familia es de origen danés.

–Ah, caramba –dijo Peloblanco, girándose hacia sus compañeros–. *Hun er dansk.*

Sus compañeros rompieron a reír.

–¿Y dónde está el whisky que quiere vender? –continuó.

–Eso se lo diremos a Holm –intervino Aulay.

–Si tiene la amabilidad de llamarlo, se lo daré a probar –dijo Lottie.

El viejo chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

–Esa no es nuestra manera de hacer negocios. Lo probaremos nosotros y, si nos parece bueno, podrá ver al señor Holm.

Lottie le dio el botellón de whisky, y Peloblanco se lo pasó a sus amigos, que echaron un buen trago antes de devolvérselo. Cuando ya lo habían probado todos, se pusieron a discutir en su idioma y, tras llegar a lo que parecía ser un acuerdo, el viejo lanzó el botellón a Lottie y se volvió a sentar.

–¿Cuánto tiene?

–Veintidós barriles.

–Vaya, eso es mucho. Esperen en la taberna hasta que llegue el señor Holm.

–¿Tardará mucho? Hay más gente interesada.

Peloblanco rio.

–Salgan a tomarse una cerveza. Ya les llamaremos –dijo.

Lottie dudó, pero Aulay le puso una mano en la espalda y la obligó a salir de la habitación, para su disgusto.

–¿Se puede saber qué hace? –preguntó cuando ya estaban fuera–. No confío en ese tipo. Quiero vigilarlo de cerca.

–Menos mal que no confía en él –se burló el capitán–. Es un ladrón y un canalla.

–Lo sé. Pero habíamos quedado en que se mantendría al margen, y no lo ha hecho.

Aulay la tomó del brazo y la apretó contra su cuerpo.

–Le recuerdo que apresó mi barco para vender ese whisky, y no estoy seguro de que sepa reconocer el lío en el que nos estamos metiendo.

–Pues yo no me voy a ir. Aunque sean ladrones, no tengo más remedio que seguir adelante. Voy a hacer lo que tenga que hacer.

Aulay suspiró y le acarició la mejilla con los nudillos.

–¿No comprende que Peloblanco tiene malas intenciones?

–¿Peloblanco?

–Sí, el viejo. No se puede fiar de la palabra de un desconocido en un puerto que tampoco conoce.

–¿Y qué quiere que haga? Si tiene alguna idea, le ruego que me la diga.

–Es tarde para buscar otras soluciones –dijo él, antes de murmurar algo sobre la ingenuidad de las mujeres–. Si se niega a marcharse, nos tomaremos una pinta

a nuestra salud.

–¿Con qué dinero? Yo no tengo nada.

–Sí, soy dolorosamente consciente de que no tiene ni una maldita moneda. Su pobreza me tiene perplejo desde que la conocí.

Aulay la tomó de la mano y la arrastró a una mesa que no estaba demasiado lejos de la cocina. No se dio cuenta de que Lottie lo estaba mirando; pero, cuando por fin se sentaron, clavó la vista en sus ojos y notó que se había creado una especie de flujo intensamente íntimo y carnal entre ellos.

Ya no se acordaba de que era su prisionero.

Capítulo 14

Una mujer se detuvo delante de la mesa y se dirigió a ellos en danés.

–Cerveza –dijo el capitán, alzando dos dedos.

La mujer se marchó, y Lottie le volvió a recordar el problema que tenían.

–¿Qué hace? No tenemos dinero.

Aulay la miró con impaciencia, se llevó una mano al bolsillo de la casaca y sacó una pequeña bolsa.

Lottie se puso roja como un tomate y se recostó en la silla. Su primera aventura lejos de casa estaba siendo un desastre, pero aún tenía la esperanza de poder vender el whisky, aunque empezaba a perderla.

Cansada, se quitó el sombrero y se frotó los ojos.

–¿Qué pasa? –preguntó Aulay.

–Pasa de todo –contestó ella, apartando la vista–. Me siento avergonzada. Los Livingstone no habíamos caído nunca tan bajo.

Aulay guardó silencio. Lottie lo volvió a mirar, pero descubrió que ya no tenía su atención, y pensó que se había cansado de oír sus excusas, lo cual no le pareció extraño. Hasta ella estaba cansada.

La camarera regresó con sus cervezas y las plantó en la mesa de forma brusca, provocando que parte del líquido se derramara. El capitán le dio un par de monedas y, tras alcanzarlas, ella se las guardó y se marchó de nuevo.

Lottie estaba tan cansada que no tenía ni sed, pero Aulay se bebió media jarra de un solo trago, como si no hubiera bebido en varios días.

–¿No quiere cerveza? –le preguntó después.

Ella se encogió de hombros, y él se inclinó y la obligó a mirarlo.

–Beba –ordenó–. El día se puede complicar, y puede que no vuelva a tener la oportunidad.

Lottie tomó su jarra y echó un sorbito tan pequeño que Aulay dijo:

–No es momento de ponerse remilgada.

–¿Remilgada? –repitió, sacudiendo la cabeza–. ¿Pretende que salte de alegría? ¿Que le cante canciones? No sabe lo difícil que me resulta esto.

–Es cierto, no lo sé. Pero me lo puede contar.

Ella chasqueó la lengua.

–Dudo que quiera escucharlo.

–Por supuesto que quiero.

–Bueno, si se empeña... Adoro a mi padre, ¿sabe?

–Es lógico. Los hijos adoran a sus padres –replicó él, antes de echar otro trago.

–No, yo... –dijo Lottie, intentando encontrar las palabras adecuadas–. Iba a decir que adoro a mi padre, pero que nos ha complicado mucho la vida. Ha malgastado todo nuestro dinero y nos ha condenado a esta situación.

Aulay la miró con curiosidad.

–¿Todo su dinero?

–La herencia que recibió. Era bastante generosa. Suficiente para vivir bien.

Aulay la miró con sorpresa, pero a ella no le extrañó. Al fin y al cabo, los Livingstone no tenían aspecto de haber sido nunca una familia importante.

–Su abuelo era un barón danés, un terrateniente. Cuando estalló la guerra con Suecia, huyó de Dinamarca y se estableció en la isla de Lismore –explicó Lottie–. Mi padre tenía un montón de ideas para aumentar la fortuna familiar, pero todas salieron mal.

–¿A qué ideas se refiere?

Lottie, que no habría sabido por dónde empezar, se acordó de la discusión que habían tenido sus padres cuando él quiso comprar un carruaje. Lismore era una isla pequeña, de apenas diez kilómetros de largo, y no tenían ninguna necesidad de perder dinero con un carruaje y con el mantenimiento de los caballos.

–A muchas. Demasiadas, me temo.

Aulay clavó la vista en su cerveza, y ella supuso que estaría pensando en lo absurdos que eran los Livingstone, un clan que había malgastado una herencia entera y se dedicaba a destilar whisky, robar barcos y mentir a todo el mundo. Pero, ¿qué iba a pensar él, siendo un Mackenzie? Era de una familia poderosa e inteligente, que había conseguido sobrevivir a guerras y quebrantos económicos.

Sin embargo, Lottie se equivocaba, como tuvo ocasión de comprobar cuando clavó la vista en sus ojos y la miró con afecto.

–Tendría que haberme comprometido más –acertó a decir.

–¿En qué sentido? –preguntó el capitán.

–Mi madre murió cuando yo era poco más que una niña. Mats acababa de dar

sus primeros pasos, y Dru... bueno, ya sabe como es. Necesita mucha atención – respondió Lottie–. La única persona que podía cargar con el peso de la casa era yo, pero no quise asumir tanta responsabilidad.

–Es lógico. Usted mismo ha dicho que era una niña.

Ella asintió. Efectivamente, lo era; pero no tanto como para no saber que su padre no tenía ojo para los negocios.

Un invierno, Bernt llegó de Port Appin con tres gansos. Se los había comprado a un vendedor, con intención de engordarlos y servirlos de comida en Navidad. Estaba encantado con su idea, y hasta le dijo que podrían alimentar a todo el clan. Pero los gansos, que estaban sueltos por la propiedad, se empezaron a mover como marineros borrachos y, al cabo de quince días, perdieron las plumas y se murieron.

Tiempo después, Lottie se enteró de que su padre había intentado engordar a los animales con un pienso que llevaba grosellas. Y, cuando lo supo la abuela de Morven, puso el grito en el cielo porque, al parecer, las grosellas eran venenosas para los gansos.

Sus ideas siempre terminaban mal.

–Sí, era una niña, pero le conocía muy bien. Sabía cómo pensaba y, a pesar de ello, me lavé las manos y permití que nos condujera al desastre.

Aulay puso las manos en la mesa y la miró con seriedad.

–Usted no es responsable de su padre, señorita. Es él quien tenía que cuidar de usted –le recordó–. Pero, ¿por qué no se ha casado, si me permite la pregunta? Si encontrara un buen hombre, cuidaría de su familia.

Lottie guardó silencio. ¿Qué podía decir? ¿Que no había conocido a ninguno que le gustara, excepción hecha de Anders? ¿Que soñaba con algo más grande que Lismore, con vivir en ciudades como Edimburgo o Londres? ¿Que era consciente de que su padre y sus hermanos serían una carga excesiva para cualquier matrimonio? ¿Que, en el fondo, le gustaba ser el líder de su clan?

–Seguro que ha tenido muchos pretendientes –continuó él.

Ella sintió.

–Sí, pero ninguno me ha sabido comprender. Demasiado tímidos, demasiado estúpidos, demasiado superficiales... Solo les interesaba una cosa.

El capitán soltó una carcajada.

–Bueno, eso es normal. Hay pocas mujeres tan bellas como usted –afirmó Aulay–. Yo soy un ejemplo perfecto de lo que acaba de decir. Me quedé tan embelesado al verla que me robó el barco.

Lottie sonrió con debilidad.

–Sí, pero al menos desconfió de mis intenciones.

–No lo suficiente.

Esta vez fue ella quien soltó una carcajada. Y se quedó verdaderamente sorprendida, porque no se había reído en mucho tiempo.

–¿Sabe que está preciosa cuando sonrío?

Lottie echó un trago de cerveza y, a diferencia de antes, le supo a gloria.

–Cuántos halagos, capitán Mackenzie. ¿Es posible que le guste su captora?

–Gustarme, sí –respondió, mirándola con humor–. Pero eso no significa que tenga intención de olvidar.

–Me llevaría una decepción si olvidara.

Aulay la volvió a mirar con intensidad.

–Le he dicho muchas cosas de mí, pero sé muy pocas de usted –prosiguió ella–. ¿Por qué no se ha casado? Es un hombre muy atractivo y, por si eso fuera poco, también es capitán. Me extraña que legiones enteras de mujeres no viajen a Balhaire sin más objetivo que echarle el lazo.

–Puede que mis circunstancias personales les disgusten. A fin de cuentas, paso demasiado tiempo de viaje.

–Tonterías –dijo ella, desestimando la idea–. ¿Por qué no se ha casado?

Él se encogió de hombros.

–No sé. Supongo que no he conocido a nadie que me guste tanto como el mar.

–¡Ah, el mar! ¿No renunciaría a él ni por amor?

–Puede que sí. Pero preferiría encontrar a una mujer que disfrute estando en un camarote durante mis largas travesías. Pueden ser lugares extraordinariamente íntimos.

Lottie sonrió y dijo:

–A mí me gustaría.

–De todas formas, mentiría si afirmara que ese es el único problema. Voy de puerto en puerto, y no tengo tiempo para establecer relaciones serias.

Aulay se bebió de golpe el resto de su cerveza, como si quisiera poner fin a la conversación. Pero Lottie no se lo puso tan fácil.

–¿Su familia no lo ha presionado? –preguntó con curiosidad–. Los Mackenzie son un clan poderoso. ¿No han intentado buscar un buen partido a su maravilloso hijo?

–¿Maravilloso? –repitió él, rompiendo a reír–. Tengo dos hermanos y dos hermanas que son bastante más maravillosos que yo. Mi familia tiene asegurado su futuro.

Lottie arqueó una ceja. Desde su punto de vista, Aulay era la perfección

masculina personificada, y le parecía increíble que las madres no corrieran a ofrecerle a sus hijas como esposas o amantes. Todo en él era bello, desde las pequeñas arrugas de sus ojos hasta el tono rubio de su pelo, que llevaba recogido en una coleta.

–¿No cree que deberíamos empezar a tutearnos? –preguntó ella, súbitamente.

–¿Tan amigos somos, señorita Livingstone?

Lottie tomó un poco de cerveza y sonrió otra vez.

–Oh, vamos, hemos estado tres días en el mismo camarote...

–¿Tres días enteros? –dijo él, fingiéndose sorprendido—. Entonces, estoy de acuerdo. Será un placer, Lottie.

Ella se estremeció al oír su nombre en los labios del capitán.

–¿Sabes lo que estoy pensando?

–No, pero ya que somos amigos, ilumíname.

–Estoy pensando que nos llevaríamos bastante mejor si no te hubiera pegado una patada cuando nos conocimos.

Aulay se quedó momentáneamente sorprendido con su comentario, pero después le lanzó una mirada cálida, la tomó de la mano y dijo:

–Podríamos haber sido algo más que simples amigos.

A ella se le encogió el corazón, y tuvo ganas de preguntarle si aún podían serlo. Pero no lo creía posible. Aulay era un hombre honrado, un hombre que jamás habría puesto en peligro la herencia de sus hijos, un hombre que no habría asaltado un barco. Y, por mucho que ella le gustara, no permitiría que escapara de aquella situación sin recibir un castigo por lo que había hecho.

Él le apretó la mano, y Lottie deseó sentarse en su regazo, apoyar la cabeza en su hombro y sentir sus brazos alrededor del cuerpo. Estaba segura de que todas sus preocupaciones habrían desaparecido al instante.

Pero, de repente, Aulay la soltó y se puso recto.

–Ponte el sombrero otra vez. Y métete el pelo por dentro.

–¿Por qué... ?

–Deprisa –la interrumpió.

Lottie se dio cuenta de que estaba mirando la entrada del local, y vio que uno de los hombres de la habitación se había plantado allí con una espada en el cinto.

¿La llevaba antes? Habría jurado que no; pero, fuera como fuera, escudriñaba la multitud como si estuviera buscando a alguien. Y, mientras se ponía el sombrero, observó que el joven estaba en el otro lado de la taberna, haciendo exactamente lo mismo.

–Puede que nos estén buscando –dijo ella, esperanzada.

–Sí, claro que nos están buscando, pero no creo que sea con intención de hacernos una oferta justa por el whisky.

En ese momento aparecieron dos hombres más, que también iban armados. Uno de ellos empezó a andar lentamente, mirando a todas las personas de las mesas, sin apartar la mano del pomo de la espada.

–Creo que tienes razón –dijo Lottie.

–Cuando me levante, ponte detrás de mí –ordenó él–. No queremos llamar la atención.

Lottie había tenido tantas experiencias difíciles durante los días anteriores que se había acostumbrado a no hacer preguntas innecesarias y, cuando Aulay se levantó, ella se limitó a ponerse detrás, aferrada a la tela de su casaca.

–Mantente cerca de mí –dijo el capitán.

Cabizbajo, Aulay se dirigió hacia el mostrador que separaba la cocina del resto de la taberna; pero, al circunvalar una viga de las que sostenían el techo, los cuatro hombres los vieron y avanzaron entre la gente con determinación.

Aulay le pegó un tirón, la puso delante de él y la metió por la puerta que daba a la cocina, donde se encontraron con el hombre al que habían preguntado al principio, el que estaba colgando jarras. Debía de ser el posadero, porque se puso a protestar en danés y a decirles con gestos que salieran por la puerta principal.

–Lo siento –dijo Aulay.

Lejos de obedecer al posadero, siguieron adelante y pasaron frente a una mujer que estaba desplumando un pollo, frente a un montón de pollos vivos en una jaula, junto a una res colgada de un gancho, junto a dos barriles de cerveza y, por fin, antes de salir al callejón de la parte de atrás, junto a un individuo que los insultó.

El capitán no perdió el tiempo. La instó a correr y la obligó a seguir corriendo hasta que llegaron a un segundo callejón, donde había mucha gente.

–¿Dónde está tu pistola? –le preguntó.

–Aquí –dijo, llevándose la mano al bolsillo.

–Dámela. Puede que tenga que usar esa bala.

–Me temo que no será posible. No está cargada.

–¿Cómo? ¿Cuándo la has disparado? Bueno, olvídalo, no importa.

Aulay se metió la pistola en la casaca y, un momento después, salieron a una de las calles principales.

–No mires, pero creo que tenemos compañía.

Ella soltó un grito ahogado.

–¿Estás seguro?

–Completamente.

Aulay la metió bajo las sábanas de una tienda de textiles, cuyo dueño las había puesto así para exponerlas al público y la introdujo en una calleja oscura, donde se metieron en un edificio que debía de ser un establo porque olía a caballos, aunque solo pudo ver uno. Al fondo, había una pequeña estancia y, justo encima, una plataforma con balas de heno.

El capitán la llevó hasta la pequeña habitación, la empujó contra una esquina y se llevó un dedo a los labios, indicándole que guardara silencio.

Lottie no se creyó capaz de tal cosa, teniendo en cuenta que su respiración se había acelerado de tal manera que casi jadeaba. Y no se sintió precisamente mejor cuando él se alejó pegándose a la pared y regresó a la entrada para poder echar un vistazo.

Acababa de asomarse al exterior cuando volvió con ella a toda prisa, la tumbó entre las balas y, tras ponerse a su lado, cubrió sus cuerpos con más heno.

Lottie estaba apretada contra él, y su corazón latía con tanta fuerza que estuvo segura de que Aulay podía oírlo. Luego, alguien se detuvo delante del establo y abrió la puerta, aumentando su pavor. Suponía que los atraparían en cualquier momento, y que le pondrían una pistola o un cuchillo al cuello.

Lo único que se oía era la mandíbula del caballo, que estaba mascando heno. Ya no podía ni respirar. Era como si el aire no llegara a sus pulmones. Y, cuando ya pensaba que el corazón le iba a estallar en el pecho, el desconocido dio media vuelta, salió del establo y desapareció.

Aulay se levantó lentamente y la ayudó a incorporarse. Lottie ya estaba jadeando, y se le había formado una capa de sudor en la frente.

–¿Qué querrán? –acertó a preguntar.

–Quieren tu whisky, y te quieren a ti –respondió con gravedad.

Aulay no dijo más, pero no era necesario que añadiera nada. La querían a ella, y no necesitaba ser muy lista para saber por qué. ¿Cuántas veces le había advertido su padre que tuviera cuidado?

Lottie no era ninguna ingenua. Sabía que el mundo podía ser un lugar peligroso; pero, hasta entonces, no se había dado cuenta de hasta qué punto. Era la primera vez que se encontraba en una situación así, y se sintió como si estuviera al borde del desmayo.

Aulay se dio cuenta, y frunció el ceño con preocupación.

–Respira –dijo, bajándole la cabeza –. No pienses. Respira.

Lottie no supo cómo, pero encontró las fuerzas necesarias para tomar aire y, a continuación, volver a tomarlo. Tardó unos minutos en recuperarse y entonces,

se apoyó en la pared y cerró los ojos.

–No pensaba que... Nunca habría imaginado...

Él le acarició la mejilla.

–¿Qué te acabo de decir? No pienses, Lottie. Además, tendrían que pasar sobre mi cadáver para hacerte daño.

Lottie abrió los ojos y los clavó en él, desconcertada por sus palabras. ¿Arriesgaría su vida por ella? ¿Después de lo que le había hecho?

Parecía increíble, pero su expresión no dejaba lugar a dudas. Estaba preocupado por ella, sinceramente preocupado. Y su deseo, tan evidente como su preocupación, no era el de un hombre que solo quisiera divertirse un poco, sino el de uno que la apreciaba de verdad. De hecho, nadie la había mirado como la estaba mirando entonces.

Aulay le acarició la cara con adoración y, acto seguido, inclinó la cabeza y la besó.

Lottie reaccionó con toda la necesidad que se había acumulado en ella desde que puso los ojos en él por primera vez, y con el excitante añadido de que ya no estaba con el prisionero que ella le había obligado a ser, sino con un hombre libre.

Sus labios fueron la única nota de calidez en aquel establo, la única esperanza para su maltratado corazón. La estaba besando y, todo lo demás, desde sus problemas hasta sus temores, desapareció.

Él le puso las manos en la cara y profundizó el beso. Lottie lo tentó con su lengua, instándolo a entrar en su boca. Se había excitado de tal manera que acariciaba los músculos de sus brazos con ansiedad, desesperada por sentirlo.

Era una verdadera locura. Su padre estaba gravemente enfermo; un grupo de delincuentes los estaba buscando y, para empeorar las cosas, el propio Aulay pretendía llevarla ante la Justicia. Pero Lottie nunca había deseado a nadie como deseaba al capitán en ese momento, escondidos en un establo de Aalborg.

Su excitación creció rápidamente. La sangre le hervía en las venas, y solo sabía que necesitaba tocar su cuerpo y sentir su fuerza. Se había apretado contra él y, además de notar la tensión de su deseo y la energía contenida que irradiaba, también notaba su erección.

Por fin, Aulay cerró las manos sobre su talle y echó la cadera hacia delante como si estuviera a punto de perder el control. Y Lottie rezó para que lo perdiera. Pero, en lugar de eso, él rompió el contacto y apoyó las manos en la pared.

–Nos tenemos que ir –dijo, en tono de lamento–. Nos están buscando, y

deberíamos actuar con rapidez, *leannan*.

Al oír el cariñoso término gaélico, Lottie sintió un escalofrío de placer.

–Sí, supongo que tienes razón. ¿Qué vamos a hacer ahora?

–Volver al *Reulag Balhaire*. Cuando vean que no nos encuentran, se pondrán a buscar en los barcos del puerto, si es que no están buscando ya.

Ella asintió.

–¿Preparada?

Lottie pensó que no estaba preparada en absoluto, porque habría preferido quedarse con él en aquel establo.

–Sí –mintió.

Él la tomó del brazo y la sacó al exterior, donde el sol brillaba como si no hubiera pasado nada. Lo sucedido entre ellos había quedado atrás, entre las balas de heno. Afuera, la situación era tan complicada como lo había sido media hora antes.

Por fortuna, Aulay tenía un gran sentido de la orientación, y salieron al puerto tras una corta caminata por el laberinto de callejas y callejones. Norval estaba en el muelle, junto al bote en el que habían llegado y, en cuanto los vio, empezó a soltar la amarra.

–¿Dónde están mi hermano y Duff? –preguntó Lottie, mirando a su alrededor.

–En el barco.

–¿Tan pronto? –dijo, extrañada–. ¿Han conseguido un médico?

–Sí, lo han conseguido –respondió, apartando la vista–. ¿Quieres que volvamos al barco?

–Por supuesto.

Aulay ayudó a Lottie a descender al bote y, cuando ya estaban los tres, se sentó junto a Norval. Ella estaba relativamente contenta, porque Drustan y Duff habían tenido éxito con el asunto del médico.

–¿Ha preguntado alguien por nosotros? –se interesó Aulay–. ¿Algún hombre, quizá?

Norval asintió, apartó el bote del muelle y alcanzó los remos.

–Sí, cuatro hombres –dijo, pasando uno de los remos a Aulay–. Buscaban a una mujer de cabello blanco.

Lottie parpadeó, arrepentida de haberse quitado el sombrero en la posada; especialmente, porque Morval la miró con intensidad, y ella lo interpretó como un gesto de recriminación.

–¿Qué quieres que haga? Mi pelo es como es –se defendió.

–Ay, Lottie... Tu pelo no tiene nada que ver.

Norval apretó los labios, como si no pudiera decir nada más. Su expresión se había vuelto súbitamente triste.

–¿Qué pasa? –preguntó ella.

Él se encogió de hombros y se limitó a seguir remando con Aulay.

Mientras se acercaban al barco, Lottie vio que los Livingstone se habían reunido en cubierta y que los estaban mirando, lo cual no le sorprendió. Pero había algo extraño en su actitud. No les llamaron a gritos, como hacían normalmente. Estaban parados, inmóviles, tan silenciosos como Morval.

Segundos después, oyó un sonido muy familiar: los gemidos de Drustan.

Nadie le había dicho que Bernt Livingstone había muerto en su ausencia. No se lo habían ni insinuado.

Pero ella lo supo.

Capítulo 15

La muerte del jefe de su clan había sumido a los Livingstone en una tristeza absoluta. Sus caras mostraban una mezcla de confusión, dolor e incluso miedo. De hecho, hablaban en voz baja y miraban a su alrededor subrepticamente, como si pensarán que la muerte también los buscaba a ellos. Y algunos estaban hundidos. El actor rompió a llorar mientras hablaba con Iain el Rojo sobre el difunto.

Aulay, que había salido a cubierta tras estar unos minutos con la desconsolada Lottie, regresó a su camarote sin que nadie se lo impidiera. Ya no había captores y prisioneros. Eso había quedado atrás.

El interior del camarote estaba lleno de gente. Unos lloraban, otros guardaban silencio y otros intentaban animar a sus compañeros. Pero Aulay solo tuvo ojos para Lottie.

Nunca olvidaría el gemido que había soltado cuando adivinó lo sucedido. No fue intenso, sino apenas perceptible; pero la angustia que contenía era tan pura que le partió el corazón. Aún estaban en el bote, a punto de llegar al *Reulag Balhaire* y, al pegarse a su casco, subió rápidamente por la escalerilla y se dirigió al camarote sin que nadie sintiera la necesidad de decirle nada, porque era obvio que ya lo sabía.

Aulay la miró durante unos segundos y, a continuación, se giró hacia Iain el Rojo, a quien hizo un gesto para que lo acompañara al alcázar.

Una vez allí, le dijo:

–Prepárate para zarpar.

–¿Cómo? –preguntó Norval, que estaba cerca–. ¿Con qué autoridad?

–Con la mía –respondió Aulay–. Consúltelo con quien tenga que consultarlo, pero si alguien se opone a que zarpemos, dígame que el plan de la señorita ha fracasado y que un grupo de ladrones nos está buscando para robarles el whisky. Si partimos enseguida y encontramos buenos vientos, quizá los podamos burlar.

Pero hay que actuar con presteza.

–¿Qué está pasando aquí? ¿Qué hace este hombre en el alcázar?

Aulay se volvió hacia MacLean, cuya voz reconoció al instante.

–Dice que nos están buscando unos ladrones –le informó Norval.

–¿Ladrones? ¿Por qué?

–Por el whisky. ¿Por qué si no? –respondió Aulay, impaciente–. ¿Creían que podrían venderlo con toda tranquilidad? ¿Sin intermediario alguno? ¿Sin tener más contactos que un antiguo novio de la señorita? A estas horas, toda la ciudad sabe lo que llevamos a bordo, y hay un montón de gente que le quiere echar mano.

–¡Pretende engañarnos! –afirmó MacLean.

–¿Engañarles? –replicó Aulay con indignación–. ¿Piensa que engañaría a mis propios hombres y les dejaría sin la comisión que les han prometido? No, señor mío, no soy yo quien les ha engañado, sino el tal Anders. En lugar de encontrarlo a él, nos hemos topado con una banda de delincuentes peligrosos que les quieren quitar el whisky. Si aprecian su vida, ármense y prepárense para zarpar.

MacLean parpadeó, sorprendido. Y, luego, miró a Norval y dijo:

–Haz lo que dice el capitán. Ya sabes lo que nos contó ese hombre... que estaban buscando a unos escoceses.

–¿A qué hombre se refiere? –preguntó Aulay.

–Al remero que trajo al médico a bordo –contestó–. Aunque llegaron tarde, porque Bernt ya había fallecido.

–¿Han visto algo más? ¿Algo sospechoso?

MacLean sacudió la cabeza.

–Reúna a sus hombres y dígales que vuelvo a ser el capitán de este barco y que mi tripulación vuelve a ser libre.

MacLean dudó.

–¡Por todos los diablos! –exclamó Aulay, perdiendo la paciencia–. ¿No comprende que es la única forma de salir de aquí? Sus hombres están demasiado afectados por la pérdida de su señor y el fracaso de la venta. No se encuentran en condiciones de hacer nada. Pueden enfrentarse a nosotros, pero le aseguro que esta vez les ganaremos. O podemos colaborar y huir tan deprisa como sea posible.

MacLean lo sopesó un momento y asintió.

–Está bien.

–¿Dónde está Beaty?

–Lo llevaré con él –dijo–. Sígame.

Los Livingstone cedieron el control del *Reulag Balhaire* con una facilidad pasmosa. Fue como si toda su inteligencia y todas sus artimañas hubieran desaparecido tras la muerte de su jefe. Algunos dieron sus armas a los Mackenzie y alzaron las manos en gesto de rendición sin que mediara amenaza de ninguna clase, y los que estaban en el camarote del capitán no parecieron ser conscientes de lo que sucedía en cubierta.

MacLean llevó a Aulay al camarote de proa donde habían encerrado a Beaty, quien jugaba tranquilamente a las cartas con Billy. También estaba allí Jack Mackenzie, que intentó levantarse cuando vio a su capitán; pero se volvió a sentar porque lo habían herido en una pierna cuando los Livingstone asaltaron el barco.

–¡Capitán! –dijo Beaty, encantado–. Le saludaría como se debe, pero estoy atado a esta maldita silla.

–Sí, ya lo veo.

Aulay ordenó a MacLean que lo liberara, cosa que hizo.

–Bernt ha fallecido –informó a su primer oficial–. Los Livingstone me han devuelto el mando del barco.

–¿Se puede saber qué está pasando?

La resonante voz del actor los hizo girarse hacia la puerta. Duff parecía confundido. Aparentemente, esperaba encontrarse en mitad de alguna refriega y, al no encontrarla, no supo qué hacer.

–¿No te has enterado? –dijo MacLean–. Hemos tenido problemas en el puerto. Tenemos que zarpar de inmediato.

–¿Qué tipo de problemas? –preguntó Duff, clavando la vista en Aulay–. Nosotros no hemos tenido ninguno. Encontramos al médico y lo trajimos. Incluso me dieron el nombre de un posible comprador, como ya sabe.

–Sí, de un ladrón –comentó Aulay–. Sus hombres están buscando el whisky con intención de quedárselo.

–Lo que nos faltaba –dijo Beaty.

–No le creo –declaró Duff, acalorado–. Me lo dijo el caballero de la aduana, ¿recuerda? Me dio una dirección.

–La de una guarida de ladrones. Pero, si no se fía de mí, ¿por qué no se lo pregunta a la señorita? –replicó el capitán.

El actor gruñó.

–¿Preguntárselo? ¿En este momento? No puedo interrumpir su luto por algo

así –dijo, muy indignado.

Aulay no necesitaba que Duff le recordara el estado de Lottie. Había estado tres días enteros con su padre y con ella, y sabía lo mucho que quería al difunto. Pero la muerte formaba parte de la vida. La gente fallecía, y el sol seguía brillando. El tiempo no se paraba por el dolor de la gente. Las mareas seguían su curso habitual, y los barcos no zarpaban solos.

–¿Tenemos las provisiones necesarias para llegar a Amsterdam? –le preguntó a Beaty.

–¿Con tantos hombres a bordo? Me temo que no –respondió el primer oficial–. Apenas tendremos agua.

–¿Y para llegar a Escocia?

Beaty lo pensó un momento.

–Si tomamos rumbo norte y encontramos buenos vientos, sí. Pero, si nos topamos con alguna tormenta, será una verdadera pesadilla.

–En ese caso, iremos a Escocia.

–¿Y qué pasa con la mercancía? ¿Qué pasa con nuestro dinero? –preguntó Beaty.

–No habrá dinero.

–¡Oh, no! –dijo el primer oficial, sacudiendo la cabeza.

Aulay guardó silencio.

–Bueno, si no hay más remedio... –continuó Beaty–. Pero, ¿qué vamos a hacer con los Livingstone?

Su jefe suspiró.

–Necesitamos a todos los hombres que podamos reunir. Por lo menos, hasta que estemos seguros de que nadie nos sigue.

–Si quieren, se pueden quedar con el whisky –intervino el actor–. Solo les pedimos que nos liberen al llegar a Escocia.

Aulay bufó.

–No quiero su maldito whisky. Es tan inútil para mí como lo es para usted.

Duff miró a MacLean con tristeza.

–Estamos acabados, Robert, completamente acabados –dijo–. Será mejor que lo tiremos por la borda.

–¿Qué demonios estás diciendo, Duff? ¡No podemos tirarlo por la borda! ¡Es todo lo que tenemos! ¡Hasta hemos sangrado por él!

–Sí, desde luego. ¿Y de qué ha servido? Solo nos ha dado problemas. Primero, con Campbell; después, con el barco que nos atacó; luego, con los Mackenzie y ahora, con unos canallas de Aalborg. Bernt se equivocó, amigo mío –dijo,

poniéndole una mano en el brazo—. Se equivocó por completo, y lo ha pagado con su vida.

MacLean cerró los ojos brevemente y los volvió a abrir tras soltar un suspiro.

—Está bien, librémonos de él. Pero guarda algún barril para los muchachos. Necesitarán beber un poco después de lo que ha pasado hoy.

El capitán, que no estaba de humor para debatir sobre el destino del whisky, los interrumpió.

—Dense prisa. Zarparemos antes de una hora.

Aulay no se hacía ilusiones sobre sus posibilidades. Sospechaba que no saldrían de ese embrollo sin pagar un alto precio. Pero, fuera como fuera, no tenían tiempo que perder. Debían zarpar cuanto antes. Y aún faltaba lo más difícil: convencer a Lottie de que entregara al mar el cadáver de su padre.

Capítulo 16

–¡Nos estamos moviendo! –dijo Mathais, que corrió a asomarse por un ojo de buey–. Sí, hemos zarpado.

–¿Cómo?

Lottie hizo el supremo esfuerzo de alzar la cabeza, que tenía apoyada en la de Drustan. El pobre muchacho llevaba llorando una hora, incapaz de refrenar sus emociones y de entender lo que le había pasado a su querido padre.

Esa era la única diferencia que había entre ellos. Lottie lo entendía perfectamente, pero no estaba más cerca que él de recuperar el aplomo.

Se acordó de su madre y del dolor que había sentido con su muerte. Era la misma sensación. Como si hubiera caído a un pozo de tristeza y todo fuera un dolor intenso y permanente que le impedía respirar e incluso oír. De hecho, no había oído una sola palabra de lo que le había dicho nadie desde que llegaron al barco, con excepción de lo que Mathais y MacLean le habían contado: que habían estado con Bernt hasta el último momento.

Los hombres se le acercaban constantemente a darle sus condolencias. Le daban palmaditas en los hombros y le susurraban palabras de ánimo. Pero Lottie no hacía caso. Estaba completamente destrozada.

–Hemos zarpado –repitió Mathais–. ¿Adónde vamos?

Lottie no tenía ningún interés al respecto. Ya no le importaba. Solo quería que su padre volviera a la vida, anunciara que tenía un plan nuevo, los hiciera reír a carcajadas y les dijera que, si los ingleses y los jacobitas no habían conseguido matarlo, tampoco lo iba a matar una herida.

–Apártate de ahí, Mats –replicó.

Desgraciadamente, su padre estaba muerto, y se sentía tan culpable que era incapaz de mirar a sus hermanos. Había cometido un error terrible al proponer que viajaran a Aalborg, y uno no menos malo al sumarse a los proyectos de Bernt. Podría haber destruido los alambiques. Podría haberse casado con

MacColl. Podría haber hecho un montón de cosas. Pero se había acordado de Anders Iversen y había pensado que era la solución.

Iba a ser fácil. Solo tenían que hablar con él y vender el whisky. ¿Quién iba a imaginar que un plan tan sencillo acabaría en desastre?

Además, se arrepentía de haber desembarcado aquella mañana. Pensaba que, si se hubiera quedado a bordo en lugar de marcharse a la ciudad, habría estado al lado de su padre, habría notado que estaba peor, habría llamado a Morven y quizá, con un poco de suerte, lo habrían mantenido con vida hasta la llegada del médico.

Ahora estaba exhausta, hundida, aplastada por el peso del sentimiento de culpabilidad.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó Drustan.

No era la primera vez que formulaba esa pregunta. La formulaba constantemente y, como no recibía la respuesta que esperaba, la volvía a formular.

–Volver a casa –contestó.

–¿Por eso hemos zarpado? –intervino Mathais.

Lottie no sabía por qué habían zarpado. Ni lo sabía ni le importaba. De hecho, su mente estaba tan vacía que apenas notaba el balanceo del *Reulag Balhaire*. En ese momento no era mucho más que un terrible dolor de cabeza y una angustia sin fondo.

La puerta se abrió poco después, sobresaltándolos. Era Aulay. Se había quitado la casaca y el chaleco, e iba en mangas de camisa. Llevaba una espada al cinto y, como se había soltado la coleta, la melena le caía por encima de los hombros.

–No sabes cuánto lo lamento –dijo, mirando a Lottie con tristeza.

Ella apretó los labios y asintió mientras las lágrimas afloraban a sus ojos. Le parecía increíble que aún tuviera fuerzas para llorar, pero las tenía. Deseaba que la tomara entre sus brazos y la apretara contra su cuerpo hasta que hubiera expulsado la última gota de dolor.

Sus lágrimas incomodaron a Drustan, quien se levantó de la silla de repente y se acercó al cadáver con intención de quitarle la manta que le habían puesto encima. Sin embargo, su hermana se acercó rápidamente y se lo impidió.

–Basta, Dru. Basta ya.

Drustan empezó a gemir.

–¡Por Dios! ¡Deja de soltar ese ruido espantoso! –protestó Mathais.

–¡Drustan, por favor! –dijo Lottie, abrazándose a él–. Aléjate de nuestro

padre. No lo mires más, *mo chridhe*.

Drustan se llevó las manos a la cabeza y se sentó en el suelo, sin dejar de gemir.

–¡Haz que se calle! –bramó Mathais–. Esto es el colmo... ¡Como si no tuviéramos suficiente con lo que ha pasado!

–Contrólate, Mats –dijo Lottie, recuperando a su vez el control de sus propias emociones–. Cada uno lo sobrelleva como puede. Es difícil de asumir.

–¿Ah, sí? Pues yo ya lo he asumido.

Mathais se movió de forma tan brusca y violenta que chocó con una silla y la tiró. Respiraba con dificultad, como si hubiera estado corriendo, y Lottie tuvo la sensación de que estaba a punto de estallar.

Preocupada, se apartó de Drustan y puso las manos en los hombros de Mathais, que apoyó la cabeza en ella, la abrazó con fuerza y rompió a llorar.

Lottie cerró los ojos y se quedó así hasta que Mathais se recuperó y se dejó caer en una silla. Luego, apoyó las manos en la mesa y respiró hondo, pensando que sus hermanos y ella hacían un trío absolutamente lamentable.

Entonces, se acordó de que no estaban solos en el camarote y, tras ponerse tan recta como pudo, se giró hacia él.

–¿Estás bien? –preguntó Aulay con dulzura.

Ella se encogió de hombros. No lo estaba, pero tampoco lo quería admitir.

–Siento interrumpir tu luto, Lottie –dijo el capitán, dando un paso hacia ella–, pero debo hablar contigo.

–¿Ahora? –preguntó con debilidad.

–Sí, ahora.

Lottie suspiró.

–¿Qué pasa?

Aulay lanzó una mirada a sus hermanos.

–En privado, si no te importa.

Lottie echó un vistazo a su alrededor, buscando una capa, una colcha, cualquier cosa tras la que se pudiera esconder, cualquier cosa con tal de retrasar la conversación privada con Aulay, porque estaba segura de que no le iba a gustar.

Sin embargo, miró su vestido arrugado, se secó el sudor de las manos en las faldas y suspiró. Su aspecto debía de ser espantoso. Tenía el pelo revuelto, los ojos hinchados de tanto llorar y la cara tan roja como la de Mathais. ¿Habría estado igual en el establo?

El establo. Tenía la impresión de que habían pasado décadas desde entonces.

Como si fuera un sueño precioso y distante que había tenido mientras su padre moría.

Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas, pero se refrenó como pudo y, tras secarse otra vez el sudor de las palmas, se obligó a circunvalar la mesa para plantarse ante Mathais y decirle con suavidad:

–Volveré enseguida. Quédate con Dru.

Mathais no dijo nada. Estaba sumido en la desesperación.

Segundos después, Lottie pasó por delante de Aulay y salió a cubierta, donde los Mackenzie y los Livingstone trabajaban codo a codo, como si fueran de la misma tripulación. Muchos estaban en la arboladura del barco, y se gritaban los unos a los otros para soltar o asegurar las velas.

–Lottie, *leannan*, siento mucho...

Ella se giró hacia Aulay y se cruzó de brazos.

–No digas nada, por favor –replicó, cerrando brevemente los ojos–. Si alguien me vuelve a dar el pésame, me hundiré.

Aulay guardó silencio.

–Sabías que se iba a morir, ¿no?

Él dudó antes de responder.

–Sí.

Lottie tampoco se había llevado ninguna sorpresa con la muerte de su padre. Le había partido el corazón, pero no la había sorprendido. Sabía que existía la posibilidad de que muriera mientras ellos estaban en Aalborg. Lo sabía. O por lo menos, lo sabía una parte de ella.

Incapaz de soportar esa verdad, apartó la mirada.

–¿Has comido? –se interesó él.

Ella lo miró.

–No podría comer nada.

–¿Y bebido?

–La cerveza que nos tomamos en la taberna.

–Maldita sea, Lottie... No le servirás a nadie si no te cuidas.

–¿Acaso le serví a mi padre cuando estaba perfectamente bien? –ironizó ella–. Alguien podría decir que soy culpable de lo que ha pasado. Culpable de su muerte y de la desgracia que ha caído sobre los míos.

–Tú no tienes la culpa de nada.

–Ojalá pudiera creerlo –replicó con amargura.

–Ay, Lottie... –Aulay le acarició un brazo–. Escúchame un momento. Tu padre merece un funeral.

Lottie le dedicó una sonrisa débil. Le parecía increíble que se mostrara tan cariñoso después de lo que le había hecho.

–Lo sé, Aulay. No te preocupes por eso. Lo enterraremos en la isla, junto a mi madre.

Aulay la tomó entre sus brazos.

–No, tiene que ser esta noche.

Ella frunció el ceño. ¿Esa noche? ¿Es que tenía intención de atracar en otro puerto? Porque, si pretendía enterrarlo en tierra extranjera, se iba a enterar de quién era Lottie Livingstone.

Ya se disponía a decírselo cuando cayó en la cuenta de que no se trataba de eso, sino de entregar su cuerpo al mar. Y se sintió tan asqueada, tan indignada, tan horrorizada con la idea que soltó un grito ahogado y se apartó de él.

–No podemos dejarlo aquí –continuó Aulay–. Se empezaría a descomponer.

Lottie sacudió la cabeza y se llevó las manos al estómago.

–¡No sigas! ¡No digas más!

–Has soportado muchas cosas a lo largo de tu vida, y también soportarás esto –se acercó otra vez a ella–. Tu padre no querría descomponerse delante de sus hijos.

Lottie sintió náuseas y se apretó el estómago en un esfuerzo por controlarlas. Quería decir muchas cosas. Quería decir que su padre había sido un buen hombre, que no merecía esa muerte, que le había fallado y que no se perdonaría nunca a sí misma. Pero no llegó a pronunciar las palabras, porque se sintió desfallecer y se inclinó hacia delante como empujada por una fuerza externa.

Aulay le pasó un brazo alrededor de la cintura y la apretó contra su cuerpo, manteniéndola erguida.

–Ah, *leannan* –dijo, acariciándole la cabeza–. Todo saldrá bien. Te doy mi palabra de que todo saldrá bien.

Ella pensó que estaba equivocado. ¿Cómo iba a salir bien? Su padre había muerto, y su clan estaba perdido.

–Será una ceremonia adecuada –le susurró al oído–. Os daré tiempo a tus hermanos y a ti para que os preparéis.

Lottie se preguntó cómo se podían preparar para arrojar el cuerpo de su padre al océano. No le parecía posible. Solo quería tumbarse y cerrar los ojos hasta que su angustia y su jaqueca desaparecieran, porque estaba convencida de que el dolor de su corazón no desaparecería nunca, por más tiempo que pasara.

–¿Por eso hemos zarpado? –replicó.

Aulay no llegó a responder. Alguien le llamó en ese momento, así que la soltó

y se apartó de ella.

–Ve a decírselo a tus hermanos. Hablaré con el actor y le pediré que os ayude.

Lottie se sintió completamente vacía cuando Aulay se alejó por cubierta.

Aún sentía la fuerza de sus brazos y el alivio de su ternura, tan distinta a la que había sentido en el establo de Aalborg.

Sí, ahora le parecía un sueño, un sueño triste y dulce a la vez.

Capítulo 17

Aulay puso rumbo a la bahía de Kattegat, pero no soplaba ni una brizna de viento y avanzaban tan despacio que el viaje estaba siendo una pesadilla. Afortunadamente, los tripulantes de la minúscula luz que se vislumbraba a popa tenían el mismo problema, y no habían acortado la distancia que los separaba del *Reulag Balhaire*.

Ninguno de los hombres que miraron por el catalejo, entre los que estaban Beaty, Gilroy, Iain y MacLean, podía estar seguro de que el barco los siguiera a ellos; pero Aulay pensaba que su deriva y el momento en que había aparecido resultaban de lo más sospechosos, y no quería perderlo de vista.

Cuanto antes celebraran el funeral de Bernt, antes se podrían concentrar en la tarea de darles esquinazo.

Lottie y MacLean le habían informado de que Morven había limpiado el cadáver y, como no tenían mortaja alguna ni resto de vela sobrante, lo envolvieron con la colcha y una de las sábanas de su camarote.

–No tenemos monedas que ponerle en los ojos –se quejó MacLean.

–Al menos, tenemos lastre de sobra para que se hunda –susurró Beaty a su capitán, para que MacLean no le oyera.

La actitud del primer oficial no era caprichosa. Aulay y él sabían que los Livingstone no estaban en condiciones de soportar una explicación sobre la necesidad de lastrar el cadáver para que no se quedara flotando. Se habrían angustiado más, aunque fuera lo mejor. Pero, si no sabían nada, no sufrirían y, entre eso y la oscuridad de la noche, esperaban que la ceremonia fuera lo menos dolorosa posible.

Duff y MacLean hicieron algo parecido a un féretro con los listones de uno de los barriles de whisky. Evidentemente, era innecesario en esas circunstancias, pero serviría para albergar el cadáver mientras Aulay leía un pasaje de las Escrituras antes de entregarlo al mar.

Concluidos los preparativos, el capitán colgó un farol a estribor, en el mismo sitio por donde habían llegado los Livingstone días antes. ¿O eran semanas? En cierto sentido, le parecían siglos.

MacLean y él reunieron a las tripulaciones y, antes de iniciar la corta procesión, pidieron a Malcolm, el hermano de Iain el Rojo, que tocara algo fúnebre con su gaita.

Los Livingstone, o por lo menos los que no estaban tan borrachos como para no tenerse en pie, se pusieron juntos, con la cabeza gacha. Varios de ellos se acercaron al féretro y lo cargaron sobre sus hombros, seguidos a corta distancia por Lottie y sus hermanos.

Lottie, que se había lavado y arreglado el pelo, volvía a llevar la ropa de Aulay. Estaba tan pálida que parecía un fantasma, y al capitán se le encogió el corazón. No se parecía nada a la joven energética que se había hecho con el control del barco.

Cuando los hombres dejaron el ataúd en el lugar señalado, Aulay hizo un gesto a Malcolm para que dejara de tocar. Entonces, abrió la *Biblia* que su madre le había regalado y recitó un pasaje sin ser demasiado consciente de lo que decía. Entregar un cuerpo al mar era doloroso en cualquier circunstancia, y esa no era una de las mejores. Bernt Livingstone había entregado su vida por algo tan inocente como intentar vender unos barriles de whisky.

El hermano menor de Lottie estaba haciendo esfuerzos por no llorar, y el gigante gemía sin poder evitarlo. Aulay los miró y sintió lástima de Lottie, quien lejos de tener la vista en el cadáver de su padre, la había clavado en la oscuridad del océano.

Por fin, concluyó con una cita de Isaías donde se afirmaba que Dios siempre estaba con todos, aunque supuso que los Livingstone no estarían de acuerdo esa noche.

—¿Quieres añadir algo? —le dijo a Lottie.

Ella sacudió la cabeza, y él hizo un gesto a su primer oficial. Malcolm volvió a tocar la gaita y entonces, los Mackenzie levantaron el féretro, lo inclinaron hacia delante y echaron el cuerpo a las olas.

Drustan empezó a oscilar, gimiendo tanto y tan fuerte que el sonido casi apagaba el de la gaita. Los Mackenzie estaban obviamente incómodos, como si no supieran qué hacer con aquel pobre y desgraciado gigante.

Por suerte, su hermana lo sabía de sobra, así que se acercó a él, apoyó la cabeza en su hombro y le dedicó unas palabras cariñosas. Uno o dos minutos después, Drustan dejó de gemir y se giró hacia Duff, que estaba a su lado.

–Por el jefe –dijo entonces MacLean, alzando un botellón–. *Slainte mhath*.

MacLean echó un trago largo y dio el whisky a otro mientras se limpiaba los labios con la manga. El botellón fue pasando de mano en mano y de brindis en brindis; pero, cuando le llegó a Lottie, lo rechazó y desapareció en la oscuridad.

Aulay fue el último en beber, y el primero en hacerse cargo de la situación que podían tener si no tomaban medidas inmediatas. Muchos Livingstone estaban borrachos, y serían un problema si se dedicaban a vagar por cubierta.

–Metedlos en una bodega y dadles un barril de su whisky –ordenó a sus hombres–. Ah, y que alguien se quede de guardia.

–¿A qué viene eso? –preguntó uno.

Aulay no dijo nada. Entre otras cosas, porque era muy consciente de que encerrarlos no resolvía su principal dilema: qué hacer con ellos cuando llegaran a Escocia.

–Les recuerdo que ataron al capitán como si fuera un perro –intervino Beaty–. Si dice que vayan a la bodega, irán a la bodega.

Algunos se intentaron resistir, pero su estado etílico era tan lamentable que se rindieron en cuanto les dieron su palabra de que les darían el barril de whisky.

Con los Livingstone a buen recaudo, los Mackenzie se dedicaron a la ardua tarea de tirar el contenido del resto de los barriles, y casi se habían librado de la mitad cuando el primer oficial se dirigió a Aulay.

–Nos están alcanzando –dijo.

Aulay se giró hacia popa, pero todo estaba tan oscuro que no vio nada.

–¿Estás seguro?

–Míralo tú mismo.

Beaty le dio el catalejo, y el capitán miró.

–Sí, es cierto. Parece que han cambiado el rumbo y han encontrado buen viento.

Aulay bajó el catalejo y añadió:

–Deja el whisky para otro momento. Haz lo mismo que ellos.

–Buena idea –replicó–. Pero, si me permites decirlo, deberías dormir un poco. Te necesitaremos cuando amanezca.

–¿Dormir? De ninguna manera.

–Hazme caso. Si pasa algo, te despertaré.

Aulay aceptó a regañadientes. Había llegado al límite de su aguante, y era verdad que no les serviría de nada si se obligaba a seguir despierto toda la noche. Sus hombres también estaban agotados. Necesitarían un capitán que pudiera pensar con claridad y animarlos a sacar fuerzas de flaqueza.

Cuando entró en su camarote, no tenía más intención que la de dormir. Estaba a oscuras, y olía bastante mal. Aulay se preguntó cuánto tiempo tardaría en disiparse el olor de la muerte, y maldijo a los Livingstone por haber cerrado los ojos de buey. Era una costumbre antigua. Los cerraban en esos casos para impedir que el fantasma del difunto se escapara. Pero el capitán no era supersticioso, así que abrió uno.

La brisa marina hizo que se sintiera mejor. Aulay respiró hondo y se giró para abrir el segundo, momento en el cual se dio cuenta de que Lottie estaba a sus pies, tumbada en el suelo. Había estado a punto de tropezar con ella.

–¿Has comido algo? –le preguntó, sentándose en el camastro.

–No –dijo ella–. No puedo comer.

–Puedes y debes. No quiero que acabes como tu padre.

Lottie se sentó.

–¿Cómo puedes decir esas cosas? Es horrible.

–¿Y qué quieres que diga? Te tumbas en el suelo y te niegas a comer y a beber, como si quisieras morir.

Aulay vio que alguien le había llevado un poco de carne y un mendrugo de pan, sacados evidentemente de la despensa del barco, cada vez más vacía. Tenían un problema con las provisiones, y otro con el cargamento que pretendían vender. ¿Cómo iba a pagar lo que se había perdido? ¿De dónde sacaría el dinero?

Ya lo pensaría después. Ahora no estaba en condiciones de pensar nada. Y, por mucho que lamentara la suerte de Lottie, su paciencia solo daba para seguir adelante a toda costa y olvidar los acontecimientos de los días anteriores.

Lottie estiró entonces las piernas y apoyó las manos en el suelo. Aulay se levantó y le dio el pedazo de pan, pero ella arrugó la nariz.

–No tengo hambre –repitió.

–Come.

Lottie suspiró y pegó un bocado de mala gana mientras él abría el armario y sacaba una vela, que encendió a continuación. Hasta ese momento, no había tenido ocasión de verla bien, y se le hizo un nudo en la garganta al contemplar sus negras y enfermizas ojeras.

–Come –repitió.

–Sabe a madera. Todo lo que pruebo sabe a madera. Hasta yo me siento de madera –dijo, poniendo cara de asco.

–Pues aguántate, porque es lo que hay. No tenemos tiempo de pescar nada. Hemos descubierto que nos están siguiendo.

Ella lo miró con preocupación.

–¿Son los daneses?

–Ni lo sé ni tengo intención de permitir que se acerquen lo suficiente como para salir de dudas –contestó.

Ella parpadeó y miró su mendrugo.

Estaba tan triste que el capitán sintió el deseo de tomarla entre sus brazos, acariciar su cabello y reiterar su promesa de que todo iba salir bien, aunque ni él mismo lo creyera. ¿Por qué le gustaba tanto esa muchacha? Lo había puesto al borde de la ruina y, sin embargo, la deseaba con locura.

No lo podía evitar.

La deseaba desde el principio, cuando subió al barco y lo conquistó con su belleza y su arrojo. Tenía la absurda sensación de que había encontrado a la mujer de su vida.

–¿Podemos escapar?

–Si estamos atentos, sí. Les sacamos bastante ventaja.

Lottie cerró los ojos brevemente.

–Han pasado tantas cosas...

Aulay dejó la vela a un lado, alcanzó la carne y se la dio.

Ella comió un poco.

–¿Habrá un periodo de gracia cuando mueres? –le preguntó a Aulay–. ¿O te pedirán explicaciones inmediatamente?

–No lo sé –dijo él, sentándose a su lado.

–¿Crees que la vida merece la pena? ¿Que todo este dolor tiene algún sentido?

Aulay se acordó de que Lottie era mucho más joven que él; al menos, quince años más joven. Y pensó que quizá fuera la primera vez que se hacía esas preguntas. Pero, desgraciadamente, nadie tenía las respuestas que quería.

–No pienses esas cosas. Te sentirás peor.

–Cuando tenía ocho años, mi padre me llevó a Port Appin, donde vimos a un escocés que vendía caballos percherones. Me quedé asombrado al verlos; sobre todo, con uno de color azabache que tenía una estrella blanca entre los ojos. Mi padre me preguntó si lo quería, ¿sabes? –Lottie soltó una carcajada triste–. ¿Qué niña de ocho años no querría un caballo? Así que se giró hacia el hombre y le pidió precio.

Lottie sacudió la cabeza y siguió hablando.

–El hombre dijo que eran percherones españoles, de los que se usaban en las guerras por su fuerza y resistencia. Dijo que eran los mejores de su especie y, aunque mi padre no le creía, le compró el caballo tras afirmar que su hija solo merecía lo mejor.

Aulay asintió, aunque no sabía por qué le estaba contando eso.

–Se nota que te quería mucho...

–Aquella noche tuvo una discusión terrible con mi madre por culpa del caballo. Se llamaron de todo. Yo pensé que mi madre lo vendería, pero yo ya le había puesto nombre, Stjerne. Y sigue siendo mi caballo.

–Vaya.

–El vendedor mintió. No es un caballo de guerra, sino uno normal y corriente con una estrella entre los ojos –dijo, inclinándose hacia delante–. Mi padre lo sabía y, sin embargo, me lo compró de todas formas. Siempre fue así. Un hombre impetuoso que hacía las cosas sin pensar y que sacaba de quicio a mi madre con sus locuras. Pero esto, lo que ha pasado aquí, no ha sido culpa suya, Aulay.

Él no dijo nada.

–Es culpa mía –continuó–. Sí, es cierto que mi padre era muy descuidado, pero mi pecado fue mucho peor, porque fue un pecado de arrogancia. Estaba segura de haber encontrado la forma de vender su whisky, y mi plan le ha costado la vida. Podría haberme casado con el señor MacColl. Habría sido la solución de todos nuestros problemas económicos. Pero no soportaba la idea.

Aulay parpadeó. No sabía que le hubieran hecho una oferta de matrimonio.

–Me parecía demasiado viejo, y yo era demasiado egoísta... No quería ser su esposa ni vivir en su casa. Me comporté como mi padre, sin pensar en las consecuencias de lo que había decidido –afirmó, apartando la vista–. Y ya no podré pedirle disculpas. Se ha ido para siempre... Oh, Dios mío, tengo la sensación de que mi vida ya no vale nada.

Los ojos de Lottie se humedecieron.

–No llores –dijo él.

–No puedo llorar. He gastado todas las lágrimas que tenía.

Aulay respiró hondo.

–Tu padre era un hombre adulto, capaz de tomar sus propias decisiones. Puede que la idea de viajar a Aalborg fuera tuya, pero nadie te reprocharía jamás que intentaras encontrar una solución para vuestro problema. Además, a Bernt le pareció bien. Conocía los riesgos. Sabía lo que estaba haciendo.

Lottie se limitó a suspirar.

–Deja de pensar así. No te tortures más –prosiguió Aulay.

Ella sacudió la cabeza.

–Tienes que reaccionar. Tus hombres necesitan que alguien los dirija –insistió él.

–Yo no soy su líder.

–Claro que lo eres. Además, ahora son nuestros prisioneros, y te necesitan más que nunca.

–Que se encarguen Duff o MacLean. Cualquiera menos yo.

–No conocí bien a tu padre, pero sé que te consideraba la persona adecuada para ese trabajo. Él habría querido que lideraras a los Livingstone. Lo sabes perfectamente. Tus hermanos andan por ahí, arrastrando los pies como fantasmas, y los hombres de tu tripulación se han emborrachado –dijo Aulay, cerrando las manos sobre su cara–. Serás el líder que tu padre no supo ser. Y no lo serás por el whisky, sino por un propósito mucho más alto.

Ella parpadeó y sonrió a su pesar.

–¿Cómo puedes ser tan amable conmigo, después de todo lo que te he hecho?

Aulay intentó convencerse de que lo suyo no era amabilidad, sino simple y pura conveniencia, así que dijo:

–Lottie, no llegaremos a Escocia si no me ayudas.

–¿Y qué pasará cuando lleguemos?

Aulay no lo había pensado todavía, pero no tenía ninguna prisa al respecto. Lo sopesaría cuando estuvieran a salvo en Balhaire.

–Ya lo veremos en su momento –respondió.

Lottie le puso las manos en la cintura y lo miró a los ojos.

–Prométeme que no acusarás a mis hombres. La responsabilidad de lo que ha pasado será mía y solo mía.

–Lottie...

–Insisto –lo interrumpió–. Soy la única culpable. Si me prometes que dejarás en libertad a los demás, me entregaré sin oponer resistencia. Te doy mi palabra.

A Aulay se le hizo un nudo en la garganta. Quería justicia, pero no soportaba la idea de entregarla a las autoridades.

–Ya hablaremos cuando...

–¡No! Tienes que prometérmelo, Aulay.

Aulay pensó que estaba con la mujer más asombrosa del mundo, una mujer capaz de sacrificarse por los suyos y, sin darse cuenta de lo que hacía, la tomó de la mano y le besó los nudillos.

La encontraba absolutamente admirable, sin mencionar el hecho de que era la primera vez que una mujer le importaba más que el mar. Pero no quería prometerle eso, porque sabía lo que pasaría si la entregaba a las autoridades: la ahorcarían por piratería o, en el mejor de los casos, la condenarían a prisión.

–Promételo –dijo de nuevo.

Lottie le besó de repente, con una dulzura que lo habría excitado más que el más apasionado de los besos aunque no se hubiera inclinado a continuación para pasarle la lengua por el cuello. Y Aulay perdió el control. Tomó las riendas de la situación, la levantó con rapidez y se tumbó con ella en el camastro, entre sus piernas.

Lottie se arqueó contra su erección, cuya presencia se había convertido súbitamente en el centro de su deseo. Aulay clavó la vista en sus ojos y se preguntó qué demonios estaba haciendo. ¿Sería capaz de acostarse con su prisionera? ¿Cómo era posible que hubiera llegado a quererla tanto?

Ella lo miró de forma extraña, y él le acarició la mejilla y preguntó:

–¿Qué pasa?

Lottie le acarició el pecho.

–De todo –dijo.

Él gimió y asaltó su boca durante unos segundos antes de desabrocharle la camisa y cerrar las manos sobre sus senos desnudos, porque no llevaba nada debajo. Luego, hundió la cara entre ellos y se los lamió, arrancándole un suspiro de placer y aumentando al tiempo su propio y sensual delirio.

Desesperado, le quitó la camisa y le succionó un pezón mientras llevaba una mano a su entrepierna. Lottie se desabrochó el pantalón y maniobró lo necesario para empujarlo hacia abajo, lejos de sus caderas. Para entonces, Aulay ya era incapaz de pensar; se movía por instinto, dominado por sus sensaciones, sin más objetivo que acariciar cada palmo de piel y volverla loca de deseo.

Sin embargo, eso no impidió que encontrara la forma de desnudarse. Era un requisito imperioso, porque necesitaba tomarla. De hecho, nunca había sentido una necesidad tan intensa, tan abrumadoramente absoluta.

Entonces, le dobló una pierna hacia arriba y puso la punta de su sexo contra el sexo de Lottie antes de penetrarla hasta el fondo con tortuosa paciencia y de retroceder después, sin llegar a salir de ella.

Lottie soltó un gemido, y él se empezó a mover mientras besaba su boca y su cuello y le acariciaba los pechos. Sin embargo, ella no se quedaba atrás; seguía su ritmo, y lo urgía a aumentar la potencia o velocidad de sus acometidas, arrastrándolo hacia el orgasmo en un feroz y maravilloso *crescendo*.

Aulay se refrenó, pero supo que estaba perdido y que lo único que podía salvarle, lo único que le podía hacer feliz, era esa sorprendente mujer.

Poco después, ella se arqueó de forma violenta, alcanzando el clímax; y solo entonces, contento de haberle dado satisfacción, el capitán se dejó caer a su propio vórtice de placer, que le hizo olvidar todas sus preocupaciones.

Fue como si estuvieran solos en el mundo y no importara otra cosa que el contacto de sus cuerpos. Guardaron silencio durante varios minutos, sumidos ambos en el eco del placer y, cuando ya habían recuperado el resuello, Lottie cerró las manos sobre su cara y lo besó de un modo dulce, casi reverencial.

Justo entonces, uno de los tripulantes que estaban en la arboladura pegó un grito a otro, y Aulay se acordó de que seguían en el *Reulag Balhaire*.

Molesto, se apartó de ella y se levantó. Lottie se quedó en el camastro, mirándolo.

¿Cómo había podido hacerle el amor? ¿Cómo había sido tan canalla, teniendo en cuenta que pretendía entregarla a las autoridades cuando llegaran a Escocia?

–Lávate y descansa –dijo, con voz sorprendentemente brusca.

Ella no se movió. Lo miraba como si fuera una gata hambrienta y él, todo lo que necesitaba. Su deseo era tan intenso que casi se podía tocar; tan intenso como el suyo, aunque se arrepintiera de lo que había pasado.

Aulay se vistió a toda prisa y salió del camarote, consciente de que, si se quedaba un minuto más, volvería a caer en la tentación. No había estado tan triste en toda su vida. Triste por ella, triste por él. Triste porque podrían haber tenido un futuro si las circunstancias hubieran sido distintas.

Capítulo 18

Lottie empezaba a tener frío, así que alcanzó la manta de tartán que Aulay guardaba debajo del camastro y se la puso sobre los hombros, sin mirar a su alrededor; pero, por desgracia, estaba tan húmeda como todo lo demás.

Cuando alzó la cabeza, se llevó la sorpresa de que Drustan se había tumbado junto a ella y de que roncaba igual que su difunto padre, lo cual le recordó el dolor de su pérdida. Aunque, por otra parte, no necesitaba que se lo recordaran. Había soñado con él dos noches seguidas. En sus sueños, siempre intentaba alcanzarlo, y él se le escapaba porque desaparecía antes de que lo pudiera tocar.

Pero uno de ellos había sido distinto. Había llegado a ponerle la mano en el hombro. Y él se había girado con una sonrisa en los labios y le había dicho que no estaba muerto y que seguía estando con ella.

Naturalmente, se llevó tal susto que se despertó al instante.

Lottie se incorporó y miró a su hermano, que estaba en el suelo del camarote de proa adonde se había mudado después de hacer el amor con Aulay. Había sido una experiencia absolutamente maravillosa. El capitán la había sacado de su tristeza y le había dado placer, compasión y esperanza cuando más lo necesitaba. Se lo había dado y se lo había quitado al día siguiente, con la luz del día.

Ahora, tenía la sensación de que había pasado un siglo desde entonces. No había hablado con él desde esa noche, y le sorprendía lo mucho que le echaba de menos. Era una ausencia tan intensa como la de su padre, aunque muy diferente. Extrañaba a Bernt y soñaba con su sonrisa, pero ansiaba a Aulay como el aire que respiraba y pensaba en él todo el tiempo. Necesitaba sentirlo dentro. Necesitaba su cariño. Necesitaba olvidarlo.

Lottie no era una mujer experta en cuestiones amorosas, porque sus relaciones se limitaban a la que había tenido con Anders, pero sabía de forma instintiva que su noche de amor había tenido algo verdaderamente profundo. O, por lo menos, radicalmente distinto a lo que sentía con el danés.

De hecho, le parecía increíble que se hubiera obsesionado tanto con aquel bribón. Hasta llegar al *Reulag Balhaire*, lo tenía día y noche en la cabeza; desde entonces, no lo tenía en ningún momento. ¿Cómo habría reaccionado si lo hubiera visto en Aalborg? Evidentemente, no lo podía saber. Y carecía de importancia, porque el descubrimiento de que le había mentado era algo así como el último clavo en el ataúd de su recuerdo.

Medio dormida, se preguntó qué hora sería. El mar tenía esas cosas; sobre todo, cuando el cielo se encapotaba y adquiría el color del agua, porque la luz no le daba ninguna referencia que la sacara de dudas. Sin embargo, se sentía extrañamente en paz. Cansada, sí; añorante, sí; pero sin la tormenta interior que se había desatado en ella tras la muerte de Bernt, que ya había asumido. Sus pensamientos empezaban a volver a lo inmediato.

Lottie bostezó, se estiró y se bajó del camastro, pasando por encima de Drustan.

Mathais dormía en el otro camastro del camarote. Tras la muerte de su padre, había intentado fingir que tenía mal aspecto porque se mareaba en el mar, pero su hermana sabía que estaba desolado. El día anterior, había salido de su encierro y se había puesto a trabajar tan duro con el resto de los marinos que, cuando volvió, no le quedaban fuerzas. Se tumbó en la cama y se quedó dormido de inmediato.

Tras acercarse a la palangana de agua que le había llevado uno de los Mackenzie, se lavó un poco. Estaba sucia, pero no la podía cambiar porque las provisiones se estaban acabando y habían racionado el agua. Lottie lo sabía por Duff, quien también le había dicho que habían burlado a su perseguidor.

–Me juego lo que quieras a que ha dado la vuelta y ha regresado a Aalborg – afirmó el día anterior, estando ambos en popa–. Los Mackenzie no dejan de jactarse sobre sus habilidades en materia de navegación, pero Gilroy cree que los habríamos burlado antes si hubiéramos virado antes.

Lottie sonrió al recordar su conversación con el actor, que ahora se las daba de marino experto. Pero, súbitamente, el barco se inclinó hacia estribor y estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. La mar estaba bastante picada.

Cuando terminó de lavarse, se cepilló el pelo con los dedos y se lo recogió. Esperaba que le concedieran el lujo de darle ropa limpia y de ofrecerle un baño antes de que la llevaran a juicio. Evidentemente, no le agradaba la idea de que la juzgaran, pero la posibilidad de que la ahorcaran o la metieran en la cárcel le parecía tan lejana e irracional que no sentía nada al respecto, nada en absoluto.

Alcanzó la colcha del camastro, se la puso por encima de los hombros y salió

del camarote.

El ambiente era húmedo y frío, aunque lo encontró reconfortante después del ventarrón que habían sufrido durante las jornadas anteriores. Soplaban tan fuerte que tenía miedo de caerse al mar. Sin embargo, debía tener cuidado de todas formas, porque el barco se movía de un lado a otro en las gigantescas olas.

Duff estaba discutiendo con uno de los Mackenzie. Lottie siempre lo había apreciado mucho, y lo quería bastante más desde que se había hecho cargo del pobre Drustan, al que cuidaba como si fuera hijo suyo. Hasta había convencido a Iain el Rojo de que le enseñara a tallar. Y le gustaba tanto que tallaba durante horas, concentrado en las vetas y formas de la madera.

Por supuesto, Lottie había querido saber por qué era tan bueno con su hermano, y Duff le había dicho que se lo había prometido a Bernt en su lecho de muerte. Sin embargo, ella sospechaba que había mentido, y que lo estaba haciendo por iniciativa propia.

En cualquier caso, le estaba inmensamente agradecida.

Mientras cruzaba la cubierta, se fijó en que uno de los hombres del capitán se había quedado dormido de pie, apoyado en el mástil. Trabajaban tanto y durante tantas horas seguidas que a veces hacían esas cosas. Pero, al oír un ruido, Lottie dejó de mirar al marinero y se giró hacia Duff, extrañada.

–¿Qué es eso? –le preguntó.

–Tu clan –respondió él–. Están encerrados en la bodega, como ya sabes.

–¿Y por qué pegan golpes?

–Porque se han bebido todo el whisky que tenían y ahora, después de dormir la mona, quieren salir.

–Pues que salgan. Les vendría bien –dijo ella–. Además, no pueden hacer nada. No se pueden escapar.

–¿Que salgan? ¿Mientras nosotros trabajamos? –intervino el Mackenzie que estaba con el actor–. Tendríamos que trabajar el doble si nos tuviéramos que ocupar de ellos.

–¿No les pueden servir de ayuda?

El hombre gruñó.

–¡Duff! –gritó alguien.

Los tres se dieron la vuelta. Era Aulay, quien se había apoyado en la barandilla del alcázar y los estaba mirando con cara de pocos amigos.

–Haz algo con ellos –continuó.

–¿Qué quiere que haga? –replicó el actor–. Sus esperanzas desaparecieron cuando tiraron el whisky, y a nadie le gusta que lo tengan encerrado.

Aulay clavó la vista en Lottie.

–Señorita Livingstone, ¿podría hablar con sus hombres y decirles que tengan la amabilidad de tranquilizarse?

–Sí, claro –replicó, extrañada con su brusquedad.

Aulay dio media vuelta y volvió al timón, donde estaba Beaty.

–Bueno, tendré que bajar a la bodega...

–Ha sido bastante grosero –afirmó Duff–, pero no se lo tengas en cuenta. Ha dormido tan poco como sus hombres.

Lottie bostezó y se cerró un poco más la manta.

–Entonces, hablaré con él.

–Yo no lo haría –dijo el Mackenzie.

Lottie hizo caso omiso de su consejo y subió al alcázar, donde Aulay la miró de arriba abajo antes de darle la espalda de nuevo y clavar la vista en el mar.

Ella se quedó atónita. ¿Dónde estaba el hombre que le había hecho el amor apasionadamente?

–¿Podemos ayudar? –preguntó.

–Sí, encontrando la forma de que dejen de hacer ruido.

Lottie no entendía nada. Por lo visto, estaba tan enfadado como si siguiera encadenado a una mesa.

–Me refería al aparejo, a las labores de cubierta...

–No.

–Tus hombres necesitan descansar.

–Soy consciente de ello.

Ella entrecerró los ojos y se acercó.

–¿Se puede saber qué te pasa? Comprendo que somos una carga para ti, pero...

Aulay se giró.

–No tienes ni idea de hasta qué punto lo sois –bramó.

Su tono de voz era tan violento que Lottie dio un paso atrás y, al ver que se había asustado, el capitán suspiró y cambió de actitud.

–Ah, *Diah, bod an donais*... Lo siento mucho, Lottie. No suelo ser tan brusco con las mujeres, pero no sé qué hacer contigo.

–Bueno, intentaré mantenerme lejos de ti –replicó, confundida.

–No me refería a eso –declaró, mirándola a los ojos–. Casi no nos queda comida, y nos estamos quedando sin agua. Además, volveremos a Escocia como perros con el rabo entre las piernas y, por si eso fuera poco, te tendrían que ahorcar.

Ella soltó un grito ahogado.

–Eso es lo que quería decir –prosiguió él–. Que no sé qué hacer contigo ni con los tuyos.

El barco ascendió bruscamente sobre una ola y descendió del mismo modo. Aulay la agarró de la cintura para que no perdiera el equilibrio, pero ella pensó que ya era tarde para eso. Lo habían perdido por completo. Habían mezclado los negocios con el amor, y el error les estaba pasando factura.

Solo había una cosa que pudiera hacer: liberarlo de esa carga.

–Sí que lo sabes, Aulay. Lo sabes de sobra, y estoy dispuesta a dar ese paso.

Aulay la soltó, atónito.

–Iré a hablar con mi clan –continuó ella, negándole la posibilidad de decir nada–. Os ayudaremos, sustituiremos a tus hombres y les daremos ocasión de descansar. Os hemos causado muchos problemas. Es lo menos que podemos hacer.

El capitán apretó los labios, lanzó una mirada a Beaty y, a continuación, asintió.

Lottie se fue del alcázar inmediatamente. Le dolía verle así, tan preocupado. A fin de cuentas, ella era la única culpable de lo sucedido. Volvían a Escocia en un barco cargado de dolor y de pesar. Todos estaban tristes. Todos.

Era desolador.

Los Livingstone la vitorearon cuando la vieron llegar. Estaban sucios, sin afeitarse y en mangas de camisa.

–¡Sabía que vendría a salvarnos! –exclamó Norval.

–Haz que nos suelten, Lottie –dijo Morven–. No tienen derecho a tratarnos de esta manera. Va contra las normas de la caballeridad.

–Están enfadados con nosotros, y nos tratan como nosotros los tratamos a ellos –le recordó.

–¡Ya, pero nosotros también estamos enfadados! ¡Han tirado el whisky por la borda! –gritó Gilroy desde el fondo de la bodega.

–¿Habéis olvidado que nosotros tiramos su lana para meter el whisky? ¿Y de qué nos ha servido, por cierto? Nos ha causado muchos problemas, y más que nos puede causar.

–¿Por qué dices eso? –preguntó otro.

Lottie se subió a una caja para que la vieran mejor.

–Muchachos, sabéis que los Campbell nos estarán esperando como una

manada de lobos. Y, si no nos atrapan los Campbell, será la Corona inglesa; por no mencionar que los Mackenzie están obligados a entregarnos para que no les acusen de ser cómplices nuestros. Terminaremos mal en cualquier caso.

–¡Trabajamos día y noche para destilar ese whisky, Lottie! –dijo Mark–. ¡Más de lo que habíamos trabajado nunca!

–Sí, es cierto, pero todos los negocios tienen sus riesgos. Además, sabíamos lo que nos estábamos jugando. Lo sabíamos.

–¿Y qué? ¡Podríamos haberlo vendido de todas formas! –alegó Morven–. Solo cometimos un error, el de viajar a Dinamarca. No somos marineros. Solo Gilroy lo es.

Lottie se volvió a sentir culpable.

–Eso es culpa mía –dijo.

–No, la culpa es de todos –intervino MacLean–. Teníamos que elegir entre zarpar hacia Dinamarca o perder el whisky. Todos los sabíamos. Pero, por si alguien tiene mala memoria, le recordaré que nos reunimos y tomamos la decisión por unanimidad.

Mark lo miró como si tuviera intención de discutirse, pero MacLean alzó una mano y siguió hablando.

–Sin embargo, eso ya no tiene importancia. Somos Livingstone. Cuidamos de los nuestros. Tenemos que pensar en el futuro, no en el pasado.

–Hay que ayudar a los Mackenzie. Están agotados –declaró Lottie.

Sus hombres se empezaron a quejar, y ella los acalló rápidamente.

–¡Nos podrían haber tirado al mar! ¡Tenían todo el derecho del mundo, pero no lo hicieron! Incluso han compartido sus provisiones con nosotros, aunque son más y podrían hacer lo que quisieran. Si no queréis ayudar a las personas que os han ayudado, vosotros sabréis. Pero yo he dado mi palabra.

–Por supuesto que ayudaremos –dijo MacLean, retando a los suyos con la mirada–. Pero quiero saber qué pasará cuando volvamos a Lismore. Tenemos que pagar la renta de Campbell.

–¿Te casarás con MacColl? –preguntó Norval.

Ella se sintió como si le hubieran clavado un cuchillo, y miró a sus hombres con vergüenza. Por lo visto, estaban enterados de su oferta de matrimonio.

–¿Lo sabíais todos?

Norval se encogió de hombros.

–No se puede decir que MacColl lo mantuviera en secreto.

–Nos salvarías si te casaras con él –comentó Morven.

Lottie pensó que había vuelto al principio del problema, y se maldijo a sí

misma por haber creído que podía salvar a los Livingstone sin pagar un precio. Había sido asombrosamente ingenua.

–No tiene sentido que especulemos con el futuro si no llegamos a Escocia. Y no podremos llegar si no ayudamos a los Mackenzie –razonó ella–. Dejad vuestro orgullo a un lado y agradeced que no os hayan pasado por la quilla.

–¡Sácanos de aquí, o nos volveremos locos! –dijo Mark.

–Si me dais vuestra palabra de que trabajaréis y de que trabajaréis bien.

–Trato hecho –dijo Morven, mirando a sus compañeros–. Trabajaremos.

–En ese caso, vestíos como Dios manda. Os veré en cubierta.

Lottie se dijo que, si se salvaba de la horca, renunciaría a su sueño de ver mundo y hasta al de tener hijos y se casaría con MacColl para salvar a su clan. Era lo que su padre habría querido. Se lo debía.

Sin embargo, no estaba segura de qué destino era peor: acabar en el patíbulo, terminar en una celda o casarse con un viejo.

Capítulo 19

Aulay estaba en lo alto del palo principal, arreglando una vela que se había soltado. Normalmente, era trabajo de Jack Mackenzie, cuya habilidad para encaramarse a los mástiles era legendaria; pero la herida de su pierna lo obligaba a quedarse en cubierta, y él había tenido que subir en su lugar.

En determinado momento, miró hacia abajo y contempló a los Livingstone, que se afanaban en cumplir las órdenes de Beaty. Era todo un alivio. Gracias a ellos, sus hombres podrían descansar unas horas.

El día anterior había sido gris y ventoso, pero aquel era soleado y de viento más suave. Aulay estuvo en el mástil un buen rato, y acababa de terminar las reparaciones cuando el sol empezó a bajar en el horizonte. Al verlo, le entraron ganas de pintar el precioso cielo azul y la costa de Escocia, que ya se adivinaba a lo lejos.

Estaban llegando a su hogar.

Era el tipo de paisaje que más le gustaba: una enorme extensión marina bajo la luz de primera hora de la tarde. Aulay alcanzó el catalejo y escudriñó los alrededores para recordar todos los detalles y pintarlo en otro momento. La fina línea marrón de su patria se haría más grande a medida que se acercaran, y dejaría ver sus peñas y acantilados. El agua se pondría oscura con la caída de la noche y el cielo se llenaría de estrellas.

Calculó que estaban a día y medio de Balhaire. Tenían que pasar entre las islas de Orkney y Shetland antes de virar al sur y descender por la costa oeste. Cuando entraran en la cala privada de Balhair, alguien haría sonar una campana y los Mackenzie se dirigirían al mar en tropel, recorriendo los dos kilómetros que lo separaban de la fortaleza y el pueblo para dar la bienvenida a sus seres queridos.

En los viejos tiempos, su padre iba a recibirlo; pero hacía años que se quedaba en la fortaleza, porque le dolía la pierna mala si caminaba mucho. Sin embargo,

eso carecía de importancia. Esperaría con ansia en el gran salón del castillo, con los perros a sus pies, un fuego en la chimenea y un montón de cerveza para su hijo. Y también estaría su madre, quien a pesar de no comprender su amor por el mar, le dedicaría la mejor de sus luminosas sonrisas.

Rabbie y su esposa, Bernadette, aparecerían en compañía de sus niños, aunque llegarían más tarde porque tenían que ir desde Arrandale. También estaría los pequeños de Vivienne y su marido, Marcos, y sus sobrinos y sobrinas se pelearían por ver lo que les había llevado.

Pero la primera en llegar sería Catriona, su hermana pequeña, siempre ansiosa de oír sus historias. Correría a la caleta, lo tomaría del brazo y se lo llevaría a Balhaire mientras lo sometía a un interrogatorio en toda regla. Le habría gustado ser una aventurera como Lottie Livingstone, pero sus padres no se lo habrían permitido.

A veces, Aulay deseaba que su hermano mayor y su esposa estuvieran allí, lo cual no era del todo imposible: aunque vivían en Inglaterra, viajaban a Escocia de vez en cuando y se quedaban alrededor de un mes. Pero, fuera como fuera, estaba llegando a casa, y eso era un motivo de alegría.

Al principio, todos le permitirían interpretar el papel del hijo o hermano prodigo que había vuelto a ellos con noticias del mundo. Durante una corta temporada, lo mimarían y lo querrían más que nunca, incluyendo a su padre. Luego, la vida de los Mackenzie volvería a la normalidad, y su estrella se empezaría a apagar frente a las estrellas guerreras de sus hermanos y la cháchara de sus hermanas.

Entonces, él que se quedaría al margen y escucharía los detalles de una vida en la que ya no se sentía incluido, deseando volver a sus habitaciones para poder pintar.

Aulay siempre había sido reservado. No hablaba de sus experiencias más íntimas: las mujeres, el vino, etc. No hablaba de las exóticas o desoladoras situaciones que veía en los puertos por donde pasaba. Mantenía a su familia al margen de su vida privada porque no podía describir el sol a personas que solo habían visto la luna, por así decirlo. Pero le encantaba estar con ellos, y la idea de volver a su hogar le entusiasmaba tanto como la idea de volver a zarpar.

Sin embargo, esta vez era distinto. Esta vez, tenía miedo.

Indudablemente, su familia se llevaría un disgusto cuando supiera que su viaje había sido un fracaso. Que se hubieran mostrado escépticos al respecto no significaba que no se hubieran hecho ilusiones. Los Mackenzie siempre se habían dedicado al comercio, y Aulay los había convencido de que podía

conseguir mercados nuevos y devolverles los días de gloria. Y, en lugar de eso, podían perderlo todo.

Alguien tendría que pagar el cargamento perdido, porque su clan se jactaba de no deber dinero a nadie. No habían vivido a crédito ni en sus peores momentos. Pero estaban escasos de dinero, y Aulay solo veía una forma de pagar esa suma: vender el *Reulag Balhaire*.

La idea era tan descorazonadora que no lo quería ni pensar, así que se la sacó de la cabeza y sopesó el otro problema que tenía.

Conociendo a su padre, estaba seguro de que insistiría en llevar a los Livingstone ante la Justicia por las pérdidas que les habían ocasionado, y Rabbie estaría de acuerdo. Los habitantes de Balhaire se guiaban por una serie de normas muy sencillas, entre las que estaba la de no tomar lo que no les pertenecía y, en el caso de que se tomara, la de afrontar las consecuencias.

Lamentablemente, esas consecuencias no desaparecerían por muy importante que fuera la revelación que Aulay había tenido durante aquel viaje. Sí, su corazón latía por la mujer que le había robado el barco, pero un cargamento perdido era un cargamento perdido.

¿Por qué demonios se había tenido que encaprichar de una mujer a la que ni siquiera podría defender? Sobre todo, cuando el mundo estaba lleno de mujeres.

Tampoco quería pensar en eso; por lo menos, hasta que fuera estrictamente necesario. Ya le incomodaba bastante lo de desearla a todas horas. No necesitaba sumarle la preocupación de que terminara en el patíbulo.

Acababa de guardarse el catalejo cuando vio un movimiento en la distancia, así que volvió a mirar. Eran las velas de un barco.

Rápidamente, bajó a cubierta e informó a Beaty de lo sucedido.

–Estaré atento –dijo el primer oficial–. Pero deberías dormir un rato. Llegamos a las islas antes del amanecer.

Aulay agradeció la oportunidad de descansar y, antes de dirigirse a su camarote, pasó por la bodega para servirse uno de los últimos mendrugos que quedaban y un pedazo de un pez que habían conseguido pescar.

Cuando volvió a cubierta, se estaba haciendo de noche. Y, justo entonces, Lottie salió de uno de los camarotes del alcázar.

Al verlo, Lottie dudó y cerró la puerta con cuidado. Casi no se habían cruzado la palabra desde que él le había confesado que no sabía qué hacer con ella. Parecía más descansada que en los días anteriores, y sus pómulos habían adquirido un tono rosado de tanto estar al sol. Se había recogido el pelo, y jugueteó con su coleta como si no supiera qué hacer, si pasar a su lado o

apartarse y esperar a que se marchara.

–Ah, te estabas escondiendo ahí... –dijo él, señalando el camarote del primer oficial.

–Es mejor que esconderse en lo alto de un mástil, como tú.

–¿Me has estado espiando?

–¿Espiendo? Pensé que tenías intención de lanzarte al mar y poner fin a tus desgracias.

Aulay rio.

–Si quisiera quitarme la vida, lo habría hecho hace tiempo.

Ella sonrió y miró el mendrugo y el pescado que llevaba.

–Sí, supongo que sí.

–Debería darte las gracias –comentó él, acercándose.

–¿Por qué?

–Por convencer a tus hombres de que trabajen. Tenías razón. Han sido de gran ayuda. Los míos están mucho más descansados.

–Vaya, eres el primer Mackenzie que lo admite en voz alta –replicó con sorna–, aunque yo tampoco estaba segura de que fueran de utilidad. Pensé que volverían loco a Beaty y lo empujarían a la bebida.

–Yo no me preocuparía por eso. Beaty no necesita que lo empujen a esas cosas. Haría lo que fuera por un trago de whisky.

Lottie volvió a sonreír.

Aulay asintió a modo de despedida y pasó a su lado, consciente de que debía poner fin a la conversación y retirarse a su camarote. Pero Lottie dio un paso hacia él y preguntó:

–¿Me vas a rehuir todo el tiempo?

Él respiró hondo.

–Tengo un barco que gobernar –afirmó con una excusa que hasta él mismo encontró ridícula–. Y ahora, si me disculpas, me gustaría dormir un poco.

Aulay no se detuvo hasta llegar a su camarote, donde dejó la comida en la mesa.

–¿Qué pasa? ¿Estás decidido a no tener ningún tipo de relación con una mujer que puede terminar ante la Justicia?

Él se giró hacia la puerta. Lottie lo había seguido, y su silueta se recortaba contra el azul aterciopelado del cielo nocturno. Pero, ¿qué podía decir? Tenía razón. Eso era exactamente lo que estaba haciendo.

–¿Y qué pretendes tú, Lottie? ¿Persuadirme para que sea amable contigo cuando llegue el momento?

–¿Lo serías?

Aulay sacudió la cabeza.

–Eso no es cosa mía, muchacha.

–Vamos, que no me vas a ayudar –afirmó, sonriendo otra vez–. ¿Puedo decirte una cosa?

Aulay se apoyó en la mesa.

–Adelante.

–Eres un hombre decente, Aulay Mackenzie. También eres un hombre enfadado, y no voy a negar que la culpa de tu enfado es mía. El sentimiento de culpabilidad me acompañará a mi tumba. Pero debes saber que yo...

Lottie guardó silencio un momento, como si estuviera buscando las palabras.

–Debes saber que he llegado a apreciarte de verdad –sentenció.

Aulay no esperaba que dijera eso y, mucho menos, que su confesión le hiciera sentirse el hombre más afortunado del mundo.

–Sé que no es un comentario apropiado para estas circunstancias –continuó ella–. Al fin y al cabo, tú eres un caballero y un hombre de mundo y yo, una simple pueblerina de una isla remota. Pero el tiempo se nos está acabando, y necesito saber si sientes lo mismo que yo. Me has tratado con una amabilidad que no merecía.

Aulay se quedó sin habla.

–Esta aventura ha sido aterradora, devastadora, terrible –insistió Lottie–. Pero también ha sido apasionante y única. Es como si hubiera vivido una vida entera en unos pocos días.

El capitán asintió, porque compartía completamente su percepción de las cosas. En su caso, era como si hubiera vuelto a nacer a sus treinta y siete años de edad.

–Estos días me han cambiado, Aulay. No sé lo que pasará, pero me siento incapaz de reprimir mis sentimientos. Admito que no he sido siempre sincera en lo tocante a ellos, pero ahora sé que no puedo dejarte sin que sepas lo mucho que te estimo –dijo, llevándose una mano al corazón–. Mucho más de lo que jamás había imaginado.

La voz se le quebró, y Aulay caminó hacia ella, la tomó de la mano y la abrazó sin darse cuenta de lo que hacía y sin preocuparse por la posibilidad de que los vieran. Luego, apoyó la cabeza en su pelo y aspiró su aroma. Olía como si no llevara varios días en el mar. Olía a belleza y a perfección.

Lottie se apretó contra su cuerpo y susurró:

–Oh, cuánto deseaba que me abrazaras.

–Lottie...

Aulay estaba atrapado entre la voz de su razón y la voz de su corazón. Lottie lo había conquistado en cuerpo y alma, pero también amaba su barco y su vida en el mar, que había sido su vida entera hasta unos días antes.

¿Qué debía hacer? Ya no sabía qué le importaba más. Solo sabía que no soportaba la perspectiva de volver a Escocia, porque se vería obligado a vengar la afrenta sufrida y ella pagaría las consecuencias. Era una situación imposible. Nada tenía sentido. Eligiera el camino que eligiera, se equivocaría.

Y ni siquiera estaba seguro de que Lottie fuera sincera. ¿Lo estaría seduciendo para que la dejara libre?

–Pensaba que me odiabas –dijo ella en voz baja.

–¿Odiarte? Yo no podría odiarte. Pase lo que pase, no te odiaré jamás –replicó, pensando que era increíble que no se hubiera dado cuenta de que la amaba.

Y la amaba. No tenía ninguna duda.

Rápidamente, cerró la puerta del camarote con el tacón y la sentó sobre la mesa. Luego, le dio un beso en los labios y se puso entre sus piernas. Ella cerró los brazos alrededor de su cuello y le devolvió el beso con vigor, avivando su fuego interno.

Aulay no se quería quemar. No quería tocar ninguna llama. Pero era tan débil como cualquiera, y no solo la tocó, sino que permitió que lo consumiera por completo.

Sus manos la acariciaron con ansiedad, desde los brazos hasta el talle, pasando por los senos, donde se detuvo con una sensación extraña en el pecho. No era un hombre sentimental, pero tenía la sensación de que algo los forzaba a estar juntos, de que una fuerza exterior a ellos se había empeñado en unirlos. Para bien o para mal, estaba conectado a Lottie de un modo sorprendentemente intenso.

Ella echó la cadera hacia delante, apretándose contra su erección. No era tímida, y eso hizo que Aulay la deseara todavía más. ¿De dónde salían las emociones profundas que lo asaltaban una y otra vez cuando la tocaba? Quería hacerle el amor, claro; pero también quería abrazarla y protegerla.

Sin embargo, una parte de él seguía desconfiando, e intentaba desesperadamente que enfriara su pasión.

–No quiero que te hagas ilusiones, Lottie.

Ella le pasó las manos por el pecho y le lanzó una mirada cargada de deseo y necesidad.

–No me importa que...

–Por supuesto que te importa –la interrumpió, agarrándola de las muñecas–. De hecho, te debería importar más que a mí, porque lo que pase entre nosotros no cambiará el destino que nos espera. ¿Entiendes lo que te digo, Lottie? ¿Lo comprendes, *leannan*?

–Sí, lo comprendo –dijo con solemnidad, apartándole un mechón de la frente–. No soy ninguna estúpida. Sé lo que está en juego. Pero si la vida que he llevado está a punto de terminar, seré yo quien decida lo que hago hasta entonces. ¿Lo comprendes, Aulay?

Ella lo acarició con una intensidad que él nunca habría creído posible. Sus emociones volvían a estar desbocadas, como olas que chocaran contra su cuerpo, cada vez más potentes y rápidas. Lottie había despertado en él la necesidad imperiosa de pegarse a su piel tanto como pudiera y notar en su pecho los latidos de su corazón.

En su ansiedad, le pasó las manos por los hombros, deshizo el nudo con el que se había cerrado la camisa y se la sacó por encima de la cabeza. Después, la levantó de la mesa y le soltó los pantalones, que terminaron a sus pies.

Era impresionante, una belleza femenina en estado puro, de piernas largas, cintura estrecha y grandes senos.

La sangre le hervía en las venas, así que se desnudó tan deprisa como pudo y, a continuación, alzó las manos y le soltó el pelo para que aquella gloriosa melena cayera sobre sus hombros.

Por fin, le dio un beso en el cuello, alcanzó su casaca y la estiró sobre el camastro antes de tumbarla encima.

–Que *Diah* me ayude, Lottie, pero me has hechizado por completo –susurró contra su boca–. Soy tu sirviente.

Aulay le besó las mejillas, los labios y los senos.

Ella le acarició el pelo, se arqueó contra él y dijo algo que aumentó un poco más su excitación, aunque no lo habría creído posible:

–No quiero un sirviente, sino un amante.

Al oírla, quiso explorar cada palmo de su suave piel y absorber su textura de tal manera que no la olvidara nunca. Quiso llenarla con su deseo y mostrarle lo que se sentía al vivir la vida de verdad, al saberse amado. Porque la amaba. Se había dado cuenta de que la amaba, y eso lo cambiaba todo.

Lottie dejó escapar un gemido de placer y clavó las uñas en sus hombros cuando él concentró su atención en sus pechos. Se arqueó de nuevo y se volvió a apretar contra su erección, provocando que Aulay bajara una mano y acariciara su sexo.

La respiración de Lottie se aceleró al instante. Aulay sintió su cálido aliento en la mejilla y, dominado por el impulso primario de todo hombre, le separó las piernas, echó la cintura hacia delante y la penetró poco a poco mientras clavaba la vista en sus ojos, como buscando algo en ellos.

Estaba a punto de perder el control. Estaba perdido en su belleza. Estaba impaciente por seguir. Y entonces, ella sonrió.

–¿Qué pasa? –dijo él con un fondo de desesperación.

–Tú, Aulay. Tú eres lo que pasa.

Aulay se aferró a esas palabras como si fueran la revelación más maravillosa del mundo y, tras acariciarle otra vez el pecho y el estómago, se aferró a sus caderas y se empezó a mover.

Aquello no se parecía nada al desenfreno de la otra noche, nacido de una necesidad puramente física; aquello era más grande, una unión en el sentido más primario, dos personas que ejecutaban la antigua danza de convertirse en uno. Se estaban poseyendo el uno al otro, pero también se estaban entregando.

Las acometidas de Aulay se volvieron más urgentes, dominado por una necesidad que había escapado a cualquier posible control. Lottie soltó un grito al llegar al orgasmo, y él gimió al llegar al suyo.

Durante los segundos siguientes, Aulay se concentró en las sensaciones que había vivido y en el simple afán de recuperar el aliento. Luego, se incorporó un poco, se apoyó en los brazos y la miró a los ojos mientras le apartaba el pelo de la cara.

Los tenía cerrados, pero su expresión era de felicidad absoluta, completamente ajena a angustias o preocupaciones.

Aulay nunca la había visto más hermosa.

–*Tha thu breagha* –susurró–. Eres preciosa.

Ella sonrió, abrió los ojos, le acarició la mejilla y le dio un beso en los labios antes de apoyar la cabeza en su hombro.

Aulay pensó que hasta el último minuto que pasara con ella merecería la pena. Por lo menos, para él.

Capítulo 20

Lottie se despertó de repente.

Aún estaba entre los cálidos brazos de Aulay, un puerto seguro.

Se apartó de él con cuidado, besó su pecho y se levantó del camastro. Aulay no se movió; seguía dormido, y lo estaba tan profundamente que Lottie se preguntó cuánto tiempo había estado sin dormir.

Ya vestida, salió del camarote. Era de noche, y no había más gente a la vista que dos de los Mackenzie: uno al timón y el otro, mirando por el catalejo. A Lottie le pareció extraño, porque no había más luz que la de la luna, y suponía que no podría ver nada.

Cruzó la cubierta y entró en el camarote donde estaban sus hermanos. Mathais se había echado a dormir en el suelo y Drustan en uno de los dos camastros, así que se tumbó en el que estaba libre.

Momentos más tarde, se durmió otra vez.

El sol ya había salido cuando se volvió a despertar. Lottie se estiró, tan contenta como una recién casada. Se sentía saciada, amada; pero de un modo mucho más absoluto que el de sus experiencias anteriores. Se sentía amada de verdad, en cuerpo y alma. Era como si Aulay no deseara solo su cuerpo, sino también su ser.

Nunca había sentido nada parecido. Y, al pensarlo, supo que hasta el último momento que estaba con él merecía la pena.

—¿Por qué sonrías?

La pregunta de Mathais la sobresaltó.

—¿Cómo?

Su hermano se había vestido y se había recogido su rubia melena en una coleta, imitando la costumbre de Aulay.

—Sonreías en sueños —respondió él, mirándola con curiosidad—. ¿Soñabas acaso con nuestro padre?

–Sí, supongo que sí –mintió, aunque era la primera vez en muchos días que no soñaba con él–. ¿Te acuerdas del verano en que llevó unos perritos a casa para que cazaran conejos cuando crecieran?

Mathais la miró como si estuviera hablando en danés. Quizá, porque los perritos en cuestión resultaron ser tan inútiles como todo lo que hacía Bernt. Eran más adecuados para sentarse en el regazo de las damas que para cazar.

–No tenemos tiempo para hablar de perros, Lottie –protestó, empezando a caminar de un lado a otro–. Nos está siguiendo un barco. Gilroy dice que se ha acercado durante la noche.

Lottie se levantó de golpe.

–¿Qué barco es? –preguntó, nerviosa.

–Ese es el problema, que no lo sabemos. No lleva bandera ni distintivo de ninguna clase –respondió–. Podría ser un barco fantasma.

Lottie no sabía qué demonios era un barco fantasma y, como tampoco ardía en deseos de averiguarlo, preguntó:

–¿Dónde está Dru?

–Donde siempre. Sentado en un barril, tallando madera.

Ella frunció el ceño y lo miró con recriminación. Mathais se encogió de hombros.

–¿Qué quieres que te diga? Está tan concentrado en sus tallas que ni siquiera se ha dado cuenta de que nos siguen –se excusó–. Gilroy dice que puede ser un buque corsario o de la Corona inglesa, pero yo creo que podría ser un barco fantasma.

A Lottie se le encogió el corazón. La situación se parecía demasiado a la de una semana antes, cuando unos desconocidos atacaron la embarcación en la que viajaba con su padre y sus compañeros de aventura.

Tensa, alcanzó sus botas, se las puso y salió a cubierta con Mathais. Un grupo de hombres se había reunido a babor, mirando el barco que navegaba prácticamente en paralelo, con sus cañones apuntándoles. Entre tanto, otro grupo de Livingstone y Mackenzie cambiaban velas, movían cajas y preparaban la artillería.

Lottie corrió hacia Duff, que estaba con los mirones.

–¿Quiénes son? ¿Qué está pasando?

–No lo sé, pero es seguro que nos buscan a nosotros.

Aulay gritó unas órdenes a dos de los hombres del palo mayor. Lottie se giró hacia él al oír su voz; pero Drustan, que había permanecido al margen de todo, notó que algo andaba mal y gritó a su vez a su hermana.

El capitán se dio la vuelta y clavó la vista en ella.

–Sí –dijo Lottie, comprendiendo lo que le quería decir.

Lottie se acercó a Drustan. El pobre estaba tan confundido que se había quedado en medio, dificultando el trabajo de los demás.

–Llévatelo abajo –ordenó Aulay.

–¿Quiénes son? –le preguntó ella.

–Lo desconozco –respondió, mirando por el catalejo.

Aulay dijo algo en gaélico a Iain el Rojo y, al girarse de nuevo, estuvo a punto de chocar con Lottie, que había subido al alcázar.

–Por Dios, marchaos de aquí –insistió él–. Ya tenemos bastantes patosos en cubierta.

Ella deseó asegurarle que su presencia no supondría ningún problema, y que estaba ansiosa de poder ayudar; pero él le dio la espalda y volvió a gritar a los marineros del palo.

En ese momento, Drustan se tropezó con un barril, que cayó y rodó hacia uno de los cañones. Tenía la vista perdida, como si no comprendiera nada de lo que estaba pasando y se hubiera encerrado en sí mismo.

–Estoy aquí, Dru. ¿Dónde has metido tus tallas?

Lottie lo alcanzó y lo llevó a la escotilla que daba a la bodega.

–No lo sé. ¿Las habré perdido?

–Puede que estén abajo –replicó ella–. Y, si no las encontramos allí, buscaremos en otra parte.

–¡Ah, están aquí! –exclamó, sacándoselas del bolsillo.

Lottie aprovechó sus breves segundos de felicidad para bajarlo a la bodega, que empezaba a oler verdaderamente mal. A fin de cuentas, había sido el hogar de un montón de hombres durante demasiados días.

Sin embargo, su hermano debía de estar encantado de bajar, porque se sentó en un montón de paja, sacó sus instrumentos y se puso a tallar con toda tranquilidad, habiendo olvidado ya lo sucedido en cubierta.

Cuando se ponía así, Lottie lo envidiaba. Le habría gustado que su mundo fuera tan sencillo como el de Drustan. Pero, por desgracia, ella no tenía nada que hacer y, como Aulay le había ordenado que se quedara en la bodega, se puso a caminar de un lado a otro.

Al cabo de un rato, el aburrimiento la llevó a buscar velas nuevas para sustituir las gastadas. Oía a los hombres arriba. Oía sus gritos y las cosas que arrastraban. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Media hora? ¿Una? ¿Cuatro? No tenía forma de saberlo, pero le pareció que había pasado una eternidad cuando

alguien abrió la escotilla y empezó a bajar.

Era Mathais.

–¿Qué ocurre? –preguntó ella.

Su hermano estaba tan alterado que casi no pudo hablar.

–¡Vamos a pasar por Pentland Firth! –acertó a responder.

Lottie, que no había oído hablar nunca de semejante sitio, dijo:

–¿Qué quieres decir con eso?

–Que puede ser peligroso. Pentland Firth es un estrecho que está entre la isla de Orkney y tierra firme. Los marineros prefieren pasar entre Orkney y las Shetlands, porque hay más espacio para maniobrar y las corrientes son menos traicioneras. Sin embargo, el estuario es estrecho y las mareas son rápidas, y es por allí por donde navegaremos. Pero Gilroy dice que, si entramos por la bocana, la potencia de las olas nos lanzará en la curva.

–¿Lanzarnos? Eso suena muy...

–Peligroso, sí –la interrumpió con ojos brillantes.

–¿Y el otro barco? ¿No les pasará lo mismo?

–No lo sé, pero los llevamos pegados a popa.

–¡No, no, no! ¡No quiero más barcos! –gritó Drustan.

–No tengas miedo, Dru –dijo Mathais con seguridad–. Derrotaremos a esos bribones. ¡Acabaremos con ellos!

–¡Acabaremos con ellos! –repitió su hermano.

Lottie se puso tan nerviosa que decidió subir a echar un vistazo.

–Tengo que verlo con mis propios ojos. Tengo que saber lo que está pasando –dijo–. Quédate con Drustan, Mats.

–¡No! ¡Quiero ayudar al capitán!

–Y le ayudarás. Pero ahora, necesito ver lo que ocurre.

–No deberías subir, Lottie –declaró Drustan–. Quédate aquí. Es más seguro.

–Volverá pronto, Dru. Siempre vuelve –lo tranquilizó Mathais–. Y no gimas, por favor... Te odio cuando te pones a gimotear.

El viento era tan fuerte que, cuando Lottie volvió a cubierta, la hizo retroceder. Toda la tripulación estaba ocupada con los aparejos o las velas. Intentó atravesar la multitud sin ponerse en el camino de nadie, pero un marinero pasó a su lado con una caja y estuvo a punto de golpearla y tirarla por la borda.

Aulay estaba al timón, en compañía de Duff, Gilroy y Beaty. Tenía las piernas separadas y la melena suelta. Lottie miró hacia popa y se llevó un susto al ver lo cerca que estaban sus perseguidores.

–¿Qué querrán? –preguntó en voz alta.

–Lo que siempre quieren –respondió Duff.

–No deberías estar aquí –afirmó Aulay, lanzándole una mirada.

Una ola enorme golpeó el barco por el costado izquierdo, poniéndolos perdidos de agua y provocando que Lottie perdiera el equilibrio y se cayera.

–Quédate al timón, Beaty –ordenó Aulay, que se acercó y la levantó con sus fuertes brazos–. Vuelve a la bodega, *leannan*. No quiero que te hagas daño.

Aulay la soltó para volver con sus compañeros, pero ella lo agarró del brazo.

–Aulay, yo...

–Ahora no puedo hablar.

Lottie supo que no pretendía ser grosero; sencillamente, tenía cosas más importantes que hacer que cuidar de ella. Pero, en cualquier caso, no habría sabido qué decirle. ¿Qué sentía lo sucedido? Ya se lo había dicho y, además, no venía a cuento. ¿Qué hiciera el favor de salvarles? Era demasiado obvio. ¿Qué la abrazara porque estaba muerta miedo? Era verdad, pero habría sido injusto en esas circunstancias.

En consecuencia, volvió sobre sus pasos y regresó a la bodega, donde Mathais se apresuró a su vez a volver a cubierta.

–¡Ten cuidado! –gritó su hermana cuando ya se iba.

–¡Lo tendré! –contestó, cerrando la escotilla.

A partir de entonces, Lottie se limitó a esperar mientras Drustan tallaba.

Los minutos se convirtieron en horas, y Lottie tuvo que cambiar dos veces la vela del farol que los iluminaba. Encontró algo de comer y lo compartió con su hermano. Caminó arriba y abajo, sin descanso. Y alzó la cabeza cien veces, siempre por algún grito o ruido que llegaba desde arriba y que, por supuesto, asustaba a Dru.

Hasta que, por fin, cesaron las voces y los ruidos y no se oyó nada salvo los crujidos del casco del *Reulag Balhaire*.

Lottie no se dio cuenta de que había anochecido hasta que la escotilla se abrió y aparecieron MacLean y Mathais.

–Venimos a buscar comida –dijo un agotado Mac-Lean, que estaba empapado.

–Y whisky –añadió Mathais, cuya exuberancia juvenil no había perdido ni un ápice de intensidad.

–¿Whisky? –se interesó Lottie–. ¿Es que hemos ganado?

MacLean bufó.

–Ya nos gustaría. Nos han seguido por Pentland Firth. Han retrocedido un poco, pero siguen al acecho, imitando todas nuestras maniobras. Por suerte, tenemos un capitán mejor que el suyo, y nos ha llevado por aguas traicioneras

con tanta facilidad como si estuviera remando en una laguna. Cuando pasemos Cabo Wrath, nos pegaremos más a la costa.

–¿Por qué? –preguntó ella.

–Porque su barco es más grande y tiene más calado, así que no podrá emularnos. Beaty afirma que Mackenzie es tan bueno que puede navegar pegado a la orilla sin embarrancar –dijo, alcanzando los últimos mendrugos que quedaban–. Venga, Mats. Vamos a subir esto.

Los dos hombres se marcharon, y Drustan se tumbó en la paja y se echó a dormir. No parecía entender el peligro que corrían. Lottie lo envidió una vez más, consciente de que ella no podría dormir. Cada gemido y crujido del barco la sobresaltaba. No era capaz de quedarse quieta, porque su imaginación le jugaba malas pasadas y la llenaba de ideas y perspectivas a cual más funesta.

Naturalmente, perdió el sentido del tiempo y, cuando cayó en la cuenta de que se había hecho un silencio absoluto, se asustó. No se oía nada, ni una voz.

¿Los habrían abordado los piratas? ¿Habrían matado a toda la tripulación?

Lottie no se quería poner en el peor de los casos posibles, pero consideró la posibilidad de que los hubieran matado y de que no hubieran descubierto que Drustan y ella estaban escondidos en la bodega. O quizá lo sabían y estaban esperando a que subieran para atraparlos.

Fuera como fuera, no se iba a quedar allí. Tenía que saber lo que pasaba.

Miró a su hermano, quien seguía plácidamente dormido y, a continuación, subió por la escalerilla y entreabrió la escotilla con sumo cuidado. Estaba bastante oscuro, pero no era de noche. La niebla había envuelto el *Reulag Balhaire* por completo.

Lottie abrió un poco más y sacó la cabeza. Justo entonces, alguien golpeó la trampilla y estuvo a punto de hacerla caer.

–¡Por el amor de Dios, Duff! –dijo al ver quién era–. ¡Me has podido matar!

Él se llevó un dedo a los labios.

–Silencio, Lottie –susurró.

A ella se le hizo un nudo en la garganta.

–¿Nos han abordado?

Duff sacudió la cabeza y la instó a volver a la bodega, donde dijo:

–La niebla impide que nos vean, pero nos pueden oír. Están pasando a nuestro lado, y debemos estar callados como un muerto.

Lottie se tapó la boca, porque tenía miedo de perder el control y gritar. Duff se quedó a su lado y, durante los momentos siguientes, no hicieron otra cosa que mirar la escotilla, esperando a que alguien la abriera.

–¿Qué es ese ruido? –preguntó Duff.

Lottie, que también lo había oído, replicó:

–Lluvia.

Duff frunció el ceño.

–Oh, no. Eso significa que la niebla se levantará pronto.

La suave lluvia que los había asustado se convirtió entonces en un chaparrón, y Duff perdió la paciencia.

–Será mejor que suba.

–¿Lottie? ¿Dónde estás? ¡No te veo! –exclamó Drustan en la oscuridad de la bodega.

–Estoy aquí...

Lottie ardía en deseos de seguir a Duff, que se alejó por la escalerilla, pero no se sintió capaz de dejar solo a su hermano. Su madre le había pedido que no lo abandonara en ningún momento, y no lo abandonaría jamás.

–Tengo hambre –dijo cuando se puso a su lado.

Drustan se aferraba a la talla en la que estaba trabajando. Era una gaviota, y bastante buena.

–Veré si encuentro algo.

Lottie abrió la caja donde guardaban las provisiones y descubrió que solo quedaba un poco de cerveza, que su hermano se bebió con ansiedad.

–Tengo hambre –repitió.

–Comeremos pronto. Tienes que ser paciente.

Súbitamente, él alzó la cabeza.

–¿Qué es eso? ¿Qué es ese ruido?

Lottie no tenía ni idea. Sonaba como si alguien estuviera sacando agua de un pozo con una bomba.

–Será la marea, que estará subiendo.

Una vez más, se preguntó por qué no bajaba nadie a buscarlos. Si era cierto que habían salido de peligro, ¿por qué tenían que seguir en la bodega? Sobre todo, teniendo en cuenta que la lluvia se había empezado a filtrar por los tablones de la cubierta, obligándolos a buscar una esquina más seca.

Al cabo de unos instantes, se oyó un griterío. Drustan empezó a gemir, aterrorizado. Lottie intentó sacar algo en limpio de las palabras que alcanzaba a entender y, de repente, el barco se inclinó hacia estribor de forma tan violenta que se tuvieron que agarrar a un poste. Pero no les sirvió de mucho, porque el *Reulag Balhaire* se estrelló entonces contra algo y acabaron en el suelo de todas formas.

Cuando se quiso levantar, Lottie se dio cuenta de que estaba entrando agua en grandes cantidades.

Drustan gritó y se incorporó, al igual que su hermana. Se había abierto una brecha en el casco, y era tan grande como un barril de whisky.

–¡Ven conmigo! ¡Tenemos que salir de aquí! –exclamó ella, alarmada.

–¡No! –replicó, aferrándose al poste.

Lottie intentó que lo soltara, pero era tan fuerte que no lo consiguió.

–¡Dru! ¡Si nos quedamos en la bodega, nos ahogaremos! ¡Tienes que venir!

Drustan rugió y cerró los ojos con fuerza, para su desesperación. Él no soltaría el poste y, como ella no lo soltaría a él, estaban condenados a ahogarse juntos. ¿Qué podía hacer? El pánico la dominaba por completo.

–¡Por favor! –le rogó–. ¡No quiero morir, Dru! Tienes que confiar en mí... ¡Si nuestro padre estuviera vivo, te diría que me obedecieras!

La mención de Bernt sirvió para que Drustan enfocara la vista en Lottie.

–¡Tengo miedo!

–¡Y yo! ¡Pero no quiero terminar en el fondo del mar! Tenemos que salir de aquí. Es nuestra única esperanza. ¡Papá habría querido que lucháramos!

–¡No sé nadar, Lot!

–No nadaremos –le prometió–. Hay botes a bordo, ¿recuerdas? ¡Botes!

Lottie esperaba que fuera cierto, y que la tripulación no los hubiera abandonado a su suerte. Pero, fuera como fuera, lo agarró de la mano y lo apartó del poste cuando el agua ya les llegaba a los tobillos.

Sorprendentemente, logró llevarlo hasta la escalerilla. Drustan intentaba agarrarse a todo lo que había cerca, y ella se lo impedía con más fuerza de voluntad de la que había demostrado en toda su vida.

Una vez allí, le ordenó que subiera en primer lugar y que abriera la trampilla.

–¡Tengo miedo! –volvió a gritar.

Lottie suspiró, subió rápidamente, abrió la trampilla, regresó a la bodega y se puso más seria que antes.

–Sube de una vez –dijo–. Duff y Mats te estarán esperando.

Evidentemente, no era verdad, pero tenía que hacer algo para que se moviera. Y el truco funcionó, porque Drustan subió por la escalerilla con algunas dificultades y salió a cubierta, momento en el cual lo siguió Lottie.

Por desgracia, el barco se inclinó un poco más cuando estaba a medio camino, y ella perdió su asidero y se cayó. El golpe fue tan contundente que se quedó sin respiración durante unos segundos, y tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para ponerse de rodillas primero e incorporarse después. Le dolía mucho una pierna,

pero consiguió volver a la escalerilla y empezar a subir de nuevo.

Ya estaba a punto de llegar arriba cuando alguien le ofreció una mano.

–¡Agárrate!

Era Aulay, y Lottie se aferró a su mano con un intenso sentimiento de alivio.

–¿Puedes andar? –preguntó él momentos más tarde, al ver que cojeaba.

Ella sacudió la cabeza.

–Me temo que no.

Él la alzó en brazos y la llevó hacia la borda. Ya habían arriado el bote pequeño y el del *Reulag Balhaire*, bastante más grande.

–¡Ayudadla a bajar! –gritó Aulay–. ¡Está herida!

Todo se le hizo borroso a partir de entonces. Logró bajar por la escala de cuerda con ayuda de dos hombres, que la arrojaron prácticamente al bote mientras el mar espumaba a su alrededor y azotaba el casco del barco que se hundía. Aún había gente en cubierta cuando empezaron a remar contra corriente.

Lottie se sintió muy aliviada al comprobar que Mathais, Drustan y Duff estaban entre los tripulantes del bote, aunque el corazón se le encogió ante la visión del *Reulag Balhaire*, tan inclinado que parecía irse a pique. Por desgracia, llovía tanto que no podía ver lo que pasaba en cubierta. ¿Dónde estarían los demás? Se incorporó un poco con intención de mirar, pero una ola le hizo perder el equilibrio y cayó hacia atrás, dándose un golpe en la cabeza.

–¡Sujetadla! –exclamó alguien.

Un hombre la agarró por la cintura e impidió que acabara en el agua. Era Drustan.

Cuando se volvió a sentar, no podía distinguir el cielo del mar, cuyo feroz movimiento hizo que se sintiera enferma. La cabeza le daba vueltas. Era tan horrible que habría hecho lo que fuera con tal de no sentirse así; incluso habría preferido morir.

Estaba a punto de desmayarse. Pero, antes de perder el conocimiento, tuvo tiempo de pensar otra cosa: ¿dónde estaría Aulay?

Capítulo 21

La boca le sabía a salmuera.

Aulay carraspeó y escupió el agua salada, completamente empapado. Estaba en una playa y, cuando apoyó las manos para levantarse, se le hundieron en la arena.

Tenía una jaqueca tremenda. El foque se había soltado mientras el barco se hundía y le había dado por detrás. Pero seguía vivo, así que se tumbó de espaldas, respiró hondo y echó un vistazo a su alrededor.

Había hombres por todas partes, diseminados por la playa como pilas de algas, y todos parecían agotados. El gigante estaba a poca distancia, con las piernas cruzadas y la cabeza echada hacia atrás, contemplando un cielo absolutamente azul.

Aulay se levantó como pudo. Mathais abría y cerraba la boca como un pez fuera del agua. MacLean y el actor descansaban como el resto de los Livingstone. Iain el Rojo abrazaba a su hermano, que daba arcadas. Beaty se estaba quitando el agua del sombrero, milagrosamente salvado de la debacle. Billy Botly parecía estar bien, a pesar de su brazo en cabestrillo, y lo mismo se podía decir de Geordie Willis y Jack Mackenzie, entre otros.

Por lo visto, todos habían sobrevivido. Incluida Lottie, que estaba tumbada.

Aulay miró el mar y sintió una punzada de dolor en el pecho. No había ni rastro del *Reulag Balhaire*. Las aguas se habían calmado de tal manera que parecían salidas de uno de sus cuadros. Había cajas, barriles y tablones aquí y allá, pero su barco se había hundido a unos cuatrocientos metros de la costa.

Se subió a una roca y escudriñó el horizonte, incapaz de asumir el desastre. El *Reulag Balhaire* no era lo único que las tumultuosas olas se había tragado; también habían desaparecido sus cuadros, sus libros, sus botellas de vino, la daga que había ganado a un pirata francés en una apuesta, sus instrumentos de navegación, su cargamento, sus aparejos, sus velas, sus cañones, todo.

Aquel barco era su vida. Se había hecho hombre en él, y fue consciente de que nada volvería a ser lo mismo. ¿Cómo podría? No volvería a navegar. Los Mackenzie habían financiado su expedición a duras penas y, cuando tuvieran que indemnizar a William Tremayne por la pérdida de su cargamento, se quedarían en la ruina.

Sin embargo, eso no le preocupaba tanto como la decepción que se llevaría su padre. Arran Mackenzie había conseguido que su clan sobreviviera a los peores golpes del destino. Los había sacado adelante contra viento y marea, y Aulay no quería ser el hombre que destruyera su legado; sobre todo, estando como estaba Arran al final de su vida.

No había olvidado su cara de escepticismo cuando le dijo que estaba decidido a abrir una nueva ruta comercial; pero, a pesar de sus dudas, sonrió más que nadie cuando vio que se disponía a zarpar. Hasta parecía más joven. Como si hubiera recuperado la ilusión y el entusiasmo de su juventud.

Arran había creído en él.

Sin embargo, el mar solo creía en sí mismo, y se lo había llevado todo.

Aulay estaba furioso. La sangre le hervía en las venas. Se sentía como un volcán a punto de entrar en erupción.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó Beaty.

Él ni siquiera se había dado cuenta de que su primer oficial se le había acercado. Se giró y descubrió que toda la tripulación se había puesto en pie y que lo miraban con inseguridad, como si lo creyeran capaz de nadar hasta el lugar donde había naufragado el *Reulag Balhaire* y de hundirse hasta el fondo.

–Deshaceos de las cajas y los barriles y esconded los botes. Iremos a Balhaire por las colinas –anunció su capitán–. No debe quedar resto alguno de nuestra presencia en la playa. La tormenta ha pasado, y no me extrañaría que nuestros perseguidores aparecieran de repente. Estaban decididos a darnos caza.

La tarea de esconderlo todo fue particularmente dura, porque carecían de herramientas adecuadas y el sol se mostraba implacable. Para empeorar las cosas, no pudieron salvar nada. La carne curada se había echado a perder, y las balas de lana habían absorbido tanta agua que eran irrecuperables, así que las tiraron al mar.

Por suerte, la tripulación de Aulay había conseguido salvar los mosquetes antes de que el barco se hundiera, y se los colgaron a los hombros por si algún Livingstone cometía el error de intentar huir. La camarería entre los dos clanes había desaparecido con el naufragio. Pero, a pesar de la vigilancia, dos de los hombres de Lottie consiguieron escabullirse, y ningún Mackenzie se tomó la

molestia de ir tras ellos.

Concluido el esforzado trabajo, empezaron a ascender por las colinas. Aulay calculaba que estarían a unos treinta o treinta y tantos kilómetros de Balhaire, una distancia que se les podía hacer interminable por el cansancio y la cantidad de heridos. Lottie estaba cojeando, aunque rechazó la oferta de Beaty cuando este le ofreció un palo para que se apoyara y, excepción hecha de algún tropezón, mantuvo el ritmo de los demás.

Aulay optó por no acercarse a ella. No habría podido ni mirarla. Habría conquistado su corazón, pero era responsable de que él hubiera perdido su barco y su vida.

Caminaron durante horas, hasta llegar a un arroyo donde solía jugar con sus hermanos cuando eran niños. Y Aulay, que había estado sumido en un torbellino de dudas y preguntas, decidió que era un buen lugar para descansar.

Beaty se quitó el sombrero, se secó el sudor de la frente y preguntó:

–¿Sabes dónde estamos, capitán?

Él asintió, aunque le pareció extraño que le siguiera llamando «capitán», porque ya no gobernaba ningún barco.

–Balhaire está al otro lado de esa colina –dijo, señalándosela.

–*An deamhan thu ag radh* –replicó Beaty, que sacudió la cabeza–. Nunca he conocido a nadie que tenga tan buen sentido de la orientación como tú.

El primer oficial se inclinó para beber, y Aulay saltó a una peña que estaba en mitad del arroyo, pensando que tenía razón. Hasta sus hermanos dependían de él cuando iban a jugar a ese lugar. Era el único que siempre sabía dónde estaba, y lo sabía porque siempre sabía dónde estaba el mar.

Triste, se sentó en la peña y se volvió a preguntar si podría haber hecho algo más por salvar el *Reulag Balhaire*, si no había pasado algo por alto.

–¿Aulay?

Aulay cerró los ojos, tragó saliva y se giró lentamente hacia Lottie. Estaba tan sucia y desarreglada como los demás, pero a él le pareció tan bella como de costumbre, y se volvió a maldecir para sus adentros por haber permitido que su belleza le nublara el juicio.

–Lo siento mucho, Aulay. Siento lo del barco, lo de tu cargamento, todo. No dejo de repetirme que es culpa mía.

Aulay apartó la mirada y guardó silencio. Quería despreciarla, pero no podía. La odiaba con toda su alma, pero la amaba del mismo modo, lo cual aumentó su frustración y su enfado. De hecho, se apartó con brusquedad cuando ella intentó tocarlo.

–Lo siento –repitió Lottie–. Espero no haberte ofendido con mis palabras. Solo quería decirte que te estaré eternamente agradecida y que eres el mejor hombre que he conocido jamás.

Aulay dudó. ¿Por qué decía eso? ¿Por hacer las paces con él? ¿Porque lo apreciaba de verdad? ¿O porque estaba ansiosa por salvar el cuello?

–Márchate –dijo, intentando refrenar su ira–. No necesito tus malditos halagos.

–¿No quieres hablar conmigo?

–¿Hablar contigo? –bramó, mirándola a los ojos–. ¿Eso es lo que quieres que haga?

–Yo...

Aulay se levantó y se plantó ante ella, amenazante.

–Está bien, hablaré contigo, Lottie. Maldigo el día en que te conocí. Me has hundido. Has destrozado mi vida –declaró, alzando la voz–. ¿Qué pasa, que no tienes suficiente con habérmelo quitado todo? ¿No has hecho ya suficiente daño a mis hombres y a los tuyos?

Lottie no dijo nada. Aulay estaba fuera de sí, como si el demonio que habitaba en su interior se hubiera escapado. Y no era para menos, porque la mujer que amaba había destrozado todo lo que era y todo lo que podría haber sido.

–¿Quieres que te tranquilice? ¿Que calme el dolor de tu sensibilidad herida y afirme que no pasa nada, que no importa que mis hombres y yo hayamos perdido nuestro *modus vivendi*? ¿Que da igual que mi tripulación y la tuya se hayan quedado sin los medios que necesitaban para mantener a sus familias? –prosiguió él–. ¿Qué me estás pidiendo? ¿Una palabra que cambie la realidad por arte de magia?

–No, yo no...

–¿No querías que hablara? ¡Pues ya estoy hablando! –la interrumpió–. ¿Por qué tuve que prestaros auxilio? ¡Ojalá no te hubiera conocido! Que Dios me perdone, pero debí virar cuando vi vuestro barco... Si me hubiera marchado de allí, habría evitado este desastre. Y puedes estar segura de que haré todo lo posible para que pagues por lo has hecho.

–¡Basta ya! –exclamó MacLean, que apareció súbitamente y puso las manos en los hombros de Lottie–. Deje de hacerle daño.

Aulay cayó en la cuenta de que las dos tripulaciones habían oído su diatriba y, tras saltar de la peña, pasó por delante de Lottie y de MacLean y llamó a sus hombres, que se congregaron a su alrededor.

Durante los minutos siguientes, les dijo en gaélico que no hablaran de los

Livingstone cuando llegaran a Balhaire y que tuvieran cuidado con lo que decían al respecto, porque su situación se podía complicar mucho más.

–No queremos que alguien sospeche de nosotros y llegue a la conclusión de que estábamos conchabados con los Livingstone en el negocio del whisky –añadió después–. Cuanto menos digamos, mejor.

–Pero son nuestros prisioneros –observó Iain el Rojo–. Algo tendremos que decir.

–Sí, que intentaron asaltar nuestro barco y que los apresamos –replicó Aulay–. Pero no mencionéis el whisky, amigos... Los hombres pueden ser bastante irracionales cuando hay mujeres, dinero o whisky de por medio.

–¿Los vamos a acusar de piratería? –preguntó Billy Botly.

Aulay lanzó una mirada a sus hombres, preguntándose qué iban a decir a sus familias, teniendo en cuenta que lo habían perdido todo.

–Por supuesto que sí –respondió–. Y ahora, sigamos adelante.

El grupo se puso en marcha, con los Livingstone en calidad de presos. Ya estaban al borde del desmayo y, al llegar a las calles de Balhaire, se encontraban en un estado tan lamentable que apenas podían andar.

La primera persona que los vio fue una niña, quien soltó un grito de alegría y llamó a su madre a grandes voces, para advertirle del regreso de la tripulación.

Momentos después, la campana empezó a sonar, y los vecinos del pueblo salieron de sus casas para darles la bienvenida y saludar a sus seres queridos. Pero el entusiasmo de la mayoría se apagó por completo cuando vio a los agotados, confundidos y deprimidos hombres.

Algunos marineros, que ya estaban al límite de su resistencia física y emocional, se arrodillaron ante los suyos con gestos de alivio; y otros, corrieron a besar a sus esposas y a abrazar a sus hijos.

Aulay detuvo a los Livingstone en mitad de la calle principal, sintiéndose enfermo con lo que veía. Evidentemente, las familias de sus hombres esperaban que volvieran con los bolsillos llenos de dinero, con lo necesario para vestir a sus hijos o comprar semillas que poder plantar en sus huertas. Pero no tenían nada.

Ansioso por echar un trago de whisky, ordenó al resto de la partida que retomara la marcha hacia la fortaleza de la colina. Los Livingstone lo siguieron a duras penas, al igual que un pequeño grupo de sus hombres entre los que se encontraban Beaty e Iain el Rojo, siempre leales a su capitán.

Poco antes de llegar, las puertas del castillo se abrieron y dieron paso a un amazona que cabalgaba con tanto arrojo como premura. Aulay la vio y se animó

un poco, porque solo había una mujer que montara así: su hermana pequeña, Catriona.

De repente, ella detuvo el caballo, saltó a tierra y corrió hacia él con una sonrisa que se le congeló rápidamente en los labios.

–*Mi Diah...* ¿Qué ha pasado? ¿Te encuentras bien, Aulay? ¿Estás enfermo?

–No te preocupes por mi salud. Estoy perfectamente –replicó–. Es una historia larga, que contaré cuando estemos todos juntos.

Ella ladeó la cabeza, lo miró con intensidad y lo abrazó.

–Cat, estoy muy sucio...

–No me importa –dijo, antes de reparar en los hombres que lo seguían–. *De an diabhal*, ¿quiénes son esos?

Aulay ni siquiera los miró.

–Mis prisioneros.

Catriona soltó un grito ahogado.

–¿Prisioneros?

Ella los volvió a mirar, pero él le pasó un brazo por encima de los hombros y la llevó hacia la entrada sin soltarla en ningún momento. La conocía muy bien, y sabía que, si la soltaba, se plantaría ante el grupo y empezaría a hacer preguntas.

–No sé lo que te ha pasado –continuó Catriona, sorprendida–, pero ardo en deseos de oír tu historia, Aulay Mackenzie.

Catriona sonrió y dejó que la llevara al interior de la fortaleza, de donde salió un criado para hacerse cargo del caballo que había dejado fuera. Luego, el mayordomo de la familia abrió las puertas del edificio principal y saludó a Aulay.

–*Failte dhachaigh*, capitán. Bienvenido.

–Gracias –replicó Aulay, encantado de volver a ver su hogar–. ¿Sabes dónde está mi padre?

–Sus padres le están esperando en el gran salón –respondió Frang, girándose hacia los hombres que lo seguían.

Aulay lanzó una mirada por encima del hombro. Los Livingstone estaban entre asustados y sobrecogidos con la fortaleza. Hasta Mathais, quien había demostrado ser un buen marino, miraba las torres con asombro. En cambio, su hermana solo se miraba los pies.

–¿Podrías darle un chal a la señorita? –preguntó Aulay al mayordomo–. Sospecho que le vendría bien.

–¿La señorita? –intervino Catriona, atónita–. No me había dado cuenta de que hay una mujer en el grupo.

–Por supuesto, capitán –dijo Frang.

El mayordomo se fue y volvió al cabo de unos momentos con un chal de tartán que dio a Lottie sin pronunciar palabra. Ella pareció confundida, pero se lo puso por encima de los hombros y entró en el vestíbulo con los demás. Aulay les dijo que lo siguieran por un corredor estrecho, cuyas velas de sebo cargaban el aire con su olor.

El viento, visitante habitual de Balhaire, gemía por el angosto lugar y sacudía las llamas; pero enseguida llegaron a un gigantesco y luminoso salón de grandes ventanales por los que se veía el mar en la distancia. Por encima de sus cabezas, había unos candelabros cargados de velas y, en el suelo, unas anchas alfombras que daban calidez al ambiente y mitigaban los pasos de las muchas personas y perros que había allí.

Aulay los llevó hacia la larga mesa donde su familia solía comer. Estaba sobre una tarima, en el extremo contrario de una enorme chimenea que siempre estaba encendida, porque los muros de la fortaleza eran tan anchos que hacía frío hasta en verano.

Dos de los perros que yacían junto al fuego se levantaron y se acercaron a Aulay moviendo el rabo, pero perdieron interés rápidamente y empezaron a olisquear al resto del grupo. Drustan se quedó encantado al verlos, y se inclinó para acariciarlos.

–¡Aulay, *mo chridhe*! –exclamó su madre, sentada junto a su esposo.

La elegante y bella Margot Mackenzie, cuyo pelo se había vuelto gris por el paso de los años, bajó de la tarima y se dirigió hacia su hijo con intención de darle un abrazo, pero Aulay quiso impedirsele.

–No, *maither*. Estoy muy sucio.

–Saludaré a mi hijo cuando quiera y como quiera –replicó ella.

Margot lo abrazó con fuerza, aunque no tardó en arrugar la nariz y apartarse de él.

–¿De dónde vienes? ¿De una taberna?

Él sacudió la cabeza.

–Me temo que no. Huelo a whisky, pero no es por eso.

–¡Aulay! ¿Qué tal estás, hijo mío! –intervino Arran Mackenzie, señor de Balhaire.

A diferencia de Margot, Arran no hizo ademán de acercarse. Tenía mal una pierna, y le dolía mucho.

–¿Te encuentras bien? –continuó, inclinándose ansiosamente sobre la mesa.

Aulay respiró hondo.

–Relativamente bien, *athair*. Tengo mucho que contar, pero antes... ¿podríamos comer y beber algo? Ha sido un viaje difícil.

–Sí, por supuesto –dijo su madre, que hizo un gesto a Frang–. Tengo entendido que hay guisado, y Barabel hizo un pan delicioso esta mañana.

Frang pidió a un criado que les sirviera cerveza y, a continuación, se fue a las cocinas a dar las órdenes pertinentes.

Entonces, Margot se giró hacia los Livingstone y los invitó a que se sentaran. No los conocía, pero siempre hacía gala del sentido del decoro que le habían inculcado en su Inglaterra natal. Trataba bien a todas las personas que entraban en su casa, con independencia de lo que hubieran hecho.

–No son invitados, madre –dijo Aulay–. Están bajo mi custodia.

–¿Bajo tu custodia? –preguntó Arran–. Explícate.

–¡Eso! ¡Explícate de una vez! –dijo Catriona.

La hermana de Aulay se sentó al lado de su padre y miró a su hermano con intensidad, decidida a no perderse ni una palabra de lo que tuviera que decir. Aulay habría preferido echar un trago de cerveza, pero conocía a su familia y sabía que no lo dejarían en paz hasta que les contara todo, así que se pasó una mano por el pelo y dijo:

–Milord, yo...

–Ha sido culpa mía.

Todos se giraron hacia Lottie, la persona que acababa de hablar. Se había acercado a la tarima sin que nadie se diera cuenta.

–Es culpa mía –repitió.

Aulay gimió, desesperado.

–Por Dios, mujer, si no te importa...

–Me importa –lo interrumpió, mirándolo a los ojos–. Todo lo que ha pasado, absolutamente todo, es responsabilidad mía. Fui yo quien asaltó vuestro barco, y era a mí a quien seguían esos bribones de Aalborg.

–¿Aalborg? –preguntó Arran, frunciendo el ceño–. Eso está en Dinamarca, ¿no?

–Y también es culpa mía que el barco se hundiera.

–¿Qué? –exclamó Catriona.

–¡Maldita sea! ¡Dejadme hablar! –bramó Aulay.

Duff se acercó en ese momento a Lottie y le puso una mano en el hombro para indicarle que retrocediera, pero ella se quedó donde estaba.

–Quiero ayudarte, Aulay –insistió–. Quiero explicárselo yo.

–Ya me has ayudado bastante –ironizó él.

–¡Todo ha sido por mi culpa! ¡Permíteme al menos que sea yo quien se lo diga!

–De ninguna manera. Y ahora, te ruego que me dejes hablar con mi familia y les cuente la larga y retorcida historia que has protagonizado.

Lottie frunció el ceño.

–Está bien, pero quiero dejar claro que los Mackenzie se han portado maravillosamente bien con nosotros, y que fui yo y solo yo quien traicionó su buena voluntad –afirmó, mirando a los padres de Aulay.

Arran, Margot y Catriona se quedaron atónitos al mismo tiempo, algo que no les había sucedido nunca.

–¿Qué es eso de que el barco se ha hundido? –preguntó Catriona, rompiendo el silencio posterior–. ¿Qué significa exactamente?

–Que está exactamente en el fondo del mar –respondió Lottie.

Aulay suspiró.

–¡Basta ya! ¡Sigo siendo el capitán, y tú sigues siendo mi prisionera!

–Oh, Dios mío –declaró su madre, que parecía al borde del desmayo–. ¿Se ha hundido de verdad, Aulay?

Él tragó saliva.

–Sí, madre.

–Pero, ¿qué ha pasado? ¿Cómo es posible? –preguntó su hermana.

–Estábamos en una situación desesperada –dijo Lottie, metiendo baza otra vez–. Les doy mi palabra de que, si hubiéramos tenido otra opción, jamás habríamos asaltado el *Reulag Balhaire*. Pero nuestra embarcación se estaba hundiendo.

–Ah... entonces, el barco que se hundió no fue el nuestro, sino el suyo –dijo Catriona, visiblemente aliviada–. Menos mal.

–No, siento decirles que los dos se han hundido –les informó Lottie.

–Oh, no. No puede ser. Dime que no, Aulay.

–Si te dijera que no, te mentiría.

–He sufrido dos naufragios en el espacio de dos semanas –prosiguió Lottie, incapaz de refrenarse–, y me presento ante ustedes para que me apliquen el castigo que consideren conveniente. Los hombres que me acompañan son inocentes. La responsabilidad es exclusivamente mía.

–Eso no es cierto –dijo Duff–. ¡Somos tan culpables como tú! No habrías podido robar el barco de los Mackenzie si nosotros no...

–¡Silencio! –gritó Aulay, perdiendo definitivamente la paciencia.

Todos guardaron silencio. Y Aulay, que no tenía intención de permitir que los

Livingstone se sumieran en una discusión sobre quién era más culpable, se giró hacia Lottie, señaló una de las mesas que estaban junto a la tarima y bramó:

–Siéntate. No digas ni una sola palabra más. Ni una, o te prometo que te colgaré yo mismo de una viga. ¿Lo has entendido?

Lottie se mordió el labio como si estuviera haciendo verdaderos esfuerzos por mantener cerrada la boca. Luego, asintió con brusquedad, se cerró un poco el chal y se sentó a una de las mesas, acto que imitaron rápidamente el resto de los Livingstone.

Aulay se volvió hacia su padre, cuya impenetrable mirada estaba clavada en los ojos de su hijo. Sus sentimientos eran evidentes. Estaba decepcionado, furioso y sorprendido. Lo estaba tanto que Aulay subió a la tarima y se inclinó sobre él para darle un abrazo.

–Me alegro de tenerte en casa –dijo Arran–. Por lo visto, ha sido un viaje complicado.

–Sí, bastante –replicó Aulay, sentándose a su lado.

En ese momento, apareció un criado con una jarra de cerveza y varios vasos. Aulay se sirvió uno, se lo bebió de golpe y lo volvió a llenar.

–¿Es cierto entonces? –preguntó su madre–. ¿El barco se ha hundido?

Aulay asintió en silencio, incapaz de pronunciar esas palabras y, a continuación, les contó lo que había pasado. Les dijo que el viaje había empezado bien, con vientos propicios y cielos despejados. Les dijo que toda la tripulación estaba de buen humor, y que interpretaron la complicidad del clima como un buen augurio. Y luego, llegó al momento en que vieron la embarcación de Lottie y el barco que los perseguía.

–Era de la Marina británica –intervino su padre–. He oído que estaba siguiendo a unos contrabandistas que se les escaparon.

–¿Y qué pasó después? –se interesó Catriona.

–Al ver que tenían problemas, cambiamos el rumbo y nos acercamos a investigar. Era una embarcación pequeña y completamente inapropiada para navegar por alta mar. Cualquiera se habría dado cuenta de que estaban a punto de hundirse y de morir ahogados, así que los invitamos a subir a bordo.

Naturalmente, Aulay les ahorró el detalle de que todos se habían quedado hechizados con la belleza de Lottie, empezando por él. Y tampoco les confesó que decidieron no llevar armas porque fue tan arrogante que los creyó incapaces de causarles daño alguno.

–Los Livingstone nos tendieron una trampa, encerraron a mi tripulación y me ataron y encadenaron a una mesa –continuó–. El jefe de su clan estaba herido de

gravedad, pero pusieron rumbo a Aalborg para vender el whisky ilegal que llevaban.

Margot miró a los Livingstone con ira, pero Arran se mantuvo impasible.

–¿Por qué a Aalborg? –preguntó ella.

–Porque sabían que el señor de sus tierras, Duncan Campbell, sospechaba de ellos –respondió, encogiéndose de hombros–. Y, como no podían vender el whisky en Escocia, decidieron ir a Dinamarca, de donde procede la mayoría.

–¿Y lograron vender el whisky? –preguntó Catriona.

Aulay sacudió la cabeza y les contó lo sucedido en Aalborg, incluyendo el fallecimiento de Bernt.

–Qué horror –dijo Margot, mirando nuevamente a los Livingstone–. Debió de ser muy duro para ellos.

–¿Y qué? ¡Encadenaron a Aulay como si fuera un perro! –le recordó Catriona.

–Y no se lo perdonaré nunca –replicó su madre–. Pero míralos, mira a esos pobres jóvenes... Perdieron a su padre, Cat.

Catriona se inclinó hacia su hermano y preguntó en voz baja:

–¿Qué le pasa al gigante?

–Nada, que nació así.

–Sigue con la historia, por favor –intervino Arran.

Aulay les contó el resto desde la huida de Aalborg y su decisión de regresar a Escocia hasta la persecución entre la niebla.

–¿Quién os seguía? –dijo el patriarca de los Mackenzie.

–No lo sé –respondió su hijo–. No llevaba bandera alguna.

–¿Y el barco? ¿Cómo se perdió?

–Perdí el sentido de la orientación. He navegado mil veces por esas aguas, pero la maldita niebla cayó sobre nosotros tan deprisa que lo perdí –le confesó–. Si no hubiéramos estado tan cerca de la costa, no habría pasado nada; pero intentaba burlar a nuestros perseguidores y, cuando empezó la tormenta, no pude alejar el *Reulag Balhaire* de las rocas.

Su familia guardó silencio. Catriona se recostó en la silla, apoyó la cabeza en el respaldo y se quedó mirando el techo. Margot tomó de la mano a su hijo y se la apretó con dulzura. Pero Arran se limitó a mirar a los Livingstone, apretando los dientes.

Aulay ardía en deseos de oírle decir que no tenía importancia, que lo perdonaba por haber hundido el barco y haberlos dejado en la ruina. Sin embargo, Arran no ofrecía su perdón así como así y, cuando dejó de mirar a los Livingstone, dio unos golpes nerviosos en la mesa y anunció:

–Tomaremos una decisión por la mañana, después de que llegue Rabbie, y oiremos lo que los Livingstone tengan que decir. Pero no podemos permitir que su crimen quede sin castigo. No podemos, ¿verdad?

Aulay miró a los Livingstone, que se estaban comiendo el estofado que les habían servido como si no hubieran comido nada en varios meses.

–No –respondió, estremecido–. Por supuesto que no.

–¿Llamamos al juez, padre? –preguntó Catriona.

–Lo decidiremos mañana –repitió Arran–. Quiero reflexionar al respecto y escuchar la opinión de Rabbie.

–Han sufrido mucho –le recordó su esposa.

–No son perritos descarriados –le recordó él–. Y nos han causado un daño irreparable, como tú misma has oído.

–Sí, lo sé, pero los habitantes de esas colinas lo están pasando muy mal, Arran. Se ven obligados a hacer cosas que no querrían hacer.

–Como nosotros, ¿no? –replicó, mirándola a los ojos.

Ella no dijo nada.

–Margot, *leannan*... La pérdida de ese barco implica la pérdida de nuestra mejor fuente de ingresos. No podemos pasarlo por alto.

–Lo comprendo –dijo ella, aunque no pareció estar de acuerdo–. ¿Cabrán todos en la casa del guarda?

–Seguro que sí. Aulay, encárgate de que alguien los vigile.

–Por supuesto, padre.

El mayordomo apareció entonces y le sirvió un plato de comida, pero Aulay ya no tenía apetito; seguramente, porque podía ver a la triste y desesperada Lottie, quien tampoco había probado bocado.

¿Qué iba a pasar ahora? Había perdido mucho, y cabía la posibilidad de que perdiera mucho más.

Capítulo 22

La habitación era pequeña, de una sola ventana; pero tenía el objeto más bonito que Lottie había visto en su vida: una cama; una cama de verdad, con sábanas de verdad y cojines de verdad. Y, por si eso fuera poco, lady Mackenzie había insistido en que le prepararan un baño, insistencia a la que ella no se opuso. Estaba demasiado cansada y demasiado desconsolada como para enfrentarse a nadie.

Los criados llegaron con la bañera y varios cubos de agua caliente, acompañados de la joven amazona que había saludado a Aulay antes de entrar en la fortaleza. No había duda de que era hermana suya. Tenía el mismo pelo dorado y los mismos ojos azules.

–Tendrás que cambiarte de ropa –declaró, dejando una cesta ante ella.

Lottie miró la cesta, súbitamente avergonzada de su espantoso aspecto.

–Sí, claro... No sé cómo darte las gracias.

–No podrías –dijo con frialdad.

Catriona se cruzó de brazos, se apoyó en una pared y miró a Lottie con detenimiento mientras los criados llenaban la bañera, como si fuera la primera vez que veía a una mujer tan sucia. Terminada su labor, los criados se fueron; pero ella se quedó.

–Tengo que bañarme... –dijo Lottie con inseguridad.

–Oh, vamos, no me parece que seas precisamente tímida –replicó, acercándose a una de las ventanas.

Lottie se empezó a desnudar, y Catriona añadió:

–No has preguntado cómo me llamo, así que te lo diré yo. Soy lady Catriona Mackenzie, hermana de Aulay, pero me puedes llamar Catriona si te parece bien. No me gusta que se dirijan a mí por mi título.

–Yo me llamo Lottie, Lottie Livingstone –replicó–. Te pareces mucho a tu hermano.

Lottie dejó su camisa y sus pantalones en el suelo y se metió en la bañera, donde cerró los ojos. Era un verdadero lujo tras las penurias de los días anteriores.

–Toma.

Lottie abrió los ojos y vio que Catriona le estaba ofreciendo una pastilla de jabón, lo cual la dejó perpleja. ¿Por qué la trataba tan bien? Y sobre todo, ¿por qué insistía en quedarse mientras se bañaba?

–Mañana habrá una reunión. Mi padre y dos de mis hermanos determinarán lo que hay que hacer con tu clan y contigo. ¿No tienes miedo de lo que puedan decidir?

Lottie sacudió la cabeza, recordando el miedo que había pasado cuando creyó que se hundiría con el *Reulag Balhaire* y se ahogaría.

–No. Reconozco que me inquieta, pero no estoy asustada –dijo, empezándose a lavar el pelo.

–Sospechaba que dirías eso –comentó Catriona–. ¿Cómo lo hiciste?

–¿A qué te refieres?

–¿Cómo te las arreglaste para robar el barco de Aulay? Es uno de los mejores capitanes de esta parte del mundo, y no soy la única que lo dice. Cualquiera persona de Skye te diría lo mismo, aunque los MacDonald no son precisamente dados a halagar a la gente.

–Bueno, yo... Trazamos un plan y lo seguimos –declaró Lottie, incómoda.

–No debió de ser fácil.

–Y no lo fue. Pero conseguí distraerlos.

–¿Cómo?

Lottie se ruborizó y apartó la mirada.

–¿Cómo? –insistió Catriona, que estaba decidida a averiguarlo.

Lottie movió la mano alrededor de su cara y dijo:

–Los distraje.

Catriona frunció el ceño, se quedó pensativa durante un par de segundos y, a continuación, rompió a reír.

–Ah, los hombres son las criaturas más ridículas de la tierra, ¿no te parece? Simples esclavos de la belleza.

El rubor de Lottie se volvió más intenso.

–Sí, bueno... mientras yo los distraía, mi hermano los atacó por sorpresa. Seguro que te has fijado en él. Es muy grande.

–¿El gigante es hermano tuyo? ¿Qué le pasa?

Lottie siempre se había llevado bien con las personas directas. Le parecía una

qualidad admirable. Pero habría preferido que Catriona no preguntara por Drustan.

–El cordón umbilical se le enredó en el cuello cuando nació –respondió–. Nunca ha estado del todo bien.

Catriona se sentó en el borde de la cama.

–Qué horror. Sería terrible para tu familia y, particularmente, para tu madre. ¿Dónde está? ¿Esperando que vuelvas?

Lottie sacudió la cabeza.

–No, murió durante el parto de mi hermana.

–Oh, vaya. Lo siento mucho –replicó Catriona, que se miró las manos–. En fin... No sé lo que va a pasar, pero el barco se ha hundido y el cargamento se ha perdido por vuestra culpa. Mal asunto, porque ahora tenemos una deuda que no podemos pagar. La gente está bastante enfadada.

–Lo comprendo.

–Sin embargo, mi padre es un hombre justo.

Lottie tragó saliva, pensando que, si era un hombre justo, se aseguraría de que los ahorcaran. Sobre todo, porque los Livingstone estaban arruinados y no tenían ninguna posibilidad de asumir la deuda de los Mackenzie.

Entonces, Catriona se acercó un poco más y jugueteó con un mechón del pelo de Lottie.

–No había visto un tono rubio tan blanco en toda mi vida –declaró–. No me extraña que Aulay perdiera la razón contigo.

–No la perdió. Fue el único que desconfió de mí.

–Pero no hasta el punto de hacer nada al respecto. Le hiciste dudar, y eso es lo más cerca que ha estado nunca de perder la razón por una mujer –observó Catriona–. Es un hombre con experiencia y, según mi hermano Rabbie, con éxito en materia de amor. Pero le gusta su vida solitaria. Quiere ser libre para navegar y volver aquí de vez en cuando, aunque nunca se queda demasiado tiempo.

–Está casado con el mar –afirmó Lottie, pensando en voz alta.

–¿Qué?

–Nada, olvídalo.

Lottie pensó en los cuadros que pintaba, en los sitios que había visitado, en todo lo que le había robado ella al provocar que se quedara sin barco. Le había hecho mucho daño. Y no se lo podía resarcir.

–Eres muy guapa –dijo Catriona, ladeando la cabeza–. Qué pena.

Lottie se ruborizó de nuevo.

–Digo que es una pena porque me gustaría que te quedaras en Balhaire una

temporada –prosiguió la hermana de Aulay–. Me encantaría aprender a robar barcos. La fortaleza puede ser un sitio muy aburrido.

–Solo lo tomé prestado.

–¿Cómo?

–El barco. No lo robé. Solo lo tomé prestado –repitió.

–Pues mi hermano no dice lo mismo. Afirma que eres una ladrona de la peor especie, porque abusas de la debilidad de los hombres.

Lottie abrió la boca con intención de defenderse, pero Catriona le dio la espalda y se dirigió a la puerta, donde se despidió.

–Que duermas bien.

A pesar de su ansiedad, Lottie durmió tan bien como le había deseado Catriona. Su agotado cuerpo se entregó por completo al descanso, aunque su mente le jugó malas pasadas. Primero, soñó que nadaba en el mar, intentando llegar a la orilla; después, que no conseguía salir de la bodega del *Reulag Balhaire* cuando se estaba hundiendo y, por último, que Aulay la tomaba de la mano, sonreía y le decía que acabaría en la horca.

Lottie se despertó con los ojos llenos de lágrimas. Tenía al capitán en tan alta estima que el hecho de haber destrozado su confianza le resultaba físicamente doloroso. Había sido muy generoso con ella, mucho más de lo que ella habría sido en su lugar. Y, a cambio de su generosidad, le había robado todo lo que amaba.

Desesperada, intentó encontrar la forma de reparar el daño, pero solo se le ocurría una: casarse con el señor MacColl y pedirle que asumiera la deuda de los Mackenzie, en el caso de que ella no terminara en la cárcel o en el patíbulo. Sin embargo, ni siquiera sabía si MacColl tenía tanto dinero.

Al final, se levantó de la cama y se puso el vestido que Catriona le había dado, una prenda gris de muselina de forro y petillo blancos. Era bastante sencillo; aunque, después de pasar dos semanas en el mar, se sintió como una reina.

Catriona también le había dejado un cepillo, unas horquillas y un poco de colorete, detalle por el que se sintió inmensamente agradecida, así que se arregló el pelo y se lo recogió por delante, dejando suelta la parte de atrás. Pero no tocó el colorete, porque los quince días de navegación ya habían dado un tono bastante rosado a su piel.

En cuanto terminó, salió al corredor de las habitaciones que les habían dado a los Livingstone la noche anterior. Mathais y Drustan también se habían despertado, y los dos llevaban ropa limpia, pero con una pequeña diferencia: que lo único limpio de Drustan era la camisa.

–El criado de los Mackenzie dijo que no habían podido encontrar unos pantalones de su talla –le explicó Mathais.

A Drustan no parecía importarle. Estaba sentado en la cama, tallando un bloque de madera.

–¿De dónde lo ha sacado? –preguntó Lottie con curiosidad.

–Se lo ha dado Iain el Rojo. Por lo visto, le gustó mucho la gaviota que hizo –contestó Mats–. Ahora está haciendo un barco.

Lottie comprobó el estado del resto de su tripulación, y descubrió que todos se habían aseado, que todos llevaban ropa limpia y que todos estaban hambrientos, lo cual la llevó a prestarse voluntaria para hablar con sus captores y pedirles algo de comer.

Al salir al patio de la fortaleza, se llevó una sorpresa. Aulay estaba con el guardia que los vigilaba, y le pareció tan guapo que se quedó momentáneamente muda. Tenía aspecto de haber dormido bien. Se había afeitado, se había recogido el pelo y se había puesto unos pantalones de tartán combinados con una casaca, un chaleco y unas botas. Era la viva imagen de la virilidad. Era una maravilla de hombre. Y, sin darse cuenta, sonrió como si estuviera loca.

Pero él no sonrió.

–He venido a traeros la comida –anunció–. Mi madre quiere que recuperéis la salud con un desayuno decente.

Lottie asintió y lo miró fijamente, pensando que la expresión de sus claros ojos azules no era de estima, sino de enemistad.

–¿Qué pasa? –preguntó él, irritado con su escrutinio.

Lottie se acordó de que Aulay le había preguntado lo mismo cuando estaban en la taberna de Aalborg, y también se acordó de lo que había contestado ella: «pasa de todo», porque él lo era todo para ella.

–Que me gustaría besarte –respondió.

Aulay frunció el ceño.

–Mi padre y mi hermano están esperando. Os concederemos audiencia cuando terminéis de desayunar.

Aulay dio media vuelta y se marchó, dejándola más deprimida que antes. Había perdido su respeto, y le dolía terriblemente.

Fue un desayuno digno de reyes, con sopa, jamón, queso, huevos frescos y pan recién sacado del horno. De hecho, fue tan fastuoso que Duff desconfió hasta el punto de preguntar, mientras se llevaba un pedazo de pan a la boca:

–¿Será nuestra última comida?

Lottie se sintió tan mal que dejó de comer al instante. Y justo entonces, apareció Frang, el mayordomo.

–Disculpen –dijo.

–¿Sí?

–La señorita Livingstone y los señores Duff, Robert y Gilroy deben acompañarme a la biblioteca de milord –declaró–. Los demás volverán a la casa del guarda, donde permanecerán hasta próximo aviso.

Frang se apartó de la puerta, esperando que se levantaran y empezaran a salir.

–Ha sonado excesivamente formal, ¿no? –susurró MacLean.

–No sé por qué no puedo ir –protestó Mathais–. Estoy tan involucrado como el que más.

–No seas tonto –intervino Duff, dándole una palmadita en la espalda–. Eso no va a ser ninguna fiesta.

Mientras el resto de los Livingstone se marchaban bajo vigilancia, Lottie y sus compañeros siguieron a Frang hasta llegar a una puerta de roble. El mayordomo se detuvo entonces, entró en el despacho y dijo:

–Ya están aquí, milord.

Lottie fue la primera en entrar, decidida como estaba a asumir toda la responsabilidad de lo sucedido; pero, al ver la estancia, se quedó atónita. No la imaginaba tan grandiosa. Las enormes ventanas tenían cortinas de terciopelo rojo, y la chimenea parecía salida de un palacio. Pero lo que más llamó su atención fue la inmensa cantidad de libros que abarrotaban las estanterías. No había visto tantos libros en toda su vida.

Por si no estuviera ya bastante sorprendida, descubrió que iba a ser una reunión más grande de lo esperado. Además de Arran Mackenzie y su esposa, estaban presentes Aulay, Catriona y un hombre algo más alto que el capitán, quien la miró como apreciando su belleza antes de girarse hacia una mujer que debía de ser su esposa. Había otra pareja que no le resultaba familiar; ella, sentada en un diván y él, de pie y a su lado.

–Siento no poder levantarme, señorita Livingstone. La pierna me duele demasiado –dijo Arran–. Ya conoce a mi esposa y a mi hija, pero me gustaría presentarle a los demás, empezando por mi hijo Rabbie y su mujer, la señorita Bernadette Mackenzie.

–Es un placer –dijo Bernadette, con marcado acento inglés.

Lottie asintió, estremecida. Estaba tan nerviosa que tuvo miedo de desmayarse.

–La dama y el caballero que están al fondo son mi hija Vivienne y su marido, el señor Marcos Mackenzie.

–*Madainn mhath* –dijo Vivienne.

–*Madainn mhath* –replicó Lottie en voz baja.

–Y ahora, si tiene la amabilidad de presentarnos a sus acompañantes...

Lottie les presentó a Duff, Robert y Gilroy, que se habían quedado detrás.

–Tengo que hacerle unas preguntas –continuó Arran, señalándole una silla–. Siéntese, señorita Livingstone.

Lottie miró la silla y cruzó las dos manos para ocultar su temblor.

–Si no le importa, preferiría quedarme de pie.

El patriarca de los Mackenzie frunció el ceño.

–Como prefiera –dijo–. ¿Cuándo se dieron cuenta de que los estaba persiguiendo un barco de la Marina británica?

Ella tragó saliva.

–No estábamos seguros de que lo fuera, milord –intervino Gilroy–. Lo vimos poco después de sobrepasar las islas de Orkney.

–¿Y qué causó su altercado con ellos?

Gilroy miró a Lottie, que dijo:

–Supongo que nuestro cargamento de whisky. Lo destilamos nosotros, ¿sabe?

Un murmullo se extendió por la habitación. El jefe del clan miró a sus hijos, cuya reacción había sido muy diferente. Aulay estaba tan impasible como antes, pero Rabbie se había quedado boquiabierto, ya fuera por la audacia de Lottie o por el desconcertante hecho de que lo admitiera en voz alta.

–¿Puedo seguir? –preguntó ella.

Arran asintió.

–Los Livingstone vivimos en la isla de Lismore y cuando llegó Duncan Campbell, el nuevo señor de nuestras tierras, nos subió la renta de tal modo que no la podíamos pagar. Mi padre, que en paz descansa... –Lottie se detuvo un momento, porque se le había hecho un nudo en la garganta–. Mi padre comprendió que nuestros negocios habituales, que son la pesca y la agricultura, no darían nunca el dinero suficiente, y se le ocurrió lo del whisky.

–Whisky ilegal –puntualizó Arran.

–Sí.

–¿Sabía entonces que los Campbell se dedican precisamente a ese negocio, y con permiso de la Corona?

–Sí, milord.

Arran volvió a mirar a sus hijos.

Lottie respiró hondo, aunque se sentía mejor tras haber empezado a decir la verdad. Asumir la responsabilidad y admitir lo sucedido era mucho más fácil que ocultar determinados aspectos para intentar justificarse.

–Campbell sospechaba que destilábamos whisky. Intentó encontrar los alambiques, pero los habíamos escondido bien –dijo–. Sin embargo, no se daba por derrotado, y volvía una y otra vez. Al final, nos dimos cuenta de que terminaría por encontrarlos, y decidimos vender lo que teníamos.

–Lo comprendo, pero ¿por qué fueron a Dinamarca? –preguntó Arran con curiosidad–. En Escocia hay mercado de sobra.

–Lo sé, milord, pero nos habríamos arriesgado mucho. Campbell tiene espías en todas partes –contestó–. Decidimos ir a Dinamarca porque los Livingstone procedemos de allí y porque creíamos tener el contacto de un danés que estuvo en Lismore el año pasado y que afirmaba trabajar en una compañía dedicada al comercio de licores y tabaco.

–Así que zarparon y se encontraron con un barco de la Corona.

Esta vez fue ella quien asintió.

–En efecto. Se acercaron y nos ordenaron con gestos que arriáramos las velas. Al ver que no obedecíamos, empezaron a disparar.

Lottie lo dijo sin emoción alguna. Recordaba el suceso como si hubiera sido el día anterior, pero habían pasado tantas cosas desde entonces que le parecía una historia ajena, algo que le habían contado.

–¿Respondieron al fuego?

–Sí –admitió–, aunque le doy mi palabra de que aún no entiendo cómo pudimos darles y provocar un incendio en su barco. Nosotros no somos marineros.

–Pues no serán marineros, pero son unos artilleros excelentes –bromeó Arran–. Quedó en tan mal estado que lo tuvieron que remolcar.

–Caramba... –susurró Duff.

–Pero siga hablando, señorita. ¿Qué pasó luego, cuando vieron que el *Reulag Balhaine* se dirigía en su ayuda? ¿Decidieron que engañar a su capitán y a sus hombres y tomar el control del barco era lo mejor que podían hacer?

Lottie se estremeció y lanzó una mirada a Aulay.

–No teníamos intención de quedárnoslo. Solo iba a ser un... préstamo, por así decirlo.

–Un préstamo –repitió Arran–. Y dígame, ¿cómo diablos se toma prestado un barco?

Ella se ruborizó.

–Bueno, sí, reconozco que los engañamos, pero debe entender que estábamos en una situación desesperada, sin más medios a nuestra disposición que el maldito whisky –dijo, arrepintiéndose otra vez de no haberse casado con MacColl–. Si no lo vendíamos, perderíamos nuestras tierras. Solo queríamos llegar a Aalborg, vender el whisky y devolver el barco al capitán.

El señor de los Mackenzie se echó hacia atrás.

–O es la criatura más ingenua de la tierra o una de las más astutas que he visto nunca –afirmó–. Oyéndola, cualquiera diría que hizo lo más razonable, pero sus actos dicen otra cosa. Asaltó un barco y se lo quedó, causando la pérdida de ese mismo barco y un daño más que considerable a nuestras finanzas.

Lottie no dijo nada. Empezaba a tener miedo de lo que Arran pudiera decidir.

–Esta mañana he enviado dos mensajes a Port Glasgow –continuó él–. El primero, para informar a los nuestros del hundimiento del *Reulag Balhaire* y el segundo, para pedir que envíen un juez a la fortaleza. Cuando llegué, escuchará a las partes y determinará lo que se debe hacer con usted y con su clan. Estará aquí antes de quince días.

–Es culpa mía, milord, no de mis hombres.

–Eso no es cierto –intervino MacLean–. Todos fuimos partícipes.

–Sí, pero la jefa era yo. Actuaba en nombre de mi difunto padre.

Arran puso las manos en la mesa y se levantó bruscamente.

–¡Malditos idiotas! ¿Creen que me importa quién de ustedes tomó la decisión? Efectivamente, todos fueron partícipes, y todos serán juzgados por ello. Se quedarán aquí, bajo vigilancia, hasta que llegue el juez. Y huelga decir que no pueden salir de Balhaire por ningún motivo.

Lottie se sintió tan mal que se tuvo que apoyar en MacLean.

–¿Podemos volver a nuestras habitaciones? –preguntó con un hilo de voz.

–Sí, será lo mejor –respondió Arran con frialdad.

Lottie le hizo una pequeña reverencia, dio media vuelta y con un gesto les indicó a sus hombres que la siguieran. Pero antes de salir, lanzó una última mirada a Aulay. Estaba junto a las ventanas, de espaldas a ella.

Capítulo 23

La pérdida del cargamento era el problema más acuciante de los Mackenzie. Ahora lo tendrían que pagar, y no disponían del dinero necesario.

–Eso es precisamente lo que temía –dijo Arran tras revisar los libros de contabilidad–. No estábamos en posición de asumir ese riesgo.

Aulay se puso tenso, pero se mordió la lengua. Su padre tenía derecho a mostrarse decepcionado con él, aunque lo hiciera en presencia de Rabbie y de Marcas.

–Entonces, ¿estamos de acuerdo? –dijo Rabbie, forzando el tema–. Buscaremos un comprador para el ganado y, si no lo encontramos, venderemos Arrandale.

Aulay se sintió peor que nunca. Deshacerse del ganado era una opción terrible, pero no tanto como deshacerse de Arrandale, la casa que Cailean había construido con sus propias manos, la casa adonde Rabbie y Bernadette se habían mudado.

Sin embargo, el aspecto de su padre le incomodó bastante más, y le hizo sentirse profundamente culpable. Daba la impresión de haber envejecido con la pérdida del cargamento y el naufragio del *Reulag Balhaire*.

Aquella noche, Aulay salió de la fortaleza y se dirigió a Arrandale en compañía de su hermano. Quería ver a Bernadette y a sus sobrinos, pero también quería huir de la preocupación y la debilidad física de Arran Mackenzie.

–Me asombras, Aulay –dijo Bernadette, que lo abrazó al llegar–. Por muy difícil que sea el viaje, siempre vuelves sano y salvo.

–¿Sano y salvo? –dijo Aulay–. Lo he perdido todo.

–Al contrario. Salvaste las vidas de todos los que estaban en el barco –replicó Bernadette–. Mereces una felicitación.

Aulay soltó una carcajada sin humor. ¿Una felicitación? Desde su punto de vista, merecía que lo echaran a los lobos.

Horas después, Bernadette se retiró a sus habitaciones, y Rabbie sacó una botella de whisky.

–¿Qué es esto? ¿Algún tipo de burla? –protestó Aulay.

–Oh, por Dios, no es el whisky de los Livingstone –dijo Rabbie, dándole una palmadita–. Es el mejor whisky de Escocia. Es de Skye.

Aulay lo miró con desconcierto, porque no sabía que los habitantes de la isla de Skye tuvieran permiso legal para destilar whisky.

–¿De Skye? ¿De los MacDonald?

Rabbie rio.

–Por supuesto que sí. ¿Creías que los MacDonald iban a permitir que los Campbell monopolizaran el negocio? Tienen un par de alambiques escondidos en las colinas. Bueno, bastante más que un par.

Rabbie soltó una carcajada, le guiñó un ojo y le sirvió un vaso.

–Hablando de cosas escondidas, lo de esa muchacha es asombroso –continuó–. ¿Cómo es posible que nadie se hubiera enterado de la existencia de una mujer tan bella? Es más guapa que mi esposa, que ya es decir.

Aulay echó un trago de whisky.

–No me puedo creer que permaneciera oculta en esa isla y que nadie corriera a casarse con ella –insistió Rabbie–. De hecho, me sorprende que los *sassenach* no la descubrieran.

Aulay sintió un escalofrío al pensar en lo que habría pasado si los soldados ingleses la hubieran descubierto. Sin embargo, no se lo tuvo en cuenta porque su hermano no sabía que tenía una relación con Lottie. No se lo había dicho a nadie. Era demasiado personal. ¿Cómo habría podido explicar que se había enamorado de la mujer que había asaltado su barco y le había quitado todo lo que tenía?

–¿Estás bien, hermano?

Aulay lo miró con sorpresa.

–¿Cómo voy a estar bien? –respondió–. No sirvo de nada en tierra, y ahora tampoco sirvo en el mar.

Rabbie se inclinó y le puso una mano en el hombro.

–He estado en tu situación. Sé lo que se siente cuando piensas que tu vida no tiene sentido.

–Sí, lo recuerdo.

–Tuve que caer hasta el fondo del pozo y salir de él con uñas y dientes, y mira dónde estoy ahora –dijo, señalando la casa–. No imagino una vida sin Bernadette y los niños. Pero, si alguien me hubiera dicho hace un año que estaría así, lo

habría tomado por loco.

–¿Qué sugieres entonces? ¿Que me case con Bernadette? –se burló.

Rabbie rompió a reír.

–La vida tiene muchas cosas que ofrecer, aunque ahora no lo sepas. Es lo único que pretendía decir.

Aulay sabía que su hermano tenía buenas intenciones, pero sus palabras lo enfurecieron. Él no había tenido que crecer a la sombra de nadie.

–Sí, tú saliste del pozo y encontraste tierra firme. Sin embargo, mi caso es muy distinto. No necesito tierra firme, sino mar.

–Oh, vamos. No eres un pez, Aulay. Puedes vivir aquí.

–¿Aquí? ¿Dónde? ¿Con vosotros? –exclamó extendiendo los brazos–. ¿O quizá en Balhaire? ¿Y qué haría? ¿Contar historias a los niños?

Su tono de voz era tan alto que Rabbie se quedó perplejo, y hasta la propia Bernadette salió de su habitación y los miró con curiosidad desde la puerta.

–¿Ocurre algo, Rabbie? –preguntó.

–Perdón, *leannan* –respondió su marido, sin apartar la vista de Aulay–. Me temo que hemos bebido demasiado whisky.

–Ya –replicó Bernadette, alejándose.

Rabbie esperó a que Bernadette volviera al dormitorio, y solo entonces se inclinó sobre la mesa y dijo:

–Encontrarás tu camino, Aulay. Lo has perdido u olvidado, pero la vida es algo más que pintar paisajes marinos.

Su hermano alcanzó la botella de whisky y rellenó los vasos.

–Tengo treinta y siete años, Rabbie –le recordó–. No puedo cambiar de vida a estas alturas. El mar es todo lo que soy, pero tú quieres que lo olvide y que me busque alguna ocupación para matar el tiempo.

Aulay no quería hablar de eso. Había dormido mal y se había despertado con un terrible dolor de cabeza. Se sentía como si tuviera un hormiguero en su interior, algo que se movía constantemente y que le impedía descansar.

Para empeorar las cosas, no se quitaba a Lottie de la cabeza. Cuando no estaba pensando en ella, soñaba con ella. Por una parte, ardía en deseos de que alguien pagara por la pérdida del *Reulag Balhaire*; por otra, ardía en deseos de estar con la culpable de su naufragio. Era una situación imposible, que le estaba volviendo loco.

Sin embargo, su furia se esfumó segundos después, cuando se acordó de la Lottie que había estado cuidando de su padre día y noche, de la Lottie que había insistido en asumir la responsabilidad de lo sucedido en lugar de mentir, rogar o

llorar, como habrían hecho otras personas. Era una mujer admirable, y más fuerte que la inmensa mayoría de los hombres que había conocido.

Tras despedirse de su hermano, regresó a Balhaire. Acababa de llegar cuando Frang se dirigió a él y le dijo:

–Milady quiere informarle de que esta noche tendrán invitados.

–¿Qué invitados? –preguntó, pasando junto al mayordomo.

–Los Livingstone.

Aulay se detuvo en seco y lo miró.

–¿Se ha vuelto loca?

–No sabría decirle, capitán.

Aulay pensó que no era necesario que dijera nada, porque los hechos parecían demostrar que Margot había perdido el juicio.

Al llegar a sus habitaciones, deseó haber tenido un lienzo en el que poder pintar, pero se habían hundido todos con el barco y, como no tenía nada que hacer, se dedicó a pasear por la propiedad, sumido en un mar de dudas sobre su futuro.

Mientras caminaba, coqueteó con la posibilidad de hablar con los MacDonald y ofrecerse para capitanear una de sus embarcaciones y comerciar con el whisky que destilaban. No era la clase de vida que quería, porque tendría que burlar constantemente a los navíos de la Corona; aunque, siendo un capitán con experiencia, podía exigir un salario decente.

La idea de tener que recurrir a los MacDonald, de que esa fuera su única opción, empeoró su humor y lo volvió a cargar de ira. Se sentía completamente impotente. Era como un hombre que hubiera perdido el sentido de la orientación y deambulara por el desierto sin más compañía que su propia rabia.

Cuando se acercó la hora de cenar, se vistió para la ocasión y bajó al gran salón, cuyo ambiente le pareció demasiado festivo. Cualquiera habría pensado que celebraban algo. Pero no había nada que celebrar.

Casi toda la tripulación del *Reulag Balhaire* y la mayoría de los Mackenzie estaban presentes. Era costumbre entre ellos. Cenaban juntos cada vez que las circunstancias lo permitían, y siempre había sitio para gente como Lizzie MacDonald, una amiga de Catriona que acababa de llegar de Skye.

Los Livingstone llegaron después. Aparecieron tan juntos como un rebaño de ovejas y, como ya se había extendido la noticia de lo sucedido en el mar, causaron algún revuelo. Pero Aulay solo tuvo ojos para Lottie, quien llevaba un vestido que reconoció al instante porque se lo había visto muchas veces a Vivienne: una prenda de seda dorada con encajes en las mangas y bordado de

perlas.

Aulay arqueó una ceja y miró a su hermana, que se encogió de hombros y sonrió.

–¿Por qué no se lo iba a dar? Mis cuatro partos me han estropeado la figura, y ya no me lo puedo poner –se justificó–. Además, tu amiga tiene una figura preciosa. Le queda mucho mejor de lo que me quedaba a mí.

Él pensó que su figura no era preciosa, sino absolutamente deslumbrante. Estaba tan apetecible que no le extrañó que le hubiera tomado el pelo con tanta facilidad.

A medida que iba llegando más gente, dejó de prestar atención a las palabras de Vivienne y se concentró en la multitud que estaba frente a la tarima. Los Livingstone se habían sentado aparte y, aunque la reacción general de los Mackenzie era de indiferencia, no faltaba quien los miraba con desprecio de vez en cuando.

Si hubiera podido, se habría levantado de su silla y habría caminado hacia Lottie para hablar con ella y tocarla otra vez. No le perdonaba lo que había hecho, pero nunca había sido un hombre vengativo.

Además, le habría gustado que las circunstancias fueran diferentes. En su imaginación, ella no estaba a la espera de que las autoridades la juzgaran, sino a su lado y en la cubierta de un barco que capitaneaba él. Por lo visto, la pérdida del *Reulag Balhaire* lo había convertido en un sentimental.

Al cabo de unos minutos, Margot dio unos golpecitos con una cuchara en su copa de vino. Arran se levantó, y la gente dejó de hablar y de comer al instante, atentos todos a lo que el jefe del clan tuviera que decir. Hasta Drustan pareció entender la solemnidad del momento.

–El hundimiento de nuestro barco es una verdadera tragedia –empezó a hablar–. Pero no es peor que otras tragedias anteriores.

–¡Eso no es cierto, señor! –gritó alguien desde el fondo de la sala–. Es peor porque los culpables están sentados entre nosotros.

–Vamos, Charlie... Son escoceses como nosotros, ¿no? Han sufrido tanto como nosotros y, al igual que nosotros, hicieron lo que tenían que hacer. ¿O ya no recuerdas que también nos dedicábamos al contrabando? Déjalos en paz. Pagarán por sus delitos, no te quepa duda. Pero, hasta entonces, no permitiremos que su estupidez nos desanime. No a nosotros, porque nosotros somos los Mackenzie.

–¡Bien dicho! –exclamó Iain.

–¡Somos los Mackenzie! –bramó Arran con más fuerza.

–¡Sí! –gritaron más hombres.
–¡Somos fuertes! ¡Sobreviviremos!
–¡Sí, sí, sí!

Los gritos y los golpes en las mesas atemorizaron un poco a los Livingstone, con la única excepción de Duff y del joven Mathais, que se había sumado al griterío. En cambio, Drustan se tapaba los oídos con las manos.

–¡Música, Malcolm! ¡Que suene esa gaita! –ordenó Arran, sentándose.

Margot Mackenzie sonrió a su esposo, encantada de que las palabras que acababa de pronunciar hubieran cumplido el objetivo de la velada que había organizado ella: animar al clan, ni más ni menos.

En pleno barullo, las miradas de Aulay y Lottie se encontraron, pero ella sonrió con inseguridad y apartó la vista.

Aulay suspiró, sintiéndose como si su corazón fuera el casco de un barco partido en dos.

Malcolm empezó a tocar, y algunos se levantaron y empezaron a bailar. Aulay los miró desde la mesa donde bebía cerveza tras cerveza en un vano intento por ahogar sus penas. Y, entonces, vio algo que lo sacó de su abismo.

Beaty e Iain el Rojo intentaban animar al joven Billy Botly para que sacara a bailar a Lottie. Charlie la miraba como si se la quisiera comer, y varios hombres más estaban a punto de probar fortuna con ella.

Aulay frunció el ceño, enfadado. Tenía cuentas pendientes con los Livingstone en general y con Lottie en particular, pero no iba a permitir que otro Mackenzie la tocara, así que se levantó cerveza en mano, cruzó el gran salón, se quitó de encima a Billy Botly con una mirada que habría asustado al más recio de los hombres y, acto seguido, se detuvo delante de la mujer de sus sueños.

–¿Capitán? –dijo ella, sorprendida.

Aulay se dio cuenta de que se había convertido en el centro de atención de todos los presentes. Pero ya no le importaba. Había dado el paso que tanto temía. Se había acercado a ella, y no se iba a echar atrás.

–¿Me haces el honor de bailar conmigo?

Lottie echó un vistazo a su alrededor.

–Yo...

–¿Sí? ¿O no?

–Sí, claro.

Lottie se levantó de su asiento con temor. Aulay le ofreció una mano que ella aceptó y, al sentir el contacto de sus pequeños y elegantes dedos, se acordó de las cosas que le hacían sentir sus caricias.

Momentos después, empezaron a bailar. Lottie era una buena bailarina, pero sus movimientos resultaban algo fríos, como si su mente estuviera muy lejos de allí. Hacía lo posible por no mirarlo a los ojos y no sonreír, lo cual le entristeció. Echaba de menos su sonrisa. Extrañaba su brillo y el efecto que causaba en su corazón.

Al darse cuenta de lo que estaba pensando, Aulay se dijo que había bebido demasiada cerveza. ¿Desde cuándo era tan sensiblero? No recordaba haber pensado nunca en esos términos. Su mente se estaba llenando de metáforas floridas y frases almibaradas.

Cuando la música se detuvo, él preguntó:

–¿Te apetece beber algo?

Ella sacudió la cabeza con la vista clavada en su pañuelo de cuello.

–No, gracias. Y gracias también por el baile, capitán.

Lottie hizo una reverencia, dio media vuelta y regresó con su clan, dejándolo plantado en mitad del salón y causando una sonrisa inmediata en los Livingstone, que se sintieron orgullosos de ella. Volvía a ser la mujer que lo había engañado, le había pegado una patada, lo había encadenado y lo había amenazado con su pistola de duelo.

¿Cómo era posible que pudiera ser dos personas al mismo tiempo? ¿Y cómo era posible que estuviera enamorado de las dos?

Aulay volvió a su mesa y siguió bebiendo. Lottie no volvió a bailar con nadie. De hecho, ninguno de los Livingstone bailó con nadie: se quedaron donde estaban, observando a los Mackenzie con desconfianza.

Al verlos, el humor del capitán se agrió de nuevo. ¿Por qué estaban tan sombríos? Los trataban como si fueran reyes.

La noche pasó lentamente, y ya se acercaba el alba cuando Aulay se levantó una vez más y se acercó a la mesa de sus prisioneros. Casi todos se habían ido, pero Lottie seguía allí, con la cabeza gacha, pasando un dedo por el borde de su copa.

Cuando reparó en su presencia, se puso recta y posó las manos en su regazo. Aulay dejó la cerveza a un lado, súbitamente harto de alcohol.

–¿Has disfrutado de la velada? –preguntó con tono acusatorio, aunque no era su intención.

–Tanto como se puede en estas circunstancias –respondió ella–. Os estamos muy agradecidos a tu familia y a ti.

Él asintió, aunque no había estado de acuerdo en invitar a los Livingstone.

–En fin, será mejor que me acueste –continuó Lottie, levantándose–. Tendría

que haberme marchado con los demás, pero la gaita me gusta tanto que...

–¿Dónde está el guardia que os debía vigilar? –preguntó él.

–No te preocupes por eso. Te doy mi palabra de que iré a mi habitación.

Él la miró de arriba abajo.

–Te acompañaré.

–¿Estás seguro? Tenía la impresión de que no querías saber nada de mí.

Aulay se puso tenso. Había bebido tanto que no se acordaba de lo que le había dicho después de que el barco se hundiera, pero se acordaba de que no había sido un discurso precisamente halagador.

–Soy un caballero, Lottie.

Él le ofreció el brazo con una floritura exagerada, propia de un hombre borracho. Ella lo rechazó y cruzó las manos a la espalda, aunque admitió su compañía.

La luz de la luna iluminaba el patio de la fortaleza cuando salieron al exterior. Todo estaba precioso, y Aulay pensó en lo que sentía cuando salía de madrugada a la cubierta de su barco y contemplaba la inmensidad del mar.

–Yo también creo que el mar es particularmente bello de noche –dijo Lottie.

Aulay la miró con asombro.

–¿Cómo has sabido lo que estaba pensando?

–Porque lo has pintado muchas veces en tus cuadros.

Él se detuvo, admiró su cabello y clavó la vista en sus labios.

–No sabía que mis cuadros te hubieran causado una buena impresión.

–Me parecían fascinantes.

–No mientas. Te parecían vacíos –replicó, empezando a andar otra vez.

–Nunca dije que estuvieran vacíos. Dije que no pintabas personas, que es diferente –se defendió–. Pero no estaban vacíos en absoluto... eran tu forma de ver el mundo, y eran muy bellos. Tienes mucho talento, Aulay.

Él se estremeció, sin saber qué pensar. ¿Lo estaría diciendo en serio? Siempre había pensado que no le gustaban.

–No intentes halagarme, Lottie. No cambiaré nada.

–¿Halagarte? –ella se detuvo y lo miró a los ojos–. Es la segunda vez que me acusas de eso, pero no tengo necesidad de halagarte.

–¿Qué no la tienes? ¿No pretendías halagarme cuando mi barco se hundió y soltaste un discurso sobre lo buena persona que soy? –preguntó con vehemencia–. ¿No intentabas congraciarte conmigo para que no te hiciera responsable de lo que había pasado? ¿No buscabas acaso mi perdón?

Lottie lo miró con tristeza.

–Nunca he pensado que me puedas perdonar. ¿Cómo podría, si soy incapaz de perdonarme a mí misma? El sentimiento de culpabilidad me acompañará a la tumba.

–¿Adónde quieres llegar, Lottie?

Ella suspiró y hundió los hombros.

–¿Me crees tan despiadada como para que los días que pasamos en tu barco no signifiquen nada para mí? Solo quería decir que te aprecio mucho, y que mi arrepentimiento es tan profundo como los sentimientos que albergo hacia ti. Nunca he conocido a un hombre como tú, Aulay Mackenzie. Tienes toda mi estima.

El pulso de Aulay se aceleró.

–Pues debes de estar loca. Soy el capitán que permitió que una muchacha lo encadenara, que fue incapaz de salvar su barco y su cargamento y que ha puesto en peligro el futuro de su propio clan. No merezco estima alguna.

–Oh, Aulay... –Lottie alzó una mano y le acarició el brazo–. ¡Qué equivocado estás! ¡Qué increíblemente equivocado! Sí, nos quedamos con tu barco y te apresamos, pero sobrellevaste tu cautividad con más elegancia que una docena de reyes. Me ayudaste a pesar de lo que había hecho y a pesar de lo que ya habías perdido. Me trataste bien hasta en la peor de las situaciones.

Lottie le tomó de la mano y siguió hablando.

–Me salvaste la vida en Aalborg, aunque tenías motivos para arrojarme a los lobos. Nos trajiste a Escocia y, cuando ya pensábamos que acabaríamos inmediatamente en prisión, nos salvaste a todos. Sí, es cierto que perdiste el *Reulag Balhaire*, pero nos salvaste. Pusiste la seguridad de nuestras tripulaciones por encima de todo y nos salvaste. Eres el mejor hombre que he conocido. Eres brillante, decente, justo. Y siempre te llevaré en mi corazón.

Él respiró hondo. Sus palabras le habían emocionado, así que la agarró del brazo y la instó a seguir adelante para disimular.

–Estoy furioso, Lottie –le confesó.

–Lo sé.

Al borde de la derrota, Aulay se detuvo de nuevo, llevó las manos a su cara y admiró sus pecas, sus largas pestañas y el azul intenso de sus ojos.

–No me fío de ti.

–Es lógico. Pero he sido completamente sincera contigo, Aulay.

Él volvió a mirar su boca.

–¿Quieres besarme? –preguntó ella con ansiedad.

–¿Quieres que te bese?

–Con toda mi alma.

Aulay la apretó contra la pared de la casa del guarda, se apoyó en ella y se inclinó hasta que casi rozó sus labios. La deseaba de tal manera que no podía pensar.

–Bésame –rogó Lottie.

Él le pasó la lengua por el labio inferior, arrancándole un suspiro de placer. Solo fue eso, pero la sensualidad de su respuesta y el simple hecho de que apenas la hubiera tocado, convirtió ese momento en uno de los más eróticos de su vida.

Rápidamente, asaltó su boca para devorar el suspiro que aún salía de ella y, tras morderle el labio, la apretó contra él mediante el procedimiento de pasarle un brazo por detrás de la espalda y cerrarlo un poco. Entonces, Lottie se aferró a su casaca como si tuviera miedo de que se pudiera escapar.

Tras varios minutos de besos y caricias, sopesó la posibilidad de llevarla a su pequeña habitación y tomarla allí; pero el repentino sonido de unos pasos disipó la niebla carnal que lo había envuelto y le instó a romper el contacto.

Los labios de Lottie brillaban a la luz de la luna, y en sus ojos había tal deseo que él se sintió mareado.

–Duerme bien, *leannan*.

A regañadientes, Aulay le acarició la mejilla y se apartó para poder abrir la puerta de la casa del guarda.

Ella entró, se giró un momento para mirarlo a los ojos y desapareció en las sombras. Aulay regresó a sus habitaciones y, al encontrarse con el adormecido criado que hacía las veces de ayuda de cámara, le dijo que se fuera a dormir.

Ni siquiera se molestó en quitarse la ropa. Se tumbó y se quedó mirando el paisaje nocturno que le ofrecía la ventana. Sus pensamientos estaban muy lejos de Balhaire, aunque no precisamente en el mar, sino en una isla llamada Lismore.

Faltaba un mes para que cumpliera treinta y ocho años. Era un hombre de mundo, un hombre sin ataduras. Y, por primera vez en su vida, estaba enamorado.

Pero de una mujer en quien no podía confiar.

Capítulo 24

Desde su llegada a Balhaire, Lottie solo había dormido bien una noche: la primera, porque estaba tan cansada que se quedó dormida en cuanto se acostó. Desde entonces, daba vueltas y más vueltas y se despertaba una y otra vez con el dolor de haber perdido a su padre, el miedo a lo que les podría pasar a sus hermanos, la preocupación por su propio futuro e incluso la forma de arreglar las cosas, si es que había alguna.

Pero, últimamente, se despertaba por un problema que no tenía nada que ver, un inquietante y grave caso de deseo.

No era el momento más adecuado para regodearse en sus fantasías con Aulay Mackenzie, pero se regodeaba de todos modos y con reiteración. Aunque, por otra parte, ¿qué podía hacer? ¿Sentarse en una esquina o barrer la habitación hasta que llegara el juez? Aquellos podían ser los últimos días de su vida o, por lo menos, los últimos de su libertad, y no podía desaprovecharlos.

No podía terminar sin haber vivido el amor; pero el amor real, integral, primario. Era la mejor distracción posible.

Cuando las largas noches de angustia y reflexiones funestas terminaban, Lottie se levantaba de la cama, se ponía alguno de los vestidos que Catriona y Vivienne le habían prestado y se iba a cuidar de su clan, que se había acostumbrado a la vida en Balhaire.

MacLean echaba de menos a su mujer y a sus hijos, e iba con frecuencia a la biblioteca para escribirles cartas. No las podía enviar, pero tenía intención de entregárselas en persona después de testificar ante el juez y, por si las cosas se torcían, le había hecho prometer a Billy Botly que se encargaría del asunto llegado el caso.

Duff también extrañaba a su familia; pero, contra todo pronóstico, se había hecho amigo de Iain el Rojo, quien le confesó que siempre había querido ser actor. De hecho, llegaron a amenazar a los Mackenzie y los Livingstone con leer

un soneto al alimón durante la cena.

Gilroy y Beaty se pasaban la vida paseando y discutiendo sobre diversas cuestiones, desde los vientos hasta los barcos, pasando por la rebelión jacobita, del que uno afirmaba que había empezado en las Hébridas y otro, en las Tierras Altas. Parecían una pareja de ancianos que se hubieran casado y no tuvieran nada que hacer con su tiempo salvo echar pestes de todo y de todos.

Sin embargo, había cosas más extrañas que la vocación dramática de Iain y la sorprendente amistad de Gilroy y Beaty. Lady Mackenzie se había encariñado de Drustan, y la elegante actitud de la primera parecía relajar al hermano de Lottie, quien se apresuraba a ofrecerle una silla cuando se quería sentar, la ayudaba a correr las cortinas cuando las quería correr y la seguía como un perrito faldero.

–Drustan –lo llamó una mañana, temiendo que estuviera molestando a la matriarca de los Mackenzie.

–No me robe a mi compañero, señorita Livingstone –declaró Margot, que sonrió a Drustan con afecto–. Nos hemos hecho grandes amigos.

–Pero...

–Me ayuda mucho –la interrumpió–. Ande, siga su camino y déjenos en paz.

Cuando Drustan no estaba con lady Mackenzie, estaba tallando; y su nueva ocupación le había servido para ganarse la admiración y el respeto de Mathais, que no perdía ocasión de enseñar las tallas a Lottie: hasta entonces, una gaviota, un barco y un perro que era idéntico a uno de los que andaban por la fortaleza. Pero, fuera como fuera, Drustan ya no sufría tantos ataques como antes. Parecía haber encontrado un equilibrio emocional.

En cuanto a Mathais, se dedicaba a practicar su esgrima de aficionados con Morven; y un día, Rabbie los vio en el patio del castillo y los invitó a aprender de verdad, porque los Mackenzie habían sido instructores de soldados durante siglos. Mathais aceptó el ofrecimiento con verdadero entusiasmo, y todas las noches volvía sudoroso a la casa del guarda y se ponía a hablar sobre lo que había aprendido.

Por su parte, Lottie se había convertido en cómplice de Catriona y su amiga, Lizzie MacDonald, quien por lo visto era invitada habitual. Viéndolas cotillear sobre los caballeros de las Tierras Altas, cualquiera habría pensado que eran un par de adolescentes; pero estaban cerca de cumplir los treinta, y a Lottie le extrañaba que no se hubieran casado ya.

¿Cómo se las habrían arreglado para seguir siendo libres? Además de ser extraordinariamente bella e inteligente, Catriona era hija de un hombre muy poderoso, lo cual la convertía en un gran partido. Pero no parecía disfrutar de su

libertad, como demostraba el hecho de que suspirara cada vez que veía a sus sobrinos o cuando alguna de las mujeres del pueblo le enseñaba a su bebé.

–Me gustaría tener hijos algún día –le confesó en determinada ocasión–. No he renunciado a la esperanza. ¿Y tú?

Lottie debió de palidecer, porque Catriona se ruborizó al instante.

–Oh, lo siento mucho, Lottie. Discúlpame –replicó, consciente de que cabía la posibilidad de que acabara en prisión.

Por lo demás, veía bastante más a Catriona de lo que veía a Aulay. Según su hermana, estaba ocupado con los libros de contabilidad, porque la pérdida del barco y su cargamento los había dejado en una situación muy problemática.

Sin embargo, Aulay se presentó una tarde en la casa del guarda y los invitó a Mathais y a ella a acompañarlo a una caleta.

–No podemos salir de Balhaire –le recordó Lottie.

–¿Has perdido tu osadía? –replicó él.

–Por supuesto que no.

Aulay los llevó por un sendero que pasaba junto al pueblo y atravesaba un bosque antes de descender hacia la costa. La tierra formaba allí una especie de media luna montañosa que se internaba en el mar y creaba una caleta lo suficientemente grande como para dar cabida a varios barcos.

–Imagínatelo. Llegamos a tener dos, y siempre fondeábamos aquí –dijo.

Lottie se cruzó de brazos, sintiéndose culpable. Cada vez que Aulay hablaba de barcos, se deprimía. Pero entonces, él se puso de cuclillas en la playa y señaló una roca del acantilado que tenían enfrente.

–¿Lo ves? Es una marca roja, a medio camino de la cumbre.

Lottie entrecerró los ojos.

–Sí, lo veo. ¿Qué es? Parecen letras.

–Son mis iniciales y las de mi hermano Cailean. Una vez, me desafió a subir, y yo me llevé una tiza en el bolsillo.

Mathais lo miró con sorpresa.

–¿Cómo lo hiciste?

Aulay rompió a reír.

–No fue tan difícil. Soy un buen escalador.

–A mí también me desafiaron en un acantilado, pero no a subir, sino a tirarme desde arriba –intervino Lottie–. Era bastante alto y, como no me quité las faldas antes de lanzarme, se me subieron por encima de la cabeza y estuve a punto de matarme.

–Tuvimos que sacarte del agua –comentó Mathais–. Entre cuatro personas.

Lottie soltó una carcajada. La vida en Lismore era difícil, pero también tenía sus momentos buenos. De hecho, ya no le parecía la cárcel de la que siempre había querido escapar, sino el único sitio donde había sido verdaderamente libre.

Mientras paseaban por la playa, Mathais se jactó de que Rabbie Mackenzie había dicho que podía ser un buen soldado y que, si optaba por la milicia, estaría encantado de formarlos en persona.

–Siempre he querido serlo –afirmó.

Lottie arqueó una ceja.

–¿Que siempre lo has querido? Es la primera vez que lo oigo.

–Me lo había callado porque sabía que te opondrías y que insistirías en que me quedara en casa con el argumento de que me necesitáis. Pero tengo que encontrar mi propio camino, Lottie. Rabbie dice que los hombres deben aprender a ser independientes y a salir adelante por sus propios medios.

Justo entonces, Mathais tropezó en una roca y se cayó al suelo.

–Pues no sé si saldrás adelante, pero lo de caerte se te da muy bien –se burló Lottie.

Aulay, que iba a poca distancia de los dos hermanos, les tuvo que dar la espalda para que no vieran que se estaba muriendo de risa.

Ya de vuelta, Lottie se detuvo en el sendero y lanzó una última mirada a la caleta.

–¿Qué vas a hacer ahora? –preguntó a Aulay–. ¿Puedes conseguir otro barco?

Él frunció el ceño.

–Lo dudo mucho. Tenemos que pagar el cargamento perdido y, encontremos la forma, no habrá dinero para comprar otro.

Lottie guardó silencio, abrumada otra vez por el sentimiento de culpabilidad. Al parecer, le había hecho lo mismo que Bernt a los Livingstone: destrozarles la vida a base de decisiones desafortunadas. Pero, a pesar de ello, estaba decidida a encontrar la forma de arreglar las cosas; si es que le concedían esa oportunidad.

En cualquier caso, la tarde fue tan idílica que Aulay se relajó y se comportó como si no hubiera pasado nada. Lottie intentó imaginar un futuro como ese, con él a su lado y ninguna preocupación, aunque sabía que era imposible. La luz de su sueño se iba apagando a medida que se acercaba la fecha del juicio.

Una mañana, Lottie se despertó de golpe. Había soñado con el juez, a quien por lo visto se esperaba en dos o tres días; pero, en la práctica, eso significaba que podía llegar en cualquier momento, porque nadie lo podía saber con

exactitud.

Perdida la esperanza de quedarse dormida de nuevo, se levantó, se vistió y salió al patio de la fortaleza. Era muy temprano, y no había más personas que los criados de los Mackenzie, así que se dirigió a su lugar preferido: los jardines de Balhaire, por los que paseaba todos los días entre rosas y rododendros.

Eran tan bonitos como tranquilos; un pedazo de cielo, como solía decir su madre sobre su antiguo jardín. Eran el único sitio donde podía olvidar el destino que le aguardaba.

–Te has levantado pronto.

Lottie se sobresaltó al oír la voz de Aulay, quien se había inclinado para observar un rododendro bastante alto. Llevaba el pelo suelto, y tenía un aspecto maravillosamente rebelde y exquisitamente seductor.

–¿Y tú? ¿Por qué te has levantado a estas horas? –replicó.

–Por ti.

Ella arqueó una ceja.

–Te he visto desde la ventana –continuó él.

Aulay se acercó y se detuvo a un par de metros, aunque la distancia no importaba. El ambiente se cargaba tanto cuando estaban juntos que Lottie se sentía como si la estuviera acariciando. Y él debía de sentir lo mismo, como demostraba la expresión de sus ojos.

–¿Quieres vivir una pequeña aventura? –preguntó Aulay, que se puso de cuclillas para quitar una hoja del camino.

Lottie, que estaba loca por quitarse las preocupaciones de la cabeza, respondió:

–¿Qué tipo de aventura?

–Mi sobrino, lord Chatwick, tiene una mansión campestre a cierta distancia de aquí. Es un antiguo pabellón de caza –dijo–. Ahora está cerrada, pero tiene unas vistas preciosas de las colinas.

–No puedo salir de Balhaire –le recordó de nuevo, aunque ardía en deseos de acompañarlo.

–Descuida. Me encargaré de que vuelvas.

–¿Iremos andando?

–A caballo –contestó–. Si sabes montar.

El pulso de Lottie se aceleró al instante. Lo que estaba sugiriendo no se parecía nada a dar un paseo por la cercana caleta, que se veía desde Balhaire. Implicaba romper su promesa de no salir de la fortaleza y, por si eso fuera poco, sin la compañía de Mathais.

–Pero mis hermanos...

–Catriona los mantendrá ocupados –afirmó–. ¿Te apetece?

–Por supuesto, capitán. Y no te preocupes por el caballo... soy una buena amazona.

Aulay ensilló los caballos sin pedir ayuda al mozo de cuadra y, antes de que los demás se levantaran, de que Gilroy y Beaty empezaran a discutir, de que MacLean escribiera otra carta a su esposa y de que Duff amenazara con organizar una representación teatral, salieron de Balhaire.

Se alejaron del mar y cabalgaron por una cañada. Media hora después, ella divisó un lago en la distancia y, al cabo de unos minutos, un edificio blanco que estaba junto al lago.

–Es Arrandale, la residencia actual de Rabbie y Bernadette.

Tras dejarlo atrás, giraron hacia el sur y atravesaron un sombrío y fresco bosque en cuyo camino se veía la luz del sol que se filtraba por las espesas copas de los árboles. Y, cuando salieron de él, se encontraron ante otra casa.

–Bienvenida a Auchenard, el antiguo pabellón.

–¿Pabellón? A mí me parece una mansión en toda regla, aunque sea más pequeña que otras –ironizó Lottie–. Es preciosa.

Aulay desmontó en el jardín delantero y la ayudó a bajar de su caballo.

–No parece un sitio dedicado a la caza –continuó ella.

–No, no lo parece. Se construyó por orden de un conde inglés, y es bien sabido que los ingleses valoran más la majestuosidad que la sencillez.

Lottie no supo qué decir, porque no había conocido a ningún inglés. Sin embargo, era uno de sus sueños: ir a Londres, ver las mansiones y admirar la ropa que llevaban las aristócratas. Un sueño que, aparentemente, no iba a poder cumplir.

Aulay caminó hasta la entrada e intentó abrir, pero la puerta estaba cerrada.

–Rabbie cuida la casa en ausencia de Cailean y de mi sobrino. La gobierna con disciplina militar. Pero espera un momento.

Aulay desapareció tras una de las esquinas del edificio y, transcurridos un par de minutos, abrió la puerta desde dentro.

–*Madame...* –dijo, haciéndole una reverencia.

Ella entró y echó un vistazo. Las contraventanas estaban cerradas y los muebles, tapados con sábanas, como si la mansión llevara mucho tiempo deshabitada. Aulay la llevó por un corredor que desembocaba en un salón grande, de techos altos y una gigantesca chimenea de piedra. Luego, corrió las pesadas cortinas y le enseñó una vista sorprendentemente hermosa del lago que

había visto antes y de las verdes y doradas colinas que se alzaban al fondo.

El paisaje era tan bello que Lottie se llevó una mano al pecho, sobrecogida.

–Nunca había visto nada tan bonito.

–Ni yo –dijo él, mirándola a ella.

Tras enseñarle la planta baja, Aulay la llevó al primer piso y entró en el dormitorio principal, donde abrió las ventanas para que el aire refrescara el ambiente. Las vistas eran muy parecidas a las del salón.

–Siempre había soñado con conocer sitios tan grandiosos como Balhaire y Auchenard. Casi te estoy agradecida.

Aulay se puso detrás de ella y le pasó los brazos alrededor del cuerpo. Lottie echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en su hombro.

Estuvieron así varios minutos, disfrutando del esplendor del paisaje.

–¿Te querías casar con él? –dijo Aulay, rompiendo el silencio.

–¿Con quién? –replicó ella, sorprendida–. ¿Con Iversen?

–Claro.

Ella asintió. Se había querido casar con él porque se suponía que debía casarse, y sus opciones en Lismore eran escasas.

–Sí –admitió–. Si se hubiera quedado en la isla y me hubiera hecho una oferta de matrimonio, me habría casado con él, aunque...

–¿Aunque?

Lottie se encogió de hombros.

–Todo el mundo esperaba que me casara. He seguido soltera por motivos egoístas, porque quería ver mundo y librarme de mi familia –dijo con tristeza–. Que Dios me perdone por ello... no soportaba esa carga. Pero debo añadir que, cuando Anders me pidió que me marchara con él, no fui capaz de abandonar a los míos. Curiosamente, me conocía mejor que yo misma. Sabía que no iría.

–¿Le echas de menos?

Ella sacudió la cabeza. Llevaba semanas sin pensar en él. La aventura del *Reulag Balhaire* había ampliado sus horizontes de tal manera que su antiguo novio había desaparecido de su recuerdo. Era como si no hubiera existido nunca. Solo se había acordado de Anders cuando supo que le había mentado y que ni siquiera estaba en Aalborg.

–Me encapriché de él y, como era la primera vez que me pasaba, pensé que era amor –continuó–. No sabía nada del mundo.

Lottie no dijo toda la verdad. En el fondo, siempre había sospechado que Anders no era el hombre que parecía ser. Pero, fuera como fuera, estaba segura de una cosa: de que sus sentimientos por Aulay eran mucho más profundos.

–Y ahora que has visto el mundo, ¿qué te parece? –preguntó él con curiosidad.

Lottie estuvo a punto de decir que no era como ella pensaba y que, si hubiera sido más responsable, se habría casado con MacColl y habría ahorrado bastantes problemas a su familia. Pero, en ese caso, no habría conocido a Aulay.

–No lo sé, no pienso mucho en ello –mintió–. ¿Qué te parece a ti, Aulay Mackenzie?

Él le dio un beso en la frente.

–El mundo es el lugar donde me siento invencible –respondió–. Cuando estoy en casa, me siento pequeño.

–¿Por qué?

–Porque estoy a la sombra de dos hermanos terriblemente carismáticos que siguieron los pasos de mi padre y se dedicaron a la instrucción de soldados. Además, mis hermanas también tienen mucho carácter –dijo–. Siempre he sido el callado de la familia, el que prefiere pintar o leer antes que sumarse a una conversación. Pero, cuando estoy en un barco, me siento el más poderoso de todos, y hasta mi padre me respeta. Me convierto en el ejemplo a seguir.

–Eres un ejemplo en cualquier sitio –declaró ella en voz baja.

Lottie se giró y se apretó contra su pecho.

–Quiero hablar contigo –dijo Aulay.

–¿De qué?

Él le puso una mano en la barbilla y le subió la cabeza para que lo mirara a los ojos.

–No tengas miedo.

–¿Cómo quieres que no lo tenga, si existe la posibilidad de que me ahorquen?

–Mi padre dice que no te ahorcarán, aunque es probable que te encierren en la cárcel de Edimburgo. Pero no será por nosotros, que no presentaremos cargos contra ti, sino por Campbell. Tengo entendido que le debéis mucho dinero.

Lottie apretó los labios. La idea de acabar en prisión le daba pánico.

–¿Qué pasará con los míos? ¿Qué será de ellos?

–No lo sé –contestó con tristeza.

Lottie había trazado un plan que, si salía bien, serviría para pagar parcialmente su deuda con los Mackenzie y asegurar el futuro de los Livingstone. Pero no quiso contárselo en ese momento, así que preguntó:

–¿Y qué será de ti?

Él clavó la vista en sus labios.

–Tampoco lo sé. Los MacDonald están destilando whisky, y he pensado que les podría ofrecer mis servicios como capitán.

Lottie frunció el ceño.

–No, no lo hagas.

–Lo haré si sirve para cubrir los gastos derivados de la pérdida del cargamento. Se lo debo a mi familia, Lottie. Pero no me importará.

–¿Por qué no?

Aulay le acarició el pelo.

–Porque si te pierdo a ti, habré perdido todo lo que me importa.

Él se inclinó y la besó antes de que ella pudiera decir nada.

Lottie quiso resistirse, pero algo estalló en su interior cuando sintió el contacto de sus labios. Necesitaba que la abrazara, que la tocara, que le hiciera el amor. Necesitaba sentirse deseada, y que su fuerza le sirviera de tabla de salvación antes de que la sometieran a juicio, así que respondió con una pasión que le sorprendió a ella misma.

Aulay la apretó contra uno de los cuatro postes de la cama. Tenía un olor especiado y salvaje, y las duras superficies de su cuerpo, combinadas con sus insistentes caricias, le parecieron el elixir de la lujuria.

Mientras se besaban, tuvo la impresión de que estaban en mitad de un incendio, rodeados de llamas por todas partes; pero Aulay le metió una mano por debajo del vestido y, tras su gemido posterior, ella dejó de pensar y apoyó la cabeza en el poste, entregándose al erotismo de sus expertas atenciones.

Luego, él la tumbó en la cama y se puso sobre ella, sin dejar de acariciarla y besarla. Lottie agradeció el peso de su cuerpo, ebria como estaba de aquella tormenta de sensaciones. Y entonces, rompió el contacto.

–Desnúdate –le ordenó.

Lottie se levantó de la cama y se empezó a desabrochar el vestido. Aulay, que ya se estaba quitando la ropa, se detuvo de repente y se dedicó a mirarla, como si estuviera más interesado en el espectáculo que le ofrecía.

Por fin, Lottie se quedó desnuda y, en lugar de retomar su insistente asalto anterior, Aulay la tomó de la mano caballerosamente y la tumbó en la cama. A ella le pareció un detalle extraño, teniendo en cuenta que se habían estado tocando como dos posesos; pero su caballerosidad duró poco, porque metió la cabeza entre sus senos y le succionó un pezón.

Ansioso, se incorporó con rapidez, se quitó el resto de la ropa y volvió a su lado. A Lottie le pareció el más extraordinario de los hombres. Estaba salvajemente excitada y, cuando él le separó las piernas para colocarse entre ellas y penetrarla, cerró las manos sobre sus caderas y lo atrajo hacia sí, acelerando el instante.

Al sentirlo dentro, soltó un gemido casi animal. Aulay se empezó a mover, aumentando su tensión y convirtiendo sus gemidos en jadeos. La miraba a los ojos, lo cual contribuía a potenciar la intensidad de su conexión, y no rompió el contacto visual hasta que llegaron a un clímax tan abrumador que los dos gritaron.

Lottie pensó que eso era el amor y que eso era lo que se debía sentir.

Al cabo de unos segundos, él se apartó y se tumbó a su lado.

–*Tha gaol agam ort*, Aulay –dijo ella, acariciándole el pelo–. Te amo.

Él la abrazó con fuerza y le susurró al oído.

–Y yo te amo a ti, Lottie.

El reconocimiento verbal de lo que sentía la dejó sin aliento. Ya no tenía ninguna duda de que su aventura había merecido la pena. Pasara lo que pasara, se había ganado el amor de Aulay Mackenzie.

Encantada, le besó la cara y los labios, pero su euforia inicial se fue apagando junto con el eco del placer que acababan de sentir. Por muy maravillosa que fuera aquella tarde, también era el principio del final; como si la promesa de un futuro feliz hubiera naufragado frente a las costas de Escocia, como si esos momentos de pasión hubieran sido los últimos momentos del *Reulag Balhaire* antes de hundirse.

Aulay debió de pensar lo mismo, porque le acarició un pecho y dijo:

–Quiero que huyas.

–¿Cómo? –preguntó, desconcertada.

–Quiero que te salves, y no tenemos mucho tiempo. Me iría contigo si pudiera, pero no puedo hacer eso a los míos. Hay personas que han perdido más que yo –contestó, mirándola–. Tienes que huir. Tienes que fugarte.

Ella se sentó en la cama y lo miró con incredulidad.

–¡No soy una cobarde! ¡No voy a huir!

Aulay sonrió y le acarició la mejilla.

–Lo sé, Lottie, sé que no eres ninguna cobarde. Sin embargo, estás en deuda conmigo, y te estoy pidiendo que me hagas ese favor. He intentado odiarte, he intentado aferrarme al daño que tus actos causaron, pero no lo he conseguido. Te amo, y necesito saber que estarás a salvo. Me lo debes –insistió.

–No digas tonterías. No podríamos ir a ninguna parte. No hay un solo Mackenzie que no sepa quiénes somos y dónde vivimos. ¿Crees que podríamos encontrar otro barco para escapar con él a Dinamarca? ¡No! Tendríamos que volver a Lismore y, más tarde o más temprano, nos encontrarían.

–Lottie, por favor...

–No –repitió ella, apartándose.

No podía huir. Había hecho algo terrible y, si no afrontaba las consecuencias, solo conseguiría retrasar lo inevitable y empeorar la ya precaria situación de su clan. Pero la angustia y la desesperación de Aulay eran tan evidentes que lo tumbó de espaldas, se puso a horcajadas sobre él y dijo:

–Basta de palabras. Es cierto que no tenemos mucho tiempo.

Aulay le puso las manos en los senos.

–*Diah*, mujer... ¿es que siempre tienes que llevarme la contraria?

–Eso depende de lo que me ofrezcas.

Lottie sonrió con sensualidad y le besó.

Capítulo 25

Aulay no se quería ir de Auchenard. Retrasó el momento tanto como ella se lo permitió, aunque él también era consciente de que llevaban demasiado tiempo fuera. Si alguien se daba cuenta de que Lottie se había marchado, tendrían un problema. Y, para empeorar las cosas, su padre exigiría explicaciones.

Había llegado el momento de afrontar la realidad.

Ya estaban a punto de entrar en Balhaire cuando Catriona salió de la fortaleza a toda prisa, como si la persiguieran; pero, al verlos, redujo el ritmo de sus pasos.

Lottie desmontó y se tocó el cabello con nerviosismo, gesto que arrancó una sonrisa a Aulay. No era precisamente un experto en la tarea de ayudar a las mujeres a retocarse el pelo, y el resultado dejaba bastante que desear.

–¿Dónde os habíais metido? –preguntó su hermana.

Aulay se encogió de hombros y se puso a aflojar el arnés del caballo para no tener que mirarla a los ojos.

–Pensé que la señorita Livingstone disfrutaría de los jardines de Auchenard. Daisy está muy orgullosa de ellos –dijo, refiriéndose a su cuñada.

–Sí que lo está –replicó Catriona, quien se acercó a él para que Lottie no la pudiera oír–. Pero creo recordar que no tienen ni una sola flor desde que tuvo que arrancar los rosales por culpa de una plaga.

Aulay se maldijo para sus adentros.

–Sí, nos hemos dado cuenta –mintió.

Catriona no se dejó engañar. Lo conocía demasiado bien, así que se giró hacia Lottie y preguntó con malicia:

–¿Te han gustado los jardines?

–¿Los jardines? Ah, sí, son muy bonitos. No tan bonitos como los de lady Mackenzie, claro, pero... ¡Cuántos colores! ¡Qué maravilla!

Catriona arqueó una ceja y volvió a mirar a Aulay.

–Colores, dice –se burló–. En fin, me gustaría seguir hablando de los jardines de Auchenard, pero tenemos invitados.

–¿De quién se trata? –preguntó Lottie, que había palidecido–. ¿Del juez?

–Peor aún. Son Roy Campbell y sus hijos.

–¿Han venido por nosotros?

Aulay intentó mantener la calma, aunque su corazón se había desbocado. Las Tierras Altas estaban llenas de Campbell, y la visita de aquellos no implicaba necesariamente nada malo; pero le pareció sospechosa.

–Deberías volver a la casa del guarda –le dijo a Lottie–. Quédate allí hasta que te llamemos. Y no permitas que los tuyos salgan.

–Está bien.

Lottie frunció el ceño y se fue. Aulay esperó unos segundos y preguntó a Catriona:

–¿Qué hacen aquí?

–Lo desconozco –respondió, girándose hacia la fortaleza–. Solo sé que papá mandó llamar a Rabbie. Será mejor que te arregles un poco y te cambies de ropa.

Media hora después, Aulay entró en el gran salón y descubrió que Arran y Rabbie estaban en compañía de sus invitados. Los Campbell se levantaron al verlo, y Roy le estrechó la mano con afecto.

–Capitán Mackenzie... por fin nos volvemos a ver.

–¿Es que ya nos conocíamos? –replicó, extrañado.

–¿No se acuerda? Nos conocimos hace unos años, en Whitehaven.

Aulay se acordó inmediatamente. Roy Campbell y varios hombres más se habían emborrachado y estaban molestando a una criada. Él intervino en su defensa y acabó con un ojo morado, pero la muchacha logró escapar de sus acosadores.

–Sí, ahora que lo dice, es cierto –declaró con frialdad–. ¿Qué les trae por Balhaire? ¿También les interesan nuestras criadas?

Roy rompió a reír.

–No, es que hemos oído una historia verdaderamente interesante, y nos pareció tan absurda que decidimos venir.

–¿Qué historia es esa? –intervino Rabbie.

–Mis hijos y yo estábamos en Port Glasgow cuando nos contaron que unos piratas se habían apoderado del barco del gran Aulay Mackenzie, que el *Reulag Balhaire* se había hundido y que, por alguna razón, el capitán ha llamado a un juez. Naturalmente, nos quedamos atónitos –dijo, fingiendo asombro–. Sobre todo, porque acabábamos de oír otro rumor extraño relacionado con los

Mackenzie.

–Le escucho –dijo Aulay con impaciencia.

–¿No sabe de qué le hablo? Resulta que un barco de la Corona estaba navegando por aguas del este cuando divisó una pequeña embarcación. Como se dedican a perseguir contrabandistas, se acercaron a ellos y les pidieron que arriaran las velas. Por lo visto, se produjo un enfrentamiento del que, sorprendentemente, salió mal parado el buque inglés. El capitán viró para salvar a sus hombres, pero vio algo bastante curioso.

–¿Qué vio?

–Un barco con el estandarte de los Mackenzie que se dirigía hacia la embarcación sospechosa. ¿Para qué? Esa es la cuestión. ¿Para ayudarlos quizá? ¿Para salvar su cargamento? Y, si fue por este último motivo, ¿qué transportaban?

Aulay lo miró con más intensidad, y él devolvió la mirada del mismo modo.

–Los ingleses no se toman a la ligera la pérdida de uno de sus barcos – continuó Roy Campbell.

–¿Hay alguien que se tome esas cosas a la ligera?

–La recompensa –intervino uno de los hijos de Roy.

–Ah, sí, casi lo olvidaba... La recompensa. Quizá recuerden haber visto esa embarcación cuando les hable de ella.

–Pues hable –dijo Rabbie, irritado.

Roy sonrió.

–Sinceramente, a los Campbell no nos importan mucho los barcos. Nos da igual que floten o que se desmonten para hacer mesas. Nuestro interés es más personal, por así decirlo. Como saben, tenemos un negocio de whisky escocés, un negocio legítimo, con los permisos legales pertinentes. Y, por supuesto, no toleraríamos que alguien intentara socavar nuestros esfuerzos. Nos molestaría mucho.

Sus dos hijos asintieron.

–Lo comprendo, pero ¿en qué nos atañe eso? –preguntó Arran.

–Cuando nos contaron esa historia, nos preguntamos por qué abrirían fuego contra un barco de la Corona inglesa. Debían de llevar algo importante, algo que no querían que vieran... ¿no les parece?

Aulay se limitó a encogerse de hombros.

–Sea como sea, estamos buscando al capitán de esa embarcación por todas las Tierras Altas, y estoy seguro de que lo encontraremos. Los ingleses han ofrecido una recompensa sustanciosa por su cabeza y la de los miembros de su

tripulación. Pero, aunque no hubieran ofrecido nada, los Campbell estamos decididos a acabar con cualquiera que dañe nuestro negocio.

–Sospecho que las pérdidas que sufren, las sufren en las Tierras Altas, no en alta mar –comentó Arran–. Sin embargo, nosotros no tenemos nada ver. ¿Qué podemos hacer por ustedes? ¿Cuál es el motivo de su visita?

–Para empezar, la recompensa en cuestión. Es tan generosa que todo el mundo está buscando a esos bribones –respondió–. Al parecer, estuvieron a punto de atraparlos hace un par de semanas, pero su barco logró huir. ¿O tal vez se hundió?

–Se lo preguntaré de nuevo. ¿En qué nos atañe eso? –insistió Arran.

–¿No quieren saber a cuánto asciende la recompensa?

–Por supuesto que queremos saberlo –contestó Rabbie, malhumorado–, pero se va por las ramas constantemente.

–Asciende a cinco mil libras esterlinas. Una cantidad de lo más apetitosa, ¿verdad? ¿Qué opinas tú, Alistair? –dijo, refiriéndose a uno de sus hijos–. ¿Crees que alguien podría comprar un barco nuevo con cinco mil libras?

–Puede que no, pero se acercaría bastante a su precio.

–Solo necesitan una cosa para llevarse la recompensa, señores: darnos un nombre, el nombre del ladrón que capitaneaba ese barco –dijo Roy–. Además, no podrá escapar de los Campbell y la Corona inglesa. Si no nos dicen quién es, lo encontraremos por nuestra cuenta; pero, si nos dan el nombre del caballero, tendrán dinero para sustituir el barco que han perdido.

Aulay se preguntó qué estarían pensando Rabbie y su padre. ¿Estaría el apellido Livingstone en la punta de su lengua? ¿Denunciarían al clan de Lottie?

Hasta él se sentía entre la espada y la pared. Si los denunciaban, recibirían una suma suficiente para pagar el cargamento de William Tremayne y construir otro barco; si no, tendría que acudir a los MacDonald y llevar una vida de pirata, huyendo siempre de los buques de la Corona y sus corsarios.

Además, el juez ya estaba de camino, y no había forma de saber si sería más o menos severo que los Campbell. Pero había un detalle que le interesaba sobremanera: el hecho de que Roy Campbell hubiera dado por sentado que el capitán de los contrabandistas era un hombre y no una mujer, es decir, Lottie.

–¿Y bien? –le preguntó Roy–. ¿Me puede dar ese nombre?

–Ojalá pudiera –respondió Aulay.

–Tal vez deba consultarlo con la almohada –replicó, frunciendo el ceño–. Tal vez deba recordarse que llamó a un juez por algún motivo.

–Llamamos a ese juez porque hemos perdido el cargamento de un socio –

intervino Rabbie—. Un asunto bastante grave.

—Piénsenlo de todas formas, pero dense prisa... Como les decía, los Campbell tenemos un interés personal en este asunto, y renunciaríamos a nuestra parte de la recompensa con tal de atrapar a los contrabandistas. Si nos dan el nombre de su capitán, se llevarán las cinco mil libras esterlinas; pero, si se lo dan al juez, la Corona se quedaría con una parte y no tendrán dinero para otro barco.

Roy se levantó de la mesa y añadió:

—El juez es nuevo, ¿saben? Se llama Ross, y he oído que no es tan indulgente como el anterior.

—¿Ross? —preguntó Arran—. ¿Qué le ha pasado a MacRay? Era el juez de este condado.

—Lo han destituido —respondió, sonriendo con frialdad—. He oído que era demasiado comprensivo con los escoceses.

Aulay también se levantó de la mesa y, cuando Rabbie lo imitó, Arran dijo:

—¿No se quedarán a cenar?

—No, gracias. Tenemos que hablar con los MacDonald. Puede que sepan algo —contestó Roy—. He oído que la señorita Lizzie MacDonald viene a la fortaleza con frecuencia. Puede que haya visto algo durante sus idas y venidas.

—Usted oye muchas cosas —ironizó Arran.

—Desde luego, milord. Los Campbell nos preciamos de conocer a nuestros vecinos.

—Bueno, les deseo un buen viaje —dijo el señor de Balhaire, poniendo fin a la conversación—. Frang, acompaña a los caballeros a la salida.

Cuando los Campbell se fueron, los Mackenzie se miraron.

—Cinco mil libras es mucho dinero —afirmó Arran.

—Sí —dijo Aulay.

—Ten en cuenta que el juez llegará por la mañana, y que los Livingstone recibirán un castigo de todas formas —observó.

Aulay guardó silencio.

—¡Por Dios! ¡No pongas esa cara de pesadumbre, muchacho! Cualquiera diría que te he pedido que mates a tu perro preferido —declaró su padre—. Además, estamos de acuerdo en que tienen que afrontar las consecuencias de lo que han hecho. La única duda es si esas consecuencias nos darán cinco mil libras o no. Nos vendrían muy bien.

—Lo sé.

—No me fío de los Campbell —dijo Rabbie.

—Ni yo, pero cinco mil libras siguen siendo cinco mil libras —Arran se giró

hacia su hijo pequeño—. La decisión es tuya, Aulay. Tú eres el ofendido, y deberías ser tú quien denunciara a esa joven. Si no se la entregas a los Campbell, su destino quedará en manos del juez.

—Lo comprendo perfectamente —replicó, tenso—. Y ahora, si me perdonáis...

Aulay se fue tan deprisa como pudo, aunque sin llegar al extremo de parecer apremiado. Se sentía enfermo, atrapado entre la indecisión y la desesperación. Tenía tres opciones: dejar a Lottie en manos de los Campbell, dejarla en manos del juez o liberarla, lo cual implicaba desafiar a su propio padre.

Hiciera lo que hiciera, alguien saldría mal parado. Pero nadie sufriría tanto como él.

Capítulo 26

Los Livingstone se enteraron de que el juez llegaría a la mañana siguiente poco antes de la hora de cenar. Naturalmente, les quitó el apetito de inmediato, y se quedaron en la casa del guarda, hablando sobre lo que debían decir en el juicio.

Lottie ya había decidido que la responsabilidad era suya, así que declaró:

–La idea de ir a Aalborg fue mía. Y también fui yo quien tuvo la ocurrencia de tomar prestado el barco de los Mackenzie.

–Sí, pero era lo único que podíamos hacer –dijo Duff.

–No, no era lo único. Podríamos haber tirado el whisky. Me podría haber casado con MacColl –alegó.

Gilroy sacudió la cabeza.

–No, Lottie, tú te limitaste a hacer lo que Bernt quería –afirmó–. Como todos nosotros. ¡Siempre le hacíamos caso!

–Lo hecho, hecho está –sentenció McLean–. Olvidad el asunto y dormid un poco. Mañana será un día largo.

Los Livingstone fueron saliendo uno a uno, entre abrazos y palmaditas de consuelo; pero Lottie se quedó con sus hermanos, porque quería prepararlos para lo que estaba a punto de pasar.

–Escuchadme un momento –les rogó–. Voy a estar fuera una buena temporada.

–¡No! –exclamó Drustan.

–Dru, *mo chridhe*... –le dijo, tomándolo de la mano–. Mathais cuidará de ti, al igual que Duff, Gilroy y MacLean. Somos Livingstone, ¿no? Nos cuidamos los unos a los otros.

–¿Y por qué no te pueden cuidar a ti? Tú siempre cuidas de mí, Lot.

Ella hizo un esfuerzo por no llorar.

–Sí, es cierto, pero ¿no te has planteado que quizá eres capaz de cuidar de ti

mismo?

–No, yo...

–Piénsalo un momento –lo interrumpió–. Te has arreglado por tu cuenta desde que llegamos a Balhaire. Estás mejor que nunca.

–¿Tú crees?

–Lottie tiene razón –dijo Mathais–. ¿Te he gritado alguna vez durante los últimos días?

Drustan sacudió la cabeza.

–No.

–Y no te he gritado porque no me has dado razones para ello.

Drustan se quedó pensativo. Lottie le dio un beso en la mejilla y le dijo a Mats:

–A partir de mañana, serás el cabeza de familia.

–Sí, lo sé. Nuestro padre me dijo que tendría que serlo algún día.

Ella sonrió con tristeza.

–Ojalá estuviera aquí...

–Ojalá –dijo Mathais.

–Ojalá –repitió Drustan.

Cuando Lottie se marchó, estaba hundida; pero aún quedaba una cosa por hacer: ver a Aulay antes de que la juzgaran y confesarle que había conseguido que se sintiera deseada no por su aspecto, sino por su forma de ser. Necesitaba decirle que había devuelto la alegría a su existencia y que se había sentido como si su vida no fuera completamente inútil.

Pero, si quería ver a Aulay, tendría que convencer al guardia que los vigilaba, y no sabía cómo. ¿Quizá inventándose una excusa para volver al castillo?

Aún lo estaba pensando cuando alguien llamó a la puerta de su habitación.

–Adelante –dijo, creyendo que sería Mathais.

No era Mathais, sino Aulay, quien entró en la habitación y cerró la puerta silenciosamente. Lottie esperó un segundo y corrió hacia él.

–Oh, Lottie –dijo Aulay, abrazándola con dulzura–. Te está esperando un bote en la caleta. Pero tienes que irte ya, porque la marea cambia a las once y media.

–¿Cómo?

Aulay la soltó, sacó unas monedas y se las puso en la mano.

–Guárdatelas. Necesitarás dinero. Puede que tengas que sobornar a alguien para llegar a Lismore.

–¡No! –Lottie le devolvió las monedas–. Sabes que no puedo huir. No me lo pongas más difícil, Aulay.

–Se va a poner más difícil, *leannan* –le recordó él–. Los Campbell están buscando por todas las Tierras Altas y, si no han estado ya en Lismore, irán pronto. Llévate a tus hombres, desmantela los alambiques e invéntate alguna excusa sobre el barco de Gilroy. Hay una puerta pequeña junto a la entrada principal de la fortaleza. Salid por ella, y no os detengáis hasta llegar a la caleta. Si la marea cambia, no podréis escapar.

–¡Oh, Aulay! –dijo, súbitamente asustada.

Él le acarició la mejilla.

–¿Tengo que recordarte que me has quitado todo lo que quería? Me debes esto. Me lo debes. Tienes que hacerme este favor.

–No, no... tengo que hacer lo correcto –insistió Lottie–. Tengo que encontrar la forma de arreglar las cosas.

Aulay suspiró, inclinó la cabeza y le dio un beso tan tierno que ella pensó que se le iba a partir el corazón.

–No puedes arreglar nada –replicó en voz baja–. Márchate. Y no olvides que te amo.

Aulay se apartó y abrió la puerta con cautela. Luego, echó un vistazo al pasillo para asegurarse de que no había nadie y se fue.

Lottie se llevó las manos al estómago, sintiéndose súbitamente como si le hubieran puesto una losa que la estaba aplastando. No podía respirar. No le llegaba aire a los pulmones. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo iba a soportar la agonía de vivir sin Aulay?

Derrotada, alcanzó la única silla de la habitación y se sentó en ella.

No, no podía huir. No había huida posible. Hiciera lo que hiciera, perdería al hombre del que estaba enamorada. Pero Aulay se equivocaba al decir que no podía cambiar nada. Podía, y se lo iba a demostrar.

Arran, Margot, Rabbie y Catriona estaban desayunando en el comedor pequeño cuando Aulay entró a la mañana siguiente. No se había sentido tan mal en toda su vida. Los caprichos del mar le habían puesto varias veces al borde de la muerte, pero nunca había estado tan asustado ni se había sentido tan impotente.

Por lo que sabía, el barco del juez llegaría poco después de las doce, con la marea.

–¿Le sirvo el desayuno, capitán? –preguntó Frang.

Aulay miró a su familia. Todo parecía normal. Su madre estaba leyendo un

libro y su padre, desayunando. Como si fuera un día normal y corriente.

–Sí, gracias.

Aulay se sentó, se sirvió una cerveza y bebió. Estaba inusitadamente sediento.

Ya le habían servido el desayuno cuando Ewan Mackenzie, el joven que vigilaba a los Livingstone, apareció en la puerta y los miró con nerviosismo. El pulso de Aulay se aceleró al instante. Ewan era un buen muchacho, que siempre se esforzaba por hacer las cosas bien. Si alguien le hubiera dicho que se levantara en plena noche y patrullara las calles del pueblo, lo habría hecho sin dudar. Se tomaba muy en serio su trabajo.

–Discúlpeme, milord –dijo el joven.

–¿Qué pasa, Ewan? –se interesó Arran.

–Se han ido –contestó Ewan, estrujando el sombrero que tenía entre las manos–. Los Livingstone se han ido.

–¿Adónde? –preguntó, frunciendo el ceño.

–No lo sé, pero no están en la casa del guarda.

Margot miró con preocupación a su marido y, a continuación, al muchacho.

–¿Estás seguro?

–Completamente. Ni están ni los ha visto nadie.

–¿Dónde se habrán metido? –dijo Arran, girándose hacia Aulay.

Aulay no dijo nada. Siguió comiendo como si el asunto no fuera con él.

–Está bien. Gracias, Ewan.

Ewan se fue, y el señor de Balhaire miró a Aulay con desconfianza.

–Qué extraño, ¿no? Los Livingstone, que han disfrutado de nuestra compañía y de nuestra comida durante quince días, que han esperado pacientemente la llegada del juez, desaparecen justo la noche anterior. ¿Dónde crees que estarán, capitán Mackenzie?

Arran lo preguntó con una mirada y un tono que lo habrían atemorizado en su infancia. Pero ya no era un niño.

–Lo desconozco, aunque espero que estén bien lejos.

Su padre miró a Rabbie y a Catriona. El primero se limitó a sacudir la cabeza y la segunda, a roer ansiosamente un pedazo de pan.

–Maldita sea, Aulay –dijo después–. Jamás habría imaginado que tú, precisamente tú, fueras capaz de hacer algo así.

–Arran, por favor... –intervino Margot.

–¡Lo hemos perdido todo! –bramó Arran, pegando un puñetazo en la mesa.

–¡No, padre, soy yo quien lo ha perdido todo!

La réplica de Aulay fue tan vehemente que su madre soltó un grito ahogado y

Catriona dejó caer su cuchillo.

–¡Era mi barco, mi cargamento, mi forma de vida! –continuó, fuera de sí–. ¡El mar es el único sitio donde puedo ser yo mismo! ¡La cubierta de un barco es el único suelo que puedo pisar! Llevo toda la vida intentando ganarme tu respeto, padre, toda la vida. Habría dado cualquier cosa por conseguir una vulgar sonrisa de aprobación. ¿Y crees que eres tú quien lo ha perdido todo?

Sus familiares estaban atónitos. Pero Aulay había abierto una puerta peligrosa, y su padre entró por ella.

–No sé qué demonios estás diciendo, pero sé que, si hubiéramos dado ese nombre a Campbell, podríamos haber comprado otro barco. ¡Tú podrías haberlo tenido! ¡Tú! –rugió, sacudiendo el puño–. ¿Y qué tenemos ahora? ¡Nuestros cofres se quedarán vacíos, y tendremos que pedir prestado para pagar por tus errores! ¿Soy acaso el único Mackenzie que está indignado con esta situación? ¿Soy el único que exige justicia?

Aulay, que no había desafiado jamás a su padre, decidió cambiar de costumbre.

–Sí, la culpa es mía, y lo sobrellevaré como buenamente pueda. ¡Pero nadie tiene derecho a insinuar que ha sufrido más que yo! ¡Nadie! ¡Y hasta yo puedo ver que, aunque los encarceláramos o colgáramos, no recuperaría mi vida! Lo hemos perdido todo, sí. Yo lo he perdido todo. Y no creo que ni arrancándome una libra de carne...

–¡Denunciar a los Livingstone no es lo mismo que arrancarse una libra de carne! –declaró Arran–. ¡Es justicia! ¡Es someterse al imperio de la ley! ¡Es lo civilizado!

Aulay respiró hondo, intentando recuperar el aplomo.

–Si los Livingstone hubieran actuado de mala fe, quizá estaría de acuerdo contigo; pero, por mucho daño que hicieran, no pretendían perjudicarnos. Solo querían sobrevivir. Son las circunstancias las que han jugado con nosotros. Son las circunstancias las que me han dejado a mí en tan mal lugar. A mí, padre, no a ti.

Arran suspiró.

–Es por la muchacha, ¿verdad? Te gusta.

Aulay se sintió ofendido, porque su padre parecía creer que lo suyo era un capricho pasajero, y no lo era.

–Es mucho más que eso –replicó–. Es todo lo que he intentado ser en esta familia.

–¿Cómo? –dijo su madre con incredulidad–. Ahora soy yo quien no entiende

nada. Eres hijo nuestro, Aulay. ¡Te queremos tanto como a los demás!

–Oh, *maither*... ¿No entiendes acaso el corazón de un hombre enamorado?

Su padre volvió a gemir.

–¿Y tú, Catriona? ¿No vas a decir nada?

Catriona se puso muy recta.

–Estoy de acuerdo con Aulay, absolutamente de acuerdo. Los Livingstone no son mala gente. Puestos a elegir, prefiero acabar en la pobreza que hacerles daño.

–Sí, claro que lo prefieres –dijo su padre, molesto–. ¿Rabbie?

Rabbie miró a Aulay antes de contestar.

–No sé, padre.

Justo entonces, Frang volvió al comedor y anunció:

–El juez ha llegado, milord.

Todos se giraron hacia el mayordomo.

–¿Tan pronto? –preguntó Margot.

–Sí, *madame*.

Arran Mackenzie suspiró por enésima vez.

–Llévalo a la biblioteca, Frang. Iremos enseguida.

Cuando Frang se marchó, Arran alcanzó su bastón y se levantó de la silla.

–Te ahorraré el mal trago de tener que hablar con él, Aulay, pero no voy a permitir que los Livingstone se queden sin castigo. No, no lo voy a permitir –dijo–. Los Mackenzie hemos sufrido un duro golpe. Todos los Mackenzie, incluido tú. En cuanto a los demás, venid conmigo. Presentemos nuestro caso al juez.

El juez, un joven de nariz aguileña, estaba paseando por la biblioteca cuando los Mackenzie entraron. Su ropa estaba sucia y, a pesar de lo temprano de la hora, parecía agotado. Le acompañaba un funcionario de la Corona, un sujeto delgado que se rascaba el cuello con nerviosismo.

Tras las presentaciones de rigor, el funcionario miró su reloj de bolsillo e hizo un gesto al juez, que asintió.

–Será mejor que empecemos. Me temo que tengo muchos compromisos.

–En ese caso, iré directamente al grano –dijo Arran–. Verá, nos robaron el barco y...

–Lo tomaron prestado –lo interrumpió su esposa–. Prestado, cariño.

–Lo robaron –insistió su marido–. Los miembros de ese clan lo robaron y, como consecuencia de ese acto, nuestro barco se hundió.

–¿De qué clan estamos hablando? –se interesó el juez, quien pidió a su acompañante que tomara nota–. De los MacBeth, ¿verdad? No me extraña, porque siempre han sido un montón de ladrones.

–No, señor. De los Livingstone.

–Los Livingstone, los Livingstone... –repitió el juez, pensativo–. No, ese apellido no me suena de nada.

–Perdón, querido, pero creo que te has equivocado. No son los Livingstone, sino los Leventon –dijo Margot.

Aulay arqueó una ceja, y su madre le lanzó una mirada en la que había un destello de humor.

–¿Qué estás diciendo? –preguntó Arran, rojo como un tomate–. ¡Son los Livingstone, por todos los diablos! ¿Cómo me voy a equivocar, si han estado quince días en Balhaire? Pero, en cualquier caso, se han fugado.

–¿De una fortaleza como esta? –dijo el juez, sorprendido–. ¿Cómo? ¿Escalando las murallas?

Arran frunció el ceño.

–Por lo visto, sí.

–Bueno, no se preocupen por eso, los encontraremos. ¿Saben de dónde son? Lo pregunto porque esta clase de bribones vuelven siempre a sus guaridas. Además, es importante que arranquemos las malas hierbas que dan mala imagen a Escocia. ¿Dónde viven?

–¿Qué quiere decir con eso de las malas hierbas? –preguntó Rabbie.

–Bueno, esto estaba lleno de rebeldes jacobitas, y algunos siguen por aquí.

–Son de la isla de Lismore –dijo Arran.

–No, son de Linsfare –intervino Catriona–. Estoy segura.

–Las Tierras Altas no necesitan que nadie lave su imagen –declaró Rabbie–. Pero mi hermana se equivoca. No son de Linsfare, sino de Lybster. Lo sé muy bien, porque conozco a muchos Leventon de Lybster.

El juez los miró con disgusto.

–¡Maldita sea! ¡No tengo funcionarios suficientes para buscarlos de aquí para allá! ¿De dónde dicen que son esos Leventon?

–Yo empezaría a buscar en Lancashire –se sumó Aulay.

–¿En Lancashire? Eso está en Inglaterra.

–Sí, efectivamente. Recuerdo haber hablado con el caballero que los dirigía, el señor Charles Leventon, y me aseguró que eran de allí. Está cerca del mar, según parece.

–Oh, Dios mío –dijo Arran, sentándose en un sillón.

El juez, que ya había perdido la paciencia, declaró:

–¡No tengo tiempo para estupideces! Si se aclaran de una vez sobre el origen de esos ladrones, díganmelo el año que viene, cuando vuelva a esta parte de las Tierras Altas. Y ahora, si me disculpan, me voy.

–¿El año que viene? –preguntó el padre de Aulay–. ¡No estaremos aquí el año que viene! ¡Nos han dejado en la pobreza! ¡Tendremos que vender Balhaire!

El juez no le hizo ni caso, y salió de la biblioteca en compañía de su subalterno.

–Traicionado por mi propia familia –dijo entonces Arran–. Jamás lo habría creído, pero me habéis traicionado. Eso es lo que habéis hecho.

Arran se levantó y se fue, dejándolos sumidos en un silencio que rompió Margot al cabo de unos segundos.

–Iré a lamerle las heridas –anunció–. Vuestro padre odia perder... Pero esto solo es el principio, Aulay. Tienes que encontrar la forma de arreglar las cosas.

Margot ya se había marchado cuando Rabbie sacudió la cabeza y dijo:

–¿Qué demonios hemos hecho?

–Enfadar a nuestro padre, liberar a las personas que nos han dejado en la ruina y mentir a un juez –respondió Catriona.

–Sí, aunque eso no detendrá a los Campbell –le recordó Rabbie.

Aulay pensó que su hermano tenía razón. Eso no los detendría. Pero Roy Campbell estaba convencido de que el capitán de los contrabandistas era un hombre. Y era una mujer. Una mujer preciosa, con el pelo del color de las perlas.

Capítulo 27

Los Livingstone llegaron a Lismore al anochecer del día siguiente, sin despertar más interés que el de la docena de conejos que se cruzaron en su camino a medida que ascendían por las dunas de la playa.

Cuando llegaron arriba, el viejo Donnie los vio e hizo sonar su cuerno. Drustan se llevó tal susto que empezó a gemir. En cuestión de segundos, se vieron rodeados por un montón de personas que los besaban y abrazaban; pero el griterío empeoró el estado del gigante, que se giró hacia su hermana y gritó:

–¡Quiero ir a casa, Lottie! ¡Quiero ir a casa!

–Estamos a punto de llegar –dijo, intentando tranquilizarlo.

–¿Dónde está Bernt? –preguntó una mujer.

La interesada era una de las tres viudas del clan, cuyo interés por Bernt era tan evidente que habían llegado a ser visitantes habituales de su casa. Cuando no se pasaban con una tarta, se ofrecían a remendar camisas que no necesitaban remiendos.

Por desgracia, Lottie no estaba preparada para hablar de su padre. Esperaba tener más tiempo; tiempo para pensar, para trazar un plan. Pero conocía a los Livingston, y sabía que no descansarían hasta saber qué había sido de su jefe, de modo que se giró a regañadientes y miró a la multitud que la seguía.

Al verlos de nuevo, el corazón se le encogió. Todos adoraban a su padre, por muchos efectos que hubiera tenido.

–¿No os lo han dicho Norval o Mark? –replicó.

–No están aquí –dijo alguien.

–Se estarán escondiendo –intervino MacLean.

–¿Dónde está Bernt? –insistió otro.

Lottie carraspeó. ¿Cómo decir que el jefe del clan había fallecido? Como no se le ocurría ninguna forma suave de anunciarlo, optó por ser directa.

–Mi padre ha muerto.

La noticia provocó un sinfín de gemidos y lágrimas.

–¿Muerto? Pero, ¿cómo...?

Los ojos de Lottie se humedecieron.

–Tuvimos problemas durante el viaje, y nosotros...

–Deja que se lo cuente yo –dijo Duff, quien se apartó de su esposa y sus hijos para ayudarla–. Es una historia tan vieja como el mundo.

Lottie se sintió agradecida a Duff por ahorrarle el suplicio de tener que decírselo en persona, porque estaba muy emocionada. Y el actor lo contó todo en la misma colina, entre los conejos que saltaban a su alrededor.

Cuando terminó de hablar, algunos rompieron a llorar otra vez; pero también hubo quien reaccionó con enfado.

–Esto no está bien –dijo Gavin Livingstone–. No está nada bien.

–¿Qué vamos a hacer sin jefe? –preguntó otro hombre–. ¡Necesitamos uno! Bernt nos pidió que nos deshiciéramos de los alambiques, y le obedecimos. Pero dijo que seríamos ricos.

–¿Cómo? –preguntó Lottie, atónita–. ¿Mi padre os pidió eso?

–Sí –respondió otro–. Poco antes de que os marcharais, nos ordenó que los desmontáramos y que borraríamos todo rastro de su existencia, para que nadie encontrara una sola pista de lo que habíamos hecho. Ya no los íbamos a necesitar, porque íbamos a ser ricos.

–Pues no lo somos –dijo MacLean con amargura.

–¿Y qué vamos a hacer? ¡Campbell viene el lunes! –intervino una mujer–. ¿Cómo le pagaremos la renta?

–Necesitamos un jefe –repitió uno más–. Y tiene que ser Lottie.

–¿Qué? No, no –se apresuró a decir ella–. No puedo ser vuestro jefe. Os tendréis que contentar con Duff.

–¿Con Duff? ¿Te has vuelto loca? –bramó Mac-Lean–. Ese nos convertiría en una compañía teatral. Tienes que ser tú. Debes ser tú. Todos sabemos que dirigías el clan a la sombra de tu padre.

La inmensa mayoría de Livingstone apoyaron a MacLean, y Lottie sufrió tal acceso de pánico que estuvo a punto de desmayarse.

–¡No! –exclamó, sacando fuerzas de flaqueza–. ¿No comprendéis que soy la última persona que debería ser jefe? La idea de ir a Dinamarca fue mía. La idea de asaltar el barco de los Mackenzie fue mía. Si no hubiera sido por mí, no estaríamos como estamos ahora, sin dinero, sin medios para sobrevivir y sin posibilidad alguna de pagar a Campbell.

–Eso es cierto, pero encontrarás la forma de salir de este atolladero –dijo la

señora Livingstone Blue, ganándose el asentimiento de varios más—. Siempre encuentras soluciones. Eres una muchacha muy inteligente.

Lottie los miró, pensó que no tenían remedio y, tras sacudir la mano en el aire en un gesto heredado de su padre, soltó un suspiro de hartazgo, dio media vuelta y empezó a andar, con los Livingstone pegados a sus talones.

Al llegar a su casa, les dijo:

–Hablabremos mañana. Descansad un poco.

Algunos protestaron, pero la multitud se empezó a disolver al cabo de unos segundos.

Lottie y sus hermanos entraron en el edificio, cerraron la puerta y se detuvieron en el vestíbulo, donde se miraron.

–Empezaba a creer que nunca volveríamos a casa –les confesó Mathais.

–Y yo.

–Tengo hambre –dijo Drustan.

–Yo también –se sumó su hermano.

Lottie no tenía apetito. Los sucesos de las últimas veinticuatro horas la habían arrojado a un pozo de emociones contradictorias donde se enfrentaban la desesperación, la esperanza, el miedo y el alivio. Estaba enamorada de Aulay, pero lo había tenido que abandonar. Lo había perdido igual que había perdido a Bernt.

Se dirigió al dormitorio de su difunto padre y dudó un momento antes de entrar. Luego, encendió una vela y echó un vistazo a la habitación. No había cambiado nada desde la muerte de su madre, pero le pareció completamente diferente, y por un buen motivo: que ya no era la misma persona.

Sí, los espíritus de su padre y su madre impregnaban los muebles y las paredes de la estancia. Sí, también tenían la huella de Mathais, Drustan y ella misma. Pero se sintió como si estuviera a cientos de kilómetros de aquel lugar y no supiera encontrar el camino de vuelta, como si ya no pudiera ser la mujer que había zarpado de Lismore unas semanas antes.

Alcanzó una caja de madera, la abrió y olió los puros que su padre guardaba en ella. Era el olor de Bernt, y le resultó tan intensamente familiar que fue como si la abrazara, lo cual la destrozó. Se tumbó en la cama, se puso de lado y rompió a llorar.

El canto de los pájaros la despertó a la mañana siguiente. Las lágrimas y el sueño la habían dejado aturdida, y no supo dónde estaba hasta que se giró hacia la ventana y vio los conejos que se estaban comiendo la hierba.

Entonces, se sentó y se frotó los ojos.

Sabía lo que tenía que hacer. Lo había sabido todo el tiempo, pero no lo había asumido del todo hasta que llegaron a Balhaire, cuando la muerte de su padre y los acontecimientos de su increíble aventura la forzaron a ello.

–No he olvidado lo que quiero, *Mor* –dijo al recuerdo de su madre–. Pero no tengo la inteligencia necesaria para conseguirlo.

Se levantó, se dirigió a su habitación, abrió el armario y echó un vistazo a los pocos vestidos que tenía. No eran ninguna maravilla, aunque pensó que el amarillo con estampado de rosas podía servir.

Luego, aprovechando que sus hermanos seguían dormidos, se bañó, se vistió y preparó los huevos que había sacado del gallinero. Cuando terminó de desayunar, se puso sus botas de paseo, hizo un ramo con las pocas flores que los conejos no se habían comido y empezó a caminar hacia el sur de la isla.

Una hora después, divisó la casa de MacColl. Bernt no había exagerado al afirmar que era más grande que la suya; tenía seis chimeneas y un jardín en mucho mejor estado que el de su casa, lo cual la desconcertó. ¿Qué hacían los MacColl para impedir que los conejos lo devoraran todo?

Descendió por la colina, traspasó la valla de la propiedad y, al llegar a la puerta, respiró hondo y llamó. Al cabo de unos instantes, abrió una anciana.

–*Madainn mhath* –dijo Lottie–. ¿Está el señor MacColl en casa?

–¿Lottie? ¿Eres tú? –preguntó el mentado, que apareció de repente–. Puedes irte, Miriam, ya me encargo yo...

La anciana se fue, y él se pasó una mano por su canoso pelo.

–¡Has vuelto! ¡Empezaba a pensar que no volverías, pero aquí estás! –continuó–. Pasa, por favor. ¡Miriam! ¿Nos queda té? ¡Sirve un té a la señorita! ¡Y pastas!

–¡No nos quedan pastas! –gritó Miriam desde el interior de la casa–. ¡Lo sabes de sobra!

–No os molestéis por mí –dijo Lottie.

–No es ninguna molestia –afirmó él–. No sabes cuánto me alegro de verte. Me temía lo peor.

–¿Lo peor? –preguntó con curiosidad–. Ah, lo olvidaba... te he traído esto.

Lottie le dio el ramo de flores, y él sonrió con verdadera alegría.

–¡Miriam!

Esta vez, Miriam no se molestó ni en responder. Pero MacColl lo pasó por alto y la llevó al salón.

–Siéntate –dijo.

Lottie se sentó mientras él buscaba un jarrón donde poner las flores. La huella

de su difunta esposa se notaba en detalles como los objetos de porcelana y los cuadros de las paredes, pero la estancia era tan sobria que cualquiera se habría dado cuenta de que vivía solo. MacColl había tenido hijos, pero habían crecido, se habían casado y habían formado sus propias familias, lejos de allí.

Casi sintió lástima de él.

—¿Por qué has dicho que te temías lo peor?

MacColl se ruborizó.

—Bueno, yo... —dijo, sentándose frente a ella—. Pensé que...

—Ya no tenemos alambiques —lo interrumpió, aprovechando su turbación—. Mi padre ordenó que los desmontaran y, francamente, me alegro de ello.

Él soltó un suspiro de alivio.

—Me alegro mucho, Lottie. Solo podían dar problemas. Además, el barco de Gilroy no tiene aspecto de aguantar una travesía por alta mar. Me contaron que uno parecido al suyo disparó en el Mar del Norte contra uno de la Corona inglesa, que se incendió... Al saberlo, pensé que era una de esas cosas que Gilroy habría hecho sin dudar. Pero también me dijeron que el barco en cuestión consiguió huir.

—¿Sabías que...?

—Sí, claro que sí —MacColl asintió—. Os vi cuando pasasteis frente al cabo.

—Vaya. Pensábamos que nadie nos había visto.

—¿Fue un viaje afortunado?

Lottie sacudió la cabeza.

—Al contrario. Efectivamente, tuvimos problemas en el Mar del Norte. Y el barco de Gilroy se hundió.

—Oh, Dios mío.

—Para empeorar las cosas, no encontramos comprador para nuestra mercancía, que al final perdimos. Pero eso no es lo más grave. Mi padre ha muerto.

—¿Bernt? —dijo, mirándola con ojos como platos—. ¿Bernt ha muerto?

MacColl se levantó de la silla, se sentó a su lado y la tomó de la mano.

—Lo siento mucho, Lottie. ¿Qué pasó?

Lottie le contó toda la historia, sin saltarse nada, desde el combate naval hasta la estratagema para apoderarse del barco de los Mackenzie, pasando por el viaje a Aalborg, su terrible aventura posterior, los quince días que pasaron en Balhaire y su fuga. Le habló de la situación de los Livingstone, de la situación de los Mackenzie y del motivo real que la había llevado allí: casarse con él para poder pagar parte de la deuda que había contraído con ellos.

De hecho, habló tanto que, al final, casi le dolía la cabeza.

–Tu padre siempre decía que eras la muchacha más inteligente de Lismore. Y tenía razón –dijo, sonriendo con afecto–. Sin embargo, tengo que preguntarte una cosa. ¿Estás segura de que es lo que quieres?

–No, no lo estoy.

–Comprendo.

–Oh, Dios mío –dijo, ruborizada–. No pretendía ofenderte...

–Y no me has ofendido, Lottie. Soy demasiado mayor para ofenderme por eso.

MacColl se levantó y dijo:

–¿Quieres que vaya contigo?

–No, ahora no –replicó ella–. No se lo he dicho a nadie. Pero podrías venir a cenar.

–Eso está hecho.

Lottie se incorporó y le dedicó una sonrisa. Él se la devolvió y besó su mano.

–Eres increíblemente valiente. Nadie lo podría negar.

Lottie asintió, aunque no estaba de acuerdo con MacColl. Lo suyo no tenía nada que ver con la valentía. Sencillamente, era la única opción que le quedaba.

Capítulo 28

Aulay no tuvo que hacer gran cosa para persuadir a Catriona, que estaba más que dispuesta. Y tal como habían acordado, se presentó en la caleta con ropa para navegar, una bolsa pequeña y las botas que él mismo le había comprado en Flandes.

–Estaremos fuera unos días. ¿Seguro que estás preparada?

–Por supuesto que lo estoy –dijo con entusiasmo–. No tengo nada más interesante que hacer.

Catriona fue la primera en subir a bordo de la pequeña goleta que su hermano había conseguido el día anterior, tras pedirle un favor a los MacDonald. Por suerte, Malcolm e Iain el Rojo se habían ofrecido voluntarios para ayudar en el gobierno de la nave y, como tuvieron buenos vientos, avistaron la isla de Lismore a media tarde, horas antes de que anocheciera.

Atracaron en un muelle del sur, donde Aulay y Catriona desembarcaron y tomaron un sendero sinuoso.

Al cabo de un rato, se encontraron con un par de pastores.

–*Feasgar math* –dijo Aulay, saludándolos–. ¿Saben dónde viven los Livingstone?

–En el norte de la isla –contestó uno–. A unos cuatro kilómetros de aquí.

Aulay y Catriona siguieron andando. Hacía una tarde preciosa, y el dorado sol proyectaba sombras por todo el camino.

–Nunca había visto tantos conejos –dijo ella.

–Ni yo –respondió él–. La isla está infestada.

Cuanto más caminaba, más conejos veían. Pasaron por delante de un par de casas, cuyos habitantes los saludaron y, al llegar a lo alto de una colina, vieron otro edificio que, por su tamaño, debía de ser el hogar de Lottie. Estaba en un lugar bastante bonito, cerca de una bahía.

–¿Será esa? –preguntó Catriona.

–Tiene que serlo –contestó Aulay, mirando al perro que dormía en la entrada de la propiedad.

Bajaron por la colina, que estaba tan infestada de conejos como todo lo demás; pasaron por encima del perro, que no se molestó ni en levantar la cabeza y se dirigieron a la puerta, donde se detuvieron. Entonces, Aulay lanzó una mirada tranquilizadora a su hermana, llevó una mano al pomo de su espada y llamó.

Mathais abrió unos segundos después.

–*Feasgar math* –dijo Aulay.

–¡Lottie! –gritó Mathais, girándose hacia el interior–. ¡Lottie!

–¿Qué quieres?

Lottie apareció en el vestíbulo y, al ver a Auley, se quedó atónita.

–¿Ha pasado algo? ¿Vienen por nosotros?

–No pasa nada, Lottie –respondió Catriona–. ¿Podemos entrar? Tengo miedo de que los conejos nos devoren.

–No comen gente –declaró Mathais–. Solo comen hierba.

Drustan apareció en ese momento, con una de sus tallas.

–Mirad, estoy haciendo un conejo –anunció–. Ya tengo un caballo, un barco, una gaviota y un perro.

–Pues es un conejo precioso –comentó Catriona, pasando junto a Mathais–. ¿Me podríais dar un poco de whisky, muchachos? Estoy sedienta.

Mathais y Drustan siguieron a Catriona como dos perritos falderos, y se metieron en una de las salas de la casa.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó ella.

Aulay la tomó entre sus brazos y la besó apasionadamente. Se sentía como si hubiera vuelto a nacer. Se sentía como si hubiera encontrado su hogar perdido. Y no era para menos, porque había llegado a pensar que no se volverían a ver.

–Necesitaba verte, Lottie.

–¿Por qué? ¿Quieres que volvamos a Balhaire? ¿Es que el juez...?

–No, no se trata de eso –dijo–. Como sabes, los Campbell fueron a vernos, pero no te conté que ofrecen una recompensa por ti. Te está buscando todo el mundo.

Ella palideció.

–¿Una recompensa? ¿Por mí?

–No saben quién eres, aunque están decididos a encontrarte. La Corona ofrece cinco mil libras esterlinas por tu cabeza.

–¿Cinco mil libras? –repitió, cada vez más asombrada.

–Sí, pero buscan a un hombre.

–¿Hola? ¿Hay alguien en casa? –preguntó alguien desde el exterior.

–Oh, Dios mío, es MacColl... –Lottie se dirigió rápidamente a la puerta–.
¡*Feasgar math!* Entra, por favor.

Aulay reconoció el apellido al instante, y se le hizo un nudo en la garganta. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Lo habría invitado ella? ¿Tendría intención de casarse con él? Fuera como fuera, se giró y se encontró ante un hombre que le sacaba treinta años. Iba en compañía de dos escoceses tan grandes como Cailean y Rabbie.

Justo entonces, Catriona regresó al vestíbulo, y su hermano aprovechó para hacer las presentaciones pertinentes.

–Buenas tardes. Soy el señor Aulay Mackenzie, y la señorita es mi hermana.

–Ah, Mackenzie... –dijo MacColl, asintiendo–. No esperaba que vinieran. No lo esperaba en absoluto. Pero permítanme que les presente a mis hijos, Orv y John. Ejercerán de testigos en la ceremonia.

Aulay tragó saliva. Por lo visto, Lottie no había perdido el tiempo.

–No necesitas hacer esto –le dijo, desesperado.

–Claro que lo necesito –replicó ella–. Pero pasad al salón, por favor.

Todos se dirigieron al salón. Aulay estaba tan desconcertado con el giro de los acontecimientos que no sabía qué hacer; pero su hermana, que no lo estaba menos, le pegó un codazo y dijo en voz baja:

–Maldita sea, Aulay. Si tienes algo que decir, será mejor que lo digas ya.

Aulay no se movió.

–¡Vamos! ¡Di algo! –insistió ella–. ¡O será demasiado tarde!

Aulay carraspeó.

–Disculpen. Me gustaría decir unas palabras.

Los MacColl, los Livingstone y Catriona se le quedaron mirando.

–¿Qué vas a decir, Aulay? –preguntó Lottie.

–No lo sé –empezó, sin saber cómo explicarse–. Es que he tenido una idea.

–Ah.

–Mis mares ya no son los que eran.

Catriona suspiró con exasperación, y los MacColl se miraron sin entender nada.

–¿Qué? –dijo Lottie.

–Que ya no soy el hombre que era cuando me robaste el barco.

–Cuando lo tomé prestado –puntualizó.

–Soy un hombre distinto, Lottie. El viaje me cambió y cambió mi forma de

ver las cosas. Bueno, no fue el viaje, sino tú. Tú llenaste mis lienzos.

–¿Sus qué? –preguntó uno de los MacColl.

–No me estoy explicando muy bien –reconoció Aulay, pasándose una mano por el pelo–. No estoy acostumbrado a esta clase de declaraciones.

–Pobrecillo. Es que nunca ha estado enamorado –comentó Catriona.

Aulay miró a su hermana con cara de pocos amigos.

–Gracias por tu ayuda, Cat. Y ahora, ¿puedo seguir hablando?

–Por supuesto.

Él miró a Lottie, dio un paso adelante y la tomó de las manos.

–Sí, es verdad que nunca había estado enamorado, y el amor me ha cambiado por completo –dijo–. No tengo nada que ofrecerte. Me he quedado sin barco, mi familia está en la ruina y...

–Deberías ahorrarle esos detalles –susurró Catriona.

Aulay no le hizo caso.

–Te amo, Lottie. Más que al mar. Más que a mí mismo. No sé que hacer sin ti, la verdad. Soy consciente de que este caballero te ha hecho una oferta de matrimonio, y estoy seguro de que es una oferta tan digna y respetable como él, pero te amo.

–Oh, *Diah*... –dijo uno de los hijos de MacColl.

–Pero el mar es tu vida –afirmó Lottie–. ¿Qué harías si te casaras conmigo?

–No lo sé. ¿Vendrías conmigo si consigo otro barco?

–Tengo que cuidar de mis hermanos.

–Oh, no te preocupes por ellos. Serán bien recibidos en Balhaire –afirmó Catriona–. Mi madre echa de menos a Drustan.

Lottie parpadeó, tan asombrada como asustada. Era evidente que ella también se había quedado sin palabras, y a Aulay se le encogió el corazón, pensando que se lo iba a partir en cualquier momento. Pero, súbitamente y para desconcierto de todos los presentes, soltó una risita.

–¿Qué ocurre? ¿He dicho algo gracioso?

–Al contrario. Has dado el discurso más bonito que he oído en mi vida, y eso que estoy acostumbrada a los de Duff. Pero tus preocupaciones carecen de fundamento. No me voy a casar con MacColl.

–¿Ah, no?

–No. Quiero que sea el nuevo jefe del clan.

–Vaya...

–Comprará las escasas pertenencias que tenemos, y te daré a ti el dinero que saque –le explicó–. Después, me entregaré a las autoridades.

–¡No! –gritaron Catriona, Mathais y Drustan al unísono.

–No os lo quería decir de forma tan brusca, pero no me soportaría a mí misma si no lo hiciera –declaró Lottie, mirándolos–. ¡Robamos un barco! Si no me entrego, nos buscarán toda la vida. No se detendrán jamás.

–No lo robaste –dijo Catriona–. Lo tomaste prestado.

–Lottie, esa gente no sabe nada de ti –le recordó Aulay–. Están buscando a un hombre.

–¿Y qué? Dudo que ningún hombre está dispuesto a sacrificarse por mí.

–¿Un hombre, ha dicho? –preguntó MacColl, pensativo.

–Eso carece de importancia –dijo Lottie.

–No necesariamente. ¿A qué hombre están buscando?

–Ni ellos mismos lo saben.

Aulay le contó brevemente la conversación que habían mantenido con Roy Campbell y, cuando terminó, MacColl dijo:

–Se me ha ocurrido algo que podría salir bien. ¿Recuerdas que los soldados ingleses vinieron a la isla buscando jacobitas, Lottie?

–Sí, claro que lo recuerdo.

–Ahorcaron a un par.

–¿Quiere que ahorquemos a alguien? –dijo Aulay.

–No, en absoluto. Solo propongo que organicemos el entierro de uno de los ahorcados. Pero no tenemos mucho tiempo. Campbell llega el lunes.

MacColl sonrió y, a continuación, les contó su plan.

Capítulo 29

Duncan Campbell estaba de mal humor. Sus botas se habían mojado al bajar del bote y, desde su punto de vista, no había nada peor que unas botas húmedas; aunque sirvieran para liarse a patadas con los malditos conejos de Lismore.

–¿Y qué les pasaría a los caballos y las ovejas?

Duncan se encogió de hombros. Estaba furioso con su primo Roy por haberlo embarcado en una misión imposible. Roy parecía creer que, si recorría las Tierras Altas de cabo a rabo, encontraría un montón de destilerías ilegales. Evidentemente, se equivocaba; pero eso no había impedido que lo mandara a sitios tan distantes entre sí como Applecross e Inverness, porque todos los habitantes de aquellas tierras le parecían sospechosos.

–¿Dónde está tu jefe, muchacho? –preguntó, pegando una patada a otro conejo.

–En un entierro.

–¿De quién?

–De un traidor, milord.

–¿De qué traidor?

–No he tenido tiempo de enterarme, porque me ha pedido que saliera a buscarlo a usted.

–Pues ya me has encontrado. Llévame con él.

Duncan se giró, ordenó a sus hombres que lo esperaran en el bote y siguió al muchacho hasta una ermita en cuyo cementerio anexo se había reunido un pequeño grupo de personas. Mientras se acercaban, oyó los sollozos y gemidos de una mujer que decía, en voz innecesariamente alta:

–¡Mi pobre Davy!

MacColl fue el primero que se acercó a saludar a Duncan.

–Lamento que haya tenido que venir en un momento tan ingrato, milord –dijo.

–¿Por qué es tan ingrato? –replicó, mirando a los presentes–. ¿Quién ha

muerto?

–Bueno, digo lo de ingrato porque Davy Livingstone era un traidor a la Corona. Pero ya no está entre nosotros.

–Davy, Davy... No conozco a ningún Davy.

–Lo imaginaba. No era un tipo precisamente amistoso –declaró MacColl–, aunque sí bastante ladino. Usted tenía razón, milord. Bernt estaba destilando whisky. ¿Y sabe lo que hizo el tal Davy? Robárselo.

Duncan parpadeó.

–¿Cómo?

–Los traicionó a todos. Traicionó a los Livingstone. Les robó el barco y el whisky. Los dejó sin jefe y, para empeorar las cosas, disparó contra un navío inglés –dijo, frunciendo el ceño–. Volvió aquí buscando un sitio donde esconderse, pero volvió sin Bernt.

–¿Qué significa que volvió sin Bernt?

–Que ha muerto –contestó–. Por lo visto, el destino ha hecho justicia.

–¿Qué?

Campbell se quedó atónito. Siempre había sospechado que Bernt Livingstone destilaba whisky, pero su muerte era un problema. ¿Qué iba a pasar ahora? ¿Recibiría la recompensa de todas formas, teniendo en cuenta que había fallecido?

–Comprendo que esté sorprendido, aunque nadie lo está más que sus propios familiares. ¿Quién iba a decir que uno de los nuestros nos traicionaría?

Duncan guardó silencio. Y, justo entonces, apareció Duff MacGuire.

–Ah, por fin ha llegado, milord.

Duff se le acercó y le ofreció un vaso de whisky como si fuera lo más natural del mundo.

–¿Qué es esto? –preguntó Duncan.

–Un trago a la salud de Bernt, que estará siempre en nuestra memoria –respondió el actor–. Nos pareció una forma adecuada de despedirlo... bebemos el whisky que acabó con su vida. ¡Por Bernt!

–¡Por Bernt! –repitieron los demás.

Duncan vio en ese momento el ataúd y la tumba recién cavada y, cuando se acercó a mirar, notó el olor de la muerte. Lo habría reconocido en cualquier sitio. Estaba acostumbrado a él. Pero, a pesar de ello, se le revolvió el estómago.

–¿Qué demonios ha pasado aquí? –preguntó a MacColl–. Dice que han muerto dos personas, y solo hay un féretro. ¿A quién están enterrando? ¿A Bernt?

–No, milord. Bernt murió en alta mar. Ese es el cadáver de Davy, que terminó

pagando por sus delitos –dijo con vehemencia–. Compréndalo, milord. No teníamos elección. Robó a su clan y se amotinó contra su propio jefe.

–¿Se amotinó?

–Sí, es cierto, señor –dijo un hombre que Duncan no reconoció–. Me robó el barco y se lo llevó con ayuda de los canallas que había contratado en Oban. ¡Fue un motín en toda regla!

–¿Un motín? –preguntó Duncan, que empezaba a estar mareado.

–En efecto. Se rebeló contra el pobre Bernt. Lo engaño –intervino MacLean–. No quiero hablar mal de los muertos, pero sabe tan bien como yo que Bernt podía llegar a ser excesivamente confiado.

–Sí, eso es verdad.

–Davy le convenció de que podía vender su whisky en Oban. Una noche, cargaron los barriles en el barco de Gilroy, que no sabía nada del asunto y se fueron sin más.

–A Oban –dijo Duncan.

–Eso creyó Bernt, pero no era su verdadero destino –explicó Duff–. Los hombres de Davy tomaron el control en alta mar y pusieron rumbo a Dinamarca, atacando después al barco de la Corona y provocando la muerte de Bernt y el hundimiento del propio barcucho.

–No era ningún barcucho –protestó Gilroy.

–Sea como sea, volvió con el rabo entre las piernas.

–¿Y los alambiques? –preguntó Duncan.

–Los destruimos, milord. Nos pareció lo más adecuado.

Duncan desconfió de ellos. ¿Dónde estaban las pruebas de lo que decían? ¿Cómo podía estar seguro de que los habían destruido? Su historia le sonaba como los cuentos que se inventaba el difunto Bernt para no pagar lo que debía.

–Es la primera vez que oigo hablar de ese Davy Livingstone. ¿No les parece extraño?

–En absoluto, milord. No pasaba mucho por aquí. Prefería las tabernas de Oban –dijo Duff–. De hecho, lo conocíamos tan poco que no imaginamos lo que pensaba hacer. Por lo visto, llegó a un acuerdo con Anders Iversen, y quería vender el whisky en Aalborg.

–¡Anders Iversen! ¿No es el bribón que dejó plantada a la señorita Lottie?

–El mismo.

–No me dejó plantada.

Duncan se giró hacia Lottie, que iba de luto y con un sombrero que ocultaba su preciosa melena blanca.

–Al final, comprendí que era un mentiroso –continuó ella–. ¿Por qué no lo vi antes? Si hubiera sabido que Davy y él habían llegado a ese acuerdo, mi padre seguiría con vida. ¡Tendría que haberme dado cuenta! ¡Tendría que haber impedido que se fuera con ellos! Mi padre sabía que usted es un hombre muy astuto y, como temía que encontrara los alambiques, se asoció con esos canallas. El pobre solo quería salvar a su clan.

Lottie rompió a llorar, y Duncan se sintió obligado a darle una palmada en la espalda.

–Hay algo que no entiendo, señorita. ¿Por qué volvió Davy a Lismore si les había robado el barco y el whisky y había causado la muerte de Bernt?

–¡Porque ustedes lo estaban buscando por todas partes! –dijo ella entre sollozos–. ¡Este era el único sitio donde se podía esconder!

Mathais se acercó entonces a su llorosa hermana y la abrazó.

–Cometió un error terrible –dijo MacColl entre dientes–. Ningún hombre ni mujer de esta isla tolera esa clase de depravación. Lo detuvieron y lo juzgaron por sus delitos. Lo ahorcaron, y ahora lo vamos a enterrar.

Duncan volvió a mirar la tumba.

–¿Cómo sé que Davy Livingstone está en ese ataúd? No me extrañaría que hubieran escondido el whisky en él.

MacColl arqueó una ceja.

–Milord, usted es demasiado listo para caer en una trampa tan pueril. Los Livingstone lo saben, y no se jugarían el cuello con semejante estratagema. Le doy mi palabra de que ese whisky se ha perdido para siempre y de que ya no queda ni un solo alambique.

Duncan asintió. Efectivamente, era demasiado listo como para dejarse engañar con un truco tan obvio. Y los Livingstone no eran tan tontos como para esconder el whisky en el ataúd y enterrarlo delante de sus narices.

–Si quiere que lo abramos, lo abriremos –dijo un joven–. Sin embargo, debo advertirle que no será una escena bonita. Los cuervos se comieron sus ojos cuando estaba ahorcado. Es bastante repugnante.

–No, no será necesario –se apresuró a decir.

Duncan se bebió su whisky y lanzó el vaso a un conejo, dándolo de lleno.

–Me han complicado mucho la vida –prosiguió, irritado–. Me habría gustado detener al culpable para llevárselo a mi tío y cobrar la recompensa. Ahora me presentaré ante él con las manos vacías, y pensará que no dirijo bien estas tierras. Por cierto, ¿dónde está el dinero que me deben?

–Bueno, hemos llegado a un acuerdo que quizá le agrade. Los Livingstone han

entrado en razón. Pero será mejor que hablemos en mi casa, milord –dijo Duff.

–Está bien –replicó, tapándose la nariz con un pañuelo–. Cualquier sitio es mejor que este.

Mientras se alejaban por el camino, los asistentes al entierro empezaron a cantar un himno religioso.

Aulay llevaba tanto tiempo caminando por la habitación que tuvo miedo de haber desgastado la alfombra.

–¿Qué es eso? –dijo Catriona de repente.

–¿A qué te refieres?

Catriona se llevó un dedo a los labios, se levantó del diván y se acercó a su hermano. A lo lejos, se oían voces, muchas voces; y sonaban a gritos.

–¡Dios mío! ¡Una pelea! —exclamó Aulay.

–No, no es una pelea. Están cantando –dijo ella.

–Ah, es verdad...

El sonido fue creciendo y, poco después, vieron un grupo de personas que salían de un bosque entre la legión de conejos que lo infestaba todo. Iban cantando, sí. Y también riendo.

Mathais fue el primero que entró en la habitación.

–¡Ha funcionado! –anunció–. ¡Campbell se lo ha creído!

–¡Y Johnny Livingstone ha sido el mejor actor de todos! –añadió Duff, entrando en compañía del mentado–. ¡Qué ocurrencia lo de los cuervos! ¡Que se le comieron los ojos!

–Bueno, yo diría que la mejor ocurrencia fue la de la señora Potter –dijo Gilroy–. Su mezcla de hierba y algas marinas huele tan mal que nadie habría dudado de la presencia de un cadáver en descomposición.

Todos rompieron a reír.

–Me asombra que Duncan Campbell se lo haya creído –dijo Aulay, que se había mostrado en contra de su plan porque le parecía ridículo.

–¿Y por qué no se lo iba a creer? –preguntó Gilroy, pasándole un brazo por encima de los hombros–. Ha visto un ataúd y una tumba recién cavada.

–Dicho así... Pero, ¿dónde está Lottie?

Duff señaló la ventana. Estaba fuera, hablando con MacLean.

Aulay salió rápidamente de la casa, se plantó ante ella y preguntó:

–¿Es cierto? ¿Campbell se lo ha tragado?

–Se lo ha tragado y se ha ido.

Los labios de Lottie dibujaron una sonrisa de alivio.

–Ya no tienes motivos para preocuparte, muchacha –dijo MacLean–. Nos hemos librado de Campbell y hemos encontrado un buen jefe. MacColl es una gran persona.

–Sí, es cierto.

MacLean se fue hacia la casa. Y Aulay, que seguía sin salir de su asombro, sacudió la cabeza.

–¿No ha sospechado nada? ¿Piensa que habéis ahorcado a alguien?

Lottie rio.

–Se espantó un poco, y se enfadó al comprender que no cobraría la recompensa, pero se lo ha creído.

–¡Quién lo iba a decir! –declaró él, tomándola de la mano–. En fin, supongo que esto pone fin al problema. Y, como ya conoces mis intenciones, me parece un buen momento para pasar página y pensar en nuestro futuro.

Ella suspiró.

–¿Tú crees? ¿Has olvidado que no puedo pagarte lo que te debo? La venta de la casa y de nuestro escaso ganado no dará para mucho.

–No, no lo he olvidado.

–¿Y qué vas a hacer? ¿Ser contrabandista de whisky?

–Eso depende de lo que el futuro me depare.

–En ese caso, recuérdame tus intenciones.

–¿Cuál de ellas? –dijo con una sonrisa–. Por una parte, te dije que no tengo nada que ofrecerte, que estoy en la ruina y que no puedo enseñarte el mundo, como me gustaría. Pero, por otra, te dije que te amo y que quiero casarme contigo.

Ella le pasó los brazos alrededor del cuello.

–No sé... Me gustó la parte donde afirmabas que tus mares ya no son los que eran y que tú ya no eres el hombre que fuiste. Y me gustaría mucho más si no volvieras a hablar de los dos barcos que se hundieron por mi culpa.

Aulay soltó una carcajada. Nunca había creído que pudiera ser feliz sin un barco, pero había descubierto una clase de felicidad distinta en un mar tan grande como todos los océanos de la tierra, el del amor.

–Sí, es cierto que ya no soy el que fui. He cambiado. Soy un hombre mejor. Pero, si crees que no volveré a hablar de esos barcos, estás muy equivocada.

Aulay la besó durante unos segundos, y luego dijo:

–¿Y qué hay de ti? ¿Qué pasa con tu sueño de ver mundo? No sé si te lo podré conceder.

Ella chasqueó la lengua.

–Bueno, ya veremos. Aunque no vuelva a salir de esta isla, veré el mundo a través de tus ojos. Lo pintarás para mí.

Aulay sonrió.

–Por supuesto.

–¡Ah, qué locura! ¡Un entierro falso y una oferta real de matrimonio en el mismo día!

Lottie asaltó su boca con pasión, para delicia de los Livingstone que se habían acercado a la ventana de la casa y los estaban mirando.

Sí, era una locura. Cabía la posibilidad de que Aulay no volviera a estar en la cubierta de un barco, pero eso no significaba que no pudiera tener una vida verdaderamente intensa. Su mundo ya no estaba vacío. Lottie le había dado el amor, y la iba a pintar en todos sus paisajes.

Epílogo

Tres años después

La familia se reunió en la caleta para asistir a la botadura del barco nuevo. No era precisamente grande. Era un barco de juguete, en el que ni siquiera cabían un par de caracolas; pero Bethan Mackenzie, el hijo de Aulay y Lottie, estaba encantado. Faltaba un mes para que cumpliera dos años. Y pronto iba a tener un hermanito, porque su madre se había quedado embarazada otra vez.

Mientras el pequeño caminaba por la playa, Aulay se encargaba de que la marea no se llevara el juguete mar adentro. Lo había hecho Drustan, y era tan perfecto que tenía velas, cañones y hasta diminutos barriles de whisky.

–Es una preciosidad –dijo Margot, siempre proclive al hermano de Lottie–. Drustan tiene muchísimo talento.

Mathais, que cada vez estaba más alto, había ido a la playa en compañía de Rabbie y su hijo, Ualan, que lo seguía a todas partes como un perrito. Rabbie decía que era uno de los mejores espadachines que había visto nunca, y que llegaría a ser un gran soldado.

A poca distancia, Bernadette y Catriona se dedicaban a jugar con las hijas de la primera y, un poco más allá, Arran Mackenzie se erguía contra el horizonte, apoyado en su bastón. Le habían tenido que ayudar para bajar a la playa, pero estaba tan contento como Bethan porque llevaba dos años sin acercarse al mar.

–¡Aulay! ¡No dejes que se aleje tanto! –gritó Lottie, tomando en brazos a su hijo.

–No le pasará nada –se defendió Aulay–. No permitiré que se lo lleven las olas.

Ella besó a su pequeño.

–No me gusta que se acerque tanto a la orilla. Le podría pasar algo.

Aulay sacó el barco del agua y sacudió la cabeza.

–Todas las madres primerizas son iguales. Se preocupan por cualquier cosa – comentó Arran–. Pero se tranquilizará cuando tenga el segundo.

Aulay sonrió.

–¿Echas de menos el mar? –continuó el patriarca de los Mackenzie.

–Por supuesto.

A veces, lo echaba tanto de menos que casi resultaba doloroso, aunque no podía negar que había encontrado intereses nuevos. Desde el hundimiento del *Reulag Balhaire*, se había ido involucrando cada vez más en la contabilidad familiar. Ahora hacía el trabajo de su padre, lo cual permitía que Rabbie se pudiera concentrar en sus distintas empresas.

Desde luego, no era el tipo de trabajo al que estaba acostumbrado, pero no le importaba hacerlo. Y se le daba tan bien que había encontrado formas bastante imaginativas de saldar su deuda con William Tremayne sin tener que vender ninguna propiedad.

Sin embargo, Aulay no era feliz por eso, sino por Lottie, sobre todo, porque ahora estaban viviendo en Balhaire. Para su sorpresa, William le había ofrecido un barco y, aunque era verdad que había coqueteado con la idea de aceptar su propuesta, no estaba seguro de querer volver al mar. ¿Por qué arriesgar la vida, cuando tenía una esposa preciosa, un hijo precioso y otro en camino? Ya no tenía que huir de nada. Ya no se sentía mal en tierra firme. Había encontrado el amor.

Además, el hundimiento del barco había marcado un antes y un después en su existencia. Su vida había cambiado y, por si eso fuera poco, se había dado cuenta de que su idea de revitalizar el comercio familiar era prácticamente imposible, porque ya habían perdido sus antiguas rutas comerciales.

Fuera como fuera, volvió a mirar a Lottie y pensó que cada día estaba más bella. Fiel a su palabra, le había enseñado el mundo en sus cuadros, pintando todos los sitios que podía recordar. Y Lottie, que adoraba sus obras, se interesaba siempre por el proceso y le interrogaba sobre los tonos, las pinceladas, las texturas.

Pero la suerte de los Mackenzie había cambiado, y lo había hecho de tal manera que Aulay la sorprendió el día de su cumpleaños con un plan que la hizo feliz: viajar a Londres en compañía de Cailean y Daisy cuando diera a luz y se hubiera recuperado del parto.

–Estoy orgulloso de ti, Aulay –dijo Arran de repente.

Aulay se quedó completamente sorprendido.

–Sí que lo estoy –prosiguió, sin dejar de mirar el mar–. Tu madre afirma que no sé decir las cosas que importan, pero estoy orgulloso de ti. Siempre lo he

estado. Siempre. Eres el artista de la familia, el aventurero. Y espero que me disculpes si no he sido capaz de...

–No tienes que disculparte por nada –replicó su emocionado hijo, pasándole un brazo por encima de los hombros.

Aulay pensó que lo que sentía entonces no se podía expresar con un simple agradecimiento; pero, a pesar de ello, miró a su padre y añadió, desde lo más profundo de su corazón:

–*Tapadh leat.*

Después de darle las gracias a su padre, volvió a mirar a Lottie y a Bethan. Si alguien le hubiera dicho una hora antes que podía ser más feliz, no se lo habría creído; pero era cierto. Al parecer, la felicidad era un pozo sin fondo. Y, si no se andaba con cuidado, bebería hasta reventar.

Nota de la autora

La anécdota de los conejos procede de unos informes sobre la pequeña y poco habitada isla de Canna (situada cerca de Lismore), que tuve ocasión de leer. Hace ocho años, quince mil conejos devoraron gran parte de la vegetación y excavaron tantas madrigueras que provocaron un desprendimiento en la carretera principal y desenterraron restos humanos en el cementerio. La plaga fue erradicada; pero, si estuvisteis en Francia por aquella época y comisteis conejo en algún restaurante, es posible que fuera de Canna. ¡Buscadlo en Internet!

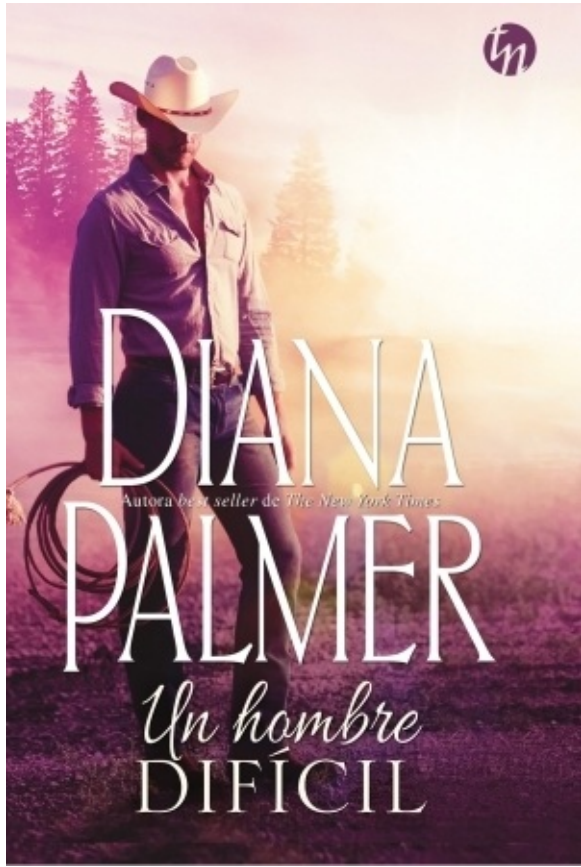
Aunque el problema en cuestión no fue ni divertido ni bonito, tomé prestada la historia para añadir un poco de sabor a mi descripción ficticia de la isla de Lismore.

Por cierto: en 1752, casi toda Europa llamaba Mar Germánico a lo que hoy llamamos Mar del Norte, y muchos lo siguieron llamando así hasta finales del siglo XIX. He utilizado la denominación actual en esta novela para no confundir a los lectores con un nombre que no les habría resultado familiar.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana
9788413075334
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento". The Romance Reader "Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser". Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e*li*



Sola con un extraño

Sterling, Donna
9788413077123
224 Páginas

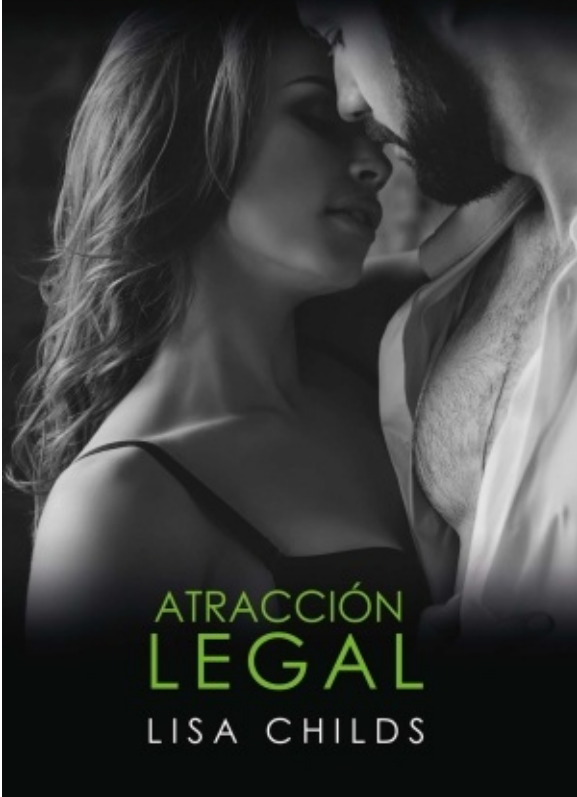
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL
LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SHERRYL
WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl
9788413075235
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)